

**LA LUCHA POR EL SOCIALISMO, EL
PAPEL DEL MARXISMO Y SU CRISIS**

JESÚS SÁNCHEZ RODRÍGUEZ

El autor autoriza la copia y difusión libre de este trabajo con la sola condición de que sea sin ánimo de lucro y citando la fuente original.

A los solos efectos de evitar improbables, pero no imposibles, intentos de plagios, esta obra ha sido registrada en el Registro Central de la Propiedad Intelectual del Ministerio de Cultura del Gobierno de España en septiembre de 2011.

INDICE

Introducción

Los conflictos en las sociedades precapitalistas

Rebeliones y derrotas de las clases oprimidas en las sociedades precapitalistas

Las rebeliones en las sociedades precapitalistas

Las rebeliones esclavistas y las luchas de clases en la antigüedad

La esclavitud después de la caída del Imperio romano

Las rebeliones bajo el feudalismo europeo

Continuación de las rebeliones en la Europa moderna

Las rebeliones en China

Razones de la impotencia del campesinado

El triunfo de la burguesía contra el antiguo régimen

El modelo burgués de clase triunfante no es un prototipo histórico

Las condiciones en que tuvo lugar la expansión del capitalismo

La controversia sobre las revoluciones burguesas

El papel central jugado por el marxismo en las rebeliones contra el capitalismo

La poderosa fuerza del pensamiento marxista

El marxismo se impone (relativamente) sobre sus competidores

La plasmación práctica del proyecto del marxismo y su fracaso.

Los graves problemas prácticos del marxismo sin resolver.

La debilidad de los aspectos prácticos de la teoría marxista original y su desarrollo contradictorio posterior.

La crisis del marxismo

Tres niveles de evaluación de la crisis del marxismo

El fracaso histórico del proyecto emancipador sustentado por el marxismo.

La refutación de las predicciones del marxismo.

Algunos conceptos polémicos del marxismo.

El marxismo como filosofía de la historia.

Sociedad clasista, lucha de clases y el papel del proletariado

El debate sobre la pauperización y polarización creciente de la estructura social.

El debate sobre el proletariado como sujeto revolucionario

La dictadura del proletariado.

La definición de la dictadura del proletariado

Puesta en cuestión y pérdida de vigencia de la dictadura del proletariado.

La dictadura del proletariado en los tres grandes ensayos revolucionarios anteriores a la debacle del socialismo real.

Dos momentos claves en la discusión sobre la importancia de la dictadura del proletariado en la teoría marxista.

Alternativas para sustituir el concepto de dictadura del proletariado.

Bibliografía

Introducción

El objetivo principal de este libro está movido por el interés en situar el momento histórico presente a partir de más de siglo y medio de luchas buscando la superación del capitalismo y, especialmente, por las transformaciones que supusieron los acontecimientos desencadenados con la caída del muro de Berlín. Las consecuencias de aquellos acontecimientos no han terminado de expresarse totalmente, aunque se haya asistido a eventos de gran calado histórico. Sin pretender ser exhaustivo, durante el transcurso de estas dos décadas se ha podido asistir a la desaparición del denominado campo socialista; a la gigantesca transformación de China; al declive de la mayoría de las luchas de emancipación en los países periféricos, sustituidas por el crecimiento del fundamentalismo islamista en el mundo musulmán primero y las revoluciones democráticas después; al ascenso del neoliberalismo y a las grandes movilizaciones anti-neoliberales después; a la gran crisis capitalista del final de la primera década del siglo XXI y la total debilidad de la izquierda para enfrentarla.

Las masas campesinas que durante varias décadas del siglo XX se rebelaron y derrumbaron regímenes atrasados, semi-feudales, para ensayar la transición desde sociedades agrarias al socialismo conducidas por partidos que expresaban proyectos proletarios, bien se expresan hoy a través de programas indigenistas, bien son atraídas por el fundamentalismo islamista, o buscan el escape a través de los grandes movimientos migratorios. En la gran revuelta iniciada en 2011 que sacude a los países árabes, las reivindicaciones que se enarbolan son de tipo democrático, pero no socialista. En América Latina, las rebeliones anti-neoliberales de la primera década del siglo XXI, no han conseguido, por el momento, definir un modelo anticapitalista de sociedad. En países como Venezuela, Bolivia y Ecuador las masas han demostrado una gran voluntad de lucha y han contado con líderes o movimientos capaces de transformar esas luchas en posiciones de poder, paso que no se llegó a producir en Argentina, pero la tercera etapa parece más difícil de alcanzar, la de definir un nuevo modelo. Ello contrasta claramente con la capacidad del capitalismo para volver sobre el mismo modelo que le ha llevado a su segunda crisis más grave sin encontrar especiales resistencias a su programa de utilizar dicha crisis para

desmantelar gran parte de las conquistas sociales logradas por el movimiento obrero durante décadas de luchas.

El punto nodal que va a guiar este estudio se basa en el siguiente argumento. El capitalismo, como otros modos de producción, otros sistemas mundo u otras civilizaciones es un fenómeno histórico atravesado por múltiples contradicciones que, por lo tanto, tampoco va a ser eterno. En su seno, y desde el siglo XIX, cuando se consolida como nuevo modo de producción, se desarrollan luchas y rebeliones contra las contradicciones y las injusticias que son consustanciales con su naturaleza. En este sentido no es nada diferente de otros modos de producción o sociedades que le precedieron. Lo más característico, sin embargo, es que estas rebeliones se terminaron canalizando a través de un poderoso paradigma revolucionario, el marxismo, que las fue dotando de una potencialidad enorme, por la estructura teórica que le animaba y las estrategias de las que se dotó. De tal manera que, en un cierto momento, pareció que el proyecto que sustentaba, el comunismo, podría terminar por imponerse a la sociedad burguesa. El campesinado había protagonizado a lo largo de sus siglos de existencia rebeliones tan abundantes e intensas como las que tuvieron lugar a partir de mitad del siglo XIX, pero jamás estableció una sociedad acorde con un proyecto propio, entre otras cosas porque nunca lo definió claramente. La burguesía consiguió el éxito frente a la aristocracia y la nobleza de base económica agraria, pero su fuerza radicó sobretudo en la posición económica hegemónica que alcanzó en el antiguo régimen. Sin embargo, el proletariado, la clase que en la cosmovisión marxista, debería enterrar el capitalismo y edificar el comunismo, de un lado consiguió triunfar momentáneamente apoyándose en el campesinado, pero, por otro lado, su fuerza no estuvo sostenida en su posición social ni económica, pues siempre estuvo subordinado.

Su fuerza radicó en la hegemonía que el marxismo ejerció en su seno, en la enorme capacidad de atracción que ejerció su programa, en las elaboradas estrategias y vehículos que creó para conseguir sus objetivos. Aguijoneado, como otras clases subordinadas anteriores a él, por las injusticias y las penalidades, el proletariado se rebeló insistentemente en los países industrializados, hasta que la implementación del Estado de bienestar rebajó esas protestas a luchas por mejoras en el seno de la sociedad capitalista¹. Fue en los países agrarios periféricos donde unas rebeliones más intensas, en las que el campesinado tenía un peso fundamental, lideradas por partidos comunistas, ensayaron la construcción de sociedades comunistas.

¹ En el momento en que se escribe este ensayo, se está asistiendo, con el desarrollo de la crisis desencadenada en 2008, a un profundo cambio en este sentido. El Estado de Bienestar, cuya cuna y principal despliegue ha tenido lugar en la Europa desarrollada, está siendo sometido a un ataque en toda regla en sus principales pilares, sin que las resistencias sindicales y sociales consigan frenar su desmantelamiento. Si, como parece previsible en estos momentos, ningún acontecimiento imprevisible cambia esta trayectoria, el resultado final será unas condiciones sociales y laborales que harán del Estado de Bienestar clásico una pieza de museo histórico.

De estos hechos se deriva la importancia del marxismo en el desarrollo de esa trayectoria durante cerca de siglo y medio, y, a su vez, la trascendencia del hundimiento de las creaciones prácticas hechas en su nombre y la crisis sus elaboraciones teóricas. El objetivo del presente trabajo es, pues, el acercamiento a la situación en que se encuentra el marxismo hoy, después de los acontecimientos que acabamos de mencionar y las implicaciones que tiene esta situación sobre las luchas sociales y políticas que se producen en el interior de las sociedades capitalistas.

Solamente una última aclaración. No se persigue un estudio del marxismo en sí, ni como cuerpo de pensamiento del propio Marx, ni de los autores posteriores que hicieron importantes aportaciones, para ello existe ya una abundante literatura que puede consultarse. El objeto, más limitado, es el análisis de la importancia del marxismo como teoría revolucionaria que pretende la superación de la sociedad capitalista, poniendo fin con ello a las sociedades clasistas en la historia. Su importante papel, en tal sentido, proviene, en primer lugar, de su articulación con el movimiento obrero, y, después, de que su proyecto fue llevado a la práctica por parte de una determinada forma de organización, los partidos comunistas.

Por tanto, aunque se haga referencia a veces a su teoría, no es para juzgarla en sí misma, sino por el papel jugado en la praxis revolucionaria. De manera que podría darse el caso - que no pretendemos discutir ahora - que mantuviese su utilidad como una herramienta indispensable para el análisis de la sociedad capitalista, y, sin embargo, hubiese perdido su capacidad como instrumento transformador. Esta disociación, que puede ser considerada imposible para algunas corrientes del marxismo, sin embargo parece ser la situación real a principios del siglo XXI, porque, al menos, esa es la situación del segundo de los términos después del fracaso de las experiencias del socialismo real y de la reducción a la insignificancia de las organizaciones marxistas.

Los conflictos en las sociedades precapitalistas.

Rebeliones y derrotas de las clases oprimidas en las sociedades precapitalistas.

La mayor parte de lo que se conoce como historia de las civilizaciones ha transcurrido, bajo distintos sistemas económicos, sociales y políticos, con dos rasgos comunes a los efectos del análisis que se pretende en este ensayo. El primero es la existencia de un sistema de desigualdades mediante los cuales una minoría de cada sociedad histórica concreta ha dominado en su beneficio a la mayoría. El segundo son las continuas luchas y rebeliones que esa mayoría ha llevado a cabo, con distinta intensidad, frecuencia y éxito en cada época.

Respecto al primer rasgo es claro el reconocimiento de uno de los principales autores de la escuela del sistema mundial: “La distribución desigual del conjunto del producto social fue probablemente una característica de todos los sistemas históricos conocidos. Algunos aspectos de esta distribución desigual pueden no obstante variar. Uno ellos es la importancia del "excedente" producido (es decir, el valor producido por un sistema histórico más allá del importe necesario para una simple reproducción). Un segundo aspecto es la forma desigual en que el excedente se distribuye (medida, por ejemplo, por la curva de Gini). Pero un tercer aspecto, que generalmente se cita en el debate, es el proceso por el cual se efectúa la distribución desigual.”²

Respecto al segundo rasgo señala Holloway que “la existencia de sociedades clasistas depende de la repetida lucha cotidiana para explotar: cualquier sociedad en la cual el producto excedente se lo apropia una parte de la población descansa sobre la lucha, sobre la repetida lucha cotidiana por extraer trabajo excedente impagado de los productores directos, y todos los que somos miembros de semejantes sociedades estamos constituidos a través de esa lucha. Esto puede no percibirse como lucha por los participantes, pero subsiste el hecho de que la repetida lucha cotidiana para explotar es el prerrequisito necesario de cualquier sociedad clasista: capitalismo, esclavismo, feudalismo o Ancien Régime. Se trata sencillamente del prerrequisito material para cualquiera de tales sociedades. La lucha de clases, entonces, permanece en general oculta. Es la lucha de las clases gobernantes de cualquier sociedad clasista para someter el poder del cual es

2 Wallerstein, Immanuel, L'Occident, le capitalisme et le système-monde moderne, http://www.uqac.quebec.ca/zone30/Classiques_des_sciences_sociales/index.html, pág.12

dependiente: el poder creativo y destructivo del trabajo. Este poder también permanece oculto.”

3

Nada nuevo, por tanto, si desde el inicio de la sociedad capitalista (del modo de producción capitalista si se prefiere) se han mantenido esos rasgos comunes, con sus características propias, como lo han sido en cada caso concreto. Cualquier historiador bien podría concluir, a la vista de los datos de la historia, que bajo el capitalismo también se repetirían las luchas contra las persistentes desigualdades e injusticias, pero que no había ninguna razón especial para que la clase obrera triunfara sobre la burguesía, y menos aún para que diese lugar a una sociedad sin clases por primera vez en la historia. Y, efectivamente, los conflictos en el seno del capitalismo los comenzaron los artesanos y los continuaron los proletarios, sin excluir los protagonizados por los campesinos.

El marxismo, pues, como teoría de la revolución proletaria estaba obligado a dar una explicación de porque fracasaron todas las rebeliones anteriores y porque, sin embargo, ahora si deben existir condiciones para que la clase específicamente explotada bajo el capitalismo, el proletariado, pueda triunfar en sus revoluciones y abolir la desigualdad y la explotación. Porque contra el feudalismo triunfo la burguesía, acudiendo a veces a revoluciones, pero aunque permitió así el desarrollo de las fuerzas productivas, no abolió ni la desigualdad ni las injusticias, sino que creó unas diferentes y en concordancia con la nueva sociedad que creaba a su medida.

Ernest Mandel sintetiza la explicación ofrecida por el marxismo⁴. La historia de la humanidad no es más que una larga cadena de luchas de clases. Primero se dieron diversas rebeliones de esclavos en Grecia, Roma, Bizancio, mundo árabe, mundo colonial. También de campesinos, toda la antigüedad está llena de rebeliones contra la usura, el endeudamiento y la concentración de la propiedad, lo mismo que toda la Edad Media. Más tarde son los artesanos quienes se rebelan en Europa y el mundo árabe. De todas estas rebeliones, cita las más importantes.

Si todos estos movimientos fueron derrotados, bien militarmente o bien porque reprodujeron las condiciones sociales contra las que se rebelaron, fue porque las condiciones materiales no estaban maduras para la abolición de la explotación y la desigualdad social.

Pero ahora sí, con el modo de producción capitalistas, de un lado se crean las condiciones económicas necesarias para la supresión de toda sociedad de clases gracias al prodigioso desarrollo que asegura a las fuerzas productivas; y de otro también se crean las condiciones

3 Historia y marxismo abierto / John Holloway / 7

4 Mandel Ernest, Tratado de economía marxista, tomo I, págs. 244-247

sociales al producir una clase que adquiere un mayor interés en la supresión de toda forma de propiedad privada de los medios de producción, puesto que ella ya no posee ninguno, al tiempo que esta clase reúne en sus manos todas las funciones productivas de la sociedad moderna.

Es esta interpretación de la historia - donde se imponen las leyes de un progresivo desarrollo de las fuerzas productivas, desarrollo que se acelera bajo el modo de producción capitalista, porque éste necesita una revolucionarización permanente de las fuerzas productivas - la que permite al marxismo concebir al capitalismo como históricamente progresista, pues desarrolla las fuerzas productivas a la vez que crea las condiciones para su superación.

Las tesis fundamentales de esta justificación del porque bajo el capitalismo, y no antes, es posible plantearse la superación de la sociedad dividida en clases, están basadas en un argumento deductivo, no empírico, y se han visto debilitadas cuando el propio desarrollo capitalista, por un lado ha generado una sociedad crecientemente compleja tanto socialmente como desde el punto de vista del conocimiento aplicado al funcionamiento de la sociedad, y, por otro lado ha fragmentado al proletariado a la vez que proporcionalmente ha reducido su peso en las sociedades desarrolladas.

Pero, con independencia de que se cumpliesen estas hipótesis, de lo que nos ocuparemos más adelante, lo cierto es que una teoría así debía de tener necesariamente una enorme atracción entre los activistas obreros y entre los intelectuales comprometidos con sus luchas, porque daba sentido y esperanza a todas las revoluciones que se produjeran. Ya no se trataba de la simple necesidad de rebelarse o un impulso moral contra la injusticia, ahora había una promesa, a la que se había intentado sustentar en argumentos históricos y científicos, de que se trataba de la lucha final de la historia.

Las rebeliones en las sociedades precapitalistas.

A lo largo de la historia se han sucedido innumerables rebeliones e insurrecciones de las clases oprimidas en las distintas sociedades y modos de producción. Se han diferenciado de manera importante a lo largo de la historia por los objetivos propuestos, los métodos empleados, los recursos puestos en juego, las alianzas levantadas, su duración, y sus éxitos parciales o sus fracasos. Pero en ningún caso, con la excepción de la burguesía, tales rebeliones, cuando llegaron a triunfar, consiguieron establecer una sociedad duradera y alternativa frente a aquella contra la que se levantaron.

Las rebeliones son una nota común a la mayoría de las sociedades desde la antigüedad, pero dadas su diferente estructura de clases, las rebeliones también son distintas. Así por ejemplo, la esclavitud es una situación común en la antigüedad en Grecia, Roma, Egipto o Mesopotamia, donde se produjeron continuas insurrecciones de esclavos, a veces coincidentes con las de campesinos y artesanos. Después de la conquista de América, la esclavitud se implantó en algunas de sus sociedades mediante la trata de esclavos de la población africana, y justamente será en Haití la primera vez que una rebelión de esclavos triunfe en la historia.

Por el contrario, en China el esclavismo no estaba muy extendido y sin embargo conoció una constante serie de rebeliones campesinas a lo largo de toda su historia, donde llegaron en ocasiones a mantener zonas bajo su control durante varios años.

En el feudalismo europeo las rebeliones tuvieron como protagonistas a la clase que más extensamente se ha rebelado a lo largo de la historia, el campesinado, junto a otras clases, antiguas como los artesanos, y aquellas que son más características del feudalismo, como los siervos y los burgueses. El protagonismo en estas rebeliones de unos u otros actores dependía de la situación de cada sociedad europea; predominio de las insurrecciones de campesinos o de siervos en las sociedades más agrarias como Francia, Inglaterra, y el este de Europa; rebeliones de artesanos o burgueses en aquellas sociedades donde habían florecido las ciudades como en Italia o los Países Bajos.

Las rebeliones esclavistas y las luchas de clases en la antigüedad

Aún siendo la esclavitud conocida y practicada por muchos Estados de la antigüedad, solamente en Grecia y Roma alcanzaría a ser la forma predominante de extracción del excedente, es decir, practicaban la esclavitud, pero no eran sistemas estrictamente esclavistas. Estas sociedades conocieron rebeliones de esclavos como por ejemplo en Egipto y Mesopotamia. Pero las

rebeliones fueron más importantes y con mayores consecuencias, cuanto mayor era el predominio del esclavismo. Sin embargo, las de esclavos no fueron las únicas revueltas de su época, tanto Grecia como Roma conocieron continuos conflictos de diferentes tipos y por diferentes causas que se solaparon en el tiempo. Por razones de espacio - y porque las referencias a las rebeliones en los sistemas pre-capitalistas son solo un argumento de apoyo a las tesis principales de este estudio - nos vamos a referir solo a algunas de las más significativas, y para el caso de la antigüedad sobre todo a las que tuvieron lugar en Roma.

Martínez Lazy⁵ hace referencia en su obra, entre otros estudios sobre las rebeliones populares en la Grecia Helenística, a los de Alexander Folks, un estudioso de este tema, quién propuso una tipología de tipos de revoluciones y sus causas en la Grecia clásica, distinguiendo entre nuevas tiranías, movimientos de masas, enfrentamientos internos de carácter socio-político, revoluciones desde arriba, movimientos revolucionarios completos, revoluciones legales y conflictos socioeconómicos bajo el protectorado romano. Siendo las causas subyacentes la redistribución de la tierra, la cancelación de las deudas, la igualdad socioeconómica, y la oposición entre pobres y ricos. Un seguidor del método de las tipologías de Folks fue Gómez Espelosín, quien matiza más los diferentes tipos, diferenciando los fenómenos de características revolucionarias (9 casos), las rebeliones de carácter político y patriótico (31 casos), las rebeliones de ciudadanos contra el poder establecido (40 casos), los disturbios sociales provocados por deudas (11 casos), las guerras civiles al interior de las ciudades (10 casos), las disputas fraccionales entre los aristócratas (16 casos), las rebeliones generales (12 casos) y los intentos de rebeliones individuales u oligárquicos (9 casos) .

Entre todos estos casos se puede citar, por su importancia, la rebelión servil de los ilotas en Esparta hacia 464 a.C. Esta rebelión tuvo su origen en el seísmo que se produjo ese año, los ilotas lo aprovecharon para sublevarse y, después de varios enfrentamientos, se hicieron fuertes en el mote Itome. Las dificultades del asedio de los ilotas por los espartanos y sus aliados terminaría por permitirles salir, mostrando así que los espartanos no fueron capaces de aplastar totalmente la revuelta.

En un principio los esclavos eran poco numerosos en Roma y pertenecían casi siempre a poblaciones itálicas a las cuales Roma había derrotado. Posteriormente, las campañas militares exitosas fuera de la península itálica aportaron al vencedor no solo nuevos territorios y riquezas, sino también esclavos. A medida que Roma se expandía, acumulaba cada vez más esclavos, Después de la Segunda Guerra Púnica, los esclavos en Roma se incrementaron en más de 200.000 A finales de la República, había entre dos y tres millones de esclavos en Italia, lo que

5 Martínez Lazy, Ricardo, Rebeliones populares en la Grecia helenística, México, 1995, págs. 81-85

equivalía aproximadamente a un 35% de la población. Los esclavos se fueron haciendo cada vez más necesarios conforme aumentaba el esfuerzo militar de Roma en su expansión y con ello la movilización militar de los hombres libres. Semejante situación transformó la naturaleza de la sociedad romana.

El propietario tenía sobre el esclavo un poder absoluto. El esclavo no era solamente un medio de producción (lo que le distingue en este sentido de la condición de siervo o de productor asalariado), sino que la posesión de esclavos era un signo indiscutible del poder y del prestigio del propietario. Despojado de su dignidad humana, el esclavo estaba totalmente desprotegido ante la ley y privado de todos sus derechos. La esclavitud conllevaba asociada una violencia de trato, cuya dureza se fue suavizando con el tiempo al influjo de la influencia estoica y posteriormente del cristianismo. Aunque hay que señalar que tampoco ésta se concretó en un ataque frontal a la institución, sino que tendió a cambiar las bases sobre las que era ejercida la autoridad del patrón y la obediencia por parte del esclavo.

Aunque por lo general los trabajos más indeseables se reservaban a los esclavos, también se dedicaban a la agricultura o a la minería. En las ciudades, esclavos y ciudadanos a menudo trabajaban en los mismos oficios e incluso, como ocurrió después de la conquista romana de Grecia en el año 148 a. de C., un número importante de médicos, tutores y maestros eran esclavos griegos o educados en Grecia.

A medida que aumentaba el número de esclavos, los romanos empezaron a sentir preocupación por la actitud de éstos y promulgaron leyes con el fin de protegerse, que finalmente no evitaron varias insurrecciones a gran escala. Porque, efectivamente, las rebeliones más importantes de esclavos tuvieron lugar en Roma, que se convirtió en el Imperio esclavista más importante de la historia. Durante más de 200 años se sucedieron diversas rebeliones de esclavos especialmente en las colonias del Mediterráneo, algunas con una extensión y duración muy importantes gracias a la creación de poderosos ejércitos que se enfrentaron a los romanos. La más memorable de todas fue la de Espartaco, denominada tercera guerra servil; las dos primeras habían estallado en Sicilia en 134 y 105 a.C. y fueron aplastadas, aunque su ejemplo también se transmitió a las rebeliones de las colonias romanas en Asia menor. La rebelión de Espartaco estalló en el año 73 a.C. en la península itálica, amenazando los centros de poder, y mantuvo durante dos años una guerra intensa contra la república romana, que finalmente consiguió derrotarle. Su objetivo, más allá de la rebelión contra una situación insostenible, no está claro que fuese el de acabar con el esclavismo, o simplemente abandonar el territorio controlado por Roma para alcanzar la libertad. A pesar de su derrota, su gesta produjo efectos duraderos y desencadenó a la larga un impacto que tendría repercusiones en el final del Imperio romano. La pérdida que se produjo de esclavos durante este enfrentamiento o la sensación de inseguridad que transmitió, a pesar del

castigo ejemplar a que sometieron a los supervivientes, llevaría a que muchos propietarios optasen por el colonato y se reconociesen algunos derechos a los esclavos. No obstante estas consecuencias, Roma ya no volvió a conocer rebeliones de esclavos de esa gravedad.

Estas rebeliones de esclavos, sobretudo en Grecia y Roma, coincidieron con otras de campesinos y artesanos, en dos sociedades atravesadas por continuos conflictos internos, pero en ningún caso consiguieron ni acabar con el régimen esclavista, ni fundar alguna comunidad política duradera de ciudadanos libres al margen de ellas, como lo intentó Espartaco en el sur de Italia, pues éste y otros intentos terminaron siendo derrotados.

En Roma⁶ se sucederán dos conflictos sociales, el que opone inicialmente a patricios y plebeyos, sobretudo en la ciudad, y el que enfrenta, posteriormente, a esclavos con libres. Ambos tienen dinámicas diferentes y no concurren en torno a objetivos complementarios en ningún momento. Si los esclavos se rebelaron contra unas condiciones de vidas crueles y degradantes, las reivindicaciones del movimiento de las clases bajas en Roma se articularon en torno a la limitación del latifundio, el reparto de tierras y de la riqueza originada en las conquistas, y la condonación de deudas.

Roma se liberó del dominio de los reyes etruscos mediante un levantamiento de la nobleza antimonárquica, hacia el año 508 a.C. La estructura social arcaica de este primer período romano estaba atravesada por una doble división, la primera, de tipo horizontal, se basaba en el agrupamiento de familias; la segunda, de tipo vertical, diferenciaba a la nobleza del pueblo. El estrato superior de la sociedad romana lo constituían los patricios, una nobleza basada en la sangre y la tierra con privilegios estamentales reconocidos. Tenían también el papel militar más destacado y dominaban políticamente. El otro estamento de esta estructura social era la plebe, formaban parte del pueblo romano, pero sin los privilegios de los patricios. Este estamento cerrado estaba compuesto mayoritariamente por campesinos. Junto a estos dos estamentos principales de la estructura social se encontraban los clientes, campesinos con fuerte dependencia personal de los patricios; y los esclavos, que en esta primera época formaban una esclavitud patriarcal, diferente de la que se desarrollaría en la época de la república tardía y el Imperio. Este tipo de esclavitud originó pocos conflictos en este primer período romano.

Como en Grecia, también en Roma el derrocamiento de la monarquía significó la toma del poder directamente por la aristocracia. Ello supuso que el enfrentamiento principal durante la primera parte del período republicano fuese entre el estamento patricio y el plebeyo, durante cerca de dos siglos, con una primera fase de enfrentamiento abierto hasta principios del siglo III

6 Nos hemos servido para completar esta parte de las obras de León Bloch, *Luchas sociales en la antigua Roma*, y, especialmente, de la obra de Géza Alföldy, *Historia social de Roma*, Alianza Editorial, Madrid, 1996

a.C., y una segunda con la creación de una nueva élite fruto del compromiso entre patricios y el estrato superior de los plebeyos. El arma principal de los plebeyos, en una época de peligros exteriores para Roma, fue la amenaza de secesión esgrimida por éstos. La lucha entre patricios y plebeyos continuó hasta el 367 a.C. en que estos últimos consiguieron su equiparación política y económica. La estructura política de la República concedía ventajas a los patricios que aprovechaban para favorecerse en el reparto de las tierras conquistadas en perjuicio de la plebe, y muchos campesinos terminaban transformándose en proletarios. A través de las asambleas de la plebe y de sus tribunos, consiguieron obtener sus principales reivindicaciones, la participación en las tierras conquistadas y en la administración del Estado. Esta lucha tuvo un carácter etapista y no dio lugar a una guerra civil por el temor de ambas partes a un ataque exterior ante sus debilidades. Las leyes del 367 a.C. fueron una victoria completa de la plebe en el terreno político, y no tan completa en el económico, que pusieron fin a las barreras estamentales entre patricios y plebeyos, para dar paso a un nuevo tipo de diferenciación social. Frente a la antigua división de patricios y plebeyos, ahora la capa alta la formaban antiguos patricios y las capas altas de los plebeyos, y en la parte inferior se hicieron patentes las diferencias económicas.

La segunda fase de la lucha de clases en Roma se entabla, en el curso de la política imperialista que lleva a la conquista de los países del Mediterráneo. La victoria de la plebe y la expansión romana en territorio, población y actividad económica dieron lugar a una diversificación social que ya no se podía expresar en la simple división anterior entre nobleza y pueblo. Pero el nuevo orden social continuo siendo de carácter aristocrático, porque la victoria fue en beneficio de los estamentos superiores de la plebe, que no habían buscado destruir el sistema aristocrático, sino participar en él. Por tanto, el conflicto también se diversificó en tres vertientes, entre la capa dominante y el creciente proletariado romano, nutrido de campesinos arruinados; entre amos y esclavos, y entre Roma y sus aliados sometidos, en la península y en las nuevas colonias extrapeninsulares.

Tras la derrota de Cartago, la expansión militar y comercial romana, y el veto de esta última actividad a la nobleza, llevaría a la aparición en el siglo II a.C. de ricos comerciantes, artesanos y banqueros que conformarían el orden ecuestre. Igualmente después de la segunda guerra púnica fue cuando el empleo de esclavos se hizo masivo en la actividad económica, provenientes ahora de los pueblos y ejércitos derrotados; proceso que fue paralelo a la decadencia y proletarización del campesinado de la península frente al incremento de los grandes latifundios y la importación de todo tipo de bienes de las provincias conquistadas. El reclutamiento para las guerras continuas, la productividad de los territorios conquistados en las provincias y el aumento del número de esclavos que permitía a los terratenientes cultivar sus tierras sin necesidad de acudir al arriendo, habían llevado a la ruina a los pequeños agricultores, que en esta situación se desplazaban desde el campo a Roma, dando lugar a un proletariado

urbano que adquiriría un peso político importante, porque aún viviendo en condiciones miserables formaba el pueblo soberano y tenía, como tal, poder de decisión, la cual se ejercía fundamentalmente en la ciudad. La aristocracia romana utilizó, para ganarse el apoyo político de esta masa proletaria, una relación clientelar mediante la entrega de medios de vida y el desarrollo de esplendidos juegos para la plebe.

Estas transformaciones pondrían la base de la nueva estructura romana y sus conflictos a partir del siglo II a.C. En la cima de la estructura social se hallaban la aristocracia senatorial, debajo de ella los caballeros, luego las élites del resto de Italia, el campesinado con ciudadanía romana, los proletarios y libertos en Roma, los aliados itálicos sin ciudadanía romana y, finalmente, los esclavos. Los conflictos desencadenados llevaron a guerras civiles y revueltas que terminaron agotando a la República. La base de estos conflictos se situaba en el creciente malestar de las clases más perjudicadas, la división de la élite, el anacronismo de un sistema político pensado para una ciudad-Estado y la ruptura de la alianza entre la aristocracia y el campesinado.

Bloqueada la posibilidad de reformas por la actitud de la aristocracia dominante, el conflicto derivó en violencia, pero dada la heterogeneidad de intereses y conflictos entre los distintos contendientes, no pudo cuajar un movimiento revolucionario homogéneo, ni una alianza social capaz de transformar la estructura social romana. La persistencia e intensidad de los conflictos que se desencadenaron en los últimos cien años de la República (135 a.C. – 30 a.C.) les convierten en un período de crisis social y política, que terminaría desembocando en su derrumbe, con el establecimiento de la monarquía, el aplastamiento de las clases inferiores, un crecimiento enorme del latifundio y una economía prevalentemente esclavista.

Las guerras serviles y la de los pueblos sojuzgados en las provincias fueron derrotadas; el levantamiento de los itálicos fue exitoso, pero con su integración terminó reforzando el poder romano. Al final, las luchas decisivas tuvieron lugar en el seno de la clase dirigente, entre la oligarquía y miembros de la nobleza que se presentaban como representantes de las masas proletarias, pero que solo aspiraban a corregir el orden social vigente, no a abolirlo. Los levantamientos de esclavos son claramente una guerra de clases sociales, en tanto que las guerras de las provincias y de los itálicos era una lucha de pueblos por conseguir su antigua independencia del Estado romano; finalmente, el último de los conflictos en el seno de la ciudadanía romana, aunque se inició con un fuerte contenido social, terminó siendo una lucha por el poder político entre distintas facciones políticas. Derrotados los tres primeros tipos de conflictos, el último continuó hasta el cambio de la forma política con el paso de la República a la monarquía, sin cambios en una estructura social que continuó siendo igual que antes de este período turbulento, que produjo millones de muertos en los diferentes conflictos, y continuaría durante la etapa del alto Imperio. La aristocracia senatorial y el orden ecuestre en la cima,

libertos, mercaderes, proletarios y esclavos en las ciudades, agricultores de diversa condición y esclavos en el campo.

Las grandes rebeliones de esclavos, concentradas en un corto período de tiempo de 60 años, fueron las más importantes de la antigüedad. La primera gran rebelión tuvo lugar en Sicilia en 135 a.C., y le costó tres años al ejército romano sofocarla. Veinticinco años después la rebelión volvió a prender en el sur de Italia y de nuevo en Sicilia. Finalmente, en el año 74 tendría lugar la rebelión encabezada por Espartaco, que fue la más peligrosa y difícil de someter por Roma. A pesar de las condiciones que en ese período favorecieron las rebeliones, no existieron los elementos suficientes para que pudiesen triunfar. No existieron objetivos comunes, pues mientras en Sicilia o Pérgamo se intentó establecer un Estado propio, Espartaco intentó la huida hacia la Galia. Tampoco existía una ideología revolucionaria aglutinante ni un proyecto de sociedad alternativa, pues en los intentos realizados por crear un Estado propio, éste siguió siendo esclavista, pero con los papeles invertidos. Faltó, igualmente, la comunicación entre una población muy dispersa y el apoyo de otras capas sociales, como los esclavos y proletarios de las ciudades.

A pesar de su derrota, estas rebeliones hicieron reconsiderar el trato que les dispensaban los amos a los esclavos, que vieron mejorar sus condiciones, con lo que se desactivó, igualmente, las rebeliones serviles a partir de ese momento.

Los proyectos por corregir la situación cada vez más tensa en el seno de la ciudadanía romana como consecuencia de los cambios sociales acaecidos desde la segunda guerra púnica, y para recuperar la antigua clase agrícola en la que se había apoyado la potencia inicial de Roma, tuvieron su mejor exponente en los planes reformistas de los Graco de dotar de una nueva base política al imperio de Roma, y en la reforma agraria que impulsó el primero de ellos, pero sus objetivos fueron finalmente frustrados por la contrarrevolución sangrienta de la aristocracia que culminó en 121 a.C. Los distintos intentos reformadores posteriores también fueron derrotados, y los últimos decenios de la República fue una lucha, primero entre el intento de conservar su carácter oligárquico o bascular a una monarquía, y después, para dilucidar quién se alzaría con el gobierno autocrático. La victoria de César sobre Pompeyo significó el fin de la República.

Durante el alto Imperio, la sociedad romana congeló su estructura social dividida en órdenes y estratos y desincentivó que las tensiones sociales derivasen en revueltas abiertas, dado que los grupos integrantes de la población inferior mantuvieron una relación de dependencia con sus patronos de las capas superiores que impidió la existencia de solidaridades horizontales. Por estas razones las rebeliones, y aún más las de carácter social, no representaron ningún peligro para Roma.

La crisis a la que se precipitó el Imperio romano a partir del siglo III provocó una desintegración del orden social vigente hasta ese momento, y su sustitución por un nuevo orden social. En las capas superiores se produjo una fragmentación, y el orden ecuestre sustituyó al orden senatorial en poder e influencia; en tanto que las capas inferiores fueron homogeneizadas como consecuencia de la crisis política y la mayor opresión política. Esta transformación provocó la aparición de fuertes tensiones que desembocaron en una cadena de conflictos violentos tanto en el seno de las capas altas, como de resistencias y rebeliones de las capas inferiores contra los detentadores del poder. A pesar de la extensión del descontento, las diferencias de objetivos entre los distintos estratos que sublevaban, y el poder del ejército, llevaron inevitablemente al fracaso de los continuos levantamientos y a la perpetuación del sistema de dominio.

Durante el alto Imperio se produjeron las distintas invasiones bárbaras, la declinación de la importancia de las ciudades y su economía a favor de la agricultura, con una mayor dependencia de la población respecto a los terratenientes, y una pérdida de control del Estado. En las capas altas continuó la fragmentación, mientras en las capas bajas tendió a hacerse similar la situación entre los esclavos, nunca extinguidos, y los hombres libres, especialmente los colonos, por su atadura a la gleba. Las condiciones de miseria y opresión se hicieron más intensas y se extendieron a más capas de la población, produciendo movimientos de resistencia campesina - como el movimiento de los agonísticos que en el siglo IV se extendió por el norte de África, junto a las revueltas agrarias en la Galia e Hispania - y revueltas urbanas.

En los siglos IV y V eran evidentes los signos de desintegración del sistema de dominio romano, especialmente en su parte occidental, y también de la sustitución del orden social característico durante su larga existencia, por el nuevo orden social medieval, pero ni aquella desintegración, ni esta sustitución fueron fruto de una revolución. Las revueltas y levantamientos jugaron un papel menor en la disolución del dominio romano. Las innumerables revueltas y levantamientos que conoció el Imperio romano a lo largo de su extenso territorio de dominación y durante su larga duración, no fueron capaces de subvertir dicho sistema. Las causas de esa incapacidad se encontraban en el aislamiento de estas revueltas, pero sobretodo, en la inexistencia de cualquier tipo de pensamiento revolucionario que plantease un modelo alternativo de sociedad. Los levantamientos se producían como reacción contra las situaciones de miseria y opresión padecidas, pero sin ningún objetivo de transformación. Convertido en una pesada carga para la mayoría de la sociedad, la mejor prueba del divorcio de ésta respecto al Estado fue el desarrollo del movimiento de los patrocinios y de los grandes fundos autosuficientes y cuasi-soberanos respecto del Estado, como primer paso hacia el orden feudal. Éste comenzó a aparecer más tolerable que la insoportable carga del Estado romano.

¿Cuál sería el balance que podría extraerse de esta experiencia tan extensa en el tiempo y tan intensa en acontecimientos como fue la de Roma? Tenemos, en primer lugar, una sociedad que se va haciendo cada vez más compleja en su estructura social conforme aumenta la expansión romana por el mundo. La primitiva división entre plebeyos y patricios y su enfrentamiento abierto y simple dio paso a una estructura social más compleja, con múltiples conflictos, especialmente después de la victoria romana en la segunda guerra púnica. La estructura social que se desarrolla a partir del siglo II a.C. se mantendrá con variaciones dentro del mismo modelo hasta la desaparición del Imperio romano.

En segundo lugar, al no formarse bloques sociales ni alianzas, dichos conflictos no concurrieron en la búsqueda de una solución global a los problemas planteados, de manera que los protagonistas de cada conflicto buscaron sus propias soluciones al margen del resto. Esto explica su derrota, con la excepción de la lucha de los itálicos, que terminaron siendo aceptados en la ciudadanía romana. Nadie planteó un orden social diferente, sino una inclusión más ventajosa en él (itálicos, proletariado, campesinado, élites), o la liberación de la opresión romana (provincias y esclavos), lo que en gran parte es fruto de la ausencia de una ideología o pensamiento social capaz de plantear dicha alternativa. En ausencia de ella, las clases superiores se enfrentaron en su seno de manera sangrienta sin que ello pusiera en peligro su dominio como tales, ni la estructura social que dominaban. Así, los problemas que se enquistaron en el período final de la República, no se resolvieron por una revolución social, sino por otra de tipo político que transformó la República en una monarquía. El modelo imperial se iría haciendo cada vez más opresor y militarista y su dominio cada vez más rechazado por sectores sociales cada vez más amplios, pero su final no fue fruto de ninguna revolución social.

Es decir, el caso romano viene a demostrar que el simple hecho de estar en presencia de amplios e intensos conflictos, incluso durante un largo período, no tiene porque significar, ni tiene porque desembocar en un cambio de estructura social, ni en un colapso de esa sociedad consumida por dichos antagonismos. La solución, en el caso de la República, fue un cambio de régimen político con algunas concesiones (integración de los itálicos, mejora de la situación de los esclavos y en las provincias), lo que redundó en una desactivación de los conflictos anteriores y la estabilización durante los dos siguientes siglos de la estructura social aristocrática creada durante la República tardía, a lo que contribuyó el óptimo rendimiento de la economía romana durante el Principado, y el hecho de que su base productiva agraria favorecía el carácter conservador de su orden social. Posteriormente, cuando entrase en decadencia durante el bajo Imperio, el nuevo sistema social basado en la sujeción de los colonos a los grandes terratenientes y el patrocinio serviría como base para el desarrollo del feudalismo. La clase dominante terrateniente utilizó en su favor las nuevas relaciones de dependencia y las clases bajas pasaron de la dominación bajo el marco político del Estado romano que se desintegraba, a

la dominación de los nuevos señores feudales. Nuevamente lo que se reemplazó fue una estructura política que se había vuelto anacrónica, manteniéndose en lo fundamental una estructura social basada en el dominio de los grandes propietarios rurales.

La esclavitud después de la caída del Imperio romano

Pero la esclavitud no se agotó con el derrumbe del Imperio romano⁷, sino que se prolongó, e incluso se reactivó en la alta Edad Media europea con las invasiones de los pueblos germánicos. Las instituciones esclavistas son reanimadas por las monarquías que levantan aquellos para suceder al Imperio romano, y con la colaboración justificativa de la Iglesia. Los esclavos alcanzan la cifra más numerosa entre los siglos VI y VIII, y su final solo se produjo después de una serie de crisis graves entre mediados del siglo IX y principios del siglo XI. Entonces será cuando converjan todos los factores que llevarán a la extinción de la esclavitud.

Sobre las causas del final definitivo del régimen esclavista, las explicaciones sobre el papel jugado en ello por la Iglesia - que nunca la combatió e incluso fue propietaria de esclavos - o la guerra han terminado siendo abandonadas. Se han mantenido, por el contrario las causas económicas y las referidas a las rebeliones de los esclavos. En cuanto a las primeras, a pesar de que algunos autores han puesto el énfasis en la retracción económica, la alta Edad Media es una época de expansión agraria, después de las calamidades de los siglos VI y VII, y esta expansión fue realizada por iniciativa del campesinado libre. Otros autores, por el contrario, señalarán como causas principales los avances técnicos que tuvieron lugar.

Pierre Dock va a insistir en las luchas de los esclavos como factor determinante en la extinción del esclavismo, lo que, a su vez, lo relaciona con el debilitamiento del aparato estatal necesario para mantener un régimen de opresión tan cruel como éste. Este debilitamiento fue una consecuencia de las nuevas invasiones. Revueltas serviles importantes solo se encuentran al final de la antigüedad, en las denominadas guerras bagaudas con dos fases importantes en los siglos III y V. Se trataron de insurrecciones de esclavos y campesinos pobres, tras cuya derrota, las rebeliones abiertas se vuelven escasas, aunque no cesan. Entre los siglos VI y VIII hay rebeliones y huidas en medio de una grave crisis, sobretudo en la zona mediterránea.

Como fenómeno masivo, la esclavitud no volvió a aparecer hasta después de la conquista de América cuando entre los siglos XVI y XIX diez millones de africanos negros fueron llevados

⁷ En este punto seguiremos el trabajo de Pierre Bonnassie, Supervivencia y extinción del régimen esclavista en Occidente en la alta Edad Media, Universidad de Buenos Aires, 1989

allí para su utilización como mano de obra esclava, en tanto que otros dos millones morirían en la travesía. Pero tampoco se trató de un renacimiento de la práctica esclavista, porque, en realidad, nunca se extinguió del todo. Bennassie⁸ señala tres períodos diferentes en el comercio de esclavos, el primero, hasta el siglo XI, en el que el flujo de esclavos estuvo dirigido desde la Europa cristiana a los mercados musulmanes del mediterráneo; el segundo desde el siglo XI en que las conquistas cristianas sirvieron para aprovisionar de esclavos musulmanes, y el tercero desde el siglo XV en que, tras las conquistas otomanas, fue necesario buscar nuevas fuentes de aprovisionamiento en Canarias y Guinea, y fue el móvil principal en la aventura que llevó al descubrimiento de América.

Sería en este esclavismo moderno, puesto de actualidad por el naciente capitalismo, donde una rebelión de esclavos obtendría por primera vez una victoria clara en la historia. La revolución de esclavos en Haití estableció la primera nación independiente de América Latina en 1804, después de derrotar a las tropas francesas de Napoleón, el ejército más poderoso en su momento de Europa. Fue un triunfo tardío y sin mayores repercusiones, en cuanto el esclavismo no tenía cabida en el capitalismo industrial que empezaba a consolidarse a partir de esas fechas y terminaría siendo dominante. Fue importante para Haití y sus habitantes y para América Latina, que iniciaba así la epopeya de su independencia, y también fue una importante victoria de los oprimidos a lo largo de la historia en medio de sus innumerables derrotas, pero dado que el esclavismo no sería la forma de explotación imperante bajo el capitalismo, esta victoria solo serviría para dar paso a la forma de explotación más propia del capitalismo.

Los conflictos sociales en las dos sociedades más característicamente esclavistas, Grecia y Roma, y posteriormente en la francesa, de la que forma parte la haitiana hasta su independencia, tienen en común el que están formados en los tres casos por un doble conflicto, el primero enfrenta a los esclavos con los libres en general, y el segundo, tiene lugar en el seno de la población libre, conflicto que opone a la clase dominante y algunas de las otras clases dominadas, campesinos, artesanos, proletarios y burgueses. Con diferencias según las épocas y características de las respectivas sociedades, las tres conocen victorias del pueblo en diferentes momentos e instituciones democráticas, pero ni esas instituciones democráticas, ni esas victorias populares pusieron en causa la situación de los esclavos.

En el ejemplo de Grecia y Roma se pone de manifiesto que la existencia de conflictos sociales profundos y perdurables no tiene porque terminar en una transformación cuyo producto sea una sociedad de características culturales, sociales, políticas y económicas más elevadas. Sin un

⁸ Bennassie, Pierre, Vocabulario básico de la historia medieval, Ed. Crítica, Barcelona, 1988, págs. 85-85

proyecto claro en tal sentido, adecuado a la época en que se desarrolla, y una fuerza social capaz de llevarlo a término, la conclusión de estos dos ejemplos es el colapso civilizacional.

Como tendremos ocasión de hacer a lo largo de este estudio, vamos a establecer comparaciones históricas entre comportamientos observados en determinados momentos de la historia y la experiencia reciente del movimiento obrero y el socialismo. En esta ocasión el símil se podría establecer a dos niveles. En el primero se podría comparar la posición y luchas del proletariado actual con la de la plebe en Roma. De la misma manera que la plebe terminó consiguiendo el reconocimiento de su igualdad jurídica y política en Roma, con una serie de ventajas asociadas, aunque persistiese la desigualdad económica; las luchas del proletariado contra la burguesía ha llevado a una situación en que su situación ha mejorado realmente en los países desarrollados, con la consecución de su inclusión política a través de instituciones liberales democráticas, y del reconocimiento de derechos sociales. En el segundo nivel, tenemos que esos ciudadanos pobres de Roma, que siguieron produciendo revueltas y crisis sociales sin poner en cuestión el orden social fundamental, se diferenciaron del sector social peor tratado en todos los aspectos, los esclavos, con los que no intentaron crear una alianza con el objetivo de alcanzar un orden social diferente. Cada cual mantuvo unos objetivos y luchas separados. Actualmente, la clase obrera de los países desarrollados sigue manteniendo un conflicto social de baja intensidad con la burguesía de sus respectivos países con el objetivo de mantener o mejorar sus posición social dentro de la sociedad capitalista, pero sin intentar siquiera conseguir una alianza con los sectores peor tratados del sistema capitalista actual, los sectores populares del mundo no desarrollado, para un programa de transformación socialista mundial. Como entonces, en esta analogía que estamos planteando, la clase obrera de los países avanzados buscan mejorar su situación en el interior de sus sociedades, y las masas desheredadas del mundo no desarrollado luchan por alcanzar una sociedad similar a aquella contra la que les toca luchar.

Si en la antigüedad esta situación fue fruto, entre otros factores, de la ausencia de una ideología revolucionaria capaz de unificar las diferentes luchas que se producían en el seno de aquella sociedad. En la actualidad la reproducción de una situación similar a aquella, en los dos aspectos que acabamos de describir, solo ha sido posible cuando la ideología revolucionaria que representaba el marxismo se ha debilitado y perdido influencia por una serie de factores que analizaremos más adelante.

Las rebeliones bajo el feudalismo europeo

Con el final del régimen esclavista a principios del siglo XI, en el sur de Europa se vivió un breve período en que la sociedad estuvo liberada de todo tipo de servidumbre, pero la clase dominante reaccionó rápidamente para imponer el señorío banal al campesinado libre, estableciendo de esta manera la servidumbre propia del feudalismo, que unió a una minoría de siervos provenientes de los antiguos esclavos, y a la mayoría de los campesinos libres convertidos en siervos a la fuerza por el hecho de residir en un distrito banal. La servidumbre se caracterizaría por la aplicación de ciertas cargas y sujeciones de carácter tributario, judicial o personal.

Bajo el feudalismo, las resistencias de los siervos aparecen desde su nacimiento, y los tumultos campesinos recorrieron toda la Edad Media mezclándose con otras rebeliones de artesanos y trabajadores. Bennassie⁹ señala dos grandes etapas de esta lucha de clases bajo el feudalismo. La primera se desarrolla entre finales del siglo X y el XII en medio de una coyuntura de expansión agrícola, y la resistencia campesina se dirige contra la implantación del señorío banal y su sistema de exacciones. Junto a los enfrentamientos violentos se desarrollan otras formas de lucha como la resistencia pasiva, el abandono de tierras, el bandolerismo social o la adhesión a herejías antijerárquicas. La segunda etapa se desarrolló en los siglos XIV y XV, en una coyuntura de recesión económica y con reivindicaciones similares, el rechazo de los abusos más graves a los que estaban sometidos los siervos, y la fuerte reivindicación de aspiraciones igualitarias. En esta segunda etapa se desarrollan algunas de las rebeliones más importantes bajo el feudalismo. Julio Valdeón¹⁰ diferencia el epicentro de estas rebeliones en ambos siglos, en el XIV las luchas sociales alcanzan su máxima intensidad en los territorios de Francia, Flandes, Inglaterra e Italia, pero en el siglo XV el epicentro de las luchas sociales se traslada a Bohemia, Escandinavia y la Península Ibérica. Por su parte, José Luis Martín¹¹ se refiere a las diferentes motivaciones que dieron lugar a las revueltas en la Edad Media, entre las que cita la mejora económica, la búsqueda de una mejor consideración social, el derecho a intervenir en la política, la conciencia nacionalista o la falta de adecuación entre la doctrina oficial y la forma de vida de los dirigentes. La base de su análisis es la diferenciación de estas revueltas por su vinculación con movimientos heréticos, o su naturaleza urbana o campesina.

En relación con la vinculación entre las revueltas sociales y las herejías, este último autor menciona las que tuvieron lugar en los primeros años de la expansión islámica, así como en el seno del cristianismo antes del siglo XI. Pero será a partir de este momento, cuando la Iglesia

9 Benassie, Pierre, *Ibidem*, págs. 129-34.

10 Valdeón, Julio, *Luchas sociales en la Baja Edad Media*. *Historia*16, nº 11, 1977

11 Martín, José Luis, *Conflictos sociales en la Edad Media*, *Cuadrenos Historia* 16, nº 158

esté claramente consolidada en Occidente, cuando aparezcan herejías contra la creciente riqueza de la Iglesia y su alianza contra los poderosos, Milán en 1075, Arnaldo de Brescia en Roma en 1145, Pedro Valdo en Lyon en 1173.

El progreso económico y demográfico de Europa desde el siglo XI permite la aparición de ciudades donde dominará un patriciado urbano, que es el único que goza de la plenitud de derechos y contra el cual se levantarán los habitantes de las ciudades en momentos de crisis, en una lucha por el control de los centros urbanos. Primeramente, en el siglo XIII, en las ciudades flamencas, y luego, en los siglos XIV y XV, en todas las ciudades europeas.

La revuelta urbana se generalizó en Flandes a partir de 1275 al entrar en crisis la industria textil y se mezcló con las rivalidades entre las monarquías francesa e inglesa. Estos conflictos, y otros similares que se producen en ciudades europeas, son considerados por José Luis Martín como conflictos por el acceso al poder entre mercaderes, patricios y maestros de gremios, y solo en pequeña medida pueden ser considerados populares, en cuanto el pueblo, desorganizado, se levanta espontáneamente y apenas consiguen cambios sociales de importancia.

A principios del siglo XIV la época de prosperidad europea da lugar a otra de crisis, guerras y pestes que aumenta la miseria de las masas, y es agravada aún más con las leyes que se establecen para favorecer a los ricos frente a las consecuencias de estas crisis, ello provoca levantamientos populares, que a veces tienen un fuerte carácter antisemita. El levantamiento del Flandes marítimo tuvo lugar entre 1323-28, a la que siguió una revuelta en Gante que se terminó extendiendo en años sucesivos a diversas ciudades de Flandes. En 1379 se producen nuevos levantamientos en las ciudades de esta región europea, derrotados en 1382 por el ejército francés.

La jacquerie de 1358 que afectó a las llanuras del centro de Francia fue una insurrección efímera, pero por su violencia e impacto serviría para designar en adelante cualquier insurrección campesina de cierta importancia. Su origen se encuentra en el restablecimiento de la autoridad señorial y la presión económica sobre los campesinos para contribuir a la mejora de la economía de los señores tras la peste. Coincidió en el tiempo con la revuelta popular en París encabezada por Etienne Marcel, quién buscó la alianza con otras ciudades donde habían tenido lugar enfrentamientos y la conexión con la revuelta campesina. Pero la desorganización de esta última y la falta de apoyo de otras ciudades llevó finalmente a su derrota.

Italia, había sido sacudida en el siglo XI por rebeliones de artesanos en sus principales ciudades, que habían conseguido mantenerse al margen del poder feudal que se ejercía en el campo. Entre 1373 y 1382 Florencia conoció la rebelión de los Ciompi, protagonizada por los trabajadores mal pagados y endeudados, que establecieron su dominio durante un breve período en la ciudad.

La división de la ciudad llevó a la rebelión contra la dominación de los güelfos, que consideraban gibelinos a todos sus oponentes populares, en 1382 el patriciado consiguió recuperar el poder definitivamente.

La revuelta de los campesinos ingleses en 1381 es originada por el aumento de la presión fiscal y el mantenimiento de la servidumbre en Inglaterra. Esta revuelta consiguió obligar inicialmente a Ricardo II a aceptar sus reivindicaciones, incluida la abolición de la servidumbre, aunque finalmente terminó siendo derrotada.

La península Ibérica había conocido conflictos importantes en el siglo XIV, dónde la tensión social encontró una válvula de escape en la hostilidad contra los judíos. Pero fue el siglo XV dónde las rebeliones fueron de mayor importancia. Los movimientos revolucionarios en Cataluña, que a diferencia de los mencionados anteriormente tuvieron una duración considerable, entre 1380 y 1486, fueron una de las pocas jacqueries victoriosas de todos los tiempos, al conseguir imponer a Fernando el Católico sus reivindicaciones. La segunda guerra irmandiña, entre 1467-69, después de tener casi toda Galicia bajo su control, fue aplastada por una amplia coalición de la clase nobiliaria.

En la revolución husita de 1420-52 van a confluir varios motivos, el malestar social de los checos, su oposición al dominio ejercido por los señores alemanes y las ideas religiosas de Juan Huss. Tuvo un fuerte contenido social y religioso y, animada por un fuerte mesianismo, estableció prácticas comunitarias de sentido comunista, hasta su derrota final.

En 1514 los campesinos húngaros intentaron acabar con la sociedad feudal a partir de la lucha contra los turcos, pero fueron brutalmente aplastados, provocando una consolidación de la servidumbre hasta el siglo XIX.

Estos conflictos se prolongarán en el siglo XVI con las rebeliones de los campesinos alemanes en relación con la reforma luterana, las Germanías de Valencia o las comunidades de Castilla.

Valdeón avanza una explicación de la especial conflictividad social desarrollada en los siglos XIV y XV. Destaca tres fenómenos que agravaron las condiciones sociales existentes, pero que no son su origen: la peste negra, que acabó con el 20% de la población europea en 3 años, el hambre provocado por la crisis agraria iniciada en 1315-17, y la generalización de los conflictos bélicos en toda Europa. La agudización de los conflictos que enfrentaron en el siglo XIV a los señores feudales con los campesinos y al patriciado con las capas populares en las ciudades “se encuentra en la reacción popular ante el intento de las clases dominantes de intensificar su explotación, por la reproducción de las relaciones sociales existentes tropezaba con serias dificultades (...) No cabe duda de que el retroceso de los ingresos señoriales fue a su vez el punto de partida de la puesta en marcha de una política agresiva por parte de la clase feudal,

política que algunos historiadores han bautizado de 'gangsterismo nobiliario'. La presión fiscal sobre el común, sentida en el siglo XIV con mayor agudeza precisamente por la depresión general de la época, provocó en muchos casos reacciones violentas.”

Finalmente, este autor señala que, aunque los objetivos de estos movimientos eran claramente de carácter antifeudal y antipatricio, sin embargo carecían de un proyecto social alternativo y, en el mejor de los casos, soñaban con una imaginaria edad de oro de tiempos pasados, siendo bíblicas las fuentes de inspiración de su modelo ideal de sociedad. Sin embargo, “en la mayoría de los casos, las rebeliones se justificaban por los abusos de los poderosos y tenían como meta principal la vuelta a la tradición. Frente a la agresividad creciente de los grandes, el simple retorno a las costumbres de antaño era considerado por los menudos como un triunfo.”

Bennassie, por su parte, da una interpretación concreta a la historia de la servidumbre “la larga historia de la servidumbre en Occidente (desde el siglo XI al siglo XVIII) se nos aparece como la historia de una decadencia progresiva. Ello es la consecuencia directa de la evolución general de las fuerzas productivas, entre las cuales la fuerza motriz del animal humano cesaría a la larga de ocupar un lugar primordial.”¹²

Por su parte, Paul Freedman¹³ en su visión global sobre las rebeliones campesinas de toda la Edad Media concluye que “los métodos indirectos y directos de la resistencia constituían estrategias mutuamente relacionadas, que no totalmente contrapuestas. La transición de unos procedimientos a otros dependía más de la percepción de oportunidades y expectativas que del grado de opresión. En los modelos clásicos de insurrección campesina se pasa casi sin continuidad alguna de la sumisa aceptación de una ideología dominante a la acción revolucionaria surgida del colapso de la legitimidad de dicha ideología. En lugar de verse como la súbita explosión de ira de una población esencialmente subyugada, o el reflejo de una apocalíptica irracionalidad, las insurrecciones medievales deberían percibirse como procesos más planificados, más oportunistas y hasta diríamos más optimistas”. Y continúa señalando como causa común a todas ellas, “la importancia de la servidumbre como agravio fundamental del campesinado rebelde”.

Continuación de las rebeliones en la Europa Moderna

12 Op. cit., pág. 210

13 Freedman, Paul H., La resistencia campesina y la historiografía de la Europa medieval, Edad Media, Revista de historia, Nº 3, 2000

Tal como lo describe Perry Anderson¹⁴, el siglo XVI en la parte occidental de Europa fue el de transición entre la monarquía medieval y el absolutismo, éste se termina implantando durante el siglo XVII en plena depresión. También en este siglo se produjeron rebeliones nobiliarias contra las monarquías absolutas que fueron derrotadas en todas partes salvo en Inglaterra. Y señala este autor que paradójicamente, el absolutismo representó la protección de los privilegios aristocráticos, pero sus medidas beneficiaron al desarrollo burgués. En realidad, nunca tuvo lugar un desplazamiento político de la clase noble, y el absolutismo fue la dominación de nobleza en la época de transición al capitalismo. El absolutismo fue fruto de diferentes necesidades en la parte occidental y oriental de Europa, en el primer caso fue una compensación por la desaparición de la servidumbre, en el segundo, fue un instrumento para la consolidación de la servidumbre ante la necesidad de atar a la tierra a la población escasa, pero también ante las rebeliones campesinas y la presión exterior.

Aunque el capitalismo ya había despuntado en el siglo XIII, el siglo XVI se caracteriza por su desarrollo. El capitalismo tuvo un gran desenvolvimiento gracias a la intensificación del comercio a larga distancia. También se produjo una estrecha relación entre el capitalismo y la monarquía absoluta. Los grandes comerciantes juegan el papel de banqueros para financiar las guerras y aventuras de los Estados y éstos les arriendan los impuestos y les ceden la explotación de los dominios reales. Pero después de 1580 el crecimiento del capitalismo se hizo más lento y entró en declive debido a diferentes causas, entre las que sobresale la vinculación entre capitalistas y Estados (muchos préstamos para las guerras no pudieron ser devueltos). En el este de Europa se produce una aproximación entre la burguesía y la nobleza que se alejan mucho más de las clases populares. En la estructura social, debajo de estas dos clases se encuentran los maestros de los gremios importantes, después los de los gremios menores, tenderos y artesanos, y en la parte inferior el proletariado (artesanos libres, obreros, oficiales, etcétera). En el campo la estructura social la completan los pequeños capitalistas y los campesinos pobres.

En ese siglo, los salarios reales descienden y comienza una lucha de clases. Los oficiales crean cofradías especiales, forman coaliciones y promueven motines en diversas ciudades de Alemania o Francia. También hay revueltas campesinas. Pero, los principales conflictos sociales y políticos van a estar articulados en torno a las guerras de la religión que comienzan con la Reforma. La más importante de ellas fue la rebelión campesina de Tomas Müntzer que se desencadenó en 1524 en el sudeste de Alemania para extenderse rápidamente y luego ser aplastada después de sangrientos combates, a pesar de lo cual la rebelión se extendió por Suiza, Holanda y Austria entre 1527 y 1536.

14 Anderson, Perry, El Estado absolutista, Siglo XXI, 1999.

El siglo XVII es una época de crisis total que afecta a todos los aspectos de la actividad humana en Europa. Se trata de una crisis permanente con cambios violentos de intensidad. La crisis económica desorganiza la vida agrícola, industrial y comercial, diezma la mano de obra y provoca el abandono de las tierras y forma un proletariado miserable, sin poder adquisitivo. Las causas más importantes de la crisis siguen siendo, el modo de producción, la circulación de metales preciosos, la moneda y los precios. La agravaron, las guerras con las muertes, destrucciones, y el desvío de esfuerzos tiempo y recursos hacia las necesidades del Estado para la guerra. En casi toda Europa, a excepción de Polonia y Suecia, las guerras provocan el progreso del absolutismo, que somete cada vez más a su servicio a todas las clases de la sociedad.

Anderson recuerda que “cuando los Estados absolutistas quedaron constituidos en Occidente, su estructura estaba determinada fundamentalmente por el reagrupamiento feudal contra el campesinado, tras la disolución de la servidumbre” y continúa señalando un poco más adelante que “La amenaza del malestar campesino, tácticamente constitutiva del Estado absolutista, se vio así acompañada siempre por la presión del capital mercantil o manufacturero dentro del conjunto de las economías occidentales, para moldear los contornos del poder de la clase aristocrática en la nueva era”.¹⁵

Los antagonismos sociales desarrollados por el renacimiento económico no cambiaron de naturaleza pero se agudizan. Grupos de la burguesía continuaron acrecentando su importancia en relación con otras clases, aunque con mucha menos rapidez que en el siglo anterior.

Dada la extensión y variedad de conflictos desencadenados en el siglo XVII se han avanzado diversas tipologías para explicarles como la de René Pillorget que diferencia entre movimientos urbanos originados por conflictos económicos o de poder; movimientos en defensa de los particularismos provinciales frente a la intromisión unificadora del Estado; y movimientos urbanos o campesinos contra los ataques a las organizaciones y tradiciones colectivas. Igualmente se hace necesario diferenciar entre los movimientos campesinos que tuvieron lugar en la parte occidental europea y la parte oriental, donde, como veremos más adelante, se produjo un estado permanente de insurrección ante la imposición de una segunda servidumbre. En la parte occidental, el Estado absolutista no pretendió poner una segunda servidumbre, pero incrementó la presión fiscal, lo que añadido al agravamiento de las condiciones de vida por la crisis agraria llevó a diferentes rebeliones.

15 Anderson, Perry, op. cit., págs., 17-8

Cronológicamente, las insurrecciones populares comenzaron en este siglo en Rusia en 1601; luego, en 1606-7, diversos levantamientos campesinos tuvieron lugar en diferentes partes de Europa; les siguieron las rebeliones inglesas contra los enclosures, los levantamientos húngaros y toda una serie de revueltas e insurrecciones por toda Europa (Austria, Francia, Rusia, Inglaterra, España, Italia, Polonia etc.)

En esta época el pensamiento burgués está representado por uno de sus principales autores, John Locke. La reacción aristocrática tiene como principal exponente intelectual a de Fenelón. Pero también aparecen planes de renovación social. Spinoza socava la autoridad de las escrituras y ataca la monarquía, para él, la democracia (delegación consentida de los súbditos) es la forma de gobierno más próxima al derecho natural. Aparecen las exaltaciones al buen salvaje. Los países lejanos originaron mil utopías.

En el siglo XVIII Europa continua siendo agrícola, su régimen aristocrático, basado en el absolutismo y la desigualdad civil. La gran propiedad domina en el campo y la servidumbre se hizo fuerte en el este europeo. La burguesía crece en cantidad y poder como consecuencia de la coyuntura económica que trae una mayor redistribución de la riqueza. El régimen feudal se opone a su elevación social y al desempeño de un papel más importante en relación con su fuerza. A pesar de ser la producción artesanal superior a la de las fábricas, se produjo una evolución industrial que en Inglaterra tomo el aspecto de una revolución. Es la época de las manufacturas, la primera división del trabajo, la fabricación en serie, el maquinismo y la concentración. Despuntan las primeras crisis de superproducción y las luchas de clases entre obreros y capitalistas.

El pensamiento burgués alcanza su más alta cota intelectual antes de la revolución francesa con el pensamiento ilustrado.

Pero justo, cuando la servidumbre decaía en la parte occidental de Europa, se va a reavivar en su parte oriental entre los siglos XV y XVIII para prolongarse hasta finales del siglo XIX. La razón fundamental del absolutismo en la Europa oriental radica en el campo: la necesidad de atar a la tierra a la población escasa.

Esta situación en el este de Europa va a desencadenar toda una serie de rebeliones campesinas. La más importante en el siglo XVII es la revolución ucraniana de 1648. Su origen se encuentra en los cosacos de la región del Dnieper y en un hecho clave, la capacidad de las masas rurales de esa región de levantar ejércitos organizados contra la aristocracia. A partir de este origen hubo una sublevación general de los siervos de Ucrania y posteriormente de los campesinos polacos en Cracovia. Finalmente la revuelta fue sofocada cuando los dirigentes cosacos se pasaron del lado del Estado ruso, dando lugar a la intervención de Rusia y su dominio de toda

esta zona. Las rebeliones de siervos se reprodujeron en toda la Europa oriental, con especial intensidad en Rusia durante un largo periodo que se inició a principios del siglo XVII y se prolongaron hasta 1773 en que tuvo lugar la última y más importante de todas las insurrecciones, la de Pugachev.

Cuando bajo el reinado de Catalina II se completó el proceso mediante el cual grandes masas de campesinos del Estado volvieron a la servidumbre de los nobles, se desencadenó la más grande de las rebeliones campesinas en Europa entre las revoluciones inglesa y francesa, inspirada por los cosacos y dirigida por Pugachev, “una rebelión sísmica que hizo temblar a todas las regiones del Volga y el Ural, movilizand o a enormes y confusas masas de campesinos, obreros, metalúrgicos, nómadas, montañeses, herejes y granjeros, en un asalto final y desesperado contra el orden dominante”, con su derrota final, “las aldeas rusas se hundieron en el silencio”.¹⁶

Igualmente, en Europa oriental todas las grandes noblezas conocieron rebeliones de siervos en el siglo XVII.

Como apunta Anderson, “las cuatro mayores rebeliones fueron dirigidas por elementos cosacos armados, que aportaban la experiencia militar en la organización (...) con el cierre final de las fronteras ucraniana y siberiana a finales del siglo XVIII fue cuando el campesinado ruso quedó sometido. Así pues, en toda la Europa oriental, la intensidad de la lucha de clases en el campo (...) fue también el detonador de explosiones campesinas contra la servidumbre, en las que resultaba frontalmente amenazado el poder colectivo y la propiedad de la nobleza (...) la ascensión del Estado absolutista del siglo XVII respondía, en último término, al miedo social: su aparato coactivo político-militar era la garantía de la estabilidad de la servidumbre (...) la función del Estado centralizado consistía en defender la posición de clase de la nobleza feudal contra sus rivales del exterior y sus campesinos del interior”¹⁷

A diferencia de la parte occidental de Europa, la transición hacia el absolutismo en el este produjo gigantescas luchas sociales, especialmente en Rusia, de una intensidad mucho mayor que en la Europa occidental; y a diferencia de ésta, los protagonistas no fueron los privilegiados o los propietarios, sino, las clases explotadas rurales y urbanas que veían como se les imponía una segunda servidumbre. En Rusia, estas rebeliones condujeron a una mayor cohesión de la aristocracia feudal y su pacto con la monarquía que pondrá las bases del absolutismo y la sumisión del campesinado en la servidumbre.

16 Ibidem, págs.. 351-2

17 Anderson, Perry, el Estado absolutista, pág. 212

Las rebeliones en China.

China presenta una de las historias más persistentes en rebeliones campesinas a lo largo de sus dos milenios de imperios. Para su análisis seguiremos la obra de Jean Chesneaux¹⁸, quién considera que sin poseer algunas de las instituciones más representativas del feudalismo, como la servidumbre o, a pesar de estar dotada de un poderoso Estado, sin embargo puede catalogarse a la sociedad china como feudal, aceptando definirla, como otros autores, de feudalismo burocrático, ya que la base de la clase dirigente china se basaba en el ejercicio de las funciones públicas y el control de la tierra. Las formas de lucha campesina fueron muy variadas y en los casos más desarrollados dieron lugar a guerras campesinas.

Este autor señala varios rasgos comunes a la mayoría de las rebeliones campesinas. El primero de ellos era la ideología igualitaria que les recorría. Este igualitarismo, al igual que hemos visto en los levantamientos campesinos medievales europeos, se expresaba a través de un sentimiento nostálgico y religioso. Se evocaba un pasado ideal de justicia primitiva y se acudía a cultos populares no oficiales como el taoísmo y el budismo. Los protagonistas de los levantamientos eran las masas campesinas, pero sus dirigentes provenían habitualmente de otras capas sociales.

Estas rebeliones tenían un fuerte componente espontaneista, pero el fuego del descontento se mantenía a lo largo del tiempo a través de una red de sociedades secretas agrupadas en dos grandes sistemas, que jugaron un importante papel en los levantamientos y atenuaron ese carácter espontáneo.

Su papel en la evolución de la historia china clásica fue doble. De un lado, mantuvo un clima de guerra social que generaba inseguridad entre la clase dirigente. Por otro lado, el movimiento campesino fue el responsable del remplazamiento de grandes dinastías, y con ello, en opinión de Chesneaux, jugó un papel de consolidación del sistema político clásico, depurándolo y regulándolo para que siguiera funcionando. Al ser su objetivo los aspectos más abusivos del sistema, no se planteaban su superación.

Otros dos factores que debilitaban la eficacia de estas rebeliones eran su carácter local de un lado, y lo efímero y discontinuo de su intervención.

Por último, este autor se refiere a las dos grandes revoluciones campesinas en China en el siglo XIX, en cuya gestación operó una serie de factores nuevos que se superpusieron a aquellos que ya había influido en las anteriores rebeliones. Éstos fueron, la presión demográfica, las guerras

¹⁸ Chesneaux, Jean, Movimientos Campesinos en China. Siglo XXI, Madrid, 1978.

del opio y las cesiones ante las potencias occidentales. Su desarrollo tuvo lugar entre 1850-70, y son calificadas como “el mayor conjunto de guerras campesinas de toda la historia universal”. La más espectacular fue la rebelión de los T'ai-p'ing. Se trataba de un clásico movimiento agrario con incrustaciones protonacionalistas y modernistas que atrajo por ello mismo a otras capas sociales. En sus objetivos proclamó un colectivismo primitivo, pero una vez instalados en Nankin se dotaron de un sistema de gobierno y una organización burocrática que reprodujo los privilegios contra los que se habían levantado y llevó a la pérdida del apoyo inicial de los campesinos, lo que fue la causa principal de su derrota.

La segunda gran revuelta fue la de los Nien, al norte de China, mucho más similar a las rebeliones clásicas, se diferenciaban de los T'ai-p'ing en que utilizaban la lucha de guerrillas, no crearon un aparato de Estado propio, y abogaban por una dinastía china en contra de los manchúes. Su cambio de estrategia, empleando grandes regimientos para la lucha, les llevó a la derrota militar en 1868.

Chesneaux analiza, finalmente, los obstáculos que impidieron la formación de un frente común entre estas dos rebeliones para derrotar a la dinastía manchú, entre los que sobresalen los diferentes objetivos buscados por cada una de ellas o, incluso, respecto a otras rebeliones menores de la época. Una enorme represión acabó con todas ellas.

Barrington Moore señala que la China premoderna fue muy propensa a las rebeliones campesinas, algunas de las cuales alcanzaron importantes dimensiones, en contraste con la India o Japón, sin que llegaran a alterar la estructura básica de la sociedad. La causa de estas rebeliones endémicas se encontraba en la débil atadura entre dirigentes y dirigidos, en comparación con otras sociedades, y la propia estructura de la sociedad china. En 1927 se produjo el paso de la fase de rebelión a la de revolución que culminó con la victoria comunista en 1949, y su base masiva fue un campesinado falto de tierra. El ingrediente en ese momento que se añadió a la miseria y explotación masiva, existente desde antiguo, para transformar la rebelión en revolución fue la decadencia de las clases altas. Y terminaron de completar las condiciones la presencia de un partido comunista y la guerra contra los invasores japoneses.¹⁹

En nuestro ejercicio comparativo con el moderno movimiento socialista, se puede destacar ahora la experiencia de la rebelión T'ai-p'ing, porque llegaron a crear un orden político nuevo con un Estado propio que, a partir de unos objetivos colectivistas, sin embargo reprodujo los privilegios contra los que se levantaron, llevándoles a perder el apoyo campesino y a la derrota final. Esta experiencia evoca la trayectoria, en otra coyuntura y con otros actores, de la

19 Moore, Barrington, Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia, Ed. Península, 1976, págs.. 169-90

revolución soviética, que partiendo igualmente de unos objetivos utópicos, como los expresados por Lenin en su obra *El Estado y la revolución*, degeneró rápidamente en una casta burocrática privilegiada que terminó siendo barrida, en otras circunstancias muy diferentes, ante la falta de apoyo popular.

Razones de la impotencia del campesinado.

Como hemos tenido ocasión de ver, el campesinado ha sido una clase continuamente explotada en los diferentes modos de producción que se han sucedido, y también continuamente se ha rebelado sin por ello conseguir nunca una sociedad a la medida de un proyecto propio.

Hemos repasado anteriormente algunas de las principales rebeliones campesinas que tuvieron lugar a lo largo de la historia. Pero su papel fue importante incluso en revoluciones ya no estrictamente campesinas, como por ejemplo en la francesa de 1789 o en la revolución triunfante china de 1951. Las revoluciones triunfantes en la época burguesa van a confirmar lo que se ha podido constatar en épocas anteriores, la incapacidad del campesinado para transformar por sí mismo sus revueltas en un proyecto alternativo de sociedad.

Soboul señala, respecto al primer caso, la importancia de los campesinos en la revolución francesa, “No hubiera podido tener éxito la Revolución y la burguesía aprovecharlo si las masas de campesinos hubieran permanecido pasivas. El motivo esencial de la intervención de los campesinos en el transcurso de la Revolución fue el problema de los derechos señoriales y de las supervivencias de feudalismo; esta intervención llevó consigo la abolición radical, aunque gradual todavía, del régimen feudal.”²⁰

Cuando Huntington estudia las principales revoluciones que se inician con la francesa, dentro de su enfoque de la modernización, señala respecto al campesinado dos puntos importantes. Primero considera que “una revolución no es nunca el fruto de la acción de una sola clase social: es necesaria la alianza del campesinado, el grupo central de todas las revoluciones, con sectores urbanos”; y luego apunta que, “el hecho de que los campesinos hayan sido siempre los principales protagonistas del movimiento revolucionario no quiere decir que formen el grupo dirigente, ya que éste se nutre sin excepción de personas de clase media urbana, de intelectuales”²¹

En su estudio sobre los orígenes sociales de la dictadura de la democracia, Barrington Moore indica que “El proceso de modernización empieza con revoluciones campesinas que fracasan. Culmina durante siglo XX con revoluciones campesinas que triunfan.... Su contribución revolucionaria, sin embargo, ha sido muy desigual. Decisiva en la China y en Rusia, bastante

20 Soboul, Albert, Compendio de historia de la revolución francesa.

21 Benedicto, Jorge y Morán, Mari Luz (eds), Sociedad y política. Temas de sociología política, Alianza, Madrid, 1995, pág376

importante en Francia, muy menor en el Japón, insignificante en la India hasta la fecha, fútil en Alemania y en Inglaterra una vez sofocadas explosiones iniciales”. Después de repasar algunas de las teorías que se han ocupado de explicar las revoluciones campesinas, el autor las crítica porque todas “adolecen de mismo error: atender en exceso al campesinado. Al reflexionar sobre el curso de cualquier rebelión preindustrial, advertimos que no puede entenderse sin referirla a las actitudes de las clases altas que, en gran parte, la provocaron. Otro rasgo notable en la rebelión en sociedades agrarias es su tendencia a adoptar el carácter de la sociedad que combaten (...) Los insurgentes batallaban por la restauración de la ‘ley antigua’ “.

Las hipótesis que propone Moore para explicar la rebeliones campesinas son las siguientes: la primera es la de que “una sociedad muy segmentada que se apoye en sanciones ampliamente esparcidas para salvaguardar su coherencia y para extraer el excedente del campesinado es casi inmune a la rebelión campesina, toda vez que la oposición tiende a tomar la forma de un nuevo segmento. En cambio, una burocracia agraria, es decir una sociedad que confía en una autoridad central para extraer el excedente, es un tipo más vulnerable. Los sistemas ciudades, donde el poder real está esparcido en varios centros bajo la autoridad nominal de un débil monarca, se halla entre lo uno y lo otro”

Su segunda hipótesis es que “el éxito o el fracaso de la clase alta en la adopción de la agricultura comercial repercute enormemente los resultados político. Allí donde la clase alta rural ha pasado a producir para el mercado, abriendo así la vida rural a los influjos comerciales, las revoluciones campesinas han tenido poca importancia (...) Y, a la inversa, la historia indica que un movimiento revolucionario tendrá muchas más facilidades para avanzar y llegar a ser una seria amenaza allí donde la aristocracia rural no ha desarrollado un impulso comercial poderoso dentro de sus propias filas (...) La respuesta de las clases altas rurales al reto de la agricultura comercial crea situaciones que son favorables o desfavorables a los alzamientos campesinos”.

La última de sus hipótesis se refiere a los factores del campesinado mismo, “los diferentes tipos de organización social reconocibles en diversas sociedades campesinas, junto con la tempestividad y el carácter del proceso de modernización, han de influir considerablemente en que la respuesta de los campesinos sea revolucionaria o pasiva”

El autor analiza la interrelación entre estos tres factores y concluye, “en suma, las causas más importantes de revoluciones campesinas han sido la ausencia de una revolución comercial agrícola dirigida por las clases altas rurales y la concomitante supervivencia de las instituciones sociales campesinas en la era moderna, en que están sometidas a nuevas presiones y tensiones”.

Hasta aquí, Moore se ha ocupado de los factores que explican la aparición de un potencial revolucionario entre el campesinado y ahora añade: “Que el mismo llegue a ser efectivo

políticamente depende de que los agravios campesinos vengan o no a fusionarse con los de otros estratos. Los campesinos nunca han podido consumir una revolución por sí solos. En este punto los marxistas aciertan plenamente, si bien van fuera de trastes en otros aspectos trascendentales. Los campesinos han de tener líderes de otras clases. Pero el liderazgo sólo no basta. Los alzamientos campesinos de la Edad Media y de fines de la Edad Media, dirigidos por aristócratas o ciudadanos, fueron todos aplastados (...) En realidad, los alzamientos campesinos han sido sofocados mucho más a menudo que han triunfado. Para que triunfen, se requiere una combinación de circunstancias bastante insólitas que nos se ha dado sino en los tiempos modernos. El mismo éxito, por otra parte, ha sido siempre de carácter absolutamente negativo. Los campesinos han proporcionado la dinamita para volar el edificio viejo. A las obras de reconstrucción subsiguientes, no han aportado nada; de hecho han sido sus primeras víctimas”.

Sobre los posibles aliados del campesinado en sus rebeliones, Moore apunta que, “por supuesto, el movimiento campesino no hallará sus aliados entre la élite. Puede, sin embargo, arrastrar un sector de la misma, especialmente, en la era moderna, a un puñado de intelectuales descontentos, y hallar en ellos sus líderes (...) Qué aliado pueda hallar el descontento campesino depende de la fase por la cual atraviere el desarrollo económico del país y de circunstancias históricas más específicas; estos factores también determinan el punto en que los aliados se vuelven contra el movimiento campesino para moderarlo o suprimirlo”²²

Desde el campo marxista esta debilidad e incapacidad del campesinado para alcanzar sus intereses propios es explicado apoyándose en una reflexión de Marx sobre el campesinado en el *Dieciocho brumario de Luis Bonaparte*: “Marx define aquí la característica fundamental del campesinado, determinada por las condiciones sociales de su existencia: su incapacidad de autoemanciparse. El campesinado puede luchar a menudo ferozmente pero no puede convertirse en clase dirigente. El campo puede derrotar a la ciudad en muchas batallas, pero no puede ganar la guerra, ya que el campo no puede dirigir a la ciudad, y es en ésta donde están ubicadas las principales fuerzas productivas. Por eso fracasaron la revuelta campesina de Wat Tyler en Inglaterra en 1381, Emiliano Zapata en Méjico, y un sinnúmero de revueltas campesinas que se repiten a través de la historia china. Para adquirir cohesión como fuerza política nacional, el campesinado necesita que lo dirija una clase, o parte de una clase, de origen urbano. Para Lenin, Marx y Trotsky, esta dirección sería provista por el proletariado, no "yendo al campo" sino luchando para derrocar al Estado en las ciudades. Para Mao, Castro, Guevara, etc. esta dirección

22 Moore, Barrington, op. cit., págs. 367-89

no la suministraría el proletariado sino los cuadros del ejército guerrillero, que provenían (y sólo podían provenir) casi exclusivamente de la intelectualidad urbana.”²³

En el mismo sentido se expresa el siguiente análisis sobre el papel del campesinado en las revoluciones modernas: “A lo largo de todo el siglo XX, fue característico el fenómeno consistente en movimientos colectivos campesinos movilizados contra el Estado, que desplazando a los detentadores del poder obtenían concesiones a través de la presión sobre el Estado, sin por ello cambiar la configuración de clase de éste. El campesinado, por su carácter de clase contradictorio (mitad propietario, mitad proletario), no tuvo ni pudo tener un programa propio e independiente para tomar el poder: los *kulaks* (campesinos ricos) arrastraban al campesinado a una alianza con la burguesía, mientras que los campesinos pobres, se inclinaban hacia al proletariado. Sólo el proletariado fue capaz de aglutinar detrás suyo a todas las clases oprimidas y cumplir así con las tareas de la revolución. Los ejemplos de Cuba y México lo confirman con exactitud. En el primer caso, la dirección revolucionaria que se terminó imponiendo no sólo consumó la revolución nacional sino que, para defenderla, se expandió al plano social, y terminó consumando una revolución socialista. En México, por el contrario, la dirección burguesa, que finalmente preponderó, liquidó la revolución.”²⁴

Hobsbawm sostiene que el cambio de mayor alcance de la segunda mitad del siglo XX fue la muerte del campesinado²⁵ después de haber aportado su contribución esencial a las principales revoluciones iniciadas con la francesa, pero este pronóstico no está muy de acuerdo con la realidad, su papel fue importante en las revoluciones cubana y nicaragüense, y aún hoy, en la primera década del siglo XXI es la fuerza principal en revoluciones como las de América Latina, sobretodo en Bolivia y Ecuador aunque reivindicando su identidad indigenista, y es la base fundamental de poderosos movimientos comunistas en la India o Nepal. Otra cosa diferente es si sus rebeliones, bajo dirección comunista o no, pueden desembocar en nuevos procesos de transición al socialismo, dado al fracaso de las experiencias del socialismo real y las dificultades mayores en los momentos actuales, como la mayor implantación de las relaciones capitalistas a escala mundial.

23 Molyneux, John, ¿Cuál es la tradición marxista?, Publicado por Socialismo Internacional (ahora En Lucha): julio 1994

24 Coggiola, Osvaldo, América Latina Siglo XXI ¿Una revolución en marcha?, págs.. 88-89

25 Hobsbawm, Eric, Historia del siglo XX, págs. 292-3

El triunfo de la burguesía contra el antiguo régimen

El modelo burgués de clase triunfante no es un prototipo histórico.

El marxismo propuso dos hipótesis nodales en su teoría de interpretación de la historia, la de que el motor de la historia es la lucha de clases, y la de que en cada modo de producción que se han ido sucediendo en la historia han existido dos clases principales enfrentadas. En realidad, como han sostenido muchos autores, estas hipótesis se basan en el estudio que hizo Marx del feudalismo y su transición al capitalismo y en su extrapolación al capitalismo que debería devenir socialismo. Pero también puede ser que la extrapolación se produjera en sentido contrario, es decir, que para justificar la hipótesis de un proletariado que iba a derrotar a la burguesía forzase una interpretación de la historia según este esquema, que en realidad no podía verificarse.

De cualquier manera, la burguesía sería el ejemplo de clase por antonomasia que luchando en el seno de un modo de producción que impedía el desarrollo de las fuerzas productivas, terminaría por liberarlas del corsé que las imponía el feudalismo, para permitir su desarrollo, imponiendo además su hegemonía social y políticamente. Más aún, es el único ejemplo histórico.

En las sociedades precapitalistas, las distintas clases explotadas y dominadas, bien fuesen esclavos o siervos, jamás consiguieron su emancipación como hemos tenido ocasión de comprobar. Ya vimos las razones desde el marxismo para explicar esta derrota continua. Pero sí ha existido una clase, la única clase en la historia, que no siendo dominante, pero tampoco explotada, triunfo contra la antigua clase dominante y su modo de producción, fue la burguesía. Así que se convierte en importante conocer porque fue posible este hecho excepcional.

Para el marxismo, el campesinado habría sido una clase auxiliar en el feudalismo y en el capitalismo, pero la burguesía fue, en un nivel diferente, el modelo de clase que se muestra revolucionaria en sus ascenso y consigue cumplir los fines de la historia, superando un tipo de relaciones de producción que impedirían el desarrollo de las fuerzas productivas, llevando el desarrollo histórico a un nuevo nivel. El proletariado debería repetir su hazaña para cerrar la historia en una sociedad sin clases.

Si el marxismo fuese un modelo de explicación plausible del desarrollo histórico tendría que desentrañar las razones de la excepcionalidad del caso burgués, una vez explicado porque no

triunfaron las otras clases, y demostrar porque el proletariado seguiría el camino de la burguesía, en cuanto al éxito de su tarea, y no el camino de los esclavos o siervos.

Hemos visto que se apela al hecho de que con el capitalismo se dan las condiciones materiales y sociales para que el proletariado alcance a cumplir su tarea histórica, en el mismo sentido que se dieron durante el feudalismo para con la burguesía. El esquema tendría su lógica interna si pudiese interpretarse en términos deterministas y, dadas las condiciones, fuese inevitable históricamente el cambio. Pero, al margen de la desviación en tal sentido de algunas corrientes, el marxismo explica el cambio por la intervención de un factor fundamental, la lucha de clases. Y entonces, el futuro queda abierto, puede que las condiciones estén dadas, como ocurrió en su momento con la burguesía bajo el feudalismo, pero puede que el desenlace de sus rebeliones sea el mismo que el de los esclavos y los siervos, la derrota. Porque la situación del proletariado en la sociedad y sus objetivos se parecen más a los de éstos que a los de la burguesía en su momento; en posición explotada y oprimida y buscando una sociedad justa e igualitaria.

Adelantemos una crítica hecha al marxismo cuando señala al sujeto que cerrará la historia de las sociedades clasistas: “En el marco de la teoría marxista no hay un solo lugar en el que se demuestre concluyentemente la misión histórico-universal del proletariado. Marx y Engels postularon esta misión antes de haber analizado con detalle las leyes del modo de producción capitalista. De *El Capital* solo se desprende concluyentemente el papel del proletariado como antagonista de la burguesía en el interior de la relación entre trabajo asalariado y capital, que al margen de esto el proletariado tuviese que ser el sujeto colectivo actual de la emancipación general, no era sino una hipótesis filosófica en la que se concentraba la componente utópica del marxismo. En modo alguno podía venir comprendida en la economía política del capitalismo”²⁶

Efectivamente, el modelo burgués, de lucha por su hegemonía dentro del feudalismo, se aparta en tres elementos claves de la práctica del proletariado. El primero sería en cuanto a la posición de ambas clases en el seno del modo de producción al que buscan superar. La burguesía va adquiriendo lentamente la hegemonía económica en el feudalismo, al proletariado le está vedada esta vía, se mantiene como el campesinado o los esclavos, siempre como clase subordinada en todos los aspectos.

El segundo elemento diferente lo representa el tiempo histórico necesario para culminar el proyecto para cada clase. A la burguesía la llevó varios siglos alcanzar esa hegemonía económica y varios decenios más extenderla social y políticamente. Sin embargo, el proletariado inicio rápidamente su ofensiva y en menos de un siglo había creado ya el primer

26 Lander Edgardo, Contribución a la crítica del marxismo realmente existente, Fundación editorial el perro y la rana, Caracas, 2008 pág. 24

Estado obrero donde antes había un imperio semi-feudal, y en pocas décadas más había conquistado una parte considerable, en población y territorio, del planeta, eso sí, en su parte atrasada y con un proletariado minoritario. Pero la propia rapidez y el territorio de extensión convirtieron en efímeras esas conquistas. En su ascenso, la burguesía no conoció retrocesos de esa magnitud.

El tercer elemento diferenciador está relacionado con el tema de este estudio. El elemento que cohesionaba en cada caso la acción de cada una de estas clases y las hacía avanzar en sus propósitos históricos. La burguesía fue extendiendo e imponiendo las relaciones mercantiles en todas las esferas a lo largo de un amplio período histórico. Un aliado importante en su lucha contra el orden y la cosmovisión feudal lo representó el avance de la ciencia y el pensamiento racional, que se enfrentó y terminó derrotando al pensamiento religioso tradicional, pilar ideológico del orden monárquico-aristocrático.

Wallerstein señala que una de las características “específica del sistema histórico capitalista/"moderno" es la construcción del conocimiento. Este proceso ha sido invocado de varias maneras. En general, se hace hincapié en el predominio de la ciencia, o de una determinada forma de ciencia y, por lo tanto, del método científico, de un método de pensamiento calificado a veces de newtoniano o baconiano-newtoniano. Es esta transformación de la tecnología que hizo posible a continuación, en las actividades de producción, la substitución, sobre una gran escala, de la energía no humana por la energía humana y que, a su vez, explica el fenómeno del crecimiento intensivo”²⁷

Ahora bien, esta forma de conocimiento desarrollada e impulsada por la burguesía responde a los valores que esta clase sustenta y con los que modela la sociedad capitalista, y ha tenido unas implicaciones importantes no solo en la sociedad burguesa, sino en la concepción de la sociedad socialista por el marxismo como lo expone Lander. Este autor desmitifica la ciencia como única forma de conocimiento válido, porque, “no tiene ninguna fundamentación ontológica en la naturaleza humana. No es la forma ‘superior’ del conocimiento humano. Es la forma de conocimiento que desarrolla históricamente la sociedad occidental sobre la base de la priorización radical de los valores de la producción, el trabajo, la previsión y el control. Se trata por el contrario de un proceso histórico cultural particular en el cual como consecuencia de una compleja influencia de factores económicos, políticos y valorativos, se realiza en occidente una opción cultural fundamental de priorización de los valores humanos que podían encontrar su realización por la vía de la razón instrumental.” Para también señalar las implicaciones de la mitificación de ese conocimiento, “En las tradiciones dominantes de la cultura occidental a

²⁷ Wallerstein, Immanuel, L'Occident, le capitalisme et le système-monde moderne, pág.14

partir del iluminismo; en el positivismo, en el marxismo, en todo el pensamiento tecnocrático de este siglo, se ha asumido que en lo fundamental estos dos conjuntos de valores no presentan ninguna tensión ni contradicción entre sí. Se ha asumido que es precisamente sobre la base del pleno desarrollo de todas las potencialidades de la razón instrumental (producción, conocimiento científico, industrialización, desarrollo tecnológico, y progreso material de la sociedad), como podrían desarrollarse también plenamente los valores de la autonomía, de la libertad, de la intersubjetividad. Se ha asumido que el pleno control sobre la naturaleza y la satisfacción de unas necesidades materiales siempre en expansión, permitirían ‘liberar’ al hombre del reino de la necesidad para catapultarlo hacia el reino de la libertad.”²⁸

Igualmente, la burguesía recibió el apoyo de diferentes pensadores que contribuyeron a definir y difundir la cosmovisión liberal asociada a la nueva clase en ascenso. En la historia académica de las ideas políticas es obligado citar a algunos de los principales de estos pensadores que contribuyeron a dar cuerpo al liberalismo como pensamiento político. Locke, Hobbes, Montesquieu, o Madison figuran entre los clásicos. Tanto el pensamiento científico como el de estos autores fueron contribuciones importantes sin duda alguna, pero su contribución a la acción y al triunfo de la burguesía no es comparable al papel jugado por Marx en la acción del movimiento obrero y socialista y en el triunfo de los “Estados obreros”. Dentro del liberalismo caben Keynes y Hayek, pero dentro del marxismo si bien cabe el leninismo no la socialdemocracia. La burguesía y el capitalismo pueden dominar y desarrollarse a través de regímenes demo-liberales, autoritarios y dictatoriales, pero solo se han creado “Estado obreros” bajo la acción y el modelo levantados por partidos marxistas, todas las demás corrientes que han pretendido orientar la acción del movimiento obrero han fracasado en su propósito de establecer una sociedad diferente del capitalismo. De ahí la importancia medular del marxismo en la lucha por el socialismo y el enorme interrogante que plantea una crisis profunda del mismo.

Durante el feudalismo los conflictos en su seno llevaron a que una de las clases sociales dominadas por la aristocracia terminase imponiéndose y cambiando el modo de producción. No fue obra del campesinado bajo servidumbre, aunque se rebelase insistentemente. Fue la burguesía, debido a su ascenso paulatino en el dominio económico, acompañado por la producción teórica de un pensamiento que expresaba su visión del mundo y que se impondría con el capitalismo. Esa fue la característica propia con la que se expresaron los rasgos comunes citados durante el feudalismo europeo; una de las clases dominadas fue ascendiendo hasta alcanzar su hegemonía económica y necesitó un período de luchas para imponer su modelo político y social definitivamente.

28 Lander, Edgardo, op. cit., págs. 141 y 146

Con anterioridad nunca había sucedido este desarrollo peculiar, y más bien la pauta consistió en rebeliones continuas fracasadas de los dominados o colapsos de civilizaciones por diversas causas entre las que se pueden citar las guerras y las invasiones.

Las condiciones en que tuvo lugar la expansión del capitalismo.

Relaciones mercantiles han existido desde mucho antes de que se pudiese hablar de capitalismo, e igualmente esas relaciones mercantiles eran sustentadas por clases sociales en los modos de producción esclavista o feudal. Dichas clases se enfrentaban a las clases sociales dominantes en esos modos de producción, cuyo poder se basaba en la posesión de la tierra y en relaciones esclavistas o serviles, por el control del poder político y económico, como por ejemplo fue el caso de los caballeros en la república romana contra los terratenientes que controlaban el senado.

Wallerstein dice respecto al capitalismo que, “no es la mera existencia de personas o compañías produciendo para la venta en el mercado con la intención de obtener una ganancia. Tales personas o compañías han existido por miles de años a lo ancho y largo del planeta. Tampoco es definición suficiente la existencia de personas asalariadas. El trabajo remunerado ha sido conocido por miles de años. Nos encontramos en un sistema capitalista sólo cuando el sistema da prioridad a la incesante acumulación de capital. Frente al uso de la definición, sólo el sistema-mundo moderno ha sido un sistema capitalista. La acumulación incesante es un concepto relativamente simple: significa que las personas y las compañías acumulan capital a fin de acumular más capital, un proceso continuo e incesante. Si decimos que un sistema "da prioridad" a tal acumulación incesante, significa que existen mecanismos estructurales mediante los cuales quienes actúan con alguna otra motivación son, de alguna manera, castigados, y son eliminados eventualmente de la escena social, mientras que quienes actúan con la motivación apropiada son recompensados y, de tener éxito, enriquecidos.”²⁹

También hay un cierto acuerdo en que una las características esenciales del capitalismo, que le diferenciaban de otros modos de producción anteriores, se refiere a que mientras en los modos de producción precapitalistas las superestructuras políticas son las que determinan el tipo de coerción extraeconómica, el capitalismo es el primer modo de producción de la historia en el que los medios por los que se extrae el excedente del productor directo son ‘puramente’ económicos en su forma.

²⁹ Wallerstein, Immanuel, Análisis de sistemas mundo, Siglo XXI, pág. 19

Los historiadores marxistas han debatido ampliamente sobre los orígenes del capitalismo y sobre las causas que propiciaron la transición desde el feudalismo, dando lugar a una intensa polémica, como recoge Antonio Carrasco³⁰, a partir de la obra de Maurice Dobb *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo* publicada en 1946, que sitúa el nacimiento del capitalismo en Inglaterra en la segunda mitad del siglo XVI, con dos momentos claves, las revueltas inglesas del XVII en las que la burguesía se convirtió en clase dominante, y la revolución industrial de finales del XVIII. Señalando que las causas del declive del feudalismo se encontraban en su ineficacia como modo de producción. La crítica de Paul Sweezy a estas tesis - que enfatizó el crecimiento del comercio como principal causa del declive del feudalismo; señaló la existencia en el período de transición de un modo de producción pre-capitalista de bienes; y rechazó una vía revolucionaria en la aparición de la clase capitalista - y la respuesta a las mismas de Dobb - que se reafirmó en que la desintegración del modo de producción feudal y el nacimiento del capitalismo fueron procesos independientes - abrió un debate que implicó a otros historiadores marxistas como Kohachiro Takahashi, Rodney Hilton, Christopher Hill, Eric Hobsbawm, Perry Anderson y Robert Brenner. El resultado fue la aparición de “dos líneas diferentes de interpretación marxista: una económica, centrada en las relaciones de intercambio, que desarrolló las ideas de Sweezy; y otra política-económica, centrada en las relaciones sociales de producción y en la lucha de clases, que evolucionó las propuestas de Dobb.”

Además de esta polémica entre historiadores marxistas, otra interesante, y en relación con ella, fue la que se entabló entre estos y los historiadores partidarios de la teoría del sistema-mundo, como veremos más adelante.

Braudel³¹ sitúa a mediados del siglo XV el momento en que se produce un resurgir general de la economía occidental en beneficio de los mercados urbanos, que será impulsada durante el siglo siguiente por la expansión de la economía atlántica y las ferias internacionales. Aunque el siglo XVII está marcado por el estancamiento, se imponen las bolsas y la hegemonía de Amsterdam. El siglo XVIII es de aceleración económica con un nuevo centro, Londres, que disputa su posición a Amsterdam. Braudel analiza las condiciones que hicieron posible el desarrollo del capitalismo en Europa y no en otras partes del mundo donde existieron de partida condiciones similares a las europeas; igualmente describe cual es la diferencia entre la esfera del capitalismo y la del mercado propiamente dicha que había precedido y luego acompañado al desarrollo del primero, “Resumiendo, hay dos tipos de intercambio: uno, elemental y competitivo, y que es transparente; el otro, superior, sofisticado y dominante. No son ni los mismos mecanismos ni los

30 Carrasco, Antonio, La historiografía marxista, <http://blogs.ua.es/tendenciashistoriograficas/la-historiografia-marxista/>

31 Braudel, Fernand, La dinámica del capitalismo, Fondo de Cultura Económica, México, 2002, págs.. 12-3

mismos agentes los que rigen a estos dos tipos de actividad, y no es en el primero, sino en el segundo, donde se sitúa la esfera del capitalismo.”³²

Igualmente, este autor describe como la burguesía va imponiéndose lentamente en el interior del feudalismo, “El régimen feudal constituye, en beneficio de las familias señoriales, una forma duradera del reparto de la riqueza territorial, riqueza de base —y por lo tanto un orden estable en su textura. La "burguesía", a lo largo de los siglos, vivirá como un parásito dentro de esta clase privilegiada, cerca de ella, contra ella y aprovechándose de sus errores, de su lujo, de su ociosidad y de su falta de previsión, para acabar apoderándose de sus bienes —con frecuencia a través de la usura— y para infiltrarse finalmente en sus filas y perderse en ellas. Pero hay otros burgueses para reanudar el asalto, para reemprender la misma lucha. Parasitismo, en suma, de larga duración: la burguesía no cesa de destruir a la clase dominante para nutrirse de ella. Pero su ascensión fue lenta, paciente, traspasándose sin cesar la ambición a hijos y nietos. Y así sucesivamente.”³³. Estas condiciones que permitieron el desarrollo y ascenso de la burguesía en Europa también faltaron por distintos motivos en otras partes del mundo.

Sobre el fondo de este desarrollo histórico se va a producir finalmente el salto fundamental del capitalismo, el que le da su conocida fisonomía actual, la revolución industrial desatada en Inglaterra a partir del siglo XVIII.

En la obra de Braudel se aprecia una doble sensación, de una lado se iban acumulando históricamente todas las condiciones necesarias para que se estableciese el capitalismo, pero por otro lado, como el mismo describe en su obra con los casos de China, India, el mundo islámico, etc., el cumplimiento simultáneo de dichas condiciones fue un proceso lento y difícil que solo se terminó produciendo en Europa. En cualquier caso, la burguesía no es la clase explotada que se rebela en el seno del feudalismo, ese es el papel de los siervos del campo.

Es lo que plantea Wallerstein³⁴ cuando indica que las variables necesarias para que se inicie un proceso de progreso como el occidental ya habían existido antes y en otros lugares, y que es hacia 1500 cuando esas variables se amplían en Europa, preguntándose si esto fue necesario o accidental, destacando el escaso acuerdo existente entre los especialistas sobre estos temas.

Este punto es importante porque rompe el hilo conductor del marxismo en su filosofía de la historia. Históricamente han existido el régimen esclavista, el feudalismo y el capitalismo, en

32 Ibidem, pág. 26

33 Ibidem, pág. 29

34 Wallerstein, Immanuel, L'occident, le capitalisme et le système-monde moderne, http://www.uqac.quebec.ca/zone30/Classiques_des_sciences_sociales/index.html

este orden cronológico³⁵. Pero su secuencia no es inevitable, ni las causas de la sustitución fueron iguales. El esclavismo continuo, como hemos visto, una vez colapsado el Imperio romano y fue sustituido paulatinamente por las relaciones feudales, no hubo una clase revolucionaria que con sus luchas abriese la transición de uno al otro, la clase terrateniente dominante en el esclavista Imperio romano siguió siendo la dominante en las nuevas relaciones sociales del feudalismo. Igualmente, el capitalismo sobrevino, y en Europa, porque una constelación de circunstancias lo propiciaron, pero igualmente podría haberse frustrado, en ese momento, en ese lugar y con las características que tuvo.

Sobre la manera en que se estableció el feudalismo, la explicación de Wallerstein se aleja del esquema marxista. “la institución en el siglo XI del sistema feudal en su forma clásica era, en ese momento, una nueva solución al problema constante de la manera explotar la mano de obra agrícola por una capa superior cuyos conocimientos técnicos principales eran el arte de la guerra. La esclavitud había sido un importante mecanismo (quizá un mecanismo clave) que permitía realizar esta explotación, no sólo durante el imperio romano, sino también al principio de la Edad Media (...) el sistema señorial, con su combinación de mano de obra de esclavos sobre el dominio y de trabajadores "libres", se hundió al final del siglo X. Es este hundimiento que Bois califica de revolución, que fue la causa inmediata de las iniciativas masivas de la población rural en numerosas regiones, que implicaron el famoso desarrollo de los siglos XI-XII (...) este sistema funcionó bien maravillosamente para los señores durante un determinado tiempo, pero se hundió más tarde. Es en los alrededores de los años 1250 que el sistema conoció su "crisis", que, se piensa tradicionalmente, duró hasta los alrededores de 1450. Por lo tanto, según parece tenemos un sistema histórico que sólo existió durante 500 años a lo sumo, período cuya mitad, al parecer, estaría caracterizado por una ascensión o una expansión del sistema, y la otra mitad, por una crisis o una decadencia”.³⁶

Elementos protocapitalistas habían existido en sistemas históricos anteriores, así que hacia 1400, cuando el sistema relativamente poco importante, indeterminado y momentáneo del feudalismo europeo estaba en pleno hundimiento, había pocas razones para suponer que algo diferente de una nueva alternativa al sistema redistributivo/tributario de explotación lo sustituiría. En vez de eso, se estaba produciendo la génesis de un sistema radicalmente nuevo.

Wallerstein distingue dos grandes tipos de explicaciones sobre el origen del capitalismo. En el primer tipo se encuentran las de carácter civilizacional, basándose en una característica que a

35 Y el modo de producción asiático, pero no podemos ocuparnos de este tema

36 Wallerstein, Immanuel, *Ibidem*, pág. 23-7

largo término conduce inevitablemente a Europa al capitalismo. En este tipo incluye las de Max Weber, Perry Anderson, Michael Mann, Alan Macfarlane, Robert Brenner y Pellicani.

La crítica que hace Wallerstein de la explicación civilizatoria es que “ellas suponen por lo tanto que la evolución era hasta cierto punto inevitable. Se permanece con la impresión de que la raíz profunda conducía al producto final por un lento proceso de maduración, como si se programara orgánicamente”³⁷

El segundo tipo de explicaciones son de carácter coyuntural, se trata de desarrollos que eran contingentes y por tanto la aparición del sistema histórico capitalista/"moderno" era hasta cierto punto improbable. En este sentido, Wallerstein analiza cuatro hundimientos y su efecto acumulativo, los hundimientos del señorío, el Estado, la Iglesia y los mongoles.

El primero es consecuencia de la crisis de las rentas señoriales entre 1250-1450. Bois ve una larga tendencia que culminó en un hundimiento total "entre 1415 y 1450". Endeudados los señores, no consiguieron frustrar el aumento del excedente en favor de los campesinos y se volvieron los unos contra los otros. La crisis feudal se agrava con el hundimiento de las estructuras estatales, que se habían levantado durante el feudalismo, a partir de la gran crisis iniciada en 1250. Es verdad que después de 1450 los poderes de los Estados monárquicos aumentaron de nuevo, y muy considerablemente, pero eso ocurrió precisamente porque en el período 1250-1450 se reveló el peligro que representaba para los señores la debilidad del Estado.

La Iglesia había sobrevivido al hundimiento del Imperio romano y el resultado era una situación única, en la cual una religión de tipo universal y jerárquica se había vuelto el cemento normativo e incluso institucional de una civilización políticamente desagregada. Pero su debilidad en el período al que nos referimos estaba basada en que la propia Iglesia hacía importantes actividades económicas, y era afectada por la depresión económica en el mismo sentido que los señores (en calidad de rentistas) y que los Estados (en calidad de beneficiarios de los impuestos).

En conjunto, el período 1250-1450 fue desastroso para las clases dirigentes de la Europa occidental. Sus rentas disminuyeron. Eran confrontadas en luchas extremadamente salvajes, que dañaron sus riquezas, y su autoridad. Debían hacer frente a rebeliones populares -rebeliones campesinas, movimientos heréticos. El desorden público era elevado, al igual que la agitación intelectual pública. Todo lo que era sólido se fue en humo. Fue una "crisis" del sistema

37 *Ibidem*, pág. 39

histórico. El hundimiento de una clase dirigente como en la Europa feudal es normal en la historia, lo anormal es que no fuese consecuencia de una conquista externa.

Wallerstein explica que justamente en ese momento crítico para Europa occidental, entre 1350-1450, en que era extremadamente vulnerable debido al triple hundimiento que sufría, las regiones externas sufrían un repliegue sobre sí mismas debido a la ruptura del lazo mongol causada por la peste negra.

Así pues, solo en Europa con la crisis del feudalismo el declive del poder estatal y la transformación de los señores en empresarios permitió que se desarrollase el capitalismo. Los señores feudales comenzaron, a partir de la crisis del feudalismo, a descubrir las ventajas económicas de utilizar los métodos capitalistas. Esta nobleza feudal, que se va transformando en empresarios capitalistas, aceptó como un instrumento necesario el Estado absolutista que existió en el período de transición al capitalismo.

En este punto es necesario hacer un inciso sobre estas apreciaciones del autor para señalar otras dos analogías históricas como las que venimos haciendo. La primera es que ese hundimiento anormal de una clase dirigente ha vuelto a repetirse a finales del siglo XX, pero protagonizado esta vez no por la clase dirigente capitalista, sino por la burocracia que detentaba el poder en gran parte de los países del socialismo real. La segunda es que también ahora esa clase dirigente transitó al capitalismo, bien en la versión directa, rápida y salvaje del comunismo eurosoviético, bien en la versión indirecta, lenta y controlada del chino-vietnámica.

La explicación marxista clásica sobre porque el desarrollo capitalista se produjo en Europa y no en otras partes del mundo se puede encontrar en Ernest Mandel³⁸. Para este autor, el paso de la producción simple de mercancías a la producción capitalista se caracteriza por dos fenómenos, el primero es la transformación de la fuerza de trabajo en mercancía, el segundo es la transformación de los medios de producción en capital. A pesar de que estos cambios se dieron entre los siglos XVI-XVIII en la Europa occidental, sin embargo las condiciones para ello concurrían en otras civilizaciones, dónde existían el capital usurario y mercantil, la industria a domicilio y la manufactura; y cita a Bizancio, India, el mundo islámico, China y Japón.

Este autor apunta a tres tipos de razones para explicar la ausencia de desarrollo capitalista en tales civilizaciones. En ellas prevaleció el subproducto pagado en especies, impidiendo la penetración de la economía monetaria en la economía campesina, como sí ocurrió en Europa occidental, que es una condición necesaria para el aumento de la producción de mercancías. La segunda razón alegada por Mandel es que el maquinismo, que elimina la industria a domicilio y

38 Mandel Ernest, Tratado de economía marxista, tomo I, Ed. Era, México, 1980, págs. 161-173

el artesanado, y tiende constantemente a una economía del trabajo humano, se encuentra en condiciones adversas para desarrollarse allí donde se emplea el trabajo servil, como en Roma, o donde la irrigación permite el desarrollo de una agricultura intensiva que asegura un gran aumento de la población. En tercer lugar, está el hecho de que la burguesía se constituyó como clase en las comunidades libres de la edad Media, y a partir del siglo XV se constituyen Estados modernos centralizados por elevación de la burguesía urbana. Por el contrario, en otras sociedades precapitalistas, el capital queda constantemente sometido a la arbitrariedad de un Estado despótico y todopoderoso que confisca los grandes beneficios como en Roma, China, India, etc.

Es importante anotar que tanto Mandel como Wallerstein concuerdan en que un factor decisivo en el despegue capitalista fue el debilitamiento del poder estatal.

Ahora bien, concluye este autor marxista, estas particularidades del desarrollo de Europa occidental no significan que el desarrollo de la revolución industrial solo fuera posible en Europa, solo explica porque surgió primero en esta región. Porque, se entiende implícitamente, en algún momento y lugar tendría que producirse la generalización de la producción de mercancías, que es la esencia del modo de producción capitalista. Si las condiciones de maduración de un modo de producción lleva inevitablemente al estadio superior inmediato, se puede llegar, en el paso siguiente, a concluir del propio desarrollo de las fuerzas productivas, y sus contradicciones con las relaciones de producción, que el capitalismo debe dejar paso a un modo superior, el comunismo. Culminación, a la vez de ese desenvolvimiento en una visión económicamente desarrollista, y de los anhelos de justicia e igualdad de la humanidad. No se contempla en los análisis de los autores marxista la posibilidad de que algún tipo de circunstancias hubiesen llevado a un derrumbe del feudalismo y hubiese bloqueado el despliegue del capitalismo, definitiva o temporalmente. Sin embargo, esta hipótesis de la evolución frustrada si comienza a ser sopesada por algunos marxistas respecto a la superación del capitalismo, cuando hablan sobre la alternativa entre socialismo o barbarie. Pero se hablará sobre ello más adelante.

Wallerstein señala tres estructuras, que se establecieron en el sistema histórico capitalista/"moderno", y que son resaltadas (en conjunto o separadamente) como sus características distintivas: la propiedad privada; la mercantilización (de los bienes, de la tierra y del trabajo) y el Estado "moderno" soberano. El derecho de propiedad privada ni es absoluto en el capitalismo, ni exclusivo de él. En cuanto a la mercantilización, lo más característico de ésta en el capitalismo es su extensión, de un lado, a las tierras, recurso fundamental en los sistemas históricos anteriores y, por tanto, protegido de la libre comercialización, y, de otro lado, al

trabajo, aunque nunca estuvo totalmente ausente en sistemas anteriores. Lo que sí es característicamente capitalista es la soberanía del Estado moderno.

El proceso de expansión del capitalismo tuvo lugar a lo largo de varios siglos en los que se extendió el comercio internacional, las actividades financieras y la circulación del dinero, la mercantilización de las actividades económicas y el trabajo asalariado. Su despegue definitivo se produjo a partir de la revolución industrial iniciada en Inglaterra desde el siglo XVII. En la teoría del sistema-mundo esta expansión produjo sucesivos centros de hegemonía que se desplazaron de Génova a Amsterdam, luego a Londres y finalmente a los Estados Unidos.

Esta interpretación del despliegue capitalista de la teoría del sistema-mundo no concuerda con la interpretación marxista, y ha sido criticada por algunos autores de esta última, como por ejemplo en la crítica de Juan Chingo a Giovanni Arrighi. El punto principal de su desacuerdo tiene que ver con el núcleo esencial del marxismo, la posibilidad de superación del capitalismo, como puede apreciarse en el siguiente párrafo: “Como toda teoría cíclica no es la acción humana, la agencia humana, la que determina el curso de la historia, sino las leyes objetivas de la acumulación capitalista. El cambio ocurre como resultado de la acumulación estructural de contradicciones. Es una visión de la historia en donde no hay posibilidad de ruptura y transformación revolucionaria de la sociedad, sino una repetición cíclica -aunque cada vez más complejizada- de las unidades estatales y de la empresa capitalista, la dialéctica Estado-capital, que son las únicas agencias de cambio dentro del proceso histórico que percibe Arrighi. El "caos sistémico", que se genera cuando finaliza el momento de acumulación capitalista y comienza la expansión financiera de la potencia hegemónica, y que genera una exacerbación de la competencia interestatal entre las potencias del centro y de los procesos sociales, siempre se resuelve con el reemplazo de la antigua hegemonía por un nuevo poder estatal y económico emergente. El resultado es un incremento constante del tamaño, la complejidad y el poder de las agencias líderes de la historia capitalista (...) Como toda teoría cíclica simplemente describe una pauta de causas eficientes que no puede descubrir las fuerzas motrices detrás del movimiento; sólo describe una secuencia de eventos en el cual no hay necesidad. De esta manera Arrighi cae en una suerte de empirismo opuesto al materialismo histórico”³⁹

39 Chingo, Juan y Dunga, Gustavo, Una polémica con "El largo siglo XX" de Giovanni Arrighi e "Imperio" de Toni Negri y Michael Hardt, Estrategia Internacional 17 (revista teórica del PTS - Argentina) 2001, págs. 3-4.

Otro autor que crítica en la misma línea a Arrighi es Jorge Veraza Urtuzuástegui en “Crítica a cuatro interpretaciones de la historia del siglo XX: Giovanni Arrighi, Paul Johnson, Eric Hobsbawm y Antonio Negri”, Polis, México, 2002

La controversia sobre las revoluciones burguesas.

La consolidación del sistema económico capitalista no podía darse por finalizado hasta que, de un lado abarcase a la mayor parte del mundo y, de otro, que la clase que impulsaba y se beneficiaba de este proceso controlase el poder político y moldease las estructuras sociales, jurídicas, políticas y culturales de acuerdo a su cosmovisión; de este último aspecto es de lo que nos vamos a ocupar a continuación. En este proceso, la burguesía tuvo que llevar a cabo diversas revoluciones para despejar el camino. Estas revoluciones, cuando fueron necesarias, barrieron los obstáculos a un proceso que, salvo un cataclismo que nunca tuvo lugar, no admitía un regreso al pasado⁴⁰.

“Por último, la revolución burguesa no es sino la completitud del proceso anterior al nivel de la superestructura. Esto quiere decir que la naturaleza del Estado cambia para dar acogida a la nueva clase que ya ha accedido al poder en las relaciones sociales y económicas, y permitir la transformación de todo el ordenamiento jurídico (leyes, relaciones de propiedad, sistemas de códigos penales, civiles y mercantiles acordes con la actividad productiva y mercantil reales, etc.) por medio de una revolución burguesa que, más allá de sus diversas manifestaciones concretas en los distintos países, consistía siempre, básicamente, en los cambios necesarios para la consolidación de la clase burguesa en el poder político.”⁴¹

Las mismas diferencias de criterios, entre autores marxistas y no marxistas, que habíamos encontrado en la explicación sobre el nacimiento y expansión del modo capitalista de producción se repiten ahora en torno a la manera en que la burguesía alcanzó el dominio político para terminar de modelar la sociedad. El resultado no es discutido por evidente, la burguesía consumó su dominio, acabó con el antiguo régimen y estructuró el Estado nacional a su medida (aunque con una gran variedad de regímenes). La discusión se refiere a los caminos utilizados para llegar a este resultado. Y las distintas posiciones están pre-condicionadas por el paradigma explicativo que se tome de partida.

Efectivamente, el tema es polémico en cuanto se pasa a discutir sobre cuáles fueron las auténticas revoluciones burguesas, o dicho de otra manera: si pueden considerarse realmente

40 Trotsky señaló la causa de esta irreversibilidad histórica del capitalismo: “En el curso de su carrera, la sociedad burguesa ha cambiado muchas veces de regímenes y de castas burocráticas, sin modificar, por eso, sus bases sociales. Se ha inmunizado contra la restauración del feudalismo y de sus corporaciones, por la superioridad de su modo de producción.”, La Revolución traicionada, Fundación Federico Engels, 2001, pág. 212

41 Guerrero, Diego (coord.), Manual de economía política, Síntesis, 2002, pág. 21

burguesas algunas de las calificadas como tales; sobre la estricta necesidad de dichas revoluciones, es decir, sobre si su ausencia hubiese impedido o no la consolidación del dominio burgués; sobre porque fueron necesarias en ciertos lugares y momentos y en otros no; o, incluso porque siendo derrotados algunos intentos de revolución la burguesía también acabó imponiéndose políticamente.

Iniciemos la incursión en este tema polémico con la visión que de las revoluciones burguesas tenían los fundadores del marxismo, al hilo, primero, de la comparación que realizan con las revoluciones proletarias: “Las revoluciones burguesas avanzan arrolladoramente de éxito en éxito, pero son de corta vida, llegan enseguida a su apogeo y una larga depresión se apodera de la sociedad, antes de haber aprendido a asimilar serenamente los resultados de su período impetuoso y agresivo. Las revoluciones proletarias se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzar de nuevo (...) retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás”⁴²

Y más tarde de las conclusiones que extrae Engels de las revoluciones burguesas al referirse a las tres grandes batallas que tuvo que librar la burguesía europea contra el feudalismo, que en su opinión fueron la reforma protestante alemana, la revolución inglesa del siglo XVII y la revolución francesa de 1789. Estas conclusiones no fueron, desde luego, muy afortunadas “Parece ser una ley del desarrollo histórico el que la burguesía no pueda detentar en ningún país de Europa el poder político – al menos durante largo tiempo – de la misma manera exclusiva con que pudo hacerlo la aristocracia feudal en la Edad Media. Hasta ahora, una dominación de la burguesía mantenida durante largos años sólo ha sido posible en países como Norteamérica que nunca conoció el feudalismo”⁴³

Pero éstas son visiones épicas, propias de un artículo periodístico, no un estudio científico del tema. Por ello es más convincente la visión que expone Perry Anderson⁴⁴. Marx y Engels vivieron una época sacudida por diversas revoluciones burguesas a escala mundial, y mientras que sí prestaron gran atención a las europeas de 1848, que se saldaron con fracasos, no hicieron lo mismo con otras exitosas en Alemania, Italia o Japón. La explicación de Anderson a estas

42 Marx, Carlos, El 18 brumario de Luis Bonaparte, en Marx-Engels, Obras escogidas, volumen I, Progreso, Moscú, 1981 pág. 411

43 Engels, Federico, Del socialismo utópico al socialismo científico, en Marx-Engels, Obras escogidas, volumen III, Progreso, Moscú, 1981 pág. 115

44 Anderson, Perry, La noción de revolución burguesa en Marx, tomado de la traducción en www.revoltglobal.net

ausencias es que apenas se puede encontrar en los trabajos de Marx la noción de revolución burguesa, que formará parte del vocabulario marxista a partir de fines del siglo XIX gracias a los escritos de Plejanov y Lenin, y a partir de una definición negativa de la revolución proletaria, “el concepto fue reconstruido mediante una especie de proyección retrospectiva, cuyo modelo lo constituía la revolución proletaria.”

Anderson propone cuatro “características constitutivas de lo que podríamos definir como la necesaria -no contingente- sobredeterminación de cualquier revolución burguesa.” La primera es la que denomina “sobredeterminación de las revoluciones burguesas desde arriba”, apuntando con ello a que el capitalismo se desarrolló entre los intersticios del feudalismo, y la burguesía emergió del interior del sistema de la monarquía absoluta, esto significa que “en el proceso de desarrollo de cualquier revolución burguesa que tomemos como objeto de nuestro análisis, debe existir siempre la posibilidad de que burguesía y nobleza convivan y prosperen de manera pacífica y de que, en cuanto clases sociales, entretejan una sutil red de intercambios recíprocos.”

La segunda la denomina “la sobredeterminación de las revoluciones burguesas desde abajo”, y expresa que la oposición entre aristocracia y burguesía no es simple porque intervienen otras dos clases populares en presencia, los campesinos y los obreros.

La tercera es la “sobredeterminación de las revoluciones burguesas desde el interior”, expresando que, en contraposición a las otras clases, la burguesía no posee una unidad interna como clase, su estructura es irregular.

La cuarta es la “sobredeterminación de las revoluciones burguesas desde el exterior”, porque “el capitalismo, como modo de producción, para imponerse en un determinado espacio territorial, necesita de la existencia de un Estado nacional.”, lo que implica que cualquier revolución burguesa es portadora de la tendencia al enfrentamiento con cualquier otra clase dominante extranjera.

Anderson califica de bastarda toda revolución burguesa porque nunca se corresponde “al proyecto lineal de un sujeto histórico identificable con una clase determinada.”

Con estas premisas, Anderson explica las características históricas anómalas de las revoluciones burguesas. La presencia y amplitud de las clases rurales en las revoluciones burguesas, la dirección de esas revoluciones por clases vinculadas al campo, lo que explicaría porque en ninguna de las principales revoluciones que cita, se produjese una expropiación de las tierras nobiliarias por parte de la burguesía. La importante intervención en dichas revoluciones de las clases populares, frente al papel marginal desempeñado en ellas por la burguesía industrial, con la excepción de la guerra civil norteamericana y parcialmente la revolución holandesa. Y el hecho común a todas ellas del conflicto nacional y la expansión imperial.

El resultado final de todas ellas es calificado de incompleto con la excepción de la construcción de un Estado nacional. Socialmente, porque al no destruir la propiedad agraria de las clases aristocráticas o esclavistas, ni llevar a cabo una completa reforma agraria, la burguesía terminó por confluír con esas antiguas clases, que aceptaban el modo de explotación burgués pero contaminaba a la burguesía con sus formas de vida. Políticamente, porque no instauraron Estados de democracia representativa tal como se conocen hoy.

Por último, Anderson distingue dos fases en estas revoluciones. En la primera, hasta el siglo XVIII, predomina aún la burguesía mercantil o agrícola que realiza fácilmente alianzas con las clases populares que irrumpen espontánea y violentamente en la vida política, el radicalismo de las revoluciones expresa la debilidad de la dinámica económica del capitalismo en esta primera fase, en ella se forjaron los ideales clásicos del liberalismo político. En la segunda fase, tras la revolución industrial, cuya línea divisoria es 1848, la burguesía ya se encuentra fuerte económica y socialmente y se distancia rápidamente de las clases populares, la violencia deja de ser espontánea y social y pasa a ser dirigida desde arriba, y los ideales iniciales de libertades y derechos ceden el lugar a la exaltación de los valores de la nación y la industria. A finales del siglo XIX se cierra el ciclo de revoluciones burguesas.

Anderson cita como las principales revoluciones burguesas las de Los Países Bajos en el siglo XVI, la inglesa en el siglo XVII, la francesa en el siglo XVIII, las guerras de la independencia y civil de EEUU, el Risorgimento italiano, la unificación alemana y la Restauración Meiji en el siglo XIX. Si se aceptan estos acontecimientos como revoluciones burguesas, en las condiciones expuestas por Anderson, entonces ¿cómo consiguió el poder la burguesía en el resto del mundo?

La mayoría de los países hoy industriales capitalistas han llegado a ese punto sin experimentar la llamada revolución burguesa. Este es el caso de todo centro Europa, donde el Estado y la aristocracia fueron los impulsores del desarrollo industrial, en la llamada vía prusiana al capitalismo. Tampoco puede encontrarse una revolución burguesa en los países nórdicos o en Canadá, por no hablar de las nuevas potencias industriales del pacífico, como Taiwán y Corea, o de la propia España⁴⁵.

En la visión de Michael Mann⁴⁶ sobre el proceso que estamos estudiando, señala que Marx erró al sostener que la transición del feudalismo al capitalismo había revolucionado el poder distributivo en el sentido de producir un conflicto de clase extensivo y político entre los señores feudales y la burguesía capitalista. En Alemania (como, más tarde, en Japón) y hasta cierto

45 Benedicto Jorge, Morán, Mari Luz, Sociedad y política. Temas de sociología política, Madrid, Alianza, 1995, pág. 373

46 Mann, Michael, Las fuentes del poder social II, poner editorial, págs.. 296-98 y 334

punto en Gran Bretaña, los propios señores se transformaron en capitalistas que operaban en el comercio y agricultura y luego en la industria y cambiaron la base de su poder sin necesidad de cataclismo sociales. Durante el siglo XVIII, en Francia, como después en Austria Hungría y Rusia, los burgueses capitalistas subordinados a los antiguos nobles reaccionaron ejerciendo una defensa manipuladora dentro de las organizaciones estamentales, no con una abierta hostilidad de clase. En realidad llegaron a entenderse con el antiguo régimen, en parte porque ambos temían al pueblo y a la plebe aunque éstos aún no representaban el problema que iban a suponer en 1848.

En ningún lugar, durante el periodo que estudiamos, creyó la alta burguesía encontrarse, codo a codo con la pequeña burguesía, en una lucha de clases contra el antiguo régimen feudal. Lo que faltó no fue la conciencia, sino la organización de clase. Los capitalistas se integraron en la economía política del antiguo régimen mediante la compra de influencia cortesano-parlamentaria, con el objetivo de adquirir privilegios y monopolios, la recaudación de impuestos y la obtención de cargos gubernamentales, al tiempo que se servían del matrimonio para introducirse en las redes de clientelismo. La burguesía como tal fue sólo una clase latente. Sus integrantes no necesitaban ni una clase ni un Estado propio para materializar sus intereses.

Fueron los capitalistas de la pequeña burguesía quienes demostraron más organización e identidad de clase. Sólo la pequeña burguesía demostró su descontento y movilización, pero con metas muy limitadas.

El capitalismo del siglo XVIII desplazó grosso modo lo que ahora llamamos feudalismo, y se produjo una lucha de clases extensiva y política ante el antiguo régimen de algunos sectores de la burguesía. Estos últimos pertenecían casi por completo a la pequeña burguesía, no a la burguesía en su conjunto. La burguesía, el paradigma histórico de una fase ascendente para Marx, estuvo casi ausente del registro macro histórico.

En Europa el paso del modo de producción feudal al capitalista se realizó bajo la estructura política del Estado absolutista, como lo describe Anderson en una de las obras clave en el estudio de este fenómeno⁴⁷.

El nacimiento del Estado absolutista tuvo lugar en el siglo XVI después de la crisis acaecida en los siglos XV y XVI. El siglo XVI fue el de transición entre la monarquía medieval y el absolutismo. El Estado absolutista se implanta en el siglo XVII en plena depresión, con una revolución militar que multiplica el tamaño de los ejércitos y genera una crisis de ingresos en los Estados.

47 Anderson, Perry, El Estado absolutista, Siglo XXI, 1999

A pesar de los rasgos capitalistas introducidos por el Estado absolutista, éste se mantuvo dentro de las relaciones feudales de producción y fue un aparato reorganizado y potenciado de dominación feudal. Era un Estado feudal en formaciones sociales que combinaban el modo de producción feudal con el capitalista. La diferencia del absolutismo con otros tipos de gobiernos tiránicos o despóticos es que aumenta paralelamente los derechos de la propiedad privada.

Contrariamente a la concepción sostenida por Marx y Engels del absolutismo como fruto de un equilibrio de clases entre nobleza y burguesía, en realidad, el absolutismo nunca fue árbitro entre la nobleza y la burguesía, sino que más bien fue un instrumento modernizado del dominio nobiliario sobre las masas rurales.

La consolidación de las nuevas monarquías se da justo en la superación de la crisis feudal (1450-1500) por los nuevos factores de producción urbanos, estando el Estado absolutista determinado por la amenaza del malestar campesino y la presión del capital manufacturero. Un factor fundamental paralelo al establecimiento del absolutismo fue la recepción del derecho romano, que favoreció al capital libre en la ciudad y el campo, en contra de la propiedad condicional feudal. El derecho romano fue un signo de la expansión de las relaciones capitalistas en las ciudades y el campo y respondía a los intereses de la burguesía comercial y manufacturera.

Dado que la guerra en el feudalismo era el modo más racional y rápido de expandir la extracción del excedente, y que, por lo tanto, era lógico que el modo típico de confrontación interfeudal fuese el militar - en tanto que en el capitalismo el modo típico es económico -, los Estados absolutistas se diseñaron como máquinas construidas para el campo de batalla, y la mayoría de las rentas del Estado se dedicaban al ejército.

La doctrina económica del absolutismo fue el mercantilismo, cuyo objetivo principal consistía en fomentar el poder del Estado. El mercantilismo representaba las concepciones feudales - opuesto al *laissez-faire* que separa los sistemas políticos y económicos -, y se trataba de una teoría de la intervención coherente del Estado en la economía, siendo profundamente belicista.

El Estado absolutista se situaba en formaciones sociales mixtas donde dominaba el modo de producción feudal, y, de manera paradójica, si bien representaba la protección de los privilegios aristocráticos, sus medidas terminaban beneficiando al desarrollo burgués. Basado en la supremacía social de la aristocracia, para Anderson, nunca tuvo lugar un desplazamiento político de la clase noble. El Estado absolutista fue la forma de dominación de la nobleza en la época de transición al capitalismo.

Las rebeliones nobiliarias que tuvieron lugar contra el Estado absolutista en el siglo XVII no fueron un asalto unido contra la monarquía, ni tampoco se trataron de rebeliones puramente

nobiliarias. La rebelión sólo triunfó en Inglaterra y fue aplastada en las demás partes. En opinión de Anderson, esta derrota de la nobleza fue parte de su reconversión para cumplir las exigencias de su propio poder de Estado. Después del turbulento siglo XVII, el siglo XVIII fue de reconciliación con la vuelta de la nobleza a la confianza en sí misma.

Anderson realiza una comparación de la implantación del absolutismo entre la Europa occidental y la oriental, y entre aquella y Japón para poner en evidencia las diferencias que explican el posterior desarrollo capitalista en la primera.

La inauguración de los Estados absolutistas en el siglo XVII en la Europa oriental estuvo en estrecha relación con la institucionalización de la servidumbre, dando un golpe mortal al renacimiento de la independencia urbana en dicha región. La razón fundamental del absolutismo en la Europa oriental se encontraba en la necesidad de atar a la tierra a la población escasa existente en el campo. El Estado absolutista respondió en esta zona a las rebeliones campesinas y la presión exterior. El apogeo del absolutismo oriental se produjo en el siglo XVIII, apareciendo como el prototipo de despotismo ilustrado. La servidumbre en la Europa oriental solo terminó desapareciendo en el siglo XIX bajo el efecto del ataque militar de occidente.

De la comparación entre el feudalismo de Europa occidental y el Japón y su divergente resultado final, Anderson termina concluyendo que dicha diferencia indica que dentro del modo de producción feudal no existía ninguna fuerza inherente que le empujase a transformarse inevitablemente en el modo de producción capitalista. El paso al capitalismo en Europa occidental fue debido a la unión del legado de la Antigüedad y el feudalismo. “la concatenación de los modos de producción antiguo y feudal fue necesaria para producir el modo de producción capitalista en Europa”

La conclusión de Anderson es que no existe una evolución determinista de un modo de producción a otro más elevado. “En vez de presentar la forma de una cronología acumulativa, en la que una etapa sucede y suplanta a la anterior, para producir la siguiente que a su vez la superará, la marcha hacia el capitalismo revela una supervivencia del legado de un modo de producción dentro de una época dominada por otro, y una reactivación de su fuerza en el paso hacia un tercero. La ventaja de Europa sobre Japón radica en su ascendencia clásica”

El papel central jugado por el marxismo en las rebeliones contra el capitalismo

La poderosa fuerza del pensamiento marxista.

Al iniciarse la época de dominación de la burguesía se volvió repetir el ciclo ya conocido, las clases dominadas resistían y se rebelaban en distintos momentos. Ninguno de los tres sectores dominados en su seno representaba el potencial que tuvo la burguesía para imponer su modelo de sociedad en el feudalismo. Además los artesanos y campesinos eran dos sectores sociales que ya habían existido en otras sociedades y que nunca habían conseguido imponer un modelo de sociedad propio, siendo el artesanado un sector social en definitiva decadencia con el capitalismo, al menos en el capitalismo desarrollado. El tercero de los sectores, los trabajadores con libertad para vender su fuerza de trabajo, eran una clase social nueva en la historia y originada justamente en las condiciones económicas y sociales que generaba el modo de producción capitalista.

El artesanado, en proceso de extinción en el capitalismo, no representaba ningún problema teórico ni práctico para el marxismo, pero el campesinado sí. Especialmente cuando se convirtió en la principal fuerza con la que contaron los partidos comunistas en las revoluciones triunfantes que lideraron, y en la población principal de los países donde controlaron el poder del Estado. Y así lo señala claramente Molyneux cuando crítica el impacto que estos hechos supusieron para el marxismo: “Fue imposible insertar en el marxismo la doctrina del socialismo en un solo país sin hacer al mismo tiempo varias otras revisiones teóricas. De igual modo, la teoría de la revolución socialista campesina demuele por completo al materialismo histórico. El campesino no es el producto de relaciones de producción capitalistas, sino pre-capitalistas. Si el campesinado fuese la clase socialista, la revolución socialista hubiese sido posible desde hace más de mil años; el capitalismo y la revolución industrial habrían sido etapas innecesarias en la historia de la humanidad, y el papel determinante del desarrollo de las fuerzas productivas desaparecería por completo. Sería cuestión solamente de tener fuerza de voluntad, e ideas correctas.

Esta es precisamente la noción que se manifiesta en los argumentos de los maoístas y de intelectuales simpatizantes como Charles Bettelheim es decir que el socialismo puede

construirse en China o cualquier otro país, por pobre y atrasado que sea; basta que exista un liderazgo político correcto. Esta noción también aparece en la posición de Castro, Guevara y Debray, según la cual no es necesario esperar que existan condiciones revolucionarias objetivas, ya que los revolucionarios (léase guerrilleros) pueden crearlas ellos mismos. El resultado no es materialismo marxista, sino un idealismo desenfrenado.”⁴⁸

El resultado del intento de construir el socialismo no en sociedades de capitalismo maduro, sino en otras atrasadas con gran peso del campesinado ha sido un fracaso histórico. El primer gran intento fue en la Unión Soviética. Su intento de construir el socialismo en un solo país, mediante la industrialización a marchas forzadas para alcanzar los niveles de desarrollo de los países capitalistas se saldó con una deformación dramática de la revolución hasta su colapso final. El segundo gran intento fue en China, su intento similar por quemar etapas llevó a la dirigencia comunista, después del turbulento período maoísta con resultados económicos mediocres, a emprender una vía de desarrollo capitalista que está dando frutos importantes en cuanto rendimiento económico, pero que no tiene nada que ver con el comunismo. Estas dos grandes experiencias, y otras menores, confirmar lo acertado del juicio de Molyneux.

El ciclo de protestas y rebeliones obreras que se inició en el siglo XIX podía haber seguido la suerte de la lucha de otros sectores en otros momentos de la historia, consumirse en fracasos o, en el mejor de los casos, obtener ciertas ventajas pero continuando en su posición dominada, lo que convertía a dichas ventajas en precarias continuamente. Veremos que esto ha sido uno de los desarrollos que se han impuesto finalmente.

Pero la característica propia más peculiar de las rebeliones del proletariado consistió en la aparición de un pensamiento original que le imprimió un carácter especial a dichas rebeliones, nos referimos al marxismo. Esto cambió el sentido de las rebeliones y las dio, durante un largo período histórico una formidable capacidad de cambio.

Nestor Cohan señala que “el marxismo nace en la Europa de mediados del siglo XIX articulado a partir de una doble determinación: por una parte, como una filosofía de la praxis y una teoría de la historia y de la sociedad capitalista y, por la otra, como expresión del movimiento político y social de las clases trabajadoras de las metrópolis capitalistas occidentales.”⁴⁹

Anderson se preguntó ya por esta cuestión, “¿Cuál es la naturaleza de la relación entre marxismo y socialismo? Existe una respuesta simple y clásica: el uno designa una teoría capaz

48 Molyneux, John, *Ibidem*.

49 Cohan, Nestor, *Marx en su Tercer Mundo*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2003, pág 24

de conducir a lo que el otro designa como una sociedad. Dicha respuesta, sin embargo, pasa por alto las ambigüedades y complejidades reales de las conexiones entre ambos. Pues «socialismo» no es simplemente el punto final práctico de un proceso histórico que nos esté esperando en el horizonte. Es también un movimiento ideal de principios y valores sostenido por la pasión y el debate, activo y abierto en el presente, y con casi dos siglos de historia a sus espaldas. En este sentido, el socialismo representa un campo de fuerza cultural y político que precede y trasciende al marxismo. La teoría, a este respecto, no es monopolio del materialismo histórico: hubo importantes pensadores socialistas antes de Marx, y los ha habido después, cuya obra guarda una relación mínima o nula con su esquema intelectual. Sería una presunción identificar a uno con el otro; es obvio que no hay una coincidencia completa entre ambos”. Pero la cuestión que queda abierta es por qué “el marxismo habría de adquirir la abrumadora preeminencia que de hecho ha adquirido en el movimiento obrero internacional de este siglo”⁵⁰

La respuesta aproximativa que intenta Anderson a esta cuestión es la de que “la primacía estructural del materialismo histórico en la izquierda se ha basado hasta la fecha en tres características que lo diferencian de todas las demás contribuciones a la cultura del socialismo. (i) La primera es su amplia esfera de acción como *sistema intelectual* (...) sólo Marx y Engels produjeron un amplio cuerpo teórico capaz de ser desarrollado continua y progresivamente después de ellos (...) En este sentido no ha habido iguales, ni tan siquiera rivales potenciales, dentro del socialismo. Hay otros pensadores socialistas; pero, por el momento, sólo hay un cuerpo de *pensamiento* socialista que constituya un auténtico paradigma de investigación colectiva y permita debates e intercambios a través de las generaciones y los continentes en un lenguaje común. (ii) La segunda facultad peculiar del marxismo, dentro del espectro más amplio del pensamiento socialista, ha residido siempre en su carácter de *teoría del desarrollo histórico*. (...) Sólo el marxismo ha producido un conjunto de instrumentos analíticos a la vez lo suficientemente general y lo suficientemente diferenciado como para integrar las sucesivas épocas de la evolución histórica y sus estructuras socioeconómicas características en una narrativa inteligible. En este aspecto todavía no ha sido cuestionado, no ya sólo dentro de la cultura socialista, sino dentro de la no socialista en general. No hay competencia. La obra de Weber es la que más podría hacerla pero, a pesar de la extraordinaria riqueza de sus investigaciones concretas, carece significativamente de una dinámica o unos principios motores generales (...) (iii) En tercer lugar, el marxismo se ha mantenido aparte de todas las otras tradiciones del pensamiento socialista a consecuencia de su radicalismo como *llamada política a las armas* en la lucha contra el capitalismo. En el pasado ha habido corrientes dentro del movimiento obrero que han rivalizado con él en cuanto a intransigencia combativa —el

50 Anderson, Perry, *Tras las huellas del materialismo histórico*, Siglo XXI, México, 2004, pág. 105

anarquismo español, por ejemplo—, pero sin eficacia como movimientos de transformación social. Ha habido también corrientes de considerable eficacia práctica —como la socialdemocracia sueca en sus buenos tiempos—, pero sin ninguna conquista radical. El capitalismo ha caído ante las fuerzas que luchaban contra él sólo allí donde el marxismo ha conseguido el predominio entre ellas.”⁵¹

El carácter tan especial jugado por el pensamiento de Marx se comprende perfectamente cuando se tiene en cuenta que pasó a conocerse como marxismo, y que una gran parte de los partidos políticos que lucharon por la superación del capitalismo se han declarado marxistas. En el liberalismo no se ha producido nada parecido, con la excepción de la corriente económica posterior a la II guerra mundial que se conoció como keynesianismo que, al margen de tomar el nombre de un autor, en lo demás no es comparable al impacto del marxismo.

El liberalismo ha contado con una multitud de pensadores en distintos campos de la filosofía, sociología, economía, política, etc., y ha definido con ese nombre tanto una corriente de pensamiento en los más variados aspectos, como un tipo de sociedad, y así se habla de que un autor o un político es un liberal, como de los regímenes demo-liberales.

Pero en la izquierda se diferenció la sociedad que se proponía como superación del capitalismo y se la definió como socialismo o comunismo, y el pensamiento principal que informaba la lucha por esa sociedad, el marxismo. El anarquismo, o el denominado socialismo democrático también contaron con importantes autores, y en el primer caso sobretodo también ejercieron una enorme influencia en el seno de esta tendencia revolucionaria, como fue el caso de Bakunin o Kropotkin, pero ni de lejos tuvieron la influencia de Marx.

Solo encontramos una personalización tan extrema, debido al peso de su influencia, en algunas corrientes filosóficas de la antigüedad, como el platonismo o el aristotelismo, pero no tuvieron el impacto de masas de marxismo, estas dos circunstancias solo pueden encontrarse en algunas de las principales religiones mundiales como el cristianismo, el budismo o el confucionismo.

Esta anomalía se ha terminado convirtiendo en un problema. En el liberalismo, por ejemplo, si con el paso del tiempo las aportaciones de uno de los autores adscritos a esta corriente son refutadas en parte o totalmente, por la práctica, o por autores liberales o no liberales, el liberalismo no tiene porque resentirse, incluso si el autor hubiese sido de una importancia muy relevante, se añaden nuevas aportaciones y, si fuese necesario, el autor refutado cae en el olvido. También pueden enfrentarse tendencias distintas en su seno y la que termine siendo validada seguirá siendo liberalismo.

51 *Ibidem*, págs.. 106-7

Pero en el marxismo, dado, por un lado, la fuerte personalización de su pensamiento, a la que han contribuido incesantemente multitud de autores, y, por otro, la fuerte ligazón entre todas las partes de su teoría; la refutación de una parte importante de ella - pongamos que su teoría del desarrollo histórico, el papel clave asignado al proletariado, o su teoría de la transición socialista con el concepto de dictadura del proletariado - supone poner en tela de juicio todo el cuerpo teórico. Por ello mismo, al final de este libro, dedicaremos una atención especial a los tres aspectos claves que acabamos de mencionar.

Esta es la razón por la que, a raíz de la debacle del socialismo real, ha habido intentos de separar la parte del pensamiento más característico de estas experiencias, el leninismo, y mantener la validez del núcleo del marxismo. Incluso, si se tratase de un tipo de pensamiento no orientado a la praxis, concebido para entender el mundo, pero sin intención expresa de cambiarlo, entonces podría separarse las partes refutadas, pongamos que fuese el caso de la teoría del desarrollo histórico, de las partes que conservasen su validez como instrumento de análisis, pongamos que fuese su análisis-crítica del modo de producción capitalista.

El absoluto convencimiento en la validez del pensamiento de Marx por parte de sus seguidores, políticos o filósofos, activistas o académicos, es lo que les ha impedido tomar en cuenta esta anomalía y sus peligros. La mayoría de las aportaciones hechas por autores marxistas posteriores lo han sido a título de elementos complementarios o desarrollos del pensamiento original. Si a Mao o a Althusser se les ha olvidado o se les ha refutado - por poner de ejemplo dos autores ampliamente alejados en su tipo de influencia - y ya no pesa apenas nada su pensamiento en el conjunto del marxismo, no parece que éste haya sido gravemente afectado por ello. Pero si las revoluciones no se producen en el capitalismo maduro, sino en los países atrasados; si el proletariado no es la clase revolucionaria que se enfrenta al capitalismo, sino el campesinado o un conjunto heterogéneo de capas sociales que conforman los nuevos movimientos sociales; etc., entonces ¿qué resta de ese pensamiento?, ¿Cómo diferenciar lo refutado y lo aun válido?, ¿qué nombre ponerle?

Desde su inicio el marxismo tuvo una enorme capacidad de atracción tanto entre los trabajadores como entre los intelectuales debido a una perfecta combinación de tres aspectos esenciales, el primero era el sueño de libertad y felicidad basado en el progreso, heredado del pensamiento ilustrado de la burguesía; el segundo era el descubrimiento de un sentido inmanente y profundo de la historia que explicaba cómo se habían desplegado los distintos modos de producción en la historia y que pronosticaba la superación de los dos rasgos comunes que hemos mencionado a todos ellos, es decir de la sociedad clasista, de la mano de la última clase social que habría producido la historia, el proletariado; el tercero era un reforzamiento de este segundo punto mediante el análisis científico de las tendencias de la sociedad capitalista.

Respecto al segundo de los puntos, Paramio explica que la atracción del modelo de Marx, “obtiene su fuerza, su capacidad sugestiva, de la fusión de la necesidad ideológica (la inevitabilidad histórica del desarrollo capitalista) y de la atribución a las clases sociales ascendentes de una acción intencional para romper de forma revolucionaria el poder de la anterior clase dominante en defensa de sus propios intereses. Las clases son así actores que interpretan un drama pre-escrito por la historia, y que en función de sus intereses particulares cumplen un papel que va más allá de esos mismos intereses”.⁵²

Otros autores han apuntado a una fuerza aún más poderosa detrás de la atracción del marxismo. Así Edgardo Lander señala, apoyándose en Alvin Gouldner, que el tiempo histórico del nacimiento del marxismo está caracterizado por profundos cambios sociales y culturales junto al deterioro de los valores tradicionales, lo que lleva a la búsqueda de nuevas seguridades. En este sentido es en el que Gouldner apunta a que el marxismo termina por desempeñar funciones propias de la religión. “El punto no es que la religión sea la “esencia” secreta del marxismo, sino que éste, especialmente el marxismo científico, fue una respuesta a algunas de las mismas fuerzas que entonces constituían el basamento de la religión; a las ansiedades recién intensificadas por el resquebrajamiento de las instituciones y grupos tradicionales, por el industrialismo y por el mercado mundial.”⁵³

En el edificio teórico levantado por Marx, la praxis es un elemento central, entendida como una actividad objetiva y subjetiva a la vez, que se propone transformar el mundo. Desde este punto de vista plantea Adolfo Sánchez Vázquez⁵⁴ que el marxismo está compuesto por cuatro aspectos esenciales. El primero es la crítica de lo existente, del capitalismo.

El segundo aspecto es el proyecto de emancipación social, humana, o de nueva sociedad como alternativa al capitalismo, “un proyecto a su vez deseable, posible y realizable, pero no inevitable en lo que respecta a su realización. Deseable, por la superioridad de sus valores sobre los que rigen bajo el capitalismo, y por responder al interés y las necesidades de toda la sociedad; posible, si en la realidad se dan las condiciones históricas y sociales necesarias para su realización. Y realizable si, dadas esas condiciones, los hombres toman conciencia de la

52 Paramio, Ludolfo, La revolución como problema teórico, Revista del centro de estudios constitucionales, nº 7, septiembre-diciembre, 1990, pág. 4

53 Lander, Edgardo, Contribución a la crítica del marxismo realmente existente, op. cit., pág. 22

54 Sánchez Vázquez, Adolfo, Ética y marxismo, en A. Borón, J. Amadeo, S. González compiladores, La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas, CLACSO, Buenos Aires, 2006, págs. 302,303,

necesidad y posibilidad de la nueva sociedad, y se organizan y actúan para instaurarla. Por tanto, ni el capitalismo es eterno, ni el socialismo es inevitable.”

En tercer lugar, el marxismo es un “conocimiento de la realidad (capitalista) a transformar y de las posibilidades de transformación inscritas en ella, así como de las condiciones necesarias, de las fuerzas sociales y los medios adecuados para llevar a cabo esa transformación. Aunque el conocimiento de por sí no garantiza que esta se cumpla, sí garantiza –al insertarse en el correspondiente proceso práctico– que el proyecto no se convierta en un simple sueño, imposible de realizar, o en una aventura, condenada al fracaso.”

Por último, el marxismo tiene una voluntad explícita de realizar el proyecto que preconiza, y para ello, sostiene este autor, “Se necesita todo un conjunto de estos actos efectivos que constituyen la práctica y, en especial, la práctica política destinada a realizar el proyecto de emancipación.”

Y acaba sosteniendo que “ninguno de los cuatro aspectos mencionados puede ser separado de los demás, aunque hay uno de ellos –la práctica– que es determinante y mantiene a todos en su unidad.” Siendo los tres primero de un carácter eminentemente teórico, la práctica es la actividad orientada a la construcción del socialismo.

Aunque Sánchez Vázquez haya diferenciado estas cuatro partes, en realidad y a efectos prácticos podríamos establecerlos en la siguiente secuencia de tres pasos: análisis y crítica del capitalismo, elaboración de un proyecto alternativo y estrategia para hacer realidad ese proyecto. En este sentido, el marxismo se diferencia de otros tipos de conocimientos, como la filosofía, por su orientación a la praxis, no solamente al conocimiento, pero no se puede olvidar que otros tipos de conocimientos sociales como la economía, la sociología, la politología, etc., también tienen, en diferentes grados una orientación práctica, son conocimientos para intervenir en distintos aspectos de la vida social.

Su diferencia con otras teorías o propuestas político-sociales no es tan claro a nivel general, porque bien hablemos de los distintos socialismos utópicos, el anarquismo, el liberalismo, el fascismo, el nacionalismo, etc., también todas ellas dotadas de una análisis-crítica, de un proyecto y una estrategia. Su diferencia más notable en unos casos está en los proyectos diferentes (nacionalismo) u opuestos (liberalismo, fascismo), y en otros, en el grado de elaboración de su análisis-crítica y en sus estrategias (socialismo utópicos, anarquismo).

Centrándonos en ese diferente grado de elaboración teórica del marxismo, A. Boron ha diferenciado distintos aspectos de ella, “una teoría de la sociedad burguesa, del proceso de acumulación capitalista y del papel fundamental que desempeña la economía en esta formación social; una teoría de la explotación; una teoría del Estado, su carácter de clase y su autonomía

relativa en el capitalismo; una teoría de la revolución y los prolegómenos a una teoría del Estado de transición; y, finalmente, el bosquejo de una teoría de la sociedad comunista.”⁵⁵

Pero, también se ha criticado que para la construcción de su sistema teórico, Marx utilizó fuentes epistemológicas diferentes, en muchos sentidos enfrentadas. Éstas son, para Lander⁵⁶ tres, el campo del socialismo utópico, “cuando Marx postula la posibilidad del desarrollo multifacético de las potencialidades del hombre, cuando habla de la posibilidad de un trabajo libre, no alienado, cuando señala la necesidad de la acción consciente y organizada del proletariado para la abolición de la propiedad privada y la construcción del comunismo como la sociedad sin clases, lo hace ubicado en este terreno”. El campo de la explicación filosófica, “cuando Marx habla de la inevitabilidad histórica del comunismo como la sociedad sin clases, o del papel que por su propia esencia tiene el proletariado en la constitución de esta sociedad sin clases (independientemente de la conformación empírica del proletariado como clase en algún momento histórico de la sociedad capitalista o de su autoconsciencia sobre esta misión histórica), su modalidad de explicación de la realidad está ubicada en este campo”. Y el campo del conocimiento científico, “aquí el paradigma del conocimiento válido, el modelo de búsqueda de la verdad está tomado de las ciencias naturales, es el terreno de la búsqueda de la verdad mediante los métodos de indagación empírica y de demostración rigurosa que aporta, como modelo, la ciencia natural”.

Algunos de estos aspectos mencionados de la teoría marxista están mucho más elaborados que otros, como tendremos ocasión de ver, pero ya podemos adelantar un hecho evidente. Después del fracaso de las experiencias del socialismo real, las ideas-fuerza principales del marxismo sobre su proyecto y su estrategia han sido refutadas en distintos grados de profundidad, al igual que algunas de las que pertenecen a su teoría del desarrollo histórico. En consecuencia, el núcleo más estable del marxismo a inicios del siglo XXI es el constituido por su análisis-crítica del capitalismo. El problema, para exponerlo con la forma gráfica de un ejemplo, sería el de una ciencia médica que fuese capaz de hacer los más acertados diagnósticos sobre las patologías de los enfermos, pero no fuese capaz de aportar soluciones por falta de tratamientos o instrumentos adecuados, o, aún peor, se le muriesen los pacientes sobre los que interviene. Una situación así llevaría a la sociedad a aceptar resignadamente la enfermedad (con las racionalizaciones más adecuadas a su grado de nivel cultural) y buscar paliativos que la hiciesen más soportable. Evidentemente, los pacientes más desesperados admitirían intentar soluciones novedosas, pero difícilmente se someterían a aquellas que hubiesen demostrado su ineficacia y, después de un período doloroso, terminasen en el fracaso. Volveremos más adelante sobre la discusión en

55 A. Boron, Atilio (comp.), La filosofía política moderna. De Hobbes a Marx., pág. 308

56 Lander, Edgardo, op. cit., págs, 18-9

torno a lo que puede ser considerado como el núcleo más sólido del marxismo, y lo que ha sido refutado en la práctica.

El marxismo se impone (relativamente) sobre sus competidores.

El primer efecto del formidable empuje del marxismo fue el desplazamiento de otras corrientes que pretendían orientar al proletariado en sus luchas y rebeliones, como el anarquismo, el socialismo utópico, el sindicalismo revolucionario, etc. La hegemonía del marxismo en el movimiento obrero no siempre ha sido contemplada como un hecho positivo, tal como lo expone Fernández Durán: “el “socialismo científico” marxista había marginado y descalificado al llamado “socialismo utópico” ya en el propio siglo XIX, calificándolo de “pequeño burgués”, así como a las corrientes anarquistas o libertarias, que cuestionaban la toma del poder del Estado como vía de transformación social, y los intentos de crear formas organizativas altamente centralizadas en la primera internacional. Además, el ideal anarquista abogaba por la expansión de los límites de la libertad humana dentro de un proyecto colectivo y era más crítico con el industrialismo. De esta forma, el movimiento obrero se entregó (sin ser consciente de ello) en brazos de las dinámicas de fondo del capital y el industrialismo, cuando renunció al “socialismo utópico” y desechó las aportaciones anarquistas, escogiendo la ciencia y el progreso (la ciencia burguesa y el progreso burgués) en lugar del desarrollo comunitario e individual”⁵⁷

Pero desde la óptica marxista, evidentemente su hegemonía es vista como un elemento necesario para el objetivo de alcanzar el comunismo. El marxismo siempre ha considerado a las otras corrientes como frutos de la influencia de ideologías ajenas (especialmente de la pequeña burguesía o del artesanado) en el seno del proletariado.

Teodor Shanin resume cual ha sido históricamente la crítica del marxismo al socialismo utópico, un antecesor prematuro, que debe ser erradicado, una vez descubierto el socialismo científico, como una influencia retardataria y obstaculizadora en el camino al socialismo: “La obra definitiva de Engels [*Socialismo utópico y socialismo científico*] trata a los “socialistas utópicos”, desde Morelly hasta Weitling, como personas gobernadas por los ideales socialistas de una sociedad justa, pero en desventaja histórica conceptualmente y, por lo tanto, de posiciones no realistas. Emergen en épocas en las que la revolución proletaria todavía no es posible. Carecen del análisis de clase necesario para revelar los conflictos objetivos de intereses, es decir, para proyectar la lucha política que lleva necesariamente hacia el socialismo. Sus teorías son, en consecuencia, a-históricas e implican la creencia de que una forma mejor para la sociedad, una vez descubierta, será aclamada por todos (y de que podría haber sido descubierta,

57 Fernández Duran, Ramón, La conflictividad político-social mundial en el siglo XX, pág. 8

por tanto, en cualquier fase de la historia humana). (...) El socialismo utópico es pre-científico es decir, un socialismo pre-marxista, un producto del ansia la justicia social en una sociedad objetivamente incapaz de llegar al socialismo y, por tanto, propensa a la mistificación.

Mirando más de cerca, se revelan fenómenos de considerable diferencia detrás de la utilización real de este término genérico. Los analistas marxistas han añadido el término "utópico" a la crítica social y a las imágenes de una sociedad mejor producidas por autores particulares del pasado, comenzando por Tomas Moro. La expresión fue también utilizada para designar acciones de resistencia, tradiciones y movimientos revolucionarios plebeyos preindustriales o de la primera época industrial. Por último, un movimiento contemporáneo político por la justicia social también podría ser designado como utópico si siguiera una vía no marxista (por auto-definición o a ojos del observador marxista) en un periodo en el que ya ha surgido el "socialismo científico" y el proletariado. Estas teorías alternativas de disidencia social que persisten junto a la ciencia marxista llegan a ser tratadas como el reflejo intelectual de fuerzas sociales regresivas: por ejemplo, Proudhon como representante de los artesanos franceses preindustriales. Lo que unía a esos diferentes fenómenos eran los ideales subjetivamente genuinos y moralmente honestos que implicaban; pero, de hecho era la tendencia moralizadora lo que con frecuencia se tildaba de anticientífica. Habiendo llegado "antes de tiempo", es decir, fuera de las circunstancias necesarias objetivamente para la exitosa transformación de la sociedad, el socialismo utópico era comprensible y encomiable. Pero, dentro de los términos evolucionistas de referencia, esos errores del pasado se convertían en huellas peligrosas para los socialistas, una vez alcanzada la fase del socialismo científico. Debían ser erradicados absolutamente y con la mayor rapidez posible."⁵⁸

Ahora, este tipo de crítica al socialismo utópico por parte del marxismo debe ser reconsiderada a la vista de los resultados obtenidos por las experiencias del socialismo real. ¿También estas revoluciones en países atrasados habrían tenido lugar “fuera de las circunstancias necesarias objetivamente para la exitosa transformación de la sociedad”?, ¿se habrían comportado los revolucionarios rusos o chinos como socialistas utópicos más que como marxistas?, ¿fueron sus acciones “producto del ansia la justicia social en una sociedad objetivamente incapaz de llegar al socialismo”?

Podemos utilizar la tipología de Michael Mann para diferenciar las distintas corrientes en el movimiento obrero según su grado de “radicalismo” y objetivos. Este autor diferencia tres pares de estrategias frente al capitalismo. “El primer par es el más ‘moderado’ porque no aspira a cambiar el capitalismo, sino a ofrecer a los trabajadores mayores posibilidades para ‘competir’

58 Shanin, Teodoro, El Marx tardío y la vía rusa, Ed. Revolución, Madrid, 1990, págs. 317-19

con aquél. Cuando los obreros aceptan las reglas y condiciones del mercado, emplean su solidaridad colectiva sólo para adquirir ventajas en el mercado. Llamo a esto proteccionismo (...) Pero el sesgo de las leyes y normas del mercado empujó muy a menudo a los trabajadores a superar el proteccionismo. Exigieron entonces al reconocimiento legal de los sindicatos y una legislación que les facilitará el acceso al crédito para resolver los problemas de capital de las cooperativas. Estamos, pues, ante el mutualismo, tal como lo propugnó Proudhon. Gran parte de lo que se ha considerado socialdemocracia fue en realidad mutualismo, que exigía la regulación estatal para preservar los derechos y las libertades de las organizaciones obreras (...) El segundo par de alternativas trata de modificar el capitalismo mediante la reforma desde dentro. El término economicismo se refiere a la práctica sindical que busca extraer ventajas de la negociación directa con los empresarios, pero no se limita a las demandas salariales, sino que suele plantear cuestiones de control en el lugar de trabajo. El término socialdemocracia indica reformismo político (...) El tercer par de alternativas intenta destruir el capitalismo por medio de la revolución. Llamaré sindicalistas (a veces anarcosindicalistas) a aquellos que propugnaron la revolución por medios económicos – la insurrección industrial o la huelga general -, y marxistas a los que plantearon la toma del Estado”⁵⁹

El socialismo utópico, al menos en las versiones decimonónicas, dejó de existir prácticamente después de la derrota de la Comuna de París. Sin embargo, los movimientos de masas que han surgido después de la debacle del socialismo real - tales como los movimientos antiglobalización, los zapatistas, o el de los indignados, por citar algunos de los más conocidos – entran claramente dentro de lo que el marxismo señala como socialismo utópico. Es evidente la relación directa que existe entre el fracaso de las experiencias del socialismo real, el declive de la influencia del marxismo y el hecho de que las principales expresiones de protesta posteriores se hayan producido, aún con características propias, en formatos más cercanos al socialismo utópico que al marxismo.

El pulso continuó con la corriente anarquista, cada vez más debilitada, hasta el final de la guerra civil española. Finalmente, el marxismo se impuso claramente sobre sus competidores directos, los que pretendían por medio de la revolución superar la sociedad capitalista, anarquistas, anarcosindicalistas o sindicalistas revolucionarios. En ello fue decisiva la victoria de la revolución rusa. Desde entonces solo en España el anarcosindicalismo disputó realmente la dirección revolucionaria del proletariado al marxismo hasta la guerra civil de 1936-39. Las graves contradicciones en las que incurrió el anarcosindicalismo en ese momento y la posterior

59 Mann, Michael, Las fuentes del poder social II, págs. 669-70

victoria del bando fascista cerraron definitivamente la capacidad real de esta corriente para presentarse como alternativa revolucionaria al marxismo.

Pero éste nunca se terminó de imponer frente a los otros competidores no revolucionarios en la dirección del proletariado. El marxismo, a través de su expresión política principal, los partidos comunistas, lideró a las masas campesinas, en nombre de un minúsculo proletariado, en revoluciones triunfantes en países periféricos, pero en los países industrializados finalmente no fue capaz de imponerse a las influencias socialdemócratas o economicistas. Cuando en los países de capitalismo avanzado los partidos comunistas gozaron de un período de importante influencia - al final solo coyuntural - siendo los casos más notables el PCF y el PCI, dicho incremento de influencia fue acompañado de una clara disminución de su voluntad revolucionaria.

Esta realidad de la disonancia entre la producción teórica del marxismo y la práctica real ha sido denunciada por muchos autores, a veces de manera cruda y sin concesiones como en este ejemplo: “En los últimos cincuenta años se ha ensanchado la brecha entre teoría de izquierda y práctica de izquierda, con consecuencias muy específicas para el marxismo. En tanto la teoría de izquierda crítica se desarrolló, principalmente, a partir de mediados del siglo XIX, en cinco países del Norte global (Alemania, Inglaterra, Italia, Francia y los Estados Unidos), y tomando en cuenta particularmente las realidades de las sociedades de los países capitalistas desarrollados, las prácticas de izquierda más creativas ocurrieron en el Sur global y fueron protagonizadas por clases o grupos sociales «invisibles», o seminvisible para la teoría crítica y hasta para el marxismo, tales como pueblos colonizados, pueblos indígenas, campesinos, mujeres, afrodescendientes, etc. Se creó así una brecha entre teoría y práctica que domina nuestra condición teórico-política de hoy: una teoría semi-ciega que corre paralela a una práctica semi-invisible.”⁶⁰

Podemos concluir, por tanto, que la trayectoria del marxismo como pensamiento orientador de las prácticas revolucionarias de los movimientos anticapitalistas, ha conocido distintas etapas en las que, a pesar del enorme peso adquirido, jamás llegó a ser totalmente hegemónico. En el siglo XIX se impuso rápidamente al socialismo utópico y fue marginando paulatinamente al anarquismo en sus diversas expresiones. El punto álgido de su influencia lo alcanzó con la revolución rusa y sus derivaciones, pero sobretudo en la periferia capitalista, porque en el centro

60 De Sousa Santos, Boabentura, ¿Por qué Cuba se ha vuelto un problema difícil para la izquierda?, Rebelión, 08-04-2009

nunca consiguió afincarse ni en Gran Bretaña ni en Estados Unidos, los dos principales centros del capitalismo, y fue paulatinamente marginado por el reformismo socialdemócrata en los otros países del centro capitalista. Y tras la debacle del socialismo real, las principales movilizaciones contra el capitalismo como el movimiento antiglobalización o las rebeliones antineoliberales de América Latina no fueron encabezadas por organizaciones marxistas. Se producía así un divorcio claro entre su enorme producción teórica, que nunca finalizó, y su papel como elemento orientador de movimientos anticapitalistas.

Giovanni Arrighi⁶¹ señaló, por su parte, tres grandes periodos históricos marcados por la relación interna entre la evolución del capitalismo, los movimientos antisistémicos y la influencia del marxismo. El primer período, acotado entre 1848 y 1896, conoció el apogeo del capitalismo clásico, tal como fue analizado por Marx, el nacimiento del movimiento obrero y su conversión en la principal fuerza antisistémica y la imposición del marxismo en el seno del movimiento obrero, después de un sostenido pulso con otras doctrinas rivales. Algunos de los pronósticos del marxismo parecían cumplirse, el capitalismo se expandió a nivel mundial de la mano del librecambismo y se desarrolló la industria, a la vez que se producía una proletarización de amplias capas sociales, una polarización de la sociedad y un fortalecimiento de las organizaciones obreras que levantaron su propio programa social, e incluso hicieron la primera experiencia de alcanzar el poder político con la Comuna de París. La derrota de esta se transformó en la condición que posibilitó el despliegue de la influencia definitiva del marxismo en el movimiento obrero. Cuando en 1896 apareció la II Internacional lo hacía ya bajo hegemonía marxista.

El segundo período transcurre entre 1900 y 1947 y está caracterizado por la crisis del capitalismo clásico y la plenitud del marxismo a la vez que su crisis interna. El movimiento obrero alcanzó su apogeo como fuerza antisistémica central con el marxismo como principal influencia en su seno, pero escindido entre un ala revolucionaria y otra reformista. Las dos guerras mundiales, en las que se decidió quien sería el poder hegemónico que sustituiría al inglés, provocaron grandes olas globales de luchas en la fase final de cada conflicto bélico originando las dos más importantes revoluciones socialistas, la rusa y la china. Para Arrighi En el período 1896-1948 se produjeron acontecimientos que confirmaron las predicciones de Bernstein de un lado, y de Lenin de otro. La característica más sorprendente de estas tendencias divergentes - el desarrollo del poder social del trabajo en algunas situaciones y de la revolución socialista contra la miseria de masas en otras - es que, tomadas en su conjunto, demuestran la impermeabilidad histórica del proletariado industrial a las ideologías y prácticas socialistas

61 Arrighi, Giovanni, Siglo XX: siglo marxista, siglo americano: la formación y transformación del movimiento obrero mundial

revolucionarias. Allí donde el poder social del proletariado industrial era importante y crecía, la revolución socialista no tuvo seguimiento; y allí donde la revolución socialista tuvo un seguimiento, el proletariado industrial no tenía ningún poder social.

El tercer período analizado se extiende desde 1949 hasta la actualidad. Se trata de una etapa de dominio del capitalismo monopolista, con una proliferación de movimientos antisistémicos, paralela a su fragmentación, y una crisis del marxismo de la que podría no recuperarse.

A pesar de esta situación del marxismo, su importancia continúa siendo indiscutible por dos motivos fundamentales. El primero, y más importante, es que sigue siendo el único cuerpo de pensamiento amplio y profundo a la vez del que disponen las fuerzas que pretenden la superación del modo de producción capitalista. En el resto de movimientos o doctrinas político-sociales que se enfrentan al capitalismo, o bien ha predominado el sentimiento de indignación y la crítica moral, por muy radical que sea su discurso, como es el caso del anarquismo; o bien su crítica y soluciones se dirigen a aspectos parciales, nunca a la totalidad del sistema, como puede ser el caso del ecologismo o el feminismo, en este caso su mejor aportación sería contribuir a fecundizar el marxismo en una síntesis más compleja y adecuada al nivel del desarrollo alcanzado por la sociedad capitalista.

El segundo motivo es que el marxismo, a través de las organizaciones políticas que le han empleado como guía y programa de su actividad, ha sido la única de las doctrinas que se han enfrentado al capitalismo que ha conseguido llevar a la práctica un intento de sociedad alternativa. Su problema radica en que una vez producida la ruptura anticapitalista, no fue capaz de producir una sociedad superior, en todos los aspectos, a aquellas en que se desarrollaba el capitalismo maduro, viendo como las principales experiencias que se intentaron en su nombre terminaban regresando al capitalismo. Esto suponía un boquete en su línea de flotación, que dos décadas después de la debacle principal sigue amenazando con llevar al fondo de la historia 150 años de luchas anticapitalistas y el principal pensamiento que las orientó.

La plasmación práctica del proyecto del marxismo y su fracaso

Hemos analizado anteriormente las características de las revoluciones burguesas y la discusión sobre si era el modelo de revolución en las sociedades escindidas por clases sociales.

Hay marxistas, como Ernest Mandel⁶², que sostienen que la revolución proletaria del siglo XX, es decir la que ha abanderado el proyecto marxista, se diferencia claramente de todas las anteriores, de las triunfantes revoluciones burguesas, y de las fracasadas rebeliones campesinas o esclavistas, por cuatro características que la convierten en una empresa sumamente difícil, en realidad la singularidad es resultado de la suma de las cuatro características, no de cada una de ellas aisladas. La primera es que “La revolución proletaria es la primera revolución victoriosa en la historia de la humanidad llevada a cabo por la clase social más baja”. Esta característica no es cierta después de la debacle del socialismo real, porque también los esclavos (como en el caso de Haití), y sobre todo los campesinos, alcanzaron victorias temporales. Cuando Mandel escribió este texto era un crítico de la degradación de la revolución en la Unión Soviética y era consciente de sus dificultades, pero no se imaginaba el final que tuvo. Esta característica se canceló con la debacle, y si se quiere hablar de diferencia, ésta solo sería en cuanto a la duración y extensión que alcanzó, no por su éxito definitivo.

La segunda peculiaridad es que, “La revolución proletaria es la primera revolución en la historia de la humanidad que aspira a un derrocamiento de la sociedad existente planeado conscientemente, o sea, que no busca restaurar las condiciones previas (...) sino que más bien aspira a realizar un proceso totalmente nuevo, derrocamiento que nunca antes se ha dado o que ha sido anticipado únicamente como una ‘teoría o como un ‘programa’.” Justamente este planeamiento consciente es el fruto de la influencia del marxismo en el movimiento obrero, y, en el terreno práctico, consiguió que diferentes partidos marxistas alcanzasen el poder en la periferia capitalista, en condiciones extremadamente difíciles. Pero también la burguesía se apoyó en un cuerpo de pensamiento elaborado para alcanzar el tipo de sociedad que buscaba.

La tercera singularidad es que, “Al igual que cualquier otra revolución social en la historia, la revolución proletaria surge de los antagonismos internos de clase y de la lucha de clases que inevitablemente se produce dentro de la sociedad existente. Pero mientras las revoluciones en el

62 Mandel, Ernest, La teoría leninista de la organización, págs. 3-4, en www.revoltglobal.net

pasado podían ser satisfechas ampliamente con la impulsión de estas luchas hacia adelante, hasta que fuera alcanzado su punto culminante —porque para éstas no había el problema de ir creando relaciones sociales totalmente nuevas y conscientemente planeadas— la revolución proletaria puede llegar a convertirse en realidad sólo si la lucha de la clase proletaria culmina en un gigantesco proceso que se extiende durante años y décadas (...) Esta actividad podrá llegar a su fin únicamente cuando, junto con las demás clases, se liquide a sí misma como clase”. Mandel expresa con ello que el objetivo es el más ambicioso que se ha planteado la humanidad y en las condiciones más difíciles, lo que ha señalado ya anteriormente. También podríamos expresar esta diferencia de otra manera. Hemos visto que las distintas clases o estratos dominados en la historia se han rebelado incesantemente, y en este sentido el proletariado es un caso más. La mayoría de esas rebeliones estaban impulsadas por la desesperación y el anhelo de justicia, y cuando en el pasado han aspirado a objetivos amplios de remodelación social lo han hecho bajo influencias milenaristas introducidas desde fuera por los que representaban en cada momento el estrato intelectual, religiosos o filósofos. La revolución burguesa ya introdujo una diferencia fundamental respecto a revoluciones anteriores cuando se apoyó en un cuerpo de pensamiento filosófico y científico para alcanzar sus objetivos históricos. El marxismo, y el movimiento obrero influenciado por él, siguió esta estela abierta por la burguesía en su objetivo universal de remodelación social para poner fin a la sociedad sin clases, dotándose de un pensamiento a la vez filosófico y científico que se desarrolla en las condiciones intelectuales imperantes en el siglo XIX y se diferencia del sustentado por la burguesía. Pero, en tanto que el proyecto de la burguesía desembocó en una nueva sociedad clasista, la revolución proletaria aspiraba a acabar de una vez por todas con este tipo de sociedades en la historia. Su proyecto se diferenció del burgués en este aspecto, y se identificó más con algunos de las rebeliones milenaristas de la historia en cuanto a la ambición de sus objetivos.

Este milenarismo fue más claramente perceptible en el anarquismo, cuya elaboración intelectual mucho más tosca le llevó a impulsar rebeliones e insurrecciones espontáneas con la esperanza, nunca fundada ni verificada, de que las fuerzas creativas de las masas desatadas en esos levantamientos no solo derrocasen el viejo orden social, sino que fundasen uno nuevo.

Finalmente, Mandel menciona el último aspecto diferenciador, “En contraste con todas las revoluciones sociales anteriores, que generalmente se han dado dentro de un marco nacional, o incluso dentro de un marco aún más restringido, la revolución proletaria es por naturaleza internacional y sólo puede alcanzar su conclusión a través de la construcción internacional de la sociedad sin clases. Aunque es cierto que en un principio la victoria puede ser alcanzada dentro de un marco nacional, esta victoria peligrará constantemente y será provisional mientras que a escala internacional no le haya infligido una derrota definitiva al capital.” Centrado en este aspecto, que veía al enemigo solamente en el entorno exterior de una revolución triunfante, en

los países del entorno capitalista, el marxismo fue débil en analizar el caballo de Troya que suponía el nacionalismo en el interior de los nuevos Estados proletarios triunfantes. La ideología, nacionalista nacida con anterioridad y desarrollada en paralelo con el marxismo, fue un poderoso disolvente de los objetivos propuestos por el marxismo en el interior de las nuevas sociedades.

La primera encarnación práctica del marxismo como una importante fuerza a los efectos de la transformación social fueron los partidos socialistas de la Segunda Internacional, después de que la lucha contra las tendencias anarquistas en el seno de su antecesora no hubiese concluido en ningún resultado práctico respecto al objetivo emancipador buscado. Hasta ese momento las luchas y rebeliones contra el capitalismo, de las cuales la más importante vino representada por la Comuna de París, se habían mantenido dentro de las pautas de las rebeliones de otras épocas históricas, se habían saldado con fracasos.

Con la Segunda Internacional se impuso una perspectiva nueva, la de que la potencia transformadora del proletariado, en continuo crecimiento dentro de las sociedades en curso de industrialización, se canalizaría a través de las instituciones representativas creadas por la burguesía en dichas sociedades para alcanzar sus fines revolucionarios. Antes de que dicha perspectiva colapsase con el inicio de la primera guerra mundial y el comportamiento de los diferentes partidos socialistas miembros de la Internacional, ya conoció el marxismo la que sería con el tiempo su principal tendencia competidora en el seno del proletariado, el reformismo socialdemócrata. Esta tendencia terminaría expresando el objetivo de la obtención de ventajas por parte del proletariado a cambio de aceptar la existencia del modo de producción capitalista y, por tanto, su posición de clase dominada.

El reformismo socialdemócrata inicialmente mantuvo una débil vinculación teórica, que no práctica, con el marxismo por sus orígenes en la Segunda Internacional, pero rápidamente fue abandonado de manera definitiva este vínculo sin que ningún cuerpo de doctrina a la altura del que representaba el marxismo fuese levantado para sustentar la nueva orientación. En todo caso, de los tres aspectos del marxismo que mencionábamos anteriormente se quedaron con el primero, el de los sueños de libertad y felicidad, pero no para alcanzarles en una sociedad sin clases, sino obtenidos como resultado de las ventajas alcanzadas en el seno del capitalismo. Si alguna vez se acercaron a la consecución de este objetivo, fue durante los años dorados de la existencia del Estado de Bienestar en algunas de las sociedades más desarrolladas de Europa. Pero como no podía ser de otra manera se trataba de ventajas precarias, sometidas al peligro continuo de ser arrebatadas. A fines de la primera década del siglo XXI, veinte años después del fin del socialismo real, el proyecto socialdemócrata también se encontraba sumido en una crisis profunda.

En la Segunda Internacional, el marxismo fue derrotado finalmente por el peso de sus dos más importantes competidores por la lealtad de la clase trabajadora, el nacionalismo, chovinismo si se prefiere al inicio de la gran guerra, en el seno de los distintos partidos socialistas y las pujantes tendencias reformistas expresadas claramente por Bernstein.

Pero la revolución rusa, fruto directo de la primera guerra mundial, dio un giro importante a la posición del marxismo como doctrina orientadora de la clase trabajadora en la superación del capitalismo. Primero porque revirtió la difícil situación en que quedaba aquél con su derrota a manos del nacionalismo y en menor medida del reformismo. Como ejercicio contrafactual se puede imaginar cual habría sido la posición en que hubiese quedado el marxismo a la altura de los años 20 del siglo XX si la revolución rusa no hubiese tenido lugar o hubiese sido derrotada rápidamente. La crisis del marxismo que se popularizó unos decenios más tarde hubiese cristalizado en aquella época.

Pero el triunfo de la revolución rusa produjo importantes alteraciones en aspectos sustanciales de lo que era en esos momentos cuerpo doctrinal del marxismo, cuyas consecuencias en unos casos no fueron abordadas en profundidad, y en otros se acudió a interpretaciones forzadas para seguir haciendo encajar la realidad en los pronósticos de la teoría.

Posiblemente, por orden de importancia práctica, la más importante de las modificaciones originadas a partir de la revolución rusa fue el cambio en el sujeto que se enfrentaba y derrotaba al capitalismo y el tipo de sociedades donde esto tenía lugar. No es que la clase trabajadora, bajo la dirección de partidos comunistas, no mantuviese sus luchas y rebeliones contra el capitalismo, pero esto empezó a convertirse más en la excepción que en la regla. Y las sociedades donde se imponía el dominio de un partido comunista eran sociedades agrarias, no industriales, con fuerte presencia de rasgos precapitalistas. En Rusia el proletariado era una minoría en un mar de campesinos de una sociedad atrasada. En China la victoria correspondió a un ejército campesino dirigido por un partido formado en su principal dirigencia por intelectuales, rasgo también común a otras revoluciones victoriosas. En Cuba fue una guerrilla la que dirigió y contribuyó fundamentalmente a la victoria de una revolución inicialmente no comunista.

Todos estos rasgos comunes a las revoluciones victoriosas desde 1917 ponían en causa los dos aspectos del marxismo que habían sido abandonados por el reformismo socialdemócrata, la explicación ofrecida del desarrollo de la historia y el refuerzo obtenido por el análisis científico del capitalismo. El desvío era preocupante, se producía una alteración sustancial que debilitaba seriamente el corpus del marxismo. El proyecto de éste se intentaba poner en práctica en sociedades atrasadas dirigidas por partidos comunistas a través del férreo control de un imponente aparato estatal, en tanto que en las sociedades industrializadas, claramente

capitalistas, el proletariado cambiaba sus proyectos de emancipación por la obtención de ventajas en el seno de dichas sociedades.

Es conveniente recordar que en la primera visión estratégica del partido bolchevique, la revolución en el autocrático imperio ruso solo tenía sentido como ruptura del eslabón más débil del imperialismo del momento, lo cual debía ser completado con la extensión de la revolución en el occidente industrial. En ese esquema, el partido bolchevique tendría el mérito de haber iniciado una revolución internacional que cumpliría las predicciones marxistas, el proletariado de los países maduros extendiendo la revolución desencadenada en Rusia se convertiría en clase dominante, dejaría atrás el modo de producción capitalista e iniciaría el camino hacia la sociedad comunista sin clases. Pero se impuso otra realidad no contemplada, la revolución en occidente fracasó y, haciendo de la necesidad virtud, la doctrina del socialismo en un solo país, y además atrasado, vino a racionalizar una decisión política del stalinismo. Luego multitud de autores desde el marxismo completaron con los más diversos argumentos, y acudiendo a las fuentes de autoridad más importantes, lo acertado de dicha decisión y de dicha doctrina. Por supuesto, otros muchos autores, también desde el marxismo, criticaron y denunciaron dicha doctrina y sus desarrollos, especialmente desde el trotskismo.

Durante un período histórico, que por comodidad de análisis podemos centrar entre 1917 y 1989, diversos factores - entre los que podemos citar la existencia de un “campo socialista” construido a través de la expansión de gobiernos comunistas en varios países a partir de la segunda guerra mundial, la relegitimización del stalinismo con la victoria sobre el nazismo; las graves crisis del capitalismo como la de los años 30; y los continuos intentos de superación de éste, especialmente en la periferia, pero no solamente - evitaron la necesidad de enfrentarse a preguntas comprometedoras que surgían de este desarrollo anómalo de la superación del capitalismo. Al fin y al cabo era más gratificante y fácil hacer pronósticos triunfalistas que enfrentarse a la inquietud de los problemas que se iban planteando.

Pero ya la consolidación del stalinismo, el enfrentamiento chino-soviético, las represiones obreras en los países “socialistas” del este europeo como la República Democrática Alemana, Hungría, Checoslovaquia o Polonia, o el régimen de terror en Camboya anunciaban que algo iba realmente mal. No obstante se apelaba al obligado internacionalismo proletario (con la burocracia soviética), al contrapeso que frente al imperialismo suponía la existencia del “campo socialista”, o a otra serie de mitos y consignas con las que superar la angustia de enfrentarse a la realidad de que el ciclo revolucionario iniciado en Rusia llevaba camino del colapso. Cuando éste finalmente se hizo presente con la debacle del socialismo eurosoviético y la deriva capitalista del chino, la crisis del marxismo, de la que se había empezado a hablar unos años antes, se presentó con toda crudeza.

Además de las críticas incesantes vertidas desde las organizaciones trotskistas que se reconocían en la práctica bolchevique original anterior a la degeneración stalinista - lo que no las evitaba vivir un proceso continuo de fragmentación - hubo importantes intentos desde el interior por corregir el modelo que se impuso con la consolidación de la revolución soviética. Los más importantes fueron la desestalinización intentada a partir del XX Congreso del PCUS, el ensayo autogestionario yugoslavo, el socialismo de rostro humano de la Primavera de Praga, el eurocomunismo de algunos de los partidos de las sociedades occidentales, la experiencia del gobierno de la Unidad Popular en Chile y, finalmente, la perestroika de Gorbachov ya en la fase final del socialismo real. Más difícil de evaluar es el significado de la revolución cultural china, que bien podría ser interpretado como un reverdecimiento de algunas de las prácticas del stalinismo condenado en el XX Congreso; o la política iniciada por Deng-Xiao-Ping cuyo significado último parece ser un nacionalismo de gran potencia alcanzado a través de un régimen económico capitalista y un Estado autocrático sustentado en la legitimidad, ya muy desgastada, de una revolución triunfante.

A nivel práctico e inmediato el fracaso de estos ensayos de corrección del modelo llevó a consecuencias dramáticas como la invasión de Checoslovaquia, la implosión de la Unión Soviética, las guerras civiles en el territorio yugoslavo, o a la desaparición o marginalización de los partidos que ensayaron el eurocomunismo, aunque no solo por esto.

A nivel de la teoría, estos diversos ensayos de corrección no solo no aportaron nada al marxismo, sino que sus fracasos pusieron en evidencia más debilidades de aquél.

Antes de 1917 el problema principal del marxismo, y de las organizaciones que le habían adoptado como teoría y guía para la acción, era encontrar la vía adecuada para la superación del capitalismo, moviéndose entre la adhesión al determinismo y al voluntarismo. Pero no se ponía en causa la factibilidad de la construcción del socialismo una vez producida la ruptura revolucionaria ni la irreversibilidad del proceso, sino, las luchas revolucionarias no tendrían sentido, solo las reivindicativas. La grave derrota de la II Internacional al inicio de la primera guerra mundial, debido a sus profundas incoherencias, por las tendencias nacionalistas y reformistas en su seno, tuvo unas consecuencias claras, sus continuadores después de acabada la gran guerra terminaron renunciando al objetivo de superar el capitalismo separándose del marxismo.

La revolución rusa y la III Internacional ofrecieron el modelo de recambio y la promesa de que construirían el comunismo. Como su antecesora, la II Internacional, y por motivos diferentes, también acabaron en el fracaso. El problema para el marxismo ahora era mucho más grave, no solamente el de la vía para derrotar a las fuerzas burguesas, sino el de la construcción del socialismo. Si no tenía respuestas para ambas, y especialmente para la segunda, solamente se

quedaría como un cuerpo de pensamiento para criticar al capitalismo, e incluso en este sentido ya empezaban a indicarse sus insuficiencias.⁶³

El marxismo podría hacer aportaciones teóricas importantes en manos de autores brillantes, no lo vamos a discutir ahora, pero dejaba de ser la guía de acción, dejaba de ser una poderosa fuente de atracción para el proletariado, los intelectuales o los activistas que luchaban contra las injusticias del capitalismo. Aparecían múltiples y variados competidores, un reverdeciente neo-anarquismo, la teología de la liberación, el pensamiento ecologista y feminista, los movimientos indigenistas. Las debilidades más serias de estos competidores frente al marxismo se centraban en la ausencia de un instrumento de análisis con su profundidad y su capacidad globalizante, la ausencia de un programa integral orientado a la superación del capitalismo, la incapacidad para levantar poderosas organizaciones con articulación internacional, su discurso fragmentario. Pero es que, además, algunas de estas debilidades no son contempladas como tales por dichos competidores, sino que, por el contrario, aparecen como el fruto de una reacción ante el fracasado socialismo real.

63 El libro de Edgardo Lander entre otros tiene por finalidad la crítica de estas insuficiencias del marxismo

Los graves problemas prácticos del marxismo sin resolver.

Marx fue una de esas imponentes figuras intelectuales que de vez en cuando despuntan en la historia. Su posicionamiento a favor de las incipientes luchas del proletariado, y la puesta al servicio de ésta de su producción teórica, le añadió un realce especial. Podríamos hacer una comparación dentro de su época más o menos con competidores por el alma de los oprimidos como Bakunin o Kropotkin, pero solo tenían en común su pasión por la libertad, la justicia y la felicidad de la humanidad, siendo incapaces de incluir ese proyecto dentro de una interpretación filosófica y científica de la historia, que representaba finalmente lo más característico del marxismo. También puede ser comparado, en el aspecto intelectual, con otro gigante del pensamiento, Max Weber, pero éste en un orden de dominación burgués consolidado solo sería realizado por el pensamiento sociológico como contrapeso intelectual del marxismo.

Debido a lo prolífica, extensa en el tiempo y poco articulada obra de Marx, y también a lo espaciada que fue su publicación, con algunas obras importantes publicadas por vez primera en los años 30 del siglo XX, su figura y su obra ha sido contempladas de diversas maneras como señala Vargas Lozano: “Para unos autores, Marx es el prototipo del historiador, para otros, el economista que no debió haberse salido de ese ámbito. Y si observamos en perspectiva éstas y otras interpretaciones, nos encontraremos con una sucesión de distintas imágenes que nos llevan, cada vez, a un *Marx desconocido*.”⁶⁴ Las dificultades son inherentes a la forma en que Marx abordó su propia obra, “Otros dos elementos que vinieron a sumarse a las dificultades anteriores fueron: el carácter inacabado de la obra y la ausencia de un trabajo amplio en donde precisara su propia evolución y el significado de su aparato conceptual. En relación al primer aspecto, es conocido como Marx fue recortando cada vez más su campo de investigación (...) Marx no definió en un texto sintético, cuales habían sido sus relaciones con la economía política, el socialismo utópico y la filosofía hegeliana; dejó tan solo una serie de afirmaciones fragmentarias y dispersas en todas sus obras (...) Pero esto no es todo. Marx tampoco definió claramente en qué consistía su aparato conceptual y es por ello que se han generado una serie de discusiones sobre el significado de los conceptos de: clase social, totalidad, ideología,

64 Vargas Lozano, Gabriel, Marx y el marxismo. El debate actual. Dialéctica, nº 7, pág. 27-8

democracia, dictadura del proletariado, formación social, forma social, formación económica de la sociedad, crítica, ley, tendencia, filosofía, etc.”⁶⁵

Entonces, prosigue Vargas Lozano, se han producido dos interpretaciones extremas del pensamiento de Marx en su fase madura a las que denomina científicista e historicista según se enfatice un aspecto o el otro, y que se suelen encontrar mezcladas en los diversos autores marxistas, “Para la científicista, Marx es un científico social sin más, que ha desarrollado un análisis del modo de producción capitalista y que ha establecido los fundamentos de la ciencia de la historia. Su idea de ciencia implica una oposición a la ideología y los juicios de valor, así como a la filosofía propiamente dicha. El carácter revolucionario de la ciencia en Marx, provendría de su novedad en el campo de la historia y de su uso, como arma de la transformación social (...)

La segunda interpretación que hemos llamado *historicista* (a falta de un mejor nombre) concebiría a la obra de Marx, como el pensamiento de la clase proletaria desde el punto de vista de la totalidad histórica. La piedra angular de esta interpretación se encuentra en el concepto de revolución. El pensamiento de Marx es, ante todo, pensamiento revolucionario cuyo objetivo central es transformar el mundo, invertirlo y desenajarlo. Para ello, la clase proletaria utiliza un pensamiento de nuevo tipo que es su constituyente orgánico y que le permite realizar ese objetivo.”⁶⁶

Entonces, para el filósofo mexicano la obra de Marx se presenta de la siguiente manera: “En primer término, como una explicación teórico-crítica del sistema capitalista, pero en la cual solo se encuentra desarrollada la parte económica en *El Capital* (...)

En segundo lugar, como la fundamentación de una concepción materialista de la historia, pero en la cual han quedado por desarrollar todo un conjunto de proyectos.

En tercer lugar, como una crítica de la política y el derecho que se apunta ya desde los primeros textos relativos al límite de la emancipación política, se continúa con la crítica a la filosofía del Estado de Hegel y finaliza en los trabajos sobre socialismo y comunismo.

Y en cuarto lugar, como una concepción filosófica de nuevo tipo. Marx al criticar a la filosofía anterior y al avanzar en los terrenos de la economía, la política y la historia, estaba dando origen también a planteamientos filosóficos originales.”⁶⁷

65 *Ibidem*, pág. 30-3

66 *Ibidem*, págs. 39-40

67 *Ibidem*, pág. 34

Finalmente, Vargas Lozano termina definiéndose sobre la naturaleza de la teoría de Marx, “la teoría de Marx es científica (como él mismo lo dice repetidamente) y a la vez, revolucionaria, pero que ambos aspectos son inseparables. Es científica, porque explica objetivamente a la sociedad capitalista y revolucionaria, porque en esa explicación se encuentra entrelazada su crítica. Si fuera solo revolucionaria sería un puro voluntarismo. Si solo fuera científica, o mejor, si lo científico fuera escindible de lo revolucionario, perdería entonces sentido su función de arma para la clase proletaria. Pero habrá que aceptar que en Marx no hay tampoco una clara explicación sobre el punto.”⁶⁸

El núcleo del pensamiento elaborado por Marx y Engels solo conoció un desarrollo sustancial, que a la vez le modificó, con la teoría praxis de Lenin. Han existido otros pensadores académicos y otros revolucionarios marxistas importantes, pero ninguno contribuyó, para bien y para mal, de la forma que lo hizo el dirigente bolchevique al marxismo. Su decisión por luchar mediante un partido centralizado de vanguardia y su apuesta por consumir la revolución de octubre justifican que desde entonces fuese común hablar de marxismo-leninismo, más allá de la degeneración de este término al convertirse en una caricatura utilizada por Stalin para su dominación. Pero si el núcleo fundamental del pensamiento de Marx no necesitó de un triunfo práctico para su aceptación y difusión generalizada, si su fuerza radicó en su imponente edificio intelectual; el realce de la aportación de Lenin solo tuvo lugar gracias al triunfo de la revolución rusa, de lo contrario se hablaría de Lenin como se hace, por ejemplo, de Rosa Luxemburgo o de Gramsci, como una contribución importante más dentro de la pléyade de autores marxistas. Fue, y de ahí proviene su gran importancia para el marxismo y la historia, el revolucionario que plasmó prácticamente la teoría de un filósofo-científico.

Entonces, cuando se hundió la construcción práctica, no solo fundamental, sino única hasta ahora del marxismo (porque la revolución soviética abrió el camino a las que la siguieron, y las arrastró en su caída o las puso en crisis), es lógico que la pregunta pertinente fuese: ¿se hizo una simple aplicación errónea del marxismo? y entonces, simplemente quedan invalidadas las dos grandes aportaciones leninistas, la teoría del partido y el voluntarismo (primero por intentar la revolución en un país atrasado, y después por persistir la construcción del socialismo en ese país atrasado y aislado); o bien, ¿la propia teoría marxista contenía debilidades y errores de una importancia suficiente, no solamente para explicar el fracaso del socialismo realmente existente, sino para que su proyecto de sociedad fuese irrealizable en los términos en que era planteado?

Un punto polémico entre autores marxistas, con todo tipo de matices. Para algunos, “los rasgos más característicos del socialismo realmente existente están ligados orgánicamente a algunos de

68 *Ibidem*, pág. 41

los contenidos presentes en la tradición marxista. Ya no es posible una crítica a las sociedades socialistas que no sea -simultáneamente una crítica del marxismo.”⁶⁹

Pero continuando con nuestro relato, de momento, lo cierto es que Lenin no solo consiguió el éxito en la revolución de octubre, y con ello la aceptación y expansión de sus aportaciones al marxismo, sino que contribuyó a mantener vivo a éste al dar, inicialmente, prueba de su vitalidad y validez. Retrasó su crisis visto desde la perspectiva actual.

Como tantas veces se ha apuntado, el marxismo, a partir del triunfo del stalinismo, se esclerotizó y se convirtió en el dogma de una iglesia consolidada allí donde se establecieron “Estados socialistas” y entre los partidos e intelectuales que siguieron este modelo. Marx había tenido alguna responsabilidad en ello cuando, con su estilo polémico y sin concesiones a sus oponentes, burgueses, anarquistas, socialistas utópicos, pareció sentenciar que la suya era la verdad final de la historia. Lenin hizo también una aportación fundamental en el mismo sentido cuando añadió que esa verdad inamovible era conocida y aplicada sin posibilidad de discusión por la vanguardia profesional que dirigía al proletariado, el partido. A ello se añadió, de un lado la consolidación de las revoluciones triunfantes en países atrasados dominados por autocracias, sin tradición de libertad de pensamiento y crítica; y por otro la consolidación de poderosas burocracias que gobernaban Estados reforzados que derivaron en algunos casos en totalitarismos.

Pero se ha apuntado a razones más profundas, en la propia teoría marxista, a las tendencias dogmáticas presentes en ella. “Una cosa es el socialismo como propuesta política, como alternativa, como toma de partido por una determinada visión de cómo debe ser la organización de la sociedad, de modo que haga posible la realización de los valores de la igualdad, libertad y felicidad humana, y otra cosa - de consecuencias políticas radicalmente diferentes - es afirmar que el socialismo está fundamentado en el conocimiento objetivo, empírico, de la realidad: que es una verdad histórica que ha sido demostrada científicamente. En cuanto verdad en estos términos, el socialismo no admite ninguna discusión.

Si el destino de los hombres, el deber ser, lo que puedo y debo hacer, lo que queremos ser y hacer, el bien y el mal pueden ser determinados objetiva y científicamente, no hay terreno para la opción humana, desaparece el ámbito de la libertad. Desaparece igualmente la autonomía y la política como definición de los fines humanos, esta se convierte en el terreno de lo real necesario.”⁷⁰

69 Lander, Edgardo, op. Cit, pág. 37

70 Lander, Edgardo, págs.. 46-47

En su versión stalinista, la revolución de octubre se había situado justo en las antípodas del sueño de libertad y felicidad que animaba al marxismo, al convertirse en un totalitarismo. Esta situación había llevado, especialmente después del XX Congreso del PCUS, a un cierto sector de intelectuales a alejarse de los partidos comunistas y, también, a parte de los partidos comunistas que luchaban en las sociedades demo-liberales europeas a intentar una revisión de algunos de los conceptos claves del marxismo para adaptar su práctica a los valores de la democracia, que la experiencia del fascismo les había llevado a revalorizar. El más expresivo de los cambios que se estaban produciendo vino dado por el abandono de la dictadura del proletariado, un punto nodal en el pensamiento marxista y leninista. En su momento, cuando los principales partidos comunistas adscritos al eurocomunismo, como el PCE, PCF y PCI, decidieron la renuncia a ese concepto clave, se levantó una gran polémica, pero hoy, si queda alguna organización marxista que siga considerándolo válido, desde luego no hace propaganda de él.

La polémica no fue gratuita ni mucho menos, lo que se ventilaba en ella era toda la teoría del modo de transición del capitalismo al socialismo, que formaba parte como una pieza nada despreciable del edificio teórico levantado por el marxismo. Justamente en el inicio del nuevo milenio las experiencias, como la de Venezuela, que buscan un camino de superación del capitalismo se encuentran empantanadas al carecer de un modelo claro de sociedad con la que sustituir a la sociedad burguesa (más allá de los tópicos de una sociedad justa, igualitaria, etc.) y de una teoría de la transición. Fracasado el modelo eurosoviético y apartada la teoría de la dictadura del proletariado solo queda la práctica del ensayo-error, pero con el grave inconveniente de no disponer de una poderosa teoría que la pueda iluminar, lo que la pone en peligro de ser víctima de un pragmatismo estéril para sus fines.

El comunismo eurosoviético no fue derrotado por una guerra agresiva del imperialismo, sino por las movilizaciones populares en el seno de sus sociedades, que no soportaban más las dictaduras burocráticas de varios decenios. Que uno de elementos claves en este colapso fuese la movilización de la clase obrera polaca a través de un sindicato, dice mucho del nivel de degeneración en que habían desembocado los resultados de la revolución de octubre.

¿Cómo encajaban todos estos acontecimientos en la teoría del desarrollo histórico y en el análisis científico en que se apoyaba el marxismo?

Marx construyó una teoría del desarrollo histórico para encuadrar las incipientes luchas del proletariado de su época en un esquema general que dotaba de una finalidad descubierta a esas luchas, superar la última de las sociedades clasistas de la historia, el capitalismo. Qué las sociedades son fenómenos históricos sometidos a transformaciones, y que por lo tanto ninguna es eterna, lo podrían suscribir muchos filósofos y científicos sociales de distintas adscripciones.

Pero que hubiese una finalidad en esas transformaciones, y que esa finalidad fuese la que indicaba el marxismo ya no era tan fácil de aceptar. Esa finalidad terminó por ser considerada como un determinismo por una de las tendencias principales del marxismo. La teoría del desarrollo histórico devenía una filosofía de la historia.

Marx también diseccionó la naturaleza íntima del capitalismo y puso al descubierto los mecanismos en que se sustentaba, pero si ese conocimiento era indispensable para poder llevar a cabo una lucha por su superación, eso no significaba que estuviese garantizado por ello mismo el éxito. La crítica, como se ha comprobado, no lleva implícita la alternativa, y menos aún que sea automática su plasmación.

Esta visión totalizadora y científica impregnó todas las categorías que fue produciendo el pensamiento de Marx, desde la división dicotómica de clases de la sociedad hasta la dictadura del proletariado. La impresión por la potencia de este pensamiento era tan fuerte, la necesidad de este pensamiento para la lucha contra una sociedad injusta era tan sentida, que explican la rapidez y la intensidad con que fue aceptado sin reservas por las corrientes anticapitalistas desde su inicio. La parte de la teoría marxista dedicada al análisis del capitalismo ha sido la que mejor ha resistido al paso del tiempo y la que se ha mostrado más fructífera en sus análisis y pronósticos. Su filosofía de la historia, por el contrario, ha sido desmentida en la teoría y en la práctica de tal manera, que es difícil sostener su validez.

La debilidad de los aspectos prácticos de la teoría marxista original y su desarrollo contradictorio posterior.

El marxismo, como teoría de la revolución comunista, contenía dos elementos fundamentales - y fueron dos puntos sin resolver - polémicos desde su inicio. El primero era como conseguir derrocar al capitalismo. El segundo punto sin resolver eran las características de la sociedad que sustituiría al capitalismo. Un primer aspecto a observar es que se trata de dos cuestiones poco profundizadas por Marx. A este respecto, Vargas Lozano señala que, “Marx considero que la solución a las contradicciones del capitalismo se encontraban en una nueva sociedad denominada socialismo, pero solo dedico una treintena de páginas para definirla y otras tantas acerca de la manera en que se podía acceder a ella.”⁷¹

En realidad, y en relación al segundo de los puntos, se trataba de una negativa deliberada a diseñar los aspectos de la sociedad comunista por considerar que hacerlo sería caer en el viejo

71 Vargas Lozano, Gabriel, op. cit. pág. 35

utopismo del que estaba lleno la historia al menos desde la Grecia clásica. Solamente en un momento determinado, con la Comuna de París en 1871, Marx señaló que ese era el modelo descubierto por la práctica revolucionaria de los franceses, no tratándose entonces de una elucubración utópica, sino de un ensayo real de sociedad alternativa.

Un segundo aspecto también a tener en cuenta es que se trataban de cuestiones eminentemente prácticas, frente a la naturaleza más teórica de elaborar una teoría del desarrollo histórico o una crítica incisiva del capitalismo.

Por lo tanto, cuando el movimiento obrero y socialista adoptó el marxismo como su guía para la acción, sea en su inicial versión socialdemócrata o en su posterior versión leninista, su atención a esos tres elementos fue muy diferente. A la teoría del desarrollo histórico se hicieron pocas aportaciones novedosas, porque siendo un elemento que servía para reforzar la lucha de las organizaciones socialistas - en cuanto ponía la historia, en la interpretación del marxismo, como justificación última de lo justo y necesario de esa lucha - tampoco había una necesidad práctica de profundizar en ella (la necesidad podía ser de orden académico, pero no práctico). Las aportaciones al análisis y críticas del capitalismo ya fueron más importantes porque los principales teóricos del marxismo (Rosa Luxemburgo, Lenin, Hifeldierg, etc) se percataron que el capitalismo había seguido evolucionando desde que Marx escribiese sus principales obras al respecto y eran conscientes de la necesidad de establecer un diagnóstico adecuado para poder triunfar en sus estrategias revolucionarias. En Marx y en sus continuadores estos análisis y críticas eran un conocimiento orientado a guiar una práctica revolucionaria.

Pero la actividad socialista necesitaba completar los otros dos elementos mencionados, tan poco elaborados. El más urgente, desde luego, giraba en torno a la manera de lograr la superación del capitalismo e iniciar la transición al socialismo, con dos aristas muy relacionadas entre sí, la estrategia a seguir y el instrumento con la que implementarla. En relación con este aspecto, Marx había indicado solo quién era el sujeto que debería llevar a cabo la tarea, el proletariado, pero aparte de eso poco más. Ni que instrumentos debería utilizar, ni que estrategias, aunque señalase que la partera de toda nueva sociedad era la violencia - algo que, por otro lado, la historia aportaba multitud de ejemplos - y apelase a la necesaria revolución, a la vista de lo que había hecho la burguesía. La ausencia de una reflexión más profunda en este tema produjo un movimiento pendular. Primero alimentó las tendencias deterministas, tan en boga en la Segunda Internacional, el capitalismo debería caer por el propio peso de sus crisis, tampoco era cuestión de profundizar más en el tema. Después este determinismo quedó reemplazado por una nueva certeza que llevó el péndulo al lado opuesto, el instrumento y la estrategia a emplear eran los descubiertos por la revolución rusa, el voluntarismo de una vanguardia organizada en un partido centralizado que forzaba la historia. Funcionó durante algunos decenios y ya estaba en crisis

antes de la debacle de 1989. Ambas tendencias tenían un elemento en común, el rechazo del espontaneísmo, abogando por la organización sólida; en el primer caso alrededor del núcleo burocrático-parlamentario, en el segundo alrededor de la vanguardia. En esto acertaba más Weber que Marx con su teoría de la burocratización creciente.⁷²

El marxismo había sido profundamente incisivo en su crítica del capitalismo, no solamente en su aspecto puramente económico o político, su teoría de la alienación, la crítica de las concepciones burguesas de la libertad, de la sociedad civil, etc. son muestras del potencial de su crítica. Pero de nuevo estas aportaciones extraordinarias del marxismo se producían en el plano teórico, filosófico. Cuando pasamos al plano práctico, entonces encontramos que el marxismo utiliza gran parte de las estructuras políticas y económicas de la sociedad burguesa. Como instrumento de su estrategia, el marxismo utiliza las organizaciones inventadas por la burguesía, los partidos políticos, bien sean de carácter parlamentario, aunque la socialdemocracia les confiera un carácter de masas que luego adoptará también la burguesía, bien en su carácter de vanguardia. La organización más propiamente proletaria, los sindicatos, son puestos al servicio de la estrategia de los partidos, los auténticos instrumentos del marxismo para la superación del capitalismo. El fundamento de esta primacía del instrumento partidario sobre el instrumento sindical se encontraba en la teoría, tanto kautskiana como leninista, de la necesidad de los intelectuales (individuales u orgánicos) para esclarecer e introducir la auténtica conciencia de clase entre el proletariado.

El leninismo introdujo una estructura específicamente proletaria con el descubrimiento de los soviets en la revolución rusa de 1905, pero en la práctica, tras la victoria bolchevique, la organización soviética - realmente diferente de las formas de organización burguesa, tanto para llevar a cabo la revolución como para construir la nueva sociedad - fue rápidamente vaciada de contenido, convertida en una cáscara hueca con la consolidación de la forma partido-Estado como estructura para gestionar una revolución en rápido proceso de burocratización. Los otros

⁷² Weber mostró un especial interés por los procesos de burocratización que consideraba un elemento característico e inevitable de la sociedad moderna, apreciando en dicho proceso ventajas como la racionalidad y eficacia, y riesgos para la libertad, porque los hombres podrían quedar atrapados en una "jaula de hierro", es decir, una densa red de preceptos y procedimientos.

Los marxistas subestimaron este peligro hasta que la experiencia del desarrollo de la revolución en la Unión Soviética les obligó a replantearse dicha cuestión. Trotski fue el primero en señalar el proceso de burocratización en la URSS, después otros autores como Bruno Rizzi continuaron este análisis. Pero, finalmente, se vieron obligados a establecer hipótesis no verificadas para mantener el optimismo en la posibilidad del socialismo, como sostuvo Ernest Mandel, para quién reconociendo este peligro - pues si toda organización, incluidas las revolucionarias tienden a la burocratización, entonces la revolución es imposible - sin embargo, concluía que dicho peligro no es inevitable, pues existen contratendencias, y el resultado final depende de factores sociales.

En la práctica, los análisis de Weber sobre la burocratización han resultado ser más realistas que los del marxismo.

aspectos prácticos en los que el marxismo seguiría apoyándose en estructuras creadas o utilizadas por la burguesía los veremos a continuación.

Contrariamente al marxismo, los anarquistas, cuando terminaron por confluir con la clase obrera, abandonando su concepción más ambigua del pueblo como sujeto de la revolución, utilizaron como vehículo las organizaciones más genuinas del proletariado, los sindicatos. Pero fueron incapaces de realizar ninguna revolución exitosa.

Respecto al segundo de los puntos mencionados, las características de la sociedad a construir, también aquí las pinceladas de Marx no entraban en detalle, por el rechazo al utopismo que ya hemos mencionado, pero dejaba claro tres aspectos derivados de su análisis del capitalismo y de su teoría del desarrollo histórico. El socialismo sustituiría a un capitalismo maduro que habría agotado todas sus posibilidades, punto polémico sin resolver. En cada crisis del capitalismo, en cada guerra, en cada fase, se ha señalado, durante más de un siglo, que se había llegado a ese punto de agotamiento, que se estaba en presencia de la crisis final. Sin embargo, no se han establecido parámetros para determinar ese punto. Este aspecto empezó a perder importancia a partir de la victoria bolchevique y el socialismo en un solo país construido en un país atrasado. Si las revoluciones en países de este tipo se convirtieron desde ese momento en la pauta habitual, entonces, no había porque esperar el agotamiento de las posibilidades del modo de producción capitalista. Este aspecto esencial del marxismo se dejó en suspenso.

Sin embargo, si el capitalismo tenía que haber agotado todas sus posibilidades antes de ser reemplazado por el comunismo, porque solo así se garantizaban las condiciones de la nueva sociedad, entonces estaba claro que, para Marx, el proletariado se iba a hacer cargo de una sociedad desarrollada y compleja. Este es un punto fundamental en el cual, a pesar de intentos racionalizadores posteriores a la revolución rusa para justificar el socialismo en un solo país, la práctica bolchevique terminó contradiciendo al marxismo en un aspecto crucial, y cuyas consecuencias no se han terminado de poner en evidencia.

El segundo aspecto se refería a que sería inevitable un período de transición entre ambas sociedades, la capitalista y la comunista, a dicho período Marx le denominó dictadura del proletariado. Este período era el reconocimiento realista de que era imposible una transformación radical e inmediata de la sociedad. El elemento que más se ha citado de este período es que durante él se iría extinguiendo el Estado, la organización política que para el marxismo es necesaria para mantener en las sociedades clasistas la dominación de la mayoría explotada por la minoría. Anterior, pues, al propio capitalismo, y utilizado en éste por la burguesía como clase explotadora. Sin embargo, y de la misma manera que ocurre con los partidos políticos, el Estado, en las experiencias de transición al socialismo inauguradas en 1917, no solamente no se extinguió, sino que se reforzó, sirviendo de instrumento de

dominación de una capa burocrática; llegando a adquirir en los casos más extremos, como el stalinismo, características totalitarias.

Dado el contradictorio anti-utopismo de Marx⁷³, se abstuvo de describir en qué consistiría la dictadura del proletariado hasta que la experiencia de la Comuna de París le sirvió de modelo para su propuesta. La Comuna fue tomada como modelo organizativo de la nueva sociedad, no como modelo estratégico de lucha por la nueva sociedad, porque posteriormente este modelo de intervención fue llevado a cabo a través de la organización partidaria, bien en la versión de la socialdemocracia de la II Internacional, o en la versión del partido leninista. Marx tomaba como modelo una insurrección en una sociedad donde el peso del artesanado era fundamental y que solo se desarrolló en el perímetro de una ciudad, grande como París, pero una ciudad. Este modelo no sería evocado por la II Internacional, solamente por los bolcheviques cuando accediesen al poder, y de manera efímera, dada la rápida consolidación de un Estado centralizado, omnipotente y totalitario en la Unión Soviética.

La tercera pauta que dejó establecida Marx sobre la sociedad comunista es que, paralelamente al proceso de extinción del Estado, se crearía una sociedad de productores libremente asociados. Una definición así, sin mucha más profundización, evoca evidentemente una participación ampliamente democrática de todos los miembros de la sociedad en las decisiones de ésta. Pero más en concreto significaría una organización democrática y no alienante del proceso productivo. Esto es reforzado, en primer lugar, por las críticas del marxismo al proceso productivo capitalista; en primer lugar la que hace a la división entre trabajo intelectual y manual, que a su vez lleva asociada la división entre dirigentes y dirigidos; y en segundo lugar, por su inclinación por un trabajo que sirva, además de actividad social para mantener material y espiritualmente a la sociedad, para la realización del ser humano como tal.

Esto simplemente significaría la extinción de la institución empresarial tal como existe bajo el capitalismo. En primer lugar con la desaparición de la propiedad privada de los medios de producción, que fue realizado en los ensayos de transición mediante la estatalización de estos medios, lo cual no significó que hubiese una socialización. Pero, y esto es lo importante, como ocurrió con los partidos y el Estado, estas experiencias mantuvieron y utilizaron la estructura y la naturaleza de la empresa capitalista, con su separación entre dirigentes y dirigidos, entre trabajo manual e intelectual, con el mismo tipo de tecnología y organización, y con la misma alienación, que ahora se reforzaba al inculcar a los productores que el mismo tipo de trabajo que

73 Señalamos su carácter contradictorio porque si bien crítico a los socialismos utópicos anteriores y se negó a realizar descripciones detalladas de la futura sociedad comunista, el hecho de abogar por este tipo de sociedad implicaba un utopismo, aunque intentase recubrirlo con una filosofía de la historia que supuestamente demostrase que se trataba de una meta inscrita en el devenir histórico de la humanidad.

realizaban bajo el capitalismo ahora lo hacían en su beneficio y de la sociedad. La finalidad de la empresa en el socialismo real fue la misma que bajo el capitalismo, lograr el máximo de productividad, exprimir al máximo la naturaleza y la fuerza del trabajo para alcanzar en el mínimo tiempo posible el nivel de desarrollo industrial de las sociedades occidentales. La veta productivista a ultranza heredada por el marxismo se impuso sobre cualquier otro tipo de consideración, y eclipsó en las sociedades del socialismo real la crítica y la propuesta que hiciese originalmente Marx.

Para Lander este resultado es el fruto de la asunción por el marxismo de la misma racionalidad instrumental que atraviesa al capitalismo. En Marx existiría una ambivalencia entre la denuncia del trabajo alienante bajo el capitalismo y todas sus secuelas para los trabajadores, y el reconocimiento del carácter positivo y necesario de la expansión de las fuerzas productivas, fuerzas que han conocido un desarrollo vigoroso bajo el capitalismo y con el tipo de conocimiento, organización y tecnología que éste ha empleado. Esa ambivalencia, continua Lander, se puede apreciar cuando de un lado Marx reconoce a veces que los efectos negativos de la tecnología son el resultado de su utilización concreta realizada bajo el capitalismo, por lo cual cabría otro empleo alternativo y positivo bajo el socialismo; y por otro lado insinúa que el complejo tecnológico levantado por el capitalismo industrial tuvo que ver con la lucha de clases, “En oposición a otros textos en los cuales las fuerzas productivas aparecen como expandiéndose de acuerdo a una dinámica interna propia, Marx señala que la creación y la aplicación de la maquinaria en la sociedad capitalista, encuentran una parte importante de su explicación en la necesidad explícita que tienen los capitalistas tanto de desvalorizar y descalificar la fuerza de trabajo, como de someterla cuando ésta se rebela en contra del capital.”⁷⁴

Finalmente, en Marx se habría impuesto la primera interpretación, “A pesar de que las bases para estas conclusiones están presentes o sugeridas en el análisis de Marx, los resultados a los cuales llega su reflexión son radicalmente distinto (...) Los principales problemas que Marx detectó en relación a la organización del trabajo en la sociedad capitalista no encuentran, para él, su explicación en la naturaleza de la maquinaria utilizada sino en las condiciones en las cuales esa maquinaria se convierte en agente del capital”⁷⁵

Que el mismo tipo de trabajo, realizado bajo las mismas estructuras y con la misma naturaleza que bajo el capitalismo fuese presentado en el socialismo real como algo diferente, es otro de los frutos de la utilización marxista de la categoría de totalidad, “El trabajo en la sociedad capitalista es caracterizado como alienante por su carácter repetitivo, por la ausencia de control

74 Lander, Edgardo, pág. 175

75 Lander, Edgardo, págs.. 179-180

del trabajador sobre el producto, sobre lo que hace, sobre la forma en la cual lo hace, por el carácter fragmentario de la tarea, etc. Sin embargo, el mismo trabajo, con las mismas características empíricas, con la misma maquinaria, con la misma división de tareas, se supone que tiene otras características por el hecho de encontrarse dentro de otra totalidad (sociedad socialista sin propiedad privada)”⁷⁶

El marxismo había intentado evitar el utopismo, tan desprestigiado a sus ojos, de definir las características de la sociedad comunista, para caer en el utopismo de no enfrentarse a los serios problemas que suponían el mantenimiento de un orden social en cualquier comunidad - tema sobre el que han corrido ríos de tinta desde la Grecia clásica - y el funcionamiento de un mecanismo económico que se había vuelto cada vez más complejo con la sociedad industrial. Suponer que una revolución que aboliese la propiedad privada de los medios de producción era la clave para resolver esos dos complejos problemas era igualmente un utopismo como la práctica ha demostrado. La famosa sentencia de Lenin en víspera del octubre soviético de que con unos conocimientos simples se puede gestionar la sociedad socialista es la demostración más palpable de dicho utopismo⁷⁷. Tanto Marx, como Engels o Lenin se apoyaban para mantener esta tesis fundamental en una suposición no fundada en ningún hecho empírico, la de que con el desarrollo de las fuerzas productivas bajo el capitalismo se simplificarían las tareas administrativas en la esfera económica, social y política. La experiencia, ya en el siglo XIX, apuntaba claramente que la dirección era justamente la contraria. Y por mucho que se pudiese suponer en una sociedad comunista avanzada que los hombres hubiesen desarrollado aptitudes amplias, no es posible suponer una versatilidad universal para participar en cualquier aspecto del mecanismo social.

La crítica de Lander es totalmente acertada: “Al partir del supuesto de que las tareas de administración del Estado son cada vez más simples (tareas de contabilidad), y que es posible someter la actividad de los científicos, ingenieros y expertos en general, a la dirección de obreros armados que sepan leer y escribir, se está dejando de lado toda consideración acerca de las implicaciones que tiene el desarrollo de una tecnoburocracia cada vez más amplia, y con poderes cada vez mayores como consecuencia, precisamente, del desarrollo de esas fuerzas

76 Lander, Edgardo, op. Cit., pág. 98

77 En concreto, la fase de Lenin decía, “Registro y control: he aquí lo principal, lo que hace falta para “poner en marcha” y para que funcione bien la primera fase de la sociedad comunista (...) El capitalismo ha simplificado extraordinariamente el registro de esto, el control sobre esto, lo ha reducido a operaciones extremadamente simples de inspección y anotación, accesibles a cualquiera que sepa leer y escribir y para las cuales basta con conocer las cuatro reglas aritméticas y con extender los recibos correspondientes”, Lenin, El Estado y la revolución, pág. 125, Ed. en lenguas extranjeras, Pekín 1975

productivas del capitalismo. La concentración de la producción, el desarrollo de las grandes unidades fabriles, el crecimiento de las tareas del Estado, muy lejos de llevar a la simplificación de éstas, lo que lleva es a una jerarquización y complejización creciente de la gestión de la sociedad. Aquí Lenin está haciendo una lectura profundamente distorsionada de los procesos de racionalización y burocratización de la vida social que están ocurriendo ante sus propios ojos”⁷⁸

Así pues, la revolución rusa había utilizado los mismos instrumentos que la sociedad burguesa pero dotándoles de características más perversas. El partido, en la versión que se terminó imponiendo del modelo bolchevique, se convirtió en un eficaz instrumento para alcanzar el poder. Pero su mérito solo consistió en adoptar el tipo de organización centralizada y jerarquizada que ya había expresado su eficacia bajo el capitalismo y en otras sociedades, y cuya expresión más acabada es el ejército, al que por cierto, los “Estado socialistas” copiaron exactamente. Pero no todos los medios sirven para alcanzar todos los fines. Como la historia se ha encargado de demostrar, el partido leninista fue altamente eficaz para tomar el poder, pero no para construir el socialismo.

La estructura estatal, el instrumento denunciado como imprescindible para mantener un estructura de dominación en la sociedad, se mantuvo y se reforzó, y como en una burla de la historia, el socialismo real mantuvo lo más negativo de él, la burocracia, y desechó desdeñosamente algunas de las correcciones positivas introducidas en la evolución del Estado bajo el capitalismo, como el Estado de derecho, con su garantía de derechos y libertades, o el sistema representativo. Si tras el fracaso y derrumbe de esas experiencias, los marxistas se ven obligados a criticarlas por su degeneración, pero al mismo tiempo mantienen su crítica de las características mencionadas del Estado de las democracias demo-liberales, entonces ya no solo se trata de una muestra de utopismo, sino de un desvarío absoluto que les incapacita para ser alternativa a nada.

Una consecuencia inevitable del fracaso inapelable de las sociedades derivadas de la revolución de octubre es que con ellas quedaban desprestigiados a la vez el instrumento de transformación, la estrategia y el modelo de sociedad. Y el marxismo quedaba como en sus orígenes, en un plano abstracto, pero no al mismo nivel. 150 años de luchas y ese resultado no son en vano.

78 Lander, Edgardo, op. Cit., pág. 240

Las crisis del marxismo

Antes de entrar de lleno en el tema, es necesario precisar dos cosas. La primera es que hablar de la crisis del marxismo no es un tema académico. Multitud de autores se refieren a ella con el objetivo político evidente de concluir que el proyecto emancipador que ha animado durante siglo y medio está listo para ser enterrado, mientras que, en sentido contrario, otros autores marxistas intentan minimizar esta situación alegando que dicha crisis es solo un arma arrojada en manos de los defensores del statu quo y, que, por lo tanto, dicha crisis es irrelevante para un cuerpo de doctrina que mantiene su vigencia. Entre ambas posiciones están los autores marxistas que reconocen que el cuerpo de pensamiento que es el marxismo está en crisis, con un diagnóstico diferente sobre sus síntomas, su gravedad y los tratamientos o soluciones para devolverle la salud. Por tanto es necesario ser conscientes de que desde ambas partes quizá se intenten utilizar los argumentos que aquí se expongan.

En segundo lugar, está claro que no se trata de hablar de la crisis del marxismo como un evento acaecido recientemente. Las impugnaciones, discusiones o refutaciones a este cuerpo de pensamiento son casi paralelas a su nacimiento. En todo caso podría alegarse un agravamiento de su situación. Salvadas las distancias solo podría compararse esta gravedad con la de los años que median entre el inicio de la primera guerra mundial - cuando el grueso de los partidos de la Segunda Internacional se alinearon tras sus respectivos gobiernos en el esfuerzo bélico, traicionando todas las ideas y programas que habían informado dicha organización - y la revolución rusa, cuando la primera revolución socialista reanima al marxismo como proyecto emancipador factible y le salva de un incierto futuro. Un acontecimiento imprevisto, acaecido durante el mayor conflicto bélico desencadenado hasta ese momento en la historia de la humanidad, cambia todo el panorama para el proyecto socialista. El agravamiento de la crisis para el proyecto emancipador guiado por el marxismo, debido a la actitud de los principales partidos socialistas de la época, fue solo un salto cuantitativo, porque la crisis ya existía en el seno de la Segunda Internacional, y su mejor exponente había sido la posición de Bernstein. A pesar de la práctica heterodoxa de los bolcheviques respecto a los cánones más ortodoxos del marxismo, éste gozó de un prestigio e influencia casi indiscutidos durante unos pocos años después. Porque el formidable prestigio derivado del triunfo bolchevique fue rápidamente desgastado por una práctica que se alejaba de los ideales de emancipación; las depuraciones sangrientas incluso dentro del propio partido bolchevique, la consolidación del stalinismo, el enfrentamiento chino-soviético, las represiones en las democracias populares contra el propio

movimiento obrero, etc. hicieron que la crisis del marxismo volviese a la superficie y se fuese agravando con el tiempo. En este sentido, el hundimiento del comunismo eurosoviético representó una situación similar al estallido de la primera guerra mundial, fue solo el punto álgido de una crisis ya existente. Pero si entonces solo transcurrieron tres años para que la revolución de octubre revertiera una situación muy difícil, actualmente, y después de dos décadas de la debacle del socialismo real, la situación del marxismo como guía de un proyecto emancipador sigue agravándose. Ni se ha producido ninguna revolución socialista nueva, ni los procesos que más claramente se han enfrentado al neoliberalismo, como los de América Latina, son guiados por organizaciones o proyectos marxistas.

En el artículo de George Bensussan para el diccionario marxista⁷⁹ se plantea - analizando la primera gran crisis del marxismo con el revisionismo sostenido por Bernstein - que las crisis de marxismo están doblemente determinadas, de una parte por factores internos, “la realidad de sus desarrollo y la dislocación subsecuente de categorías que se encontraban dispuestas como eternas. En este sentido lo que hay es la crisis de un marxismo, el de las modalidades de su fusión con un movimiento obrero históricamente preexistente y con las ideologías que lo constituían. La crisis del marxismo es, entonces, las crisis de sus formas de existencia histórica.” Pero por otra parte, “la crisis está siempre sobre-determinada por causas exógenas actuando sobre los factores endógenos. El debate sobre el revisionismo es, en profundidad, el resultado inducido en el movimiento socialista por la democratización de las instituciones políticas, por el reflujo de las ideologías y las práctica económicas liberales, por la expansión industrial, por la intensificación de las tendencias imperialistas”.

Para este autor, esta primera gran crisis que se prolonga a propósito de la evaluación de la revolución rusa de 1905, hizo emerger cuatro ejes problemáticos y dio lugar a tres respuestas diferentes.

Los ejes fueron: “1) la no homogeneidad del desarrollo teoría/política; 2) la dialéctica compleja de los factores endógenos y de los factores exógenos; 3) la sobre determinación de lo teórico por lo político; 4) la comprensión del marxismo como formación históricamente determinada. En los años 30, estas líneas de fuerzas son prolongadas, amplificadas y radicalizadas hasta anunciar buen número de aspectos del debate de los años 1970-1980”

Las respuestas consistieron, por su parte, en: “la vía leninista, el abandono de todo proyecto revolucionario y las estrategias medianas. La victoria bolchevique tenía su reverso con el fracaso de la revolución en occidente y la estabilización capitalista. Con este trasfondo se dan en

79 Bensussan, G., Crises du marxisme, en Bensussan, G., Labica, G., Dictionnaire critique du marxisme, PUF, pág. 259-69.

los años 30 las tentativas de refundar el marxismo en la forma de puesta al día crítica (Bauer) o de la reforma (Gramsci), que no se oponen, pero son diferentes.”

Desde esta perspectiva, la crisis del marxismo desencadenada a finales del siglo XIX no habría sido solucionada, el stalinismo y la expansión del campo socialista la congelaron a la vez que la amplificaron y se mostró con toda crudeza cuando dicho campo desapareció. Pero si entonces la vía leninista fue capaz de contrarrestar el abandono del proyecto revolucionario por la socialdemocracia e imponerse a las estrategias medianas, hoy no hay respuestas claras, y frente a una socialdemocracia mucho más escorada hacia el campo liberal, solo se escuchan críticas estridentes al capitalismo, con diferentes tonos catastrofistas, pero sin organizaciones ni estrategias de actuación.

Para que el marxismo, o como quiera llamársele al paradigma que deba orientar un proyecto de superación del capitalismo, pueda tener credibilidad en estos momentos no solamente debe afinar su crítica al capitalismo, sino que debe de ser capaz de ofrecer una explicación convincente de las razones del fracaso de las experiencias iniciadas con la revolución de octubre y extraer las consecuencias pertinentes a nivel de la teoría.

La crisis puede, entonces, interpretarse de dos maneras. En la primera interpretación, la crisis se puede contemplar como un proceso iniciado tempranamente porque el paradigma marxista contenía un elevado número de errores y disfunciones y no era válido como solución superadora del modo de producción capitalista. Solamente una oportunidad abierta en el eslabón débil de la cadena imperialista durante la primera guerra mundial, en Rusia, y aprovechada por una conjunción de líderes capaces y audaces fue capaz de congelar a corto término dicha crisis, porque a medio término, esta experiencia lo único que hizo fue corroborar finalmente en la práctica la invalidez del paradigma marxista. Con esta prueba definitiva de los hechos, la crisis entró en su estado terminal y el marxismo terminó desapareciendo como paradigma capaz de llevar a la superación del capitalismo. Esto no significa ni el final de la historia, ni la eternidad del capitalismo, pero sí el final de una ilusión no suficientemente fundada. Las fuerzas que impugnan el capitalismo van a tener que esforzarse mucho más a partir de esta conclusión.

En la segunda interpretación la crisis puede contemplarse como una característica asociada a todo pensamiento vivo, no dogmatizado, que va aprendiendo de sus propios errores, que va corrigiendo sus postulados conforme se enfrenta a los problemas que va encontrando y con lo que se va enriqueciendo, hasta que la conjunción de problemas irresolubles en el capitalismo, un paradigma realmente depurado por duras experiencias, y unas fuerzas sociales decididas a acabar con una situación imposible terminan por provocar la superación del modo de producción capitalista.

Como fácilmente se puede apreciar, la inclinación en estos momentos por alguna de las dos visiones responde a una opción subjetiva. Solamente dentro de algunas décadas podrá verse más claramente cuál era la más acertada de las dos.

Hace una década un sociólogo marxista escribía, “¿Reflujo transitorio u ocaso definitivo del socialismo? El veredicto está en manos de la historia. Nosotros nos inclinamos a pensar lo primero, es decir, que se trata de una grave derrota, pero será preciso esperar para ver el rumbo que toman los acontecimientos en esta decisiva década final del siglo XX antes de poder ensayar una respuesta más fundamentada.”⁸⁰

Ahora, finalizada la primera década del siglo XXI, la primera interpretación que hemos expuesto parece más plausible que la segunda.

Entrando más al detalle, podemos observar que diferentes autores y con distintas perspectivas han estudiado la denominada crisis del marxismo. Las perspectivas están relacionadas con el objetivo que se tome para establecer la situación de crisis. Ahora bien, aunque se ponga el énfasis más en un aspecto o en otro, no cabe duda que finalmente la crisis afecta tanto al marxismo como guía de acción y utopía movilizadora, como al marxismo como método de conocimiento del mundo, tal como lo expresaba José M. Roca, “la llamada crisis del marxismo afecta tanto a la concepción del marxismo como ciencia (y como creencia, como religión o falsa conciencia), cuanto al marxismo como una guía para la acción. Es decir, que varias concepciones teóricas y/o doctrinales que coexistían bajo el mismo nombre - marxismo – se han derrumbado al mismo tiempo.

Este derrumbe puede resumirse en la quiebra casi simultánea de paradigmas en varios ámbitos: social, con la desaparición del sujeto -la clase obrera moderna- que debía ser el agente activo de la revolución; político, por los cambios sufridos por el Estado capitalista y la degeneración del Estado obrero en los países en los que, en teoría, era un instrumento al servicio de las clases más desfavorecidas; el partido, por el descrédito sufrido por todos los partidos en general y por el modelo de partido comunista en particular, debido a su degeneración burocrática. También en el campo teórico, por el declive del materialismo histórico en su versión de optimismo histórico, y en el terreno filosófico, por lo anticuada que ha quedado la versión militante de la dialéctica y por la irrupción de otros temas a los que la filosofía ha prestado su atención (por ejemplo, el lenguaje).

80 Boron, Atilio. Estado, capitalismo y democracia en America Latina. Coleccion Secretaria Ejecutiva, Clacso, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Agosto 2003. p. 320. Disponible en la World Wide Web: <http://www.clacso.org/wwwclacso/espanol/html/libros/estado/estado.html>

En el campo de la epistemología, la teoría del conocimiento concebido como reflejo de la verdad objetiva ha quedado arrumbada por visiones que ponen más énfasis en las mediaciones entre el sujeto y el objeto (de nuevo el lenguaje), y en el campo de la metodología parece felizmente concluida la visión que defendía un único método de investigación válido para casi todo.

Pero todo esto con ser grave, no lo es tanto como la pérdida de una doctrina globalizadora e incuestionable que se consideraba el reflejo de la realidad objetiva, desarrollada a partir de un solo método, basada en la única interpretación científica de la sociedad, aplicada por un solo partido, apoyada en un sujeto social con un papel histórico demostrado y movida por un solo motor. Todo lo cual puede ser resumido en el esquema: teoría-clase-partido (una teoría para una clase, elaborada y aplicada por un partido), cuyo articulado conjunto proporcionaba una gran confianza intelectual y moral.”⁸¹

Tres niveles de evaluación de la crisis del marxismo.

Uno de los enfoques considerados para evaluar la crisis del marxismo puede ser la constatación del fracaso en la práctica de los proyectos políticos y sociales que han intentado la superación del capitalismo tomando al marxismo como guía y programa. Es decir la crisis tiene que ver con su capacidad o incapacidad para hacer realidad su promesa emancipatoria de superación del capitalismo, con su propuesta utópica.

En este caso, el fracaso puede derivarse de las derrotas de los movimientos políticos o de la frustración del proyecto después de obtenida la victoria tras un enfrentamiento violento. Si las derrotas pueden deberse a una reacción represiva de las fuerzas que sostienen el orden burgués o a la pérdida continua de influencia de las organizaciones revolucionarias; la frustración, por su parte, puede derivarse de múltiples causas tanto internas como externas⁸². Las derrotas asimilan a las organizaciones y proyectos marxistas a otros diferentes, como los anarquistas o anarcosindicalistas, que jamás consiguieron poner en práctica una experiencia victoriosa duradera orientada por sus ideas⁸³ y que no representan actualmente ninguna alternativa real al

81 Roca, José M., *Marxismo y posmodernidad*, La primera redacción de este artículo data de 1990 y se publicó en 1991, en el nº 16 de *Iniciativa Socialista*. Forma parte del libro *La izquierda a la intemperie*

82 Sobre las causas del fracaso de las cuatro principales experiencias de revoluciones triunfantes basadas en proyectos marxistas puede consultarse, Sánchez Rodríguez, Jesús, *Las experiencias históricas de transición al socialismo*, <http://miradactica.blogspot.com/search/label/Libros>

83 El ejemplo histórico de estas experiencias más citado, por fuentes anarquistas o no, es el de las colectivizaciones en Aragón realizadas por la CNT durante un corto período de la guerra civil española, pero que por las circunstancias en

capitalismo, más allá que puedan servir para canalizar movimientos de protesta radicales. La frustración del proyecto, después de un período más o menos largo de vigencia, si es una característica peculiar de las revoluciones triunfantes orientadas por el marxismo, que sitúa en un nivel de mayor gravedad la crisis de éste, porque si más allá de la crítica que pueda realizar al capitalismo no es capaz de poner en práctica una alternativa duradera y mejor a dicho sistema, su crítica se queda solo en eso.

Un segundo enfoque para evaluar la crisis del marxismo tiene que ver, más que con los fracasos de sus realizaciones prácticas, con la refutación de sus predicciones. En este sentido, la crisis del marxismo tiene que ver sobretodo con su status de pensamiento científico. Digamos de entrada que entendida así la crisis, la de un pensamiento social que engloba distintos aspectos como la economía, la sociología, la política, etc., ello no lo descalifica inmediatamente, simplemente le hace participar en la crisis global que sufren las ciencias sociales, y que ha generado un enorme debate, a partir de la constatación de que su modelo de predicción, fundado en el de las ciencias naturales, no rinde la misma eficacia que en éstas. La crisis del marxismo participa en la misma crisis de otras escuelas de pensamiento de la economía, de la sociología, etc., y de la crisis de estas disciplinas en sí mismas. La única diferencia es que mientras, por ejemplo, el fracaso de distintas escuelas burguesas de economía o la propia crisis de la ciencia económica por la refutación de sus predicciones no ha impedido la continuación del funcionamiento del capitalismo con más o menos dificultades, así como la aparición de otras escuelas y paradigmas en lucha entre sí dentro del campo burgués; la crisis del marxismo, en este sentido, no ha originado un paradigma emancipador en competencia con el que superar sus debilidades. Hasta ahora, la crisis del marxismo es la crisis del único paradigma emancipador que ha supuesto una alternativa seria al capitalismo, y sin la superación de esta crisis o la aparición de otro paradigma para superar sus debilidades, el proyecto socialista entra en barrena y se diluye en protestas anticapitalistas sin capacidad de transformación.

Finalmente, el tercer enfoque para evaluar la crisis del marxismo se refiere a la crisis de los supuestos meta-teóricos sobre los que se apoyó este pensamiento cuando comenzó a elaborarse en el siglo XIX. Aquí el planteamiento es más radical. La crítica al marxismo apunta a los elementos comunes que tiene con el pensamiento burgués, como la fe en el progreso, el desarrollo de las fuerzas productivas, etc., que formarían parte de la pertenencia a una misma matriz cultural y que le incapacitaría como paradigma superador del capitalismo. Como crítica cultural del liberalismo y del marxismo puede ser muy atractiva en las actuales circunstancias

que se desarrolló de guerra civil, la duración tan corta de las mismas, y la limitación geográfica y socioeconómica, no puede considerarse un ejemplo de sociedad en el que se pusieran a prueba la validez del ideal anarquista o anarcosindicalista.

este tipo de reflexión, pero como programa emancipador puede ser tan estéril como el anarquismo.

El fracaso histórico del proyecto emancipador sustentado por el marxismo.

Perry Anderson es un autor que se ha ocupado en profundidad de la crisis del marxismo, especialmente desde la primera perspectiva mencionada⁸⁴. Su libro, *Tras las huellas del materialismo histórico*, del que haremos un breve resumen, se ha convertido en un clásico al respecto, pero también se ocupó del tema en otros artículos y obras. En la aproximación de este autor prima sobre todo la crisis del marxismo como derivación de las diferentes derrotas de los movimientos que lo han enarbolado como guía y bandera en sus luchas.

Su interés se centra en la trayectoria de la teoría marxista después de la revolución rusa. Su punto de partida es la constatación de tres grandes derrotas del movimiento obrero en la Europa occidental. La primera, la derrota de la insurrección obrera en Europa central tras la primera guerra mundial, la segunda, la de los frentes populares en los años 30, y la tercera, la incapacidad de los movimientos de resistencia europeos al nazismo de transformar su fuerza en una hegemonía duradera. Una consecuencia de esta situación fue que la influencia del marxismo se trasladó de las organizaciones obreras a los centros académicos, y cambiaron los temas de interés de la teoría marxista que pasó de la economía, la política y la estrategia a la filosofía, centrándose en cuestiones de carácter epistemológico. Con las convulsiones sociales y políticas en Europa occidental a finales de los años 60 y primeros de los 70 hubo un regreso del marxismo a las cuestiones sustanciales que habían sido marginadas y aparecieron importantes análisis del capitalismo contemporáneo, del Estado, de la estructura social, etc., junto a un desplazamiento de esta producción teórica al ámbito anglo-americano. Anderson considera que en esa época se produjo la más importante creación teórica marxista desde “la época heroica de los fundadores del moderno pensamiento revolucionario”. Pero en un ámbito fundamental, el marxismo cosechó un fracaso, en la imposibilidad de vincularse a un movimiento revolucionario de masas, lo que supuso que no se elaborase un pensamiento estratégico para la superación del capitalismo. No obstante, en el balance de los años 70, este autor rechaza hablar de crisis del marxismo referida a “la instancia teórica de la producción del marxismo como fuente de pensamiento”. De lo que se puede hablar, indica, es de una “crisis del movimiento comunista que se desprende de la tradición de la tercera internacional”, y sus raíces se encontrarían en “dos grandes decepciones históricas que ha sufrido la intelligentsia comunista

84 Anderson, Perry, *Tras las huellas del materialismo histórico*, op.cit., ¿Existe una crisis del marxismo?, *Dialéctica*, nº 9, 1980

de Europa occidental en los últimos años.” Primero con el maoísmo y luego con el eurocomunismo. En cuanto al maoísmo, representó, en su momento la ilusión de la construcción del socialismo sin las lacras del stalinismo denunciadas en el XX Congreso, reforzada después por la revolución cultural. Pero el entusiasmo no duró mucho tiempo, y China mostró rápidamente que su realidad no se correspondía con la imagen que se había difundido. Esta decepción fue contrarrestada, en parte, en Europa, con el surgimiento de la corriente eurocomunista.

A mediados de la década de los 70, el ascenso de la corriente eurocomunista había levantado amplias esperanzas que se frustraron también en poco tiempo en los tres principales países donde se desarrolló, Francia, Italia y España. Esta decepción, sumada a la primera con el maoísmo, está tras la denominada crisis del marxismo de esos años, que se cionó de manera clara a estos países latinos, dejando al margen a los países nórdicos o anglosajones, donde la teoría mantuvo su producción sin vinculación a ningún movimiento socialista de importancia.

Así pues, a finales de los 70 se produjo un derrumbe de la tradición marxista en la Europa latina, donde habían gozado los PPCC de una importante influencia. Sus síntomas fueron la renuncia al marxismo de destacados intelectuales y el creciente escepticismo respecto a la posibilidad de una ruptura revolucionaria con el capitalismo. Pero, incluso en el sur europeo, la aproximación en esos años del marxismo a un movimiento de masas como fue el eurocomunismo se hizo en clave reformista, por ello, a nivel de estrategia, el pensamiento marxista continuo estancado.

Anderson también se refiere al efecto negativo que sobre la teoría marxista tuvo su inapelable preeminencia en el universo intelectual del socialismo; esta ausencia de retos intelectuales dentro del movimiento socialista perpetuó sus debilidades. Sin embargo, desde los años 70 aparecieron desafíos a esa hegemonía intelectual indiscutida a través de nuevos problemas no contemplados por el marxismo, de un lado desde el movimiento feministas, de otro desde el descrédito producido con las experiencias del socialismo real (esta obra de Anderson está escrita antes de la debacle del socialismo real) y el eurocomunismo respecto a su radicalidad transformadora.

Una década más tarde de escribir su artículo *¿Existe una crisis del marxismo?*, en el que Anderson aún veía de manera problemática pero optimista el futuro del marxismo, va a escribir otro artículo en el cual su perspectiva es más sombría. Se trata de *Desafíos para una alternativa*

*socialista*⁸⁵, escrito a principios de la década de los 90 para rebatir los argumentos de Fukuyama sobre el fin de la historia. Es importante subrayar que Anderson se refiere ahora al futuro problemático del proyecto socialista, pero en este artículo no aparece ni una vez el vocablo Marx o marxismo cuando es evidente que el autor se está refiriendo al proyecto socialista defendido desde posiciones marxistas.

En dicho artículo, Anderson reconoce que la gravedad de la crisis afecta a todos los aspectos del proyecto socialista clásico. Éste se basaba en cuatro grandes fundamentos, “una proyección histórica, un movimiento social, un objetivo político y un ideal ético.”. Su base objetiva sería una concepción de la “naturaleza progresivamente social de las fuerzas productivas industriales”. El agente encargado de llevar a cabo el proyecto sería el trabajador colectivo producido por la industria moderna. “La principal institución de esa sociedad sería la planificación consciente del producto social por sus ciudadanos, como productores libremente asociados participando en común de sus medios básicos de subsistencia. El valor central de ese orden sería la igualdad”. Pues bien, Anderson reconoce que “Hoy, todos esos elementos de la visión socialista ceden a la duda radical.” Todo ello porque se han producido fracasos y han aparecido tendencias y valores diferentes a aquellos en las que se basó el proyectos socialista (descentralización del proceso productivo, declinación de la clase trabajadora, irracionalidades en la planificación centralizada, descredito del valor de la igualdad).

Apunta, entonces, que es necesaria una renovación del socialismo que debería tener en cuenta varios aspectos, entre los que destaca, la utilización de un mercado socializado, una versión de la democracia compleja y participativa, una concepción más amplia de alianza social para pasar al socialismo y la necesidad de un balance crítico de la experiencia pasada para cualquier reformulación del proyecto socialista.

Finalmente, Perry Anderson realiza una brillante comparación histórica y coteja la situación del proyecto socialista después del derrumbe de los regímenes del este europeo con cuatro experiencias históricas anteriores, al objeto de verificar si su futuro se pudiera parecer a alguna de ellas. La primera sería la experiencia jesuita en Paraguay entre 1610 y 1760 que fascinó al Iluminismo y que posteriormente caería en el olvido o sería contemplada mayoritariamente como una construcción social artificial condenada a la extinción. La segunda es la de los Levellers durante la revolución inglesa de 1640; en este caso, tras la derrota de esta revolución el legado de los Levellers sólo reaparecería un siglo después en un lenguaje y un ambiente intelectual totalmente transformado en la revolución francesa. La tercera experiencia histórica es

85 Anderson, Perry, Desafíos para una alternativa socialista, El Rodaballo. Revista de cultura y política. Año 1, Nº 1, noviembre 1994

la del jacobinismo, que tampoco logró crear un orden político duradero a pesar de haber ido mucho más lejos; de esta tradición surgiría también una mutación, pero esta vez sin ruptura temporal, el socialismo. La última experiencia a la que hace referencia es la del liberalismo, para resaltar como tras alcanzar su cenit a principios del siglo XX va a desmoronarse rápidamente con la primera guerra mundial, la gran depresión y el ascenso nazi; sin embargo, su negro futuro en ese periodo es superado con la extraordinaria recuperación del liberalismo tras la Segunda Guerra Mundial.

Estas cuatro experiencias que Perry Anderson describe como olvido (jesuitas), trasvalorización (Levellers), mutación (jacobinismo) o redención (liberalismo) son la imagen histórica de las distintas opciones de futuro para el proyecto socialista.

También desde la óptica de la primera perspectiva puede entenderse la posición de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, que en su ya clásico *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* plantean que “Lo que está actualmente en crisis es toda una concepción del socialismo fundada en la centralidad ontológica de la clase obrera, en la afirmación de la Revolución como momento fundacional en el tránsito de un tipo de sociedad a otra, y en la ilusión de la posibilidad de una voluntad colectiva perfectamente una y homogénea que tornaría inútil el momento de la política. El carácter plural y multifacético que presentan las luchas sociales contemporáneas ha terminado por disolver el fundamento último en el que se basaba este imaginario político, poblado de sujetos «universales» y constituido en torno a una Historia concebida en singular: esto es, el supuesto de «la sociedad» como una estructura inteligible, que puede ser abarcada y dominada intelectualmente a partir de ciertas posiciones de clase y reconstituida como orden racional y transparente a partir de un acto fundacional de carácter político. Es decir, que la izquierda está asistiendo al acto final en la disolución del imaginario jacobino.”⁸⁶

Estos autores hacen un repaso crítico a la parte fundamental de la tradición marxista en la segunda y tercera internacional y del núcleo fundamental de los teóricos y los conceptos fundamentales del marxismo para terminar por redefinir el proyecto socialista “en términos de una radicalización de la democracia; es decir, como articulación de las luchas contra las diferentes formas de subordinación —de clase, de sexo, de raza, así como de aquellas otras a las que se oponen los movimientos ecológicos, antinucleares y anti-institucionales—. Esta democracia radicalizada y plural, que proponemos como objetivo de una nueva izquierda, se inscribe en la tradición del proyecto político «moderno» formulado a partir del Iluminismo, e

86 Laclau, Ernesto y Chantal, Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI, Madrid, 1987

intenta prolongar y profundizar la revolución democrática iniciada en el siglo XVIII, continuada en los discursos socialistas del siglo XIX, y que debe ser extendida hoy a esferas cada vez más numerosas de la sociedad y del Estado.”⁸⁷

La refutación de las predicciones del marxismo.

La segunda perspectiva de la que hablábamos, y desde la que enfocar la crisis del marxismo, tiene que ver con su status científico. Esta perspectiva es importante porque el marxismo ha reivindicado de manera insistente, y por el grueso de sus autores, que no todos, su carácter científico. Ninguna otra doctrina política anterior o contemporánea ha reivindicado este status. El liberalismo o el nacionalismo han moldeado la sociedad contemporánea a lo sumo en base a algunos principios de carácter filosóficos. Las ciencias, a su vez, han sido criticadas en cuanto a que la orientación de su desarrollo práctico ha sido marcada por las necesidades del desarrollo capitalista, pero los principios metodológicos con los que han desentrañado el mundo en sus diversos aspectos no han sido fruto de necesidades políticas. Sin embargo, el marxismo ha ido mucho más allá al postularse como doctrina política, concepción filosófica y disciplina científica. Y el resultado han sido concepciones de la ciencia fuera del consenso que domina en la comunidad científica y a veces opuestas entre sí, lo que ha dado lugar a polémicas no solo con lo que denominan visión burguesa de la ciencia, sino entre diferentes autores marxistas.

Por tanto, es preciso hacer referencia a que, como en otros muchos aspectos, la gran variedad de interpretaciones del marxismo contienen profundas discrepancias sobre lo que éste entiende por ciencia, y por lo tanto sobre su propia auto-ubicación como doctrina científica.

Toda disciplina científica viene definida por dos rasgos fundamentales, es un paradigma complejo capaz de explicar la zona de la realidad de la que se ocupa y es capaz de hacer predicciones con un alto grado de probabilidad en base a los conocimientos establecidos.

En su *Historia de la ciencia*, Francisco Fernández Buey hace mención a varios aspectos en relación con la ciencia que es interesante tomar en cuenta en relación con la pretensión científica del marxismo. El primer aspecto se refiere a las características que debe cumplir un conocimiento para que pueda ser considerado científico, “3] lo que diferencia al conocimiento científico del conocimiento ordinario y de otras formas de conocimiento no es tanto su objeto como la forma de proceder para analizarlo o explicarlo; 4] llamamos método científico a esta forma de proceder mediante la formulación de hipótesis y construcción de teorías y modelos. (...) 7] en tanto que procedimientos para aproximarnos a lo que la realidad sea, los modelos y

⁸⁷ Ibidem.

teorías son obra abierta, siempre sujeta a revisión; 8] por tanto, las verdades de la ciencia no son absolutas y su método se caracteriza por: 8.1 atenerse a la lógica 8.2 someterse a la comprobación o contrastación 8.3 hacer experimentos para ello 8.4 suponer que siempre puede haber una aproximación a la realidad mejor que la disponible 8.5 no admitir como mejores otras aproximaciones a la realidad (en el mismo ámbito de que se trate) que no hayan sido suficientemente comprobadas. Fomentar el espíritu crítico respecto de las propias teorías y modelos 8.7 considerar ajeno al proceder científico toda argumentación que no cumpla los requisitos anteriores (8.1.,8.2. y 8.3. principalmente).”⁸⁸

El segundo aspecto se refiere a la difícil relación entre las ciencias naturales y las sociales. Desde el momento en que las disciplinas sociales aspiraron al status de ciencia fueron atraídas por el modelo de las ciencias naturales, atracción acentuada “durante los siglos XVIII y XIX por el estímulo que supuso el éxito explicativo y predictivo de la ciencia de la naturaleza en general y de la mecánica newtoniana en particular. Para las disciplinas sociales esta atención se convirtió pronto en una verdadera atracción por el modo característico de proceder las ciencias naturales desde la época de las revoluciones científicas.

Ronald L Meek ha llamado la atención acerca del interés común de las disciplinas socio-históricas en la época que va de la revolución inglesa a la revolución francesa: aplicar al estudio del hombre y de la sociedad aquellos métodos “científicos” de investigación que habían demostrado, recientemente, su valor e importancia en el campo de las ciencias naturales.”⁸⁹

Y Fernández Buey añade lo que puede considerarse un toque personal en esa relación entre ciencias, “la atracción sentida por el proceder de los científicos de la naturaleza ha marcado el origen y desarrollo de las ciencias sociales. Una muestra de la complicación de la historia de la científicidad en el ámbito de lo humano/social/histórico es la cantidad de candidatos a ser el Newton (o el Galileo) de las ciencias sociales. Tal vez el primero de los candidatos oficiales fue John Locke. Pero la candidatura de Locke la recogería en seguida David Hume (...) la nómina de los candidatos se amplía si consideramos la obras de Adam Smith, de Jeremy Bentham, de David Ricardo, de Karl Marx, de Augusto Comte, de John Stuart Mill, etc.”⁹⁰

El tercer aspecto está relacionado con el distinto alcance que tienen las teorías científicas, lo que se ha dado en conocer como teorías de gran alcance o de alcance medio, “en la historia de la ciencia hay teorías que, con independencia de su potencia explicativa y predictiva, tienen un

88 Fernández Buey, Francisco, Historia de la ciencia, <http://www.upf.es/iuc/buey/ciencia>

89 *Ibidem*

90 *Ibidem*

alcance bastante limitado, esto es, que explican un conjunto de fenómenos o acontecimientos cuyo ámbito, aunque importante, es relativamente pequeño, reducido.

Pero también llamamos teorías científicas a construcciones simbólicas de muy amplio espectro que contienen varias leyes o principios explicativos de un conjunto de fenómenos o acontecimientos difícilmente abarcables por una sola ciencia. Son grandes teorías o, como se dice también, teorías sintéticas, teorías que aspiran o acaban dando lugar a una gran síntesis, la cual acaba influyendo en todas las disciplinas próximas a aquella en cuyo marco fue formulada inicialmente. Tal es el caso de la teoría darwiniana de la evolución”⁹¹

El cuarto, y último aspecto se refiere al cambio de centro de gravedad del interés de las ciencias en el siglo XIX y XX, “de la misma manera que puede decirse hoy que las dos ideas centrales del paradigma científico del siglo XIX son ‘evolución’ y ‘entropía’, así también puede decirse que las dos ideas centrales del paradigma científico del siglo XX han sido ‘relatividad’ e ‘incertidumbre’”.⁹²

Al igual que el marxismo desveló como los distintos modos de producción y las formaciones sociales con ellos asociados no son eternos y se van sucediendo impulsados por sus contradicciones internas, de la misma manera los paradigmas científicos han ido sucediéndose conforme se agotaban sus capacidades para responder a los problemas que se les planteaban. Este es en esencia el argumento de las revoluciones científicas que puso en boga Thomas Kuhn, conforme al cual las ciencias no han progresado de manera uniforme a partir de un hipotético método científico, sino que, por el contrario, el avance se realiza por revoluciones que tienen lugar cuando el paradigma científico vigente deja de ser eficaz para enfrentarse a los nuevos problemas, entonces, se produce una búsqueda de nuevas teorías y cuando una de ellas demuestra su superioridad termina siendo aceptada como el nuevo paradigma científico.

Centrándonos en las ciencias sociales podríamos referirnos a distintos paradigmas superados, incluso en pocos años. Entonces, dados los enormes problemas que han ido surgiendo en torno a los presupuestos principales del marxismo, y salvo que se intente alegar el absurdo de que se trata de una ciencia especial, a la que no son aplicables los criterios definitorios de las otras ciencias⁹³, el status autodefinido por el marxismo como disciplina científica – entendida como tal bajo las premisas que acabamos de ver – está expuesto a graves problemas, entre los cuales

91 *Ibidem*

92 *Ibidem*

93 Esta posición ha sido sostenida por muchos marxistas, su posición más esperpéntica y nociva fue la que prevaleció en la Unión Soviética durante el stalinismo que obligaba a las ciencias a amoldarse a los canones del diamat y produjo teorías como las de Lysenko en biología, luego rechazadas una vez pasados los peores momentos del stalinismo.

un aspecto importante a dilucidar es si está dotado de su núcleo fundamental y, en caso afirmativo, si mantiene su vigencia.

Francisco Erice⁹⁴ se acercó a este problema preguntándose sobre cuál sería el tronco común que definiría el marxismo, porque se han hecho tantas aportaciones e interpretaciones que el propio marxismo se ha extendido hasta quedar diluidos sus contornos definatorios. Pero incluso la definición de ese tronco común es problemática como él mismo reconoce, “Para los socialistas de fines del siglo XIX, se reducía a la *trinidad* del pensamiento marxista: la concepción materialista de la historia, la teoría del valor y la lucha de clases. Para el joven Lukács (el conocido filósofo marxista húngaro), se limita al método, a la dialéctica. En época más reciente, el marxista catalán Manuel Sacristán resumía en su componente materialista y dialéctico lo esencial de la *concepción del mundo* marxista, que es ‘el intento de formular conscientemente las implicaciones, los supuestos y las consecuencias del esfuerzo por crear una sociedad y una cultura comunistas’; pero esos supuestos e implicaciones particulares –añadía– se modifican según ‘el horizonte intelectual de cada época’ “

Ni siquiera ciñéndonos al propio Marx, para no tener en cuenta las aportaciones posteriores que introducen elementos de eclecticismo, es posible definir ni el núcleo ni las proposiciones realmente científicas, parece reconocer este autor, “la obra de Marx, como la de otros muchos autores, es un conjunto de escritos y textos de diferente rango y nivel de elaboración, con planteamientos que a veces van cambiando a medida que los acontecimientos también lo hacen - muchos textos de Marx fueron considerados por él como meramente preparatorios -, o que la misma evolución de los conocimientos científicos (antropológicos, históricos, etc.) lo permiten. Piénsese por ejemplo en sus ideas sobre las etapas históricas y la sucesión de los modos de producción o en su teoría del Estado. El problema es que, como se ha señalado, Marx ‘no fue ni un filósofo sistemático, ni un economista que se dedicara sólo al análisis, ni un sociólogo que pretendiera diferenciar los hechos sociológicos de otros ámbitos próximos (...), ni tampoco un político en el sentido habitual de la palabra’; es más bien un ‘clásico interdisciplinar’, susceptible de interpretaciones distintas.”

Para realizar su análisis sobre la situación del status científico del marxismo, Michael Burawoy⁹⁵ repasa, en primer lugar, los distintos modelos de ciencia ofrecidos por la filosofía de

94 Erice, Francisco, ¿Qué es el marxismo?. Materiales para el debate. Curso “Marxismo: pasado y presente”, <http://www.wenceslaoroces.org/formacionpca/>

95 Burawoy, Michael, El marxismo como ciencia: desafíos históricos y desarrollo teórico, *American Sociological Review*, Vol. 55, n° 6, (dic. 1990), pp. 775-793.

la ciencia, inclinándose por la metodología de los programas científicos de investigación de Lakatos por ser el más coherente y exigir “la evaluación de una secuencias histórica de teoría, no de una teoría sola”, lo cual le permite estudiar la historia del marxismo. Después de una breve discusión sobre porque el modelo de Lakatos es más coherente y explicativo que otros modelos de la ciencia como el inductismo, el falsacionismo de Popper o las teorías de las revoluciones científicas de Kuhn, describe el modelo de Lakatos que servirá para dar cuenta de la historia del marxismo. Para este autor, “la ciencia no crece a través de la refutación de conjeturas sino a través de la refutación de las refutaciones de teorías nucleares. “, y, “en lugar de considerar a las anomalías como razones para rechazar sus teorías, los científicos refutan las anomalías para defender sus teorías”. Cada programa de investigación estaría compuesto de una teoría nuclear que es protegida de las refutaciones o anomalías por los científicos a través de la construcción de hipótesis auxiliares. Así, el programa de investigación se desarrolla a través de la construcción de un cinturón de teorías que dan cuenta de las anomalías. Ahora bien, los programas de investigación pueden ser progresivos o degenerativos. En los primeros, los cinturones de nuevas teorías absorben las anomalías, expanden el programa y ofrecen nuevas predicciones. En los programas degenerativos, por el contrario, los cinturones de nuevas teorías solo corrigen las anomalías de manera ad hoc, reduciendo el alcance de la teoría que al no predecir nuevos hechos se queda estancada. Para Lakatos, el marxismo es un programa degenerativo.

Pero Michael Burawoy rechaza esta conclusión y propone desarrollar algunos elementos de la metodología de Lakatos que demostrarían que el marxismo es un programa de investigación progresivo. Así, en lugar de hablar de un núcleo duro, habla de una familia de núcleo que genera distintas ramas dentro del mismo programa de investigación, y las teorías sucesivas se desarrollan como cinturones dentro de cada rama. Algunas de estas ramas podrían ser progresivas y otras degenerativas. De esta manera aborda la historia teórica del marxismo.

El autor considera que el núcleo de la obra fue definido por Marx en su prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política* en torno a siete postulados del materialismo histórico que describe así: “P1 Para que haya historia, los hombres y mujeres deben transformar la naturaleza en medio para su supervivencia, es decir deben *producir* sus medios de existencia (...) P2 La ‘base económica’ o modo de producción define los límites de variación de la superestructura (...) P3 Un modo de producción se desarrolla a través de la interacción de las fuerzas productivas (cómo producimos los medios de existencia) y las relaciones de producción (cómo se apropia y distribuye el producto del trabajo) (...) P4 La lucha de clases es el motor de la transición de un modo de producción a otro (...) P5 Una transición exitosa sólo puede darse cuando se cumplen las condiciones materiales (...) P6 La historia es progresiva en la medida en que acompaña la expansión de las fuerzas productivas (...) P7 El comunismo marca el fin de los

antagonismos sociales y el comienzo de la emancipación de los individuos. No hacemos ya la historia empujados desde atrás sino consciente y colectivamente.”

Los principales textos dónde Marx elaboró esta teoría nuclear serían *El Capital*, *El dieciocho Brumario* y *La lucha de clases en Francia*.

En las últimas décadas del S. XIX ya habían aparecido las primeras anomalías en el proyecto, y el primer cinturón de teorías apareció en Alemania en relación con las implicaciones de la ampliación de la democracia burguesa y la expansión de las fuerzas productivas para la estrategia socialista. Bernstein ensayó la revisión el núcleo duro para absorber las anomalías, dando lugar a un nuevo y diferente programa de investigación; en tanto que Rosa Luxemburgo, enfrentándose a Bernstein, añadió un cinturón de teorías para transformar la anomalía en una confirmación del núcleo. La posición de Kautsky fue desconocer las anomalías y con ello ni reforzó el núcleo, ni creó un nuevo proyecto.

En Rusia la anomalía se centraba en la posibilidad de que la revolución tuviera lugar en un país atrasado, y no en los desarrollados, y fue Trotsky quién creó un nuevo cinturón de teoría para contrarrestar esta anomalía con sus teorías del desarrollo desigual y combinado y de la revolución permanente. Por su parte, Lenin añadió también otro cinturón de teoría en dos aspectos. El primero en torno a la transición al socialismo con *El Estado y la revolución*, dónde, a partir del enfrentamiento con el marxismo ortodoxo de Kautsky y al anarquismo, hace jugar al nuevo Estado obrero, la dictadura de proletariado, un papel central en el proceso de transición. El segundo aspecto se refiere al papel de la guerra y del imperialismo en la fase del capitalismo monopolista, con lo que pretendía explicar tanto la dinámica capitalista en este estadio, como el comportamiento de los socialistas en la primera guerra mundial o la existencia de la aristocracia obrera.

La siguiente anomalía vendría producida por el establecimiento del socialismo en un solo país, dónde el marxismo soviético sería una rama degenerativa de dicha anomalía, en tanto que el marxismo occidental sería la rama progresiva. El primer autor del marxismo occidental fue Georg Lukacs, en el que aún persiste el marxismo ortodoxo, y su contribución principal es su teoría de la reificación. La teoría crítica continuó y desarrolló este análisis de Luckas con las teorías del capitalismo organizado y estatal. Puso en causa el carácter emancipatorio del dominio de la naturaleza y perdió toda confianza en la actividad revolucionaria de la clase obrera y la inevitabilidad del capitalismo. El marxismo analítico es descartado como rama progresiva de desarrollo porque, al intentar casar al marxismo con las técnicas de la ciencia social moderna, hace desvanecer los desafíos históricos que le hicieron desarrollarse. Al igual que el post-marxismo, tiene una reducida capacidad para reconocer las anomalías que se presentan y generar después teorías que las integren.

La rama progresiva para enfrentarse al fracaso de la revolución en occidente y el ascenso del fascismo fue la las teorías desarrolladas por Gramsci, sacando a la superficie el indeterminismo que hay en los siete postulados del materialismo histórico, enfatizando el grado de independencia que existe en la esfera de las superestructuras, y priorizando la periodización de la historia del capitalismo a partir del ascenso de la sociedad civil. Este cinturón de teorías sobre la política y la ideología dio lugar a la preconización de una nueva estrategia revolucionaria.

La última gran anomalía, la más importante con la que ha tropezado el marxismo, es la del derrumbe del socialismo real, para lo que se requiere, reconoce Michael Burawoy, una nueva rama del marxismo, apuntando la existencia de un pensamiento que criticó el socialismo real como el troskismo o Rudolf Bahro. Reconoce que el desafío esta vez es más grave porque no solo está bloqueado el camino al comunismo, sino que está cuestionada la viabilidad misma de semejante sociedad, pero termina con una nota de voluntarismo optimista.

El problema de la forma de plantear el status científico del marxismo, tal como lo expone este autor, se podría resumir en que, en siglo y medio el paradigma que representa el marxismo, si bien ha ido dando cuenta de algunas de las anomalías que se ha encontrado, no ha sido capaz de establecer la sociedad cuyo objetivo es su motivo de existencia. Pero quizá lo más llamativo de este planteamiento es que la creación de teorías progresistas para dar cuenta de las anomalías a las que se iba enfrentando el pensamiento marxista, según el relato de Burawoy, se detiene hace más de 60 años con Lukacs y Gramsci. No está claro porque el autor considera que ninguna de las importantes aportaciones posteriores, como las de Ernest Mandel, Nicos Poulantzas, Perry Anderson, José Carlos Mariategui y otra multitud de autores, sean teorías que aporten nada a las anomalías crecientes que enfrenta el marxismo.

En el resumen del pensamiento de Gabriel Vargas Lozano en torno a los efectos sobre el marxismo del derrumbe del socialismo real, Valqui Chaqui⁹⁶ expone los diferentes componentes del marxismo en distintos conjuntos de temas según la distinta validez actual de los mismos, tal como les enumera el sociólogo mexicano. En esta lista de bloques que van de los más a los menos sólidos, el primero sería el núcleo fundamental del marxismo que estaría formado por, “la crítica del sistema capitalista como una forma que produce enajenación, fetichismo y deshumanización; la teoría del valor, la teoría de la explotación, su concepción filosófica de la historia, la teoría de las clases y la lucha de clases, su concepción del hombre, una ontología del ser social, la propuesta de un racionalismo práctico, el concepto de relación entre teoría y práctica, el condicionamiento de la teoría, la tesis de la ciencia como fuerza

96 Valqui Chaqui, Camilo, La filosofía de la praxis en México ante el derrumbe del socialismo real, Edición en Internet por Rebelión, págs. 142-3

productiva, la formación de un nuevo método para las ciencias sociales, y el concepto de revolución.”

Después señala lo que serían las aportaciones problemáticas, no suficientemente tratadas, “la teoría de las ideologías, la sociología del conocimiento, las ideas estéticas, la teoría de los modos de apropiación del mundo, su concepción de partido, la dialéctica del todo social, los modos de producción precapitalistas, la teoría del cambio social (o la revolución), la teoría del Estado, sobre la democracia, la religión, y sus tesis finales sobre el capitalismo periférico.”

En tercer lugar, estarían las ideas propiamente utópicas, “la idea de comunismo, o sea una serie de ideas de lo que podría ser la sociedad futura (Crítica del Programa de Gotha), la extinción del Estado, la eliminación de todo tipo de enajenación, y el fin de la política.”

Y, finalmente, las tesis que nunca tuvieron vigencia, como las “referentes a América Latina (manifiestas en las ideas de Marx y Engels sobre las invasiones de Estados Unidos y Francia a México); la concepción teleológica de la historia del joven Marx, que no se sostiene en el Marx maduro; en torno al modo de producción asiático y a la dictadura del proletariado (que sólo alude al carácter coercitivo del poder)”, o las que considera simplemente errores, “la subestimación de las posibilidades de supervivencia del capitalismo, la extinción de las clases medias, la subestimación de las consecuencias de un salto histórico de la comuna rusa al socialismo y las apreciaciones sobre Simón Bolívar.”

Además de estos bloques, hay afirmaciones que pueden ser cotejadas con lo sucedido históricamente, quedando demostrado su incumplimiento por distintas razones: “1) El socialismo surgirá de la maduración de las contradicciones de la sociedad capitalista (aquí Marx no pudo prever que el capitalismo sortearía sus crisis creando una periferia superexplotada, que daría a sus sociedades desarrolladas ciertos beneficios, y la transformación de la democracia en un complejo sistema jurídico, político e ideológico que pondría a salvo el poder real); 2) El socialismo se desarrollará en sociedades maduras; (tampoco pudo prever el conjunto de problemas que traería de darse en una sociedad atrasada); 3) Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media un periodo de transformación revolucionaria, al que corresponde un periodo político de transición, cuyo Estado es la dictadura revolucionaria del proletariado (después de las dictaduras del nazismo y el stalinismo el concepto de dictadura revolucionaria del proletariado puede ser reemplazado por el gramsciano de hegemonía); 4) Las relaciones burguesas de producción constituyen la última forma antagónica del proceso social de producción (esto dio pie para que el “socialismo real” considerase clausuradas las contradicciones fundamentales del proceso social); 5) La nueva sociedad será construida por el proletariado industrial (hoy este proletariado ha sido transformado por las nuevas tecnologías y

asimismo se asiste a la emergencia de nuevos sujetos históricos) y; 6) La sociedad futura cancelará la enajenación (no pudo prever la profundización de las formas de enajenación).”

La propuesta de diferenciación de los temas es importante, especialmente porque no son muchos los autores que han hecho el esfuerzo de enfrentarse a esta problemática. Ahora bien, si se cotejan el contenido de estos bloques entre sí, se reducen bastante los temas que finalmente conformarían el núcleo más sólido del marxismo, y especialmente los que tienen relación con el objeto de alcanzar el socialismo. En realidad, a estos efectos, en el primer bloque solo están dos temas, la lucha de clases y la revolución, pero está última también se considera como no suficientemente tratada. El resto de temas directamente relacionados con la praxis de transformar la sociedad no figuran entre los que conforman el núcleo sólido, sino que son incluidos en los otros bloques: la idea de comunismo, la extinción del Estado, la dictadura del proletariado o la subestimación de las posibilidades de supervivencia del capitalismo.

Pero lo más importante es el bloque de temas que se han visto incumplidos por la experiencia práctica y que debilitan aún más la esencia del núcleo sólido del marxismo, que finalmente queda reducido al análisis crítico del sistema de producción capitalista en todos sus aspectos y a la lucha de clases, que en realidad es una piedra angular de dicho análisis. Lo demás - y no presuponemos que sea una conclusión de Vargas Lozano, sino la nuestra - queda en entredicho a partir de la experiencia de siete decenios de socialismo real. Una crítica científica y correctamente fundada del modo de producción capitalista es fundamental, pero claramente insuficiente para poder levantar una praxis que lleve a su superación. Todos los aspectos relacionados con ello, los sujetos, la estrategia, el vehículo, la transición y los fundamentos de la sociedad futura han demostrado tener una débil base. Unas veces porque se han creído extrapolar experiencias anteriores, como la de las revoluciones burguesas. Otras porque ha primado el voluntarismo optimista, como en la tesis de la extinción del Estado y la auto-organización de los productores en la sociedad futura, o el derrumbe más o menos inmediato del capitalismo. También porque se ha sucumbido a la ilusión de una experiencia efímera como la comuna de París, proponiéndola como modelo de sociedad futura. Pero no se puede olvidar que hay errores claros debidos a la mezcla de análisis de carácter científicos con propaganda política, y que el fragor de una lucha dura y sin concesiones vuelve dogmáticos los primeros e impide corregir los errores - propio del método científico - para actualizar los análisis con el retorno de las experiencias.

Al objeto del fin perseguido por este libro no son de interés los enfoques y autores que han adoptado el marxismo a modo de instrumento de análisis en sus respectivas disciplinas desvinculándolo de su arista utópica, es decir, de su programa de transformación social. En nuestro caso, el interés radica en el grado de validez del marxismo como disciplina científica

para hacer predicciones validas y así orientar de manera efectiva primero las luchas por superar el capitalismo, después el período de transición al comunismo y finalmente la construcción de la propia sociedad comunista.

Norberto Bobbio enfoca su análisis de la crisis del marxismo en este último sentido expuesto, y busca el fundamento de las crisis en el incumplimiento de algunas de las previsiones claves hechas por el marxismo. Señalando primero tres y luego cuatro grandes crisis del marxismo : “La primera vez al comienzo del siglo [XX], cuando pareció que no se realizaría en breve plazo el derrumbe del capitalismo; después de la primera Guerra Mundial, cuando la primera revolución socialista tuvo lugar en un país atrasado en términos capitalistas; durante la larga dictadura estalinista, cuando el Estado, en vez de extinguirse, se fue reforzando cada vez mas hasta dar vida a una figura nueva en la historia de las formas estatales, el Estado totalitario; finalmente en estos últimos años, en que no solo el capitalismo no se ha derrumbado por sus contradicciones internas sino que ha vencido y superado con creces el desafío del primer Estado socialista de la historia. De las cuatro crisis esta ultima parece, con mucho, la más grave”⁹⁷

Y más adelante⁹⁸, se refiere a las estrategias que se emplearon en cada crisis para salvar lo fundamental del marxismo, y que hoy ya son inservibles ante la crisis actual, la primera fue, “ el revisionismo que consideraba poder salvar al marxismo injertándolo en otra filosofía, ya fuera el positivismo o el neokantismo, o la fenomenología, ni con el retorno al Marx genuino, al “verdadero” Marx, mal comprendido por los malos discípulos, aun cuando ambas estrategias han sido intentadas de nuevo; la primera en EEUU con el injerto de la filosofía de Marx con la filosofía analítica, la segunda con la recurrente operación de liberar a Marx de los varios marxismos.” En consecuencia, destaca Bobbio, hoy se necesitan estrategias de salvamento más fuertes, señalando dos. La primera sería negar la relación inmediata entre teoría-práctica para liberar a Marx de la responsabilidad de las experiencias del socialismo real. La segunda consistiría en disociar los distintos Marx (filósofo, economista, etc.) para proceder a deshechar unos y salvar otros.

Marta Harnecker utiliza también esta perspectiva para referirse a la crisis del marxismo, a la que con más precisión define como “crisis de la ciencia de la historia inaugurada por Marx”, para inmediatamente añadir que “Afirmar que el marxismo está en crisis no significa, sin embargo, que lo fundamental del instrumental teórico creado por Marx haya perdido validez como herramienta analítica de la sociedad y su cambio.”⁹⁹

97 Bobbio, Norberto, Ni con Marx, ni contra Marx, FCE, México, 1999, pág. 252

98 Ibídem, pág. 272-3

99 Harnecker, Marta, La izquierda en el umbral del siglo XXI, Siglo XXI, Madrid, 1999

Una tercera forma de enfocar la crisis del marxismo apunta a una razón más amplia aún y que se encontraría en las condiciones externas, políticas, sociales y culturales, que sirvieron de ambiente al desarrollo del pensamiento de Marx. Esta es la tesis defendida por Edgardo Lander cuando indica que “Muchas de las principales ideas-fuerza sobre las cuales se construye el edificio teórico de Marx, las ideas más significantes y apasionantes del siglo XIX (*progreso, ciencia, desarrollo progresivo de las fuerzas productivas, industrialismo, verdad y felicidad a través de la abundancia*), han hecho agua. Aquellas ideas que, sintetizadas y articuladas, constituyeron los pilares de un asombroso edificio teórico, aquellas formulaciones que constituían la fuerza fundamental de esa extraordinaria obra de síntesis, se han convertido hoy en su contrario. Lo que ayer era fuente de fuerza es hoy fuente de debilidad.”¹⁰⁰

También entran en este tercer enfoque de la crisis la arremetida de las ideas posmodernistas y su efecto sobre los metarrelatos de los que forma parte el marxismo. “Frente a un conjunto de teorías globalizadoras y aparentemente estables surge la fragmentación del saber; frente a los grandes metarrelatos legitimadores, la sucesión de legitimaciones parciales; frente a las categorías continente, las categorías archipiélago; frente a la utopía, el vacío; frente a los discursos de confrontación, los discursos de disuasión; frente al pensamiento duro, o fuerte, el pensamiento débil; frente al proyecto terminado, lo inconcluso, lo abierto; frente a la certeza histórica, la incertidumbre; frente a los dogmas, la duda; frente a una perfilada cosmovisión, un nuevo caos.

Todo lo cual supone una fortísima acometida a un pensamiento epistemológicamente conservador, que funcionaba todavía con el espíritu cientificista y los paradigmas propios del siglo XIX -unidad de todas las ciencias, un único método científico, coronación y final de toda la filosofía especulativa, unicidad de las leyes del movimiento en la sociedad, en la naturaleza y en la mente humana...”¹⁰¹

100 Lander, Edgardo, *Marxismo, eurocentrismo y colonialismo*, en *La teoría marxista hoy*, op. cit., pag. 220

101 Roca, José M., op. cit.

Algunos conceptos polémicos del marxismo.

Hemos visto una gran cantidad de aspectos y conceptos del marxismo sin indagar demasiado en cada uno de ellos. Sin embargo, en esta última parte vamos a centrarnos sobre tres aspectos fundamentales del marxismo para una mayor profundización. Su elección es debida a la importancia que juegan en el marxismo como proyecto revolucionario, y van a servir para completar el análisis que hemos realizado en los capítulos anteriores. El primero de ellos es el más genérico, trata del marxismo como filosofía de la historia, es decir, discute si el proyecto revolucionario que representa tiene o no una base de sustentación en tendencias históricas existentes.

El segundo de ellos, el sujeto revolucionario, tiene una importancia capital, porque si dicho sujeto, representado por el proletariado, que ha servido de base al proyecto transformador del marxismo - o dicho de otra manera, el sujeto para el cual el marxismo es una guía de acción - se desvanece, entonces dicho proyecto entra crisis irreversible. Si realmente el proletariado no se mostrase como el sujeto principal en la lucha por la superación del socialismo, aunque puedan aparecer otros sujetos, el marxismo dejaría de ser la guía exclusiva para la acción transformadora, a lo sumo podría integrar sus aportaciones en un cuerpo teórico que le trascendiese y para un proyecto que tendría unos contornos diferentes.

El tercero de los aspectos en el que vamos a profundizar, la dictadura del proletariado, está relacionado con el sujeto, y es otra de las piedras angulares del marxismo porque aparece como una exigencia inevitable para poder transitar desde una sociedad capitalista a otra comunista. Los tres aspectos han sido objeto de intensas polémicas, al lado de otros que no trataremos, y, si el primero ha sido puesto en cuestión, y el tercero incluso ha llegado a ser abandonado por numerosos pensadores y organizaciones que se identifican como marxistas; el tema del sujeto sigue siendo fundamental, de manera que diferencia claramente a las clásicas y minoritarias organizaciones marxistas existentes en la primera década del siglo XXI de la multitud de organizaciones y movimientos sociales que se dirigen y apoyan en otros sujetos diferentes del proletariado.

El marxismo como filosofía de la historia.

Como vimos anteriormente, una de las características peculiares del marxismo, para Anderson, es que es una teoría del desarrollo histórico debido a que integra “las sucesivas épocas de la evolución histórica y sus estructuras socioeconómicas características en una narrativa inteligible”. Pero no solamente se trata de dotar de una narrativa inteligible a la historia, sino que, dando un paso más, el marxismo dotó a la narrativa de una finalidad. Pero también podría

haber ocurrido que el proceso fuese al revés, y que una vez establecida la finalidad – la superación del capitalismo en un sistema superior por obra del proletariado – se plantease la necesidad de reforzar este objetivo mediante una interpretación de la historia que elevase a la acción revolucionaria del proletariado más allá de una simple rebelión contra otro sistema desigual e injusto en la historia, convirtiéndola en el instrumento que lleva a cabo dicha finalidad.

Para un historiador marxista como Hobsbawm, ese paso a mayores no es aceptable, “Marx quería probar a priori que un cierto resultado histórico, el comunismo, era el producto inevitable del desarrollo histórico. Pero de ninguna manera parece claro que esto pueda demostrarse a través de un análisis histórico científico.”¹⁰²

Si se tratase de una rebelión histórica más de los oprimidos, puede que el proletariado alcanzase o no sus objetivos, el resultado quedaba abierto. Pero si fuese posible interpretar, mediante una teoría del desarrollo histórico, que dichos objetivos no solo respondían a reacciones contra la injusticia y a los anhelos de igualdad, sino a las tendencias inevitables que se desprendían de la historia, entonces las luchas del proletariado tendrían un sentido histórico trascendente, aunque él por sí solo no fuese capaz de entenderlo. E incluso podría alegarse que las derrotas sufridas y los rodeos necesarios carecían de importancia, porque la tendencia histórica terminaría prevaleciendo.

La discusión en torno a si la teoría de desarrollo histórico en Marx termina siendo o no una filosofía de la historia ha sido y es objeto de controversias. Algunas de estas polémicas son recogidas en la obra colectiva, *La teoría marxista hoy, problemas y perspectivas*¹⁰³, donde se contrastan las posiciones de Castoriadis que acusa a la teoría de la historia de Marx de ser un filosofía de la historia racionalista. Las de Claude Lefort, quién distingue en Marx dos visiones opuestas de la historia, que oscilan entre la transformación y la repetición, dos esquemas de interpretación de la historia, el uno de carácter repetitivo y el otro evolutivo. Y las de Ruy Fausto, quién sostiene que en Marx no hay ni teoría ni filosofía de la historia, sólo consideraciones en torno a la historia, pudiéndose encontrar en Marx, “tres modelos de exposición de la historia, que tienen en común ciertos meta-presupuestos (la distinción entre prehistoria e historia, y entre desarrollo y devenir) y los mismos presupuestos (propiedad, riqueza, libertad, igualdad y satisfacción). Aunque todos los presupuestos estén presentes en los tres modelos, solamente uno de ellos, en cada caso, es determinante. *El Manifiesto* y *La ideología alemana* conforman el modelo de la historia de la libertad, pues la historia es

102 Hobsbawm, Eric, Marx y la historia, Cuadernos políticos, nº 48, octubre-diciembre 1986

103 Chauí, Marilena, La historia en el pensamiento de Marx, en *La teoría marxista hoy*, op. cit., págs 154-65

presentada a partir de la lucha de los explotados. El segundo modelo, presente en *los Grundrisse* y *El Capital*, es el de la historia de la riqueza, pues la historia es presentada a partir de este concepto. Finalmente, *los Manuscritos* de 1844 constituyen el tercer modelo, el de la historia de la satisfacción.”

Es evidente que existe un sentido teleológico en la interpretación de la historia que propone el marxismo. Pasando por distintas etapas, la humanidad alcanzará un final, el comunismo, cuya característica esencial será que quedaría cancelada la lucha de clases, motor de toda la historia anterior. Además, este final se desarrolla en un esquema progresivo lineal, en el cual cada modo de producción es un estadio superior sobre el anterior. El progreso histórico se realiza a través de un proceso dialéctico en el que la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción y entre las principales clases en cada modo de producción actúa de motor de cambio.

Hobsbawm¹⁰⁴ señala que lo fundamental e indiscutible del materialismo histórico es que el análisis de cualquier sociedad debe comenzar por su modo de producción, es decir, “a] la forma técnico-económica del ‘metabolismo entre el hombre y la naturaleza’ (Marx), la manera en que el hombre se adapta a la naturaleza y la transforma a través del trabajo; y b] los arreglos sociales por medio de los cuales el trabajo es movilizad, organizado, distribuido.” Reconociendo a continuación que el materialismo histórico se enfrenta a una crítica seria cuando se refiere a la tendencia al desarrollo de las fuerzas productivas y a su inevitable contradicción con las relaciones de producción; porque si bien esta tendencia puede constatarse en la historia, sin embargo no se presenta de manera universal, lo que desemboca en dos posibles salidas; o bien la tendencia no existe y “en cuyo caso el desarrollo del capitalismo occidental debe ser explicado sin una referencia primaria a una tendencia tan general”, o bien existe, pero es necesario explicar porque ha sido contrarrestada en ciertos casos históricos. Esta crítica, reconoce el historiador británico, supone un serio problema para el programa revolucionario del marxismo, porque si en otras sociedades no ha existido la tendencia al crecimiento de las fuerzas materiales, o si el crecimiento ha sido controlado o desviado por la fuerza de la organización social o la superestructura, o, si esta última ha impedido el estallido de la revolución social; entonces no se puede descartar que el capitalismo siga alguna de estas sendas.

Edgardo Lander es uno de los autores que opina que el marxismo se apoya en una filosofía de la historia, “la cristalización del sistema de interpretación del mundo de Marx se da en una primera instancia sobre una base filosófica. Las proposiciones teóricas centrales de la obra de Marx

¹⁰⁴ Hobsbawm, Eric, *Marx y la historia*, op. cit.

registran la huella de su filosofía de la historia.”¹⁰⁵ Y avanza un crítica severa sobre ella, “El marxismo, en la medida en que asume una filosofía de la historia, construye un metarrelato de Historia Universal nítidamente eurocéntrico. La sucesión histórica de modos de producción (sociedad sin clases, sociedad esclavista, sociedad feudal, sociedad capitalista, sociedad socialista) postula una plantilla de Historia Universal, a partir de su interpretación de la historia parroquial europea.”¹⁰⁶

Hobsbawm se hace dos preguntas al respecto, la primera sobre su carácter secuencial, “¿Forman los MDP [modo de producción] una serie de etapas evolutivas ordenadas cronológicamente o de alguna otra manera?”, a lo que se responde que efectivamente Marx los veía formando una serie en la que la creciente emancipación del hombre de la naturaleza y su control sobre ella afectaban tanto a las fuerzas como a las relaciones de producción. La segunda pregunta es sobre los motivos que originan la sucesión de los MDP, poniendo en duda que, con la excepción del capitalismo, la existencia de una contradicción básica en cada uno de ellos sea la causante. Las dificultades que originan esta perspectiva le lleva a Hobsbawm a hacer dos suposiciones diferentes, “Primero, que los elementos básicos dentro de un modo de producción que conducen a desestabilizarlo implican la potencialidad, más que la certeza, de la transformación, pero que, dependiendo de la estructura del método, también establecen ciertos límites al tipo de transformación posible. Segundo, que los mecanismos que conducen a la transformación de un modo a otro pueden no ser exclusivamente internos de ese modo, sino pueden surgir de la conjunción e interacción con sociedades con diferentes estructuras. En este sentido todo desarrollo es un desarrollo mixto.”¹⁰⁷

La conclusión del historiador británico es que si bien la perspectiva de Marx es la base esencial para cualquier estudio adecuado de la historia, esto no implica tener que aceptar todas sus respuestas. Es decir, el materialismo histórico, como programa de investigación, sigue vigente, pero las conclusiones de Marx, y de gran parte de sus continuadores, sobre el orden secuencial de modos de producción que desembocarían en el comunismo, queda puesto en duda.

Posiblemente una de las aproximaciones a este asunto, desde la perspectiva que seguimos en este trabajo, que no se centra en la discusión sobre la teoría marxista en sí, sino sobre sus implicaciones prácticas, sea un artículo al respecto de Horacio Tarcus¹⁰⁸. Este autor parte del

105 Lander, Edgardo, *Marxismo, eurocentrismo y colonialismo*, en *La teoría marxista hoy*, op. Cit., pág 219

106 Lander, Edgardo, *Ibidem*, pág. 228

107 Hobsbawm, Eric, *Marx y la historia*, op. cit.

108 Tarcus, Horacio, ¿Es el marxismo una filosofía de la historia? *Marx, la teoría del progreso y la “cuestión rusa”*, *Andamios*, Volumen 4, nº 8, junio 2008

reconocimiento de la existencia de una corriente mayoritaria de autores, marxistas y no marxistas, que señalan al marxismo como una filosofía de la historia, desde Plejanov en el siglo XIX hasta Gerald A. Cohen un siglo después. “Así, durante más de un siglo, tanto los herederos de Marx como sus detractores adscribieron el materialismo histórico a una nueva versión de la Filosofía de la Historia, una Filosofía ahora materialista de la Historia, cuyo motor sería la productividad del trabajo humano, o bien el Progreso técnico.”

Dos puntos importantes son señalados en este artículo. El primero es que esta lectura dominante durante un siglo pareció conforme a los propios textos de Marx, aunque no pareciese un proceso lineal, sino abrupto, y señala algunas de las principales referencias en dichos textos que confirman dicha lectura. El segundo se refiere a la utilidad política de esta interpretación para las dos principales corrientes organizativas del marxismo. “El marxismo ortodoxo instituido por la socialdemocracia alemana a fines del siglo pasado y principios de éste, imbuido de fe positivista en el progreso, concluyó por consagrar esta lectura en clave histórico-filosófica. El marxismo soviético, por otras vías, vino a refrendarla.”

Sin embargo, algunos de los principales desarrollos teóricos del marxismo clásico posterior a Marx comenzaron a entrar en contradicción con dicha lectura, unos sin profundizar en sus consecuencias, y otros más abiertamente. Lo que era funcional para la socialdemocracia clásica y el marxismo soviético, aparecía “como serios obstáculos a los marxistas que se enfrentaban, ya fuese teórica como políticamente con los problemas del atraso, el subdesarrollo capitalista o las naciones oprimidas.”

Este problema llevó a hacer - por parte de diferentes autores marxistas entre aproximadamente 1950-70 y en el debate sobre desarrollo y subdesarrollo capitalistas - un esfuerzo por encontrar apoyos en los textos de Marx que sirviesen para cuestionar la versión oficial institucionalizada durante un siglo. Dicho esfuerzo se centró en tres direcciones, la primera consistió en una nueva lectura crítica de los textos económicos de Marx, “atendiendo ahora a ciertos pasajes donde aparecían atisbos de una teoría del desarrollo desigual del capitalismo.” Esta dirección se vio reforzada con la aparición de los textos inéditos de Marx que salieron a la luz por vez primera en 1939-41, se trataba de los manuscritos de Marx de 1857-1858 conocidos como *Grundrisse*.

La segunda dirección se centró en las formulaciones de la cuestión nacional en Marx, donde se encontraron elementos complejos. Pero, para Tarcus, la tercera dirección fue la más importante para el objetivo señalado de revisar la concepción histórica del progreso en Marx. Se trató del tratamiento de la cuestión rusa a partir de la década de 1860. Según los investigadores dedicados a esta cuestión, Marx revisó algunas de sus ideas a la vista del potencial revolucionario existente en Rusia, “La ‘cuestión rusa’ apareció ante Marx como una extraordinaria puesta a prueba de su concepción materialista de la historia”. Así pues, y según estos autores, ahora se podría hablar

de un tercer Marx, después del “joven Marx” y el “Marx maduro”, se habría encontrado a un “Marx tardío”. “La novedad del Marx tardío vendría dada por el corte definitivo con la perspectiva progresista/evolucionista, por su ampliación de la percepción de un desarrollo desigual del capitalismo, por la redefinición de una concepción materialista de la historia abierta, superando la noción de que existiría una suerte de Camino de la Historia que todas las sociedades deben recorrer.”

Las conclusiones que se pretenden extraer del descubrimiento de este “Marx tardío” son evidentes, el desarrollo de las fuerzas productivas no es la única línea de progreso en la historia y por lo tanto es posible otra lectura de Marx que lo separa de cualquier filosofía de la historia. Aunque Engels, a la muerte de Marx, mantuviese se adhesión a dicha visión filosófica de la historia.

En su resumen final del artículo, Tarcus, apoyándose en la diferenciación de Agnes Héller entre historiografía y filosofía de la historia, concluye que, “es indudable que el marxismo instituido a lo largo del siglo XX respondió al modelo de las Filosofías progresistas de la Historia, con su rígido determinismo, su teleología, su concepción unilineal de la marcha de la Civilización, su ontologización del sentido, su anulación de la subjetividad, su sacrificio de la diversidad en la unidad. Pero en relación a la concepción marxiana de la historia, la respuesta debe ser más compleja y matizada. El recorrido del pensamiento de Marx trazado al principio, así como diversos análisis de su obra (Gouldner, Aricó, Shanin, Löwy, Heller) aconsejan hablar de una tensión entre un Marx tributario de las Filosofías de la Historia (particularmente, el doble influjo de Smith y Hegel) y un Marx forjador de una teoría, o concepción, materialista de la historia, cuya construcción se llevaría a cabo en disputa permanente, a través de un ajuste de cuentas constante, con la primera (...) La lectura de *El Capital* en clave filosófico-histórica no era el mero resultado de una mala interpretación o una abierta tergiversación: el propio Marx, en todo caso, había dado pie a la ambigüedad o al malentendido.”

Sin embargo, el descubrimiento del “Marx tardío” de la cuestión rusa permite, “complejizar el legado marxiano”, humanizar a Marx, “Inspirar una visión más rica”, favorecer desarrollos no reduccionistas, romper con la visión histórica eurocentrista, cuestionar la concepción homogeneizante del desarrollo histórico, y romper con el fatalismo y el productivismo.

La sensación que se trasmite de la lectura de este artículo es la de que se han ido descubriendo distintos Marx, hasta tres, primero porque su enorme legado escrito es en gran parte deslavazado, y si bien entra dentro de lo normal la evolución en un autor tan prolífico, lo que lleva a esas continuas lecturas y relecturas, es el hecho de que en sus cambios evolutivos no dejase claro que es lo que estaba superado de su posición anterior y cuáles eran su consecuencias en el conjunto de teoría. Pero, en segundo lugar, la manera tan franca en que

Tarcus expone como se han hecho y para que han servido las distintas lecturas, evidencia que el pensamiento de Marx, además de una guía de acción, ha sido utilizado, sobretodo, como un elemento de justificación de unas prácticas históricas entendidas como respuestas pragmáticas a unas concretas situaciones coyunturales. Ha sido utilizado como el respaldo de la máxima autoridad, la del pensamiento sacralizado. Para la socialdemocracia clásica alemana, como partido parlamentario de un país industrializado, con un amplio proletariado y una trayectoria electoral ascendente, la filosofía de la historia de Marx, llevada al determinismo, era la justificación más valiosa de su línea política. Para los bolcheviques rusos, que apostaron en unas circunstancias determinadas, llevar a cabo la revolución socialista en el imperio ruso ya no era tan funcional esa filosofía de la historia, en cuanto sucesión de modos de producción, pero sí en cuanto despliegue del progreso, como evolución de las fuerzas productivas, lo que servía como una justificación inestimable a la política de industrialización a toda costa. Cuando la revolución se congeló en el occidente industrializado y se concentró en los países no desarrollados, entonces surgió la necesidad de buscar un Marx tardío, que respaldase con su autoridad las líneas políticas decididas de antemano. Pero un abuso tan descarado de Marx como fuente de autoridad para políticas tan diferentes, y además fracasadas en la historia, lleva inevitablemente a la devaluación de su teoría.

Sociedad clasista, lucha de clases y el papel del proletariado

Lo más característico y definitorio del marxismo viene dado por un esquema de pensamiento que señala que la historia puede interpretarse como una sucesión de modos de producción en cuyas sociedades han existido clases enfrentadas, éstas luchas de clases actúan como motor que impulsa la sucesión de modos de producción. El capitalismo, como último modo de producción escindido en clases, había generado una clase subordinada y explotada, el proletariado, cuya misión histórica consistía en poner fin a las sociedades clasistas al sustituir el capitalismo por el comunismo. El marxismo era el pensamiento que esclarecía la naturaleza del capitalismo y que, puesto al servicio del proletariado le serviría de guía en su objetivo emancipador de él mismo y de toda la humanidad, tal como lo expresó el propio Engels, “El socialismo científico es la expresión teórica del movimiento proletario, es el llamado a investigar las condiciones históricas y, con ello, la naturaleza misma de la revolución, infundiéndolo de este modo a la clase llamada a hacer esta revolución la conciencia de las condiciones y de la naturaleza de su propia acción”¹⁰⁹

El propio Marx¹¹⁰ se ocupa de dejar claro que no es un mérito suyo haber descubierto la existencia de las clases, ni la lucha entre ellas, puesto que con anterioridad historiadores y economistas burgueses habían expuesto este hecho. Sus aportaciones, en este campo, las sitúa en tres aspectos esenciales: 1) la existencia de clases sólo va unida a determinadas fases históricas del desarrollo de la producción, 2) la lucha de clases, bajo el capitalismo, conduce necesariamente a la dictadura del proletariado, 3) esta dictadura no es más que el tránsito hacia la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases.

Por tanto, se puede inferir de estas tesis de los fundadores del marxismo, en primer lugar, que cualquier programa, organización o estrategia que lleve a cabo una lucha en el seno del capitalismo sin tomar al proletariado como sujeto central no puede considerarse como marxista; y, en sentido contrario, si el sujeto señalado por el marxismo no responde a las expectativas que se le han señalado, el marxismo queda gravemente tocado en su línea de flotación. En segundo lugar, el incumplimiento de la misión histórica que el marxismo ha concebido como tarea del proletariado, no significa, entonces, el final de la lucha de clases. No obstante, y en tercer lugar, la tesis clave del marxismo es, entonces, la que afirma que la lucha de clases, bajo el

109 Engels, Federico, Del socialismo utópico al socialismo científico, en Marx-Engels, Obras escogidas, volumen III, pág 160

110 Marx, Carlos, Carta de Marx a J. Weydemeyer, en Marx-Engels, Obras escogidas, volumen I, pág. 542

capitalismo, conduce necesariamente a la dictadura del proletariado, la cual es una transición hacia una sociedad sin clases. Dada la importancia de esta tesis, dedicamos un epígrafe especial también a la dictadura del proletariado.

Lenin también insistirá en este aspecto clave, “¿Qué quiere decir ‘supresión de las clases’? Todos los que se llaman socialistas reconocen este objetivo final del socialismo (...) Es evidente que, para suprimir por completo las clases, no basta con derrocar a los explotadores, a los terratenientes y capitalistas, no basta con suprimir su propiedad, sino que es imprescindible también suprimir toda propiedad privada sobre los medios de producción; es necesario suprimir la diferencia existente entre la ciudad y el campo, así como entre los trabajadores manuales e intelectuales.”¹¹¹ Advirtiendo a continuación sobre las condiciones y dificultades para alcanzar este objetivo.

De entre los distintos aspectos que se han analizado en relación con la crisis del marxismo, éste podría considerarse a justo título como el esencial. Existen, por ejemplo, graves dificultades para poder justificar que toda la experiencia del socialismo real no tuvo nada que ver - o al menos que se trató de una aplicación degenerada - con el cuerpo de pensamiento que es el marxismo. Igualmente, lo veremos más adelante, pudiera plantearse una sustitución del término dictadura del proletariado por otro más adecuado, especialmente después de las experiencias del socialismo real, aunque evidentemente el problema no es el término en sí, sino lo que expresa. Pero si el proletariado no responde al papel de sujeto revolucionario que debe enterrar al capitalismo, si la discordancia entre el papel asignado por la teoría y la práctica real no solo no se cumple en la historia, sino que se agranda con el paso del tiempo, entonces, la crisis del marxismo le llevaría a su invalidez como teoría de la emancipación.

Si se acepta de entrada la existencia de clases en las sociedades escindidas entre dominadores y dominados, y explotadores y explotados, lo único que cabe discutir es la estructura social concreta en el capitalismo (¿Cuántas clases existen?, ¿Cómo se relacionan?, ¿Cómo evolucionan?, ¿Es esta división la única capaz de explicar la estructura social?); y, especialmente, si en realidad el conflicto de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado.

El marxismo define las clases por su relación con los medios de producción y establece la existencia de dos clases principales y enfrentadas en el capitalismo, la burguesía como propietaria de los medios de producción, y el proletariado, como clase no propietaria de medios

111 V. I. Lenin, Una gran iniciativa, en Obras escogidas, Vol 10, Progreso, Moscú, 1973, pág 8, Ed Progreso

de producción que es obligada a vender su fuerza de trabajo para subsistir. Entre ambas clases existe una relación de explotación y dominación.

A este aspecto estático de la existencia de clases, en cuanto definidas por su situación respecto a los medios de producción, el marxismo añade un segundo aspecto dinámico expresado por el conflicto y la conciencia de las clases. Estos dos últimos aspectos les considera relacionados entre sí, y en este sentido señala diferentes actitudes de la clase obrera. En una escala de menor a mayor conciencia, la clase obrera puede permanecer pasiva en su situación, puede emprender una lucha económica por la mejora de sus condiciones inmediatas, o puede iniciar un proceso de lucha ideológico y político por acabar con el capitalismo y establecer el socialismo. Es justamente en este último aspecto en el que interviene el marxismo como guía, programa y estrategia de dicha lucha.

En realidad, entre el segundo y tercer nivel de actividad de la clase obrera cabe uno intermedio que se ha convertido en el más habitual junto al segundo. En ese nivel la actividad reivindicativa de la clase obrera no se limita a una lucha económica al nivel de las empresas, sino que utiliza la actividad estatal de partidos afines, como los socialdemócratas o laboristas, para consolidar mejoras a su favor a nivel del Estado, el ejemplo más acabado de ello es el Estado de Bienestar levantado después de la II guerra mundial y actualmente en proceso de desmantelamiento.

El paso al nivel superior de la lucha, el que se plantea como objetivo la superación del capitalismo, requiere un nivel de conciencia revolucionario que, en opinión de la mayor parte de los marxistas, solo es posible importándole de fuera, puesto que es imposible que sea generado por la propia lucha de la clase obrera. Esta conciencia de sus objetivos últimos está expresada en el marxismo y es elaborada por los intelectuales vinculados al movimiento obrero. La unión de la clase, la teoría y los intelectuales es la labor de los partidos revolucionarios, que son un instrumento indispensable, tal como lo son los sindicatos en el nivel reivindicativo meramente económico, o los partidos socialdemócratas en el nivel de la política reformista de la clase obrera.

Para completar un poco más el análisis de clases del marxismo es necesario señalar que, aunque establezca dos clases principales y antagónicas en el seno del capitalismo, reconoce que existen otras clases, capas o categorías sociales como los campesinos, los artesanos o los pequeños productores, la burocracia estatal, los profesionales, los intelectuales, etc.; y que en el seno de las dos clases principales existen fracciones de clase como la burguesía industrial, comercial, financiera, etc., o en el seno de los trabajadores, el proletariado industrial o la aristocracia obrera, por ejemplo. Este último punto se vuelve conflictivo también en la teoría marxista, porque dada la heterogeneidad de la clase trabajadora - en aumento con el desarrollo del capitalismo - cuando se habla del proletariado revolucionario unas veces se hace referencia al

proletariado industrial en concreto; otras veces a éste como vanguardia revolucionaria de una clase trabajadora más amplia; en ocasiones a toda la clase obrera y; finalmente - con la expansión mundial del capitalismo y la desactivación de la actividad revolucionaria del proletariado de los países centrales – se terminó hablando de naciones burguesas y naciones proletarias.

El debate sobre la pauperización y polarización creciente de la estructura social.

En torno al proletariado y su objetivo histórico, el marxismo estableció también una serie de tesis que reforzaban la tesis principal indicada, que la lucha de clases conducía necesariamente a la dictadura del proletariado. Estas tesis complementarias eran la pauperización creciente de la clase trabajadora y la polarización de la estructura social, en cuanto otras clases pertenecientes a modos de producción anteriores u otras capas sociales desaparecerían al proletarizarse.

La pauperización ha sido objeto de múltiples polémicas, en cuanto de la evolución del modo de producción capitalista se han desprendido situaciones contradictorias. De un lado se ha asistido a una expansión del capitalismo hasta convertirse en un sistema totalmente mundial con el hundimiento del socialismo eurosoviético y la conversión capitalista de China bajo un gobierno nominalmente comunista; lo que se sumaba a su penetración anterior por todos los rincones del planeta. De otro lado, se puso en vigor un Estado de Bienestar en la parte más desarrollada de Europa después de la segunda guerra mundial que empezó a ser desmantelado con el auge del neoliberalismo primero y de la crisis iniciada en 2008 después.

Todo ello arroja resultados contradictorios para verificar la validez de esta tesis marxista. La mejora de las condiciones de vida de las clases trabajadoras ha sido real en algunas partes del mundo, y como expresión de ello se puede constatar la expansión de la educación, la sanidad y otras mejoras sociales. Se ha producido una incorporación masiva de la mujer al mundo de trabajo, lo que ha contribuido a una mejora de las condiciones económicas de las unidades familiares, pero, además de producirse a costa de unas condiciones peores en el trabajo femenino, la mejora económica de la unidad familiar lo ha sido a costa de un mayor número de horas trabajadas, la suma de horas de ambos miembros de la pareja. En las zonas donde se ha producido la transformación capitalista del antiguo socialismo real, la situación de la población ha empeorado económica y socialmente. Y en zonas amplias de los países menos desarrollados, como África, su situación ha continuado un proceso de degradación prolongado, con el aumento de las grandes villas miserias en unos casos, con la sobreexplotación de la mano de obra empleada por las empresas deslocalizadas de los países centrales, en otros.

La dificultad de pronunciarse, entonces, sobre la validez de la tesis de la pauperización creciente es recogida en un artículo de Luis Garrido¹¹² donde contrasta tres posiciones diferentes al respecto que vamos a resumir.

La primera alega que Marx se equivocó con esta tesis. Es lo que sostienen Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, quienes rechazan la tesis marxista de un proceso de pauperización absoluta y de homogeneización de la clase trabajadora, sosteniendo que, en realidad, la tendencia es la contraria, la fragmentación y división en los procesos laborales, dividiéndose la clase obrera en dos polos opuestos, entre un sector protegido y bien pagado, y otro precario, desprotegido y poco cualificado. Sin embargo Luis Garrido crítica estos argumentos, porque Laclau y Mouffe estarían tomando como modelo de clase trabajadora, que no se ha generalizado, al obrero industrial.

La segunda posición está representada por Ernest Mandel, quién sostiene que en realidad Marx no elaboró seriamente una teoría de la pauperización. La interpretación de esta teoría se encontraría en los escritos de juventud de Marx como *El Manifiesto* o *Los Manuscritos* donde se plantea que el capitalismo produce inevitablemente un incremento de la pobreza para la clase obrera en tanto que la clase capitalista aumenta su enriquecimiento, llevando así a la sociedad capitalista a la polarización y la pauperización absoluta de los obreros. Sin embargo, a partir de 1857, con los *Grundrisse* - cuando en realidad Marx elabora en profundidad su teoría económica - no se vuelve a referir a esta teoría de la tendencia a la pauperización absoluta. Además, de haberla mantenido, habría supuesto seguir el juego a los economistas clásicos como Malthus y Ricardo que basaban la teoría de los salarios en el crecimiento de la población. Para Mandel lo que se puede encontrar en Marx son dos tendencias con respecto a la fuerza del trabajo. “Primero, una tendencia hacia la pauperización relativa, y segundo una tendencia hacia la pauperización cíclica absoluta.” La primera se desprende, sobretodo, del hecho de que pese al incremento constante de la productividad, la cantidad de producto destinada al trabajador disminuye. La segunda tiene que ver con que la pauperización está relacionada con el desempleo, y éste, a su vez, con las inevitables crisis cíclicas del capitalismo.

La tercera de las posiciones viene a sostener que Marx tenía razón en su teoría de la pauperización absoluta. En este caso el autor elegido para defenderla es Immanuel Wallerstein, para quién la pauperización absoluta si se cumple, tomando como referencia el sistema-mundo

112 Garrido, Luis, ¿Existe la pauperización absoluta en el modo de producción capitalista?, <http://utopisticapol.wordpress.com/2009/12/15/%C2%BFexiste-la-pauperizacion-absoluta-en-el-modo-de-produccion-capitalista/>

capitalista en su conjunto, y el hecho de que este sistema se ha expandido de manera continua geográficamente, es decir, tomando como unidad de análisis un período de larga duración y de gran amplitud territorial. Este autor no niega que los trabajadores industriales hayan mejorado su nivel de vida, pero representan una parte minoritaria de la clase obrera. La pauperización absoluta se sitúa, pues, en los trabajadores no industriales, “la abrumadora mayoría de los trabajadores mundiales, que viven en zonas rurales u oscilan entre éstas y los suburbios de la ciudad, están en peores condiciones que sus antecesores hace quinientos años”. Igualmente, sostiene que se ha producido una polarización social en el sistema-mundo por un doble proceso paralelo de proletarización y burguesificación. Entendida la primera como la tendencia a una reducción del número de ingresos de los trabajadores, además del salario, hasta dejar al salario como único ingreso para la unidad doméstica. El segundo, por el contrario, mediante un aumento y diversificación del tipo de ingresos del capitalista, haciendo que éste dependa no solamente de un tipo de ingreso sino de muchos simultáneamente.

Samir Amin¹¹³ es otro de los autores que apoya la tesis de la creciente pauperización y polarización tomando como unidad de análisis el mundo entero. Los cambios acaecidos después de la segunda guerra mundial han sido vertiginosos también para la estructura social mundial. Las clases dominantes son “solo una minúscula fracción de la población mundial”. Las clases populares representan el 75% de la población urbana mundial y se diferencian en dos segmentos, de un lado, lo que denomina “clases populares estabilizadas”, la parte cualificada, organizada y con empleos seguros de los trabajadores urbanos que representan un tercio de las clases populares; los otros dos tercios lo forman las clases populares precarias compuestas de trabajadores con baja capacidad de negociación o no asalariados, pero que no son marginados porque “porque estos trabajadores están perfectamente integrados en la lógica que comanda la acumulación del capital.” La pauperización creciente ha consistido, entonces, en que en la segunda mitad del siglo XX las clases populares precarias han crecido desde ser un cuarto de la población urbana total a ser actualmente la mitad. Y termina relacionando estos hechos con la situación de los tres mil millones de campesinos del “Tercer Mundo” cuya producción agrícola está sometida al ataque de la moderna agricultura capitalista, cuya lógica lleva a eliminarles en unas pocas décadas. Así, “La pauperización en las clases populares urbanas está estrechamente ligada a los desarrollos que victimizan a las sociedades campesinas del Tercer Mundo. La sumisión de estas sociedades a las exigencias de la expansión del mercado capitalista sustenta nuevas formas de polarización social que excluyen una proporción cada vez mayor de agricultores del acceso a la utilización de la tierra. Estos campesinos que quedaron

113 Samir Amin, Pobreza mundial, pauperización y acumulación de capital, *Rebelión*, 26/10/2003

empobrecidos o sin tierra alimentan -aún más que el crecimiento poblacional- la inmigración para los barrios de lata.”

Pero esta forma de analizar la pauperización y la polarización, tomando como unidad de análisis el mundo entero, tiene importantes consecuencias para la teoría marxista de la lucha de clases que estos autores no despejan.

La tesis de la pauperización y polarización parecería una condición indispensable en la teoría revolucionaria marxista. Efectivamente los dos grandes pilares de ésta serían de un lado el proceso continuado de pauperización absoluta y polarización y, de otro, las inevitables crisis cíclicas del capitalismo. La aceptación de ambos fenómenos llevaría a la teoría del derrumbe automático del capitalismo. Pero la historia ha demostrado que el capitalismo no se ha derrumbado, pese a períodos de auténticas crisis agudas como el acaecido entre la primera y la segunda guerra mundial, y lo que si se ha derrumbado han sido las experiencias del socialismo real.

Otras corrientes marxistas han complejizado el problema a la vista de una realidad terca que demostraba que no podía sostenerse la teoría del derrumbe automático e introdujeron nuevos argumentos en el análisis, como la capacidad del capitalismo para responder a las dificultades, la heterogeneización de la clase obrera, el papel del elemento subjetivo en el resultado de un proceso revolucionario, la ampliación de las contradicciones a nivel mundial, el papel de las luchas en el mundo colonial o neocolonial etc. Entonces podemos llegar al ejemplo de un marxista revolucionario como Ernest Mandel que llega a desechar que la teoría de la pauperización absoluta se encuentre seriamente sostenida en Marx.

El sujeto revolucionario del marxismo fue derrotado y se alejó de la revolución.

Hemos visto que las principales revoluciones triunfantes de la mano de organizaciones marxistas se produjeron en países poco desarrollados y con una clase obrera minoritaria en una sociedad ampliamente agraria. Desde la revolución rusa hasta la nicaragüense. Y también hemos aludido a que el proletariado de los países desarrollados, o bien nunca sostuvo a partidos marxistas como fue el caso de Gran Bretaña y EEUU - los dos últimos centros hegemónicos en el sistema-mundo capitalista - o bien la influencia de estas organizaciones en el proletariado tuvo lugar en un espacio de tiempo no muy largo, decayendo posteriormente, como es el caso de la Europa desarrollada. Finalmente, en la zona desarrollada e industrializada del capitalismo predomina entre los trabajadores el tipo de conciencia y comportamiento reivindicativo llevado

a cabo a través de organizaciones sindicales, con unas organizaciones socialdemócratas cada vez más escoradas hacia las tesis liberales y con una pérdida de peso rápida en estas zonas.

Las conclusiones de este siglo y medio de experiencias del movimiento obrero y socialista pueden resumirse como sigue: El proletariado ha llevado en los países más industrializados y durante un largo tiempo una actividad organizativa y combativa, con luchas heroicas en determinados momentos, que pueden servir para confirmar la tesis de la lucha de clases del marxismo, pero no ha conseguido probar la tesis de que dicha lucha desembocaría en la dictadura del proletariado. En este sentido se ha probado una gran capacidad de resistencia del capitalismo a estos desafíos mediante una combinación de duras represiones - incluido el expediente nazi-fascista -, y de concesiones, cuya máxima expresión ha sido el Estado de Bienestar. Las ocasiones en que las luchas del proletariado de Europa occidental - es decir la zona junto a EEUU donde se han dado las condiciones de capitalismo desarrollado y un amplio proletariado industrial - se han presentado en condiciones favorables para consumir la revolución han sido en la mayoría de los casos derivadas de situaciones en las que el Estado burgués había quedado muy debilitado, bien como consecuencia de una guerra general o de una guerra civil. En este sentido se pueden mencionar la insurrección alemana después de la primera guerra mundial, la situación española tras el golpe fascista de 1936 o las situaciones italiana y francesa después de la segunda guerra mundial. En definitiva, fue una de estas situaciones la que permitió al soviét de Petrogrado tomar el poder.

Sin embargo, y de forma paradójica, fue el comportamiento de las organizaciones políticas del proletariado el que impidió consumir la toma del poder por éste en las ocasiones mencionadas. En la Alemania de 1919, la represión que acabó con la insurrección fue apoyada por los socialistas. En España, el PCE optó por una política de alianza con la burguesía y de represión de las fuerzas más claramente comprometidas con la revolución, en aras de un intento fracasado de ganar la guerra civil desencadenada en 1936. El PCF y el PCI, fueron la columna vertebral de la resistencia en la segunda guerra mundial, y a su finalización las organizaciones más poderosas, pero rechazaron tomar el poder a favor de una colaboración con la burguesía, que les terminó pagando con la expulsión del poder dos años más tarde, al iniciarse la guerra fría.

En definitiva, la lucha de clases no se transformó nunca en los países desarrollados en la implantación de la dictadura del proletariado, es decir en una revolución que levantase un nuevo Estado sobre las ruinas del Estado burgués.

En sentido contrario, y tal como nos hemos referido ya a ello, los comunistas consiguieron implantar la dictadura del proletariado con formas heterogéneas, pero alejadas del esquema marxista, es decir, como fruto de una previa lucha de clases del proletariado. En unos casos en países atrasados y mayoritariamente agrarios como China o Vietnam, donde las fuerzas

campesinas insurrectas conducidas por un partido comunista tomó el poder. En segundo lugar, fue el apoyo del Ejército rojo el que permitió tomar el poder, como en Europa central y oriental. El caso de Rusia, donde la toma del poder se da en la capital por una alianza del proletariado de la ciudad y el ejército de campesinos, es el que más se acerca al esquema ortodoxo, pero la revolución tiene que consolidarse por la fuerza sobre el resto de un país mayoritariamente agrario. Yugoslavia era también un país también atrasado y de mayoría campesina, y es un ejército partisano que derrota al ejército nazi el que implanta la dictadura del proletariado. Finalmente, en Cuba la toma del poder lo realiza una guerrilla victoriosa que no se define comunista, ni tiene originalmente el objetivo de implantar la dictadura del proletariado.

Estas situaciones pueden contemplarse desde varios puntos de vista. Se puede sostener que lo importante es aprovechar las oportunidades que se presenten para realizar una revolución con éxito, y que no importa si se realizaron gracias a ejércitos campesinos o al apoyo de un ejército exterior, ya que los objetivos proletarios de la revolución quedaban garantizados por la dirección de ésta por los comunistas. Pero entonces se deberían extraer todas las consecuencias de este hecho para la teoría marxista, en especial para la parte referente a la lucha de clases y su corolario, porque estas revoluciones triunfantes no fueron resultado de la lucha de clases final entre el proletariado y la burguesía, sino del enfrentamiento entre regímenes semi-feudales con débiles burguesías, y ejércitos de campesino bajo una dirección comunista.

Este hecho es reforzado por la primera conclusión de que en los países industrializados, donde la lucha de clases ha respondido más claramente al esquema marxista, el proletariado jamás llegó a tomar el poder. Y, para acabar, están dos sucesos a añadir, la debacle del socialismo real al final de la década de 1980 y la marginación de los comunistas en Europa occidental.

Ésta es la experiencia real de decenios de historia que contradicen claramente las tesis principales del marxismo sobre las clases y la lucha de clases, y que ha llevado inevitablemente a una discusión abierta sobre el sujeto revolucionario. La cuestión es pertinente porque después de esos decenios el proletariado no ha conseguido realizar una revolución triunfante en ningún país desarrollado; y es agudamente polémica porque apunta al núcleo de la teoría marxista.

El debate sobre el proletariado como sujeto revolucionario.

Dados los datos que ofrece la realidad histórica de las revoluciones del último siglo, se ha vuelto cada vez más imperioso esclarecer quién es el sujeto realmente interesado en la superación del capitalismo. Avanzaremos dos tipos de respuestas a esta cuestión. En primer lugar están los autores que reformulan el sujeto clásico sostenido por el marxismo. Después se encuentra el

sector más ortodoxo del marxismo militante organizado, el trotskismo, manteniendo la tesis original de que el sujeto es el proletariado.

Es casi inevitable comenzar en este punto por la que ha sido la polémica más famosa durante el primer decenio del siglo XXI respecto al sujeto que acabará con el capitalismo. La polémica fue originada por la publicación de *Imperio* por Toni Negri y Michael Hardt, escrito en la segunda mitad del decenio de los 90. La polémica tenía sus bases en tres hechos; el primero era la palpable declinación de la actividad revolucionaria del proletariado y el ascenso de las luchas insurreccionales de nuevos sujetos englobados ambiguamente bajo el nombre de nuevos movimientos sociales; el segundo era que uno de los autores era Toni Negri¹¹⁴; y el tercero era el propio contenido provocador de sus propuestas. Las tesis de Negri dejan aún más nebulosa la estrategia para alcanzar el socialismo.

En realidad, con el fracaso del socialismo real se ha producido una inflación de obras, artículos y documentos que critican desde los más variados ángulos al capitalismo, con análisis desde muy simples a sofisticados, y que en la inmensa mayoría de las ocasiones terminan con una declaración de fe de tres líneas en que la transición es inminente. La propuesta de Negri es la que más polvareda levantó, pero posiblemente será la más estéril. Esta polémica, como veremos, sirvió para sacar a la superficie la dificultad para definir el sujeto revolucionario a principios del siglo XXI.

Anderson¹¹⁵ nos ofrece un resumen apretado del pensamiento de Negri y Hardt que nos puede servir de introducción a la polémica: “Hardt y Negri coinciden en que la globalización es esencialmente un proceso de emancipación, pero llegan a un veredicto diametralmente opuesto acerca del papel de las naciones en su interior. Su historia comienza antes, en el siglo XVI, cuando el espíritu liberador del Renacimiento se vio aplastado por una contrarrevolución barroca que erigió el absolutismo como la forma originaria de la soberanía moderna. Heredada esencialmente sin modificaciones por los Estados-nación de la época industrial, la disolución de este legado, con la disolución de los Estados-nación mismos en un «Imperio» único y uniforme, marca el amanecer de una nueva era de libertad e igualdad. A este respecto, el punto de inflexión no fue el derrocamiento del comunismo en 1989 –apenas mencionado–, sino la década de 1968-1978, cuando la victoria antiimperialista en Vietnam y las revueltas de obreros, parados y estudiantes en Occidente forzaron una reconfiguración del capitalismo en su apariencia universal contemporánea. Con la llegada del Imperio universal, también las clases –como las

114 Para conocer la trayectoria política e intelectual de Toni Negri se puede consultar el trabajo de Claudio Albertani, *Las trampas de Imperio. Antonio Negri y la extraña trayectoria del obrerismo italiano*

115 Anderson, Perry, *Apuntes sobre la coyuntura*, pág 31

naciones– se extinguen lentamente, a medida que el capital genera el trabajo cada vez más «inmaterial» de una única y no menos universal multitud. Terminaron los días de la liberación nacional, de la clase obrera, de las vanguardias revolucionarias.

Pero del mismo modo que el Imperio fue creado por la resistencia desde abajo, también caerá por obra de esa resistencia, a medida que redes espontáneas de oposición al mismo proliferen en toda la tierra.

De la espiral de acciones de esta multitud –manifestaciones, migraciones e insurrecciones– movidas por un común deseo biopolítico de paz y democracia, florecerá un mundo posliberal y postsocialista. Sin las mistificaciones de la soberanía o de la representación, todos gobernarán por primera vez en libertad e igualdad. Podría suceder en cualquier momento.”

Posteriormente, Negri escribirá otra obra colectiva¹¹⁶, donde reconocen que proceden “de la gran tradición del obrerismo revolucionario italiano, y nuestro trabajo se inserta dentro de aquello que en el debate internacional es referido con la fórmula, ciertamente insatisfactoria pero no carente de eficacia, de postobrerismo”.

Su punto de partida es que de la misma manera que ha existido un capitalismo pre-industrial con anterioridad a la revolución industrial, puede existir un capitalismo post-industrial que ellos denominarán como “capitalismo cognitivo” o “biocapitalismo”, al que caracterizan de la siguiente manera, “esa forma que se caracteriza por su creciente entrelazamiento con la vida de los seres humanos. Anteriormente, el capitalismo recurría principalmente a las funciones de transformación de las materias primas desarrolladas por las maquinarias y por los cuerpos de los trabajadores. El biocapitalismo, en cambio, produce valor extrayéndolo, no sólo del cuerpo operando como instrumento material de trabajo sino también del cuerpo comprendido en su globalidad (...) El aumento de los beneficios que ha alimentado la financiarización ha sido posible porque en el biocapitalismo el concepto mismo de acumulación de capital se ha transformado. Aquél ya no consiste, como durante la época fordista, en inversiones en capital constante y variable (salario), sino más bien en inversiones en dispositivos de producción y captación del valor producido fuera del proceso directamente productivo”. Por lo tanto, según estos autores, la crisis desencadenada en 2008 sería la primera la primera crisis del biocapitalismo.

Para el tema que estamos tratando en este apartado, lo importante es la definición del sujeto, al que denominan multitud, y de las formas de lucha que lleva a cabo contra este capitalismo

116 Negri, A., Mazzadra, S., Fumagalli, A., Lucarelli, S., Marazzi, C., Vercellone, C., La gran crisis de la economía global, Traficantes de sueños, 2009

cognitivo. “Unir a los precarios y los excluidos, recomponer el trabajo material e inmaterial: el primero dentro de la complejidad de sus articulaciones fabriles y metropolitanas, el segundo sobre ese mismo espacio y en la complejidad de sus articulaciones (desde los call centers a las universidades, de los servicios industriales a los de la comunicación, de los centros de investigación a los servicios sociales, sanitarios y educativos). Esta es la multitud que puede construir un sujeto político que ingrese activamente en el terreno de la renta dominada por las finanzas e introduzca, con la misma potencia que tuvo para los obreros de las fábricas fordistas la lucha alrededor del salario, una lucha en torno al ingreso. Esta es la dimensión sobre la cual se configura un «salario de la renta». (...) No hay lucha de clases sin un lugar dónde ésta pueda desarrollarse. Hoy, ese lugar es el territorio metropolitano. Hubo un tiempo en el que fue la fábrica; todavía hoy es la fábrica, pero decir fábrica, ahora, significa algo distinto de un tiempo atrás. La metrópolis es la fábrica actual -con sus relaciones productivas, los departamentos de investigación, los ámbitos de producción directa y los flujos de circulación/comunicación, los medios de transporte, sus separaciones y confines, las crisis de producción y de circulación, las formas diversas de empleo, etc. La metrópolis: fábrica modernísima como sólo la predominancia del trabajo cognitivo en los procesos de valorización puede determinar; y sin embargo, fábrica también antiquísima en la cual, como esclavos, inmigrantes y mujeres, precarios y excluidos, son puestos todos por igual a trabajar y donde la explotación alcanza todos los lugares y momentos de la vida.”

En la crítica que realiza Claudio Albertani¹¹⁷ contra la “multitud” de Negri, denuncia que este término ya aparece en la obra de Negri sobre Spinoza, término utilizado por Hobbes y otros filósofos de la soberanía y al que Negri le daría la vuelta para convertirle en el fundamento de una democracia radical, “frente a la crisis del Estado, sería el sujeto plural de un nuevo poder constituyente abierto, incluyente y postmoderno”. En su crítica, Albertani desvela que, “al final del recorrido, Negri vuelve al pecado original del obrerismo italiano: la búsqueda siempre renovada de alguna “centralidad”, el fetiche del trabajo productivo, y la incapacidad de salir del horizonte de la fábrica. El resultado es un sujeto sin historia, y una forma sin contenido, última adaptación de la vieja torsión por la cual la clase obrera nunca deja de acosar al capitalismo.”

Las críticas a Negri desde las posiciones ortodoxas marxistas se hacen a la vez para rechazar su incorpórea multitud y para reivindicar el siempre central papel del proletariado, “Construyendo una lógica de un sujeto irreal (“la multitud”), que no tiene correspondencia con un sujeto determinable empíricamente, disuelven la posición objetiva que ocupan en el modo de producción capitalista las distintas clases sociales subalternas, en particular la centralidad del

117 Albertini, Claudio, op. cit.

proletariado como sujeto social de la revolución socialista. Este sujeto fantasmal que construyen, omnipresente y pura potencia, no necesita de programas, de estrategia y táctica y menos que menos de un partido revolucionario para acometer su misión histórica”.¹¹⁸

La digresión de Negri representa un caso extremo, fruto a la vez de los cambios acaecidos a nivel político, social y económico en el mundo - que obligan a replantearse muchas tesis asumidas como inamovibles durante largas décadas - y de su trayectoria personal. Pero otros autores se han planteado también analizar una realidad diferente que no puede ser explicada solamente con los viejos conceptos. El protagonismo ascendente de los nuevos movimientos sociales, en paralelo al declive del viejo movimiento obrero, es un hecho incontestable que tiene múltiples facetas. Los partidos y organizaciones ecologistas, pacifistas y feministas fueron una de sus primeras expresiones, también la eclosión de las ONGs, luego los movimientos indígenas en América Latina, y finalmente, redondeando todo ello, las expresiones de articulación mundial como los Foros Sociales Mundiales. Su activismo en la última década del siglo XX y la primera del siglo XXI con movilizaciones espectaculares como las de Seattle, masivas como las realizadas en todo el mundo contra la guerra de Irak, o de carácter insurreccional como las que tuvieron lugar en América Latina, han llevado a muchos autores a pensar en esta heterogénea mezcla de actores y reivindicaciones que son los nuevos movimientos sociales como el nuevo sujeto que recogía el testigo del viejo movimiento obrero en su lucha contra el capitalismo. La idea es sugerente y esperanzadora tras la asombrosa debacle del socialismo real y el despliegue mundial de la globalización y el neoliberalismo. Pero el panorama es complejo y cambiante y, frente a la certeza del declive del sujeto revolucionario clásico del marxismo, no hay señales claras de que estos movimientos tengan capacidad para superar el capitalismo, aunque puedan mantener una larga lucha en su seno.

Esta realidad incuestionable ha sido vista desde la izquierda de dos maneras diferentes. Desde el marxismo más ortodoxo se apunta que, “estos movimientos no son un mero espejismo, un epifenómeno de la lucha de clases, sino que expresan nuevos tipos de contradicciones y reivindicaciones generadas por la renovada complejidad y conflictividad de la sociedad capitalista. Pero la dinámica de los movimientos sociales sería prácticamente indescifrable si no la situáramos en el contexto más global de las relaciones de clase y sus contradicciones estructurales (...) La creciente complejidad de los capitalismos contemporáneos ha creado nuevas líneas de conflicto, que coexisten articuladamente con el antagonismo de clases.”¹¹⁹. Es

118 Chingo, Juan y Dunga, Gustavo, Una polémica con "El largo siglo XX" de Giovanni Arrighi e "Imperio" de Toni Negri y Michael Hardt, pág. 12

119 Boron, Atilio. Estado, capitalismo y democracia en America Latina. op.cit., p. 320.

decir, el conflicto principal es un conflicto de clases, y las dos clases principales en el capitalismo siguen siendo el proletariado y la burguesía.

Desde otras posiciones de izquierda más cercanas a los propios movimientos la visión es distinta, “a finales del siglo XX se produce una clara quiebra del paradigma emancipador de corte occidental que había impregnado la mayor parte de la izquierda a lo largo del siglo XX, así como un desfundamiento de las viejas organizaciones burocráticas (partidos y sindicatos), aflorando nuevas y múltiples formas organizativas, plurales y menos jerarquizadas, y con un funcionamiento en red. Al tiempo que los distintos movimientos se contaminan unos a otros. Igualmente, se va abriendo poco a poco camino un discurso “antidesarrollista”, que tiene en cuenta la enorme diversidad de sujetos, territorios, recursos, culturas, tradiciones y, en definitiva, realidades que componen el mundo”.¹²⁰

Uno de los teóricos más importantes de la práctica de los movimientos desde una perspectiva autonomista en América Latina es Raúl Zibechi¹²¹. Considera que el ciclo de resistencias desarrollado en América Latina “no encajan en los análisis eurocéntricos de la acción colectiva”. Estos cambios suponen un desafío profundo para la teoría social y revolucionaria anterior que se basaba en la centralidad del movimiento sindical y del Estado-nación, lo que suponía prácticas centralistas, división entre dirigentes y dirigidos y una estructura vertical de los movimientos. Luego describe las características novedosas de los movimientos, entre la que sobresale como principal rasgo diferenciador, “las nuevas territorialidades (...) un nuevo patrón de organización del espacio geográfico, donde surgen nuevas prácticas y relaciones sociales (...) el ansiado mundo nuevo está naciendo en sus propios espacios y territorios, incrustado en las brechas que abrieron en el capitalismo”.

Iniciadas en las áreas rurales, las revueltas se han ido extendiendo a las ciudades, a partir de un sujeto más heterogéneo que la anterior clase obrera que ha sustituido en protagonismo al movimiento sindical y la izquierda clásica. Los nuevos movimientos insurgentes han cambiado el antiguo vínculo sindical con la fábrica por el territorio. Zibechi destaca que “las distancias entre el viejo movimiento obrero y sindical y los actores actuales son nítidas en dos aspectos: las relaciones con el territorio y las relaciones de reproducción. Las primeras suponen el paso de la heteronomía a una autonomía relativa, evidenciada en el momento insurreccional. La segunda, íntimamente vinculada a la anterior, supone el tránsito que están haciendo los sujetos

120 Fernández Durán, Ramón, La conflictividad político-social mundial en el siglo XX, op. cit., pág. 41

121 Zibechi, Raúl, Autonomía y emancipaciones. América Latina en movimiento, Fondo Editorial de la facultad de Ciencias Sociales, Lima, 2007

desde la dependencia del capital al control de la producción y reproducción de sus condiciones de vida”.

La autonomía de los nuevos movimientos de América Latina es triple, respecto al capital y al Estado y por la ausencia de dirección y dirigentes en sus insurrecciones. Frente a la crítica de la izquierda clásica a estos movimientos por la ausencia de un proyecto claro de emancipación, Zibechi responde que “Es muy probable que el proyecto subterráneo de los movimientos populares que nacen en el «sótano», sea la dispersión del Estado neocolonial y neoliberal. Del Estado sin más. La forma como los movimientos están recorriendo sus caminos es ya de por sí un proyecto de sociedad”. Aún más, el autor se muestra muy crítico con la izquierda que accede al poder, “El acceso de la izquierda política al poder contribuye a la desarticulación de los movimientos sociales que habían contribuido a su victoria electoral (...) La izquierda electoral no es la enemiga de los movimientos, pero su acceso al poder estatal puede hacerles un daño irreparable si los movimientos no tienen ganada la suficiente autonomía material y política”. Y en este sentido, añade que una de las enseñanzas de las experiencias en América Latina es que “los movimientos a los que llamaré «comunitarios» a falta de algo mejor (o sea que reúnen la decisión común de un actor social territorializado), no pueden ser derrotados por la represión, por más terrible que sea, salvo mediante el exterminio masivo de sus miembros. La segunda, es que la derrota la procesa eso a lo que suele llamarse «izquierda», ese conjunto de profesionales, ONG y partidos que son los encargados de ablandar y fragmentar al movimiento. Para ello, y esta es la tercera lección, es necesario cooptar o quebrar a los «referentes» individuales o colectivos de los movimientos”

La de Zibechi es una reflexión sobre los nuevos movimientos sociales y su actividad en América Latina y suena más que a una utopía, a una apuesta por el regreso a un imposible pasado. No existe ni una visión ni un proyecto universal para oponer al capitalismo mundial. Sus tesis podrían leerse como una propuesta de creación de islas de comunidades aisladas del capitalismo que, si consiguiesen alcanzar ese objetivo, se desentenderían del resto del mundo. Sin proyecto de cambio global, ni estrategia para alcanzarlo, supone la teorización de unas formas de resistencia, no de un proyecto de transformación, y los nuevos movimientos no son, por tanto, los sustitutos del proletariado en la tarea de alcanzar el socialismo.

El análisis de Karl Heinz Roth¹²² podría clasificarse como el intento de hacer más amplio el sujeto clásico de la clase obrera, pero sus conclusiones también son una especie de utopía. Su punto de partida son los efectos negativos para la mayoría de los grupos de las clases inferiores

122 Heinz Roth, Karl, El estado del mundo. Contraperspectivas. Traficantes de sueños, Madrid, 2007

globales y de los estratos medio-bajos del proceso de reestructuración global que se desencadenó aproximadamente a mediados de la década de 1970.

“La expulsión de sus tierras de las familias de los pequeños campesinos, que ha afectado durante este periodo a la totalidad de la periferia capitalista, constituye el motor decisivo de las transformaciones sociales globales (...) La huida de la tierra, que se ha producido desde hace varias décadas en los países de la periferia capitalista, ha provocado migraciones masivas transcontinentales, y sobre todo continentales, cada vez más grandes (...) A escala global, los procesos de empobrecimiento de masas y de proletarización, que se extienden desde las periferias a los países emergentes y a las metrópolis encuentran en las slum cities [ciudades miseria] y en las economías sumergidas que se desarrollan en las mismas, la ilustración de un punto de inflexión decisivo (...) El proletariado industrial de la metrópolis es el que mejor ha defendido su posición en el proceso de reestructuración neoliberal. No ha sido así para el proletariado de las nuevas zonas de crecimiento.”

Como consecuencia de estos cambios analizados, el autor concluye que se ha producido un “desajuste de la realidad socioeconómica actual respecto de la teoría marxista en el tratamiento de la fuerza de trabajo”. Aunque también indica que la teoría marxista sobre la clase trabajadora y sus tendencias históricas en realidad “se impuso tan sólo en el norte transatlántico y de modo muy contingente, mientras el trabajo asalariado doblemente libre no pudo establecerse en ningún momento como relación de explotación capitalista dominante en Asia, África y América Latina. En el caso del ciclo actual esa tendencia también se ha visto crecientemente marginalizada en el interior de las metrópolis. La clase obrera constituida como «trabajo asalariado doblemente libre» de la teoría marxista se ha convertido completamente en una ficción. Ha llegado el momento crucial de buscar un concepto alternativo de «clase obrera mundial» “

Su análisis continua con los cambios acaecidos en el seno de la clase trabajadora desde los años 70, “considerados todos los extremos, tenemos ante nosotros un colosal archipiélago de formas de constitución proletaria, bajo las cuales el trabajo asalariado doblemente libre representa tan sólo una de las innumerables variables (...) Desde la década de 1960, todo este régimen de acumulación del capitalismo del pleno empleo fue arrojado a la crisis por medio de una revuelta social a escala mundial. De este modo, el sistema mundo capitalista se vio forzado a dar un nuevo salto en su desarrollo. Y se preparó para un contraataque neoliberal. (...) El remate fue el derrumbamiento del capitalismo de Estado en 1989/1990 en Europa del este y sudoriental, donde la transformación de las relaciones laborales se manifestó de una manera explosiva y con formas análogamente dramáticas. Este mestizaje del proletariado mundial, debido a la migración, se marca de una manera especial en aproximadamente 300 nuevos centros de

acumulación. Estos son, en último término, el objetivo de las migraciones masivas del medio rural a la ciudad, del sur al norte y del este al oeste. “

Después de este análisis, el autor pone en duda la tesis clásica del marxismo al respecto, “En el nivel de la teoría, la evidencia de las nuevas relaciones de explotación obliga a una ampliación del concepto de clase marxista. Las nuevas relaciones de clase sólo en una pequeña parte están caracterizadas por el trabajo asalariado doblemente libre. No podemos sino superar el determinismo que ha caracterizado la historia de la clase trabajadora y del movimiento obrero marxista hasta ahora. El trabajador doblemente libre de la gran fábrica representaba para la mayoría de las corrientes del marxismo el centro activo para la revolución socialista, y de acuerdo con esto, la casi totalidad de la historia marxista estaba concentrada en él. Sin embargo y de forma irrevocable, este segmento de la clase trabajadora se ha convertido en una minoría en el nuevo cosmos del proletariado mundial.”

Y, finalmente, se centra en las consecuencias que ello supone para la estrategia política. En primer lugar sobre la designación del sujeto revolucionario, “Deberíamos abandonar la fijación por una capa central dirigente del proletariado y por su correspondiente necesidad de hegemonía política en el seno del movimiento obrero. Sólo promete éxito aquella estrategia que, en lo que respecta a todas sus decisiones básicas, se fije sobre el nuevo cosmos tremendamente diferenciado de los procesos de constitución proletaria y los considere como totalidad antagónica, que aspira a salir de la relación capitalista.”

En segundo lugar sobre la propia estrategia a seguir. Y así indica claramente que “la conquista del poder político no es ya un camino que conduzca a un objetivo emancipatorio. Los «tradicionales movimientos antisistémicos» (Immanuel Wallerstein) del movimiento obrero querían poner en marcha y completar la liberación social por medio del Estado. Este proyecto ha fracasado desde esta perspectiva, el estado nacional y las formaciones de bloque originadas a partir de él tampoco son ya ningún referente para nosotros.”

Por último, sobre las características de los instrumentos utilizados en la lucha anticapitalista, “las características de la alianza de clases de todos aquellos que alquilan su fuerza de trabajo o deben cobrar ayudas sociales para poder vivir sólo es posible sobre la base de unas condiciones contextuales y de acuerdos comunes. Su decisiva condición previa es y sigue siendo, sin embargo, una democracia interna consecuente. En todos los niveles del contraproyecto organizado debería imponerse un principio consecuente de delegación y de rotación con el propósito de evitar desde el principio la formación de nuevas capas de funcionarios apartadas de la base del movimiento.”

Karl Heinz aporta su propia estrategia emancipadora cuyo proceso de transformación podría prolongarse durante varias generaciones. Estos procesos deberían conectarse “mediante la interacción de iniciativas locales, regionales, continentales y globales”, donde, “el plano local es y seguirá siendo decisivo”. Y sigue diciendo, “cualitativamente los objetivos son idénticos: justicia social, seguridad existencial e igualdad. En el camino hacia su consecución surgirán autoorganizaciones democráticas de base en la cuales se desencadenarán procesos de aprendizaje decisivos, que harán posible que las personas se encaminen hacia nuevos horizontes socialistas solidarios (...)

En este proceso participan migrantes de un tipo específico: los trabajadores del transporte y de las comunicaciones que el sistema-mundo ha convertido en estos tiempos en trabajadores nómadas que circulan dentro y entre los continentes. Estos trabajadores constituyen el núcleo de la clase obrera industrial del siglo XXI (...)Tan pronto como estos trabajadores adopten la autoadministración de su trabajo en todas sus ramificaciones regionales, continentales y transcontinentales, tendencialmente se transformará la totalidad de la producción y la distribución de bienes materiales e inmateriales del mundo en un ingrediente integral del proceso de transformación socialista.”.

En este caso se puede apreciar que a partir de un análisis de las modificaciones acaecidas a nivel global en los últimos decenios, y de una crítica y ruptura con toda la tradición anterior representada por el marxismo y sus principales expresiones políticas - que fueron capaces de alcanzar el éxito en lo inmediato, la conquista del poder político, pero se mostraron ineficaces en el objetivo de alcanzar el socialismo - el autor propone para alcanzar el socialismo una estrategia de carácter utópico, elaborada en unas pocas páginas, mediante la municipalización y cuyo sujeto principal lo constituye los trabajadores del transporte y las comunicaciones.

Pero se puede comprobar fácilmente que este defecto no es exclusivo de Karl Heinz, sino que es compartido por una gran parte de los autores partidarios de la transformación socialista de la sociedad. Diferenciados por la utilización de un análisis más o menos sofisticado de los problemas sociales, situándose de manera crítica u ortodoxa respecto al marxismo, sin embargo suelen tener en común unos planteamientos estratégicos poco elaborados, utópicos o espontaneistas ante la complejidad que supone una transformación socialista en las condiciones actuales. En definitiva, cualquier análisis de un autor que se declare partidario de la transformación socialista debe ser juzgado no tanto por la sofisticación de la crítica al capitalismo, sino por su capacidad de ofrecer al menos líneas serias para la elaboración de alternativas.

Esta pequeña digresión nos puede servir como introducción al análisis del siguiente autor, situado en el campo del trotskismo, y, por lo tanto, defensor de la clase trabajadora como sujeto

central en la transformación socialista. El autor que hemos elegido es Eduardo Molina¹²³, quién justamente va a discutir sobre la cuestión que nos ocupa en relación con la situación política en América Latina en los años comprendidos entre el final del siglo XX y la primera década del XXI, período convulso durante el cual potentes movimientos sociales en varios países de la región consiguieron revertir la ola neoliberal que les precedieron, dando lugar a una serie de gobiernos cuyo perfil vamos a denominar anti-neoliberales, no entrando, por el momento en más profundidad sobre su carácter.

Nada más iniciar el análisis de estos acontecimientos, el autor deja claro su posición al respecto afirmando que - en el proceso de resistencia a la ofensiva neoliberal que dio lugar a grandes acciones de masas y levantamientos - “a pesar de la amplitud y profundidad del ascenso y de sus acciones más avanzadas, sus limitaciones en esta fase se expresaron en la ausencia de un papel dirigente de la clase trabajadora”. El grueso de esta obra se dedica a continuación a la crítica de los diversos procesos llevados a cabo en varios países de la región, calificando los proyectos que impulsaron de reformistas y nacionalistas. Su crítica se dirige igualmente a los autores que, basándose en las experiencias latinoamericanas recientes, postulan la aparición de nuevos sujetos en sustitución de una clase obrera que ha jugado un débil papel en todos estos movimientos de contestación, insistiendo en que, “la fuerza social decisiva en el campo de las clases subalternas es el proletariado latinoamericano, que, aún no ha arrojado todo su peso sobre la balanza, aunque comienza a dar pasos en su recomposición subjetiva”.

Sin embargo se abstiene de aportar datos que sostengan su tesis, y en su lugar descalifica las posturas de quienes, basándose en los acontecimientos de una década, intentan teorizar los nuevos sujetos, “Los mitos sobre el ‘fin de la clase obrera’ han golpeado profundamente el ‘sentido común’ de la izquierda apoyándose en una interpretación superficial de los cambios objetivos en la configuración del proletariado de las últimas décadas y en elementos de orden subjetivo y por tanto, transitorios: las secuelas de décadas de derrotas que se remontan al ciclo de las dictaduras militares, y luego, el hecho de que durante buena parte de los 90, mientras la clase obrera se mantuvo en reflujo o luchó esporádicamente, fueran los movimientos campesinos, indígenas o de desocupados los que tuvieran un rol protagónico en la resistencia de las masas latinoamericanas y en las primeras fases del actual ascenso. Sin embargo, el escepticismo hacia la clase obrera y su potencialidad revolucionaria no resiste un examen de las condiciones reales. Se argumenta que la ‘desestructuración’ impuesta por el neoliberalismo plantearía la conformación de nuevos sujetos sociales: (...) así, se pretende que en el marco de

123 Molina Eduardo, ¿Adónde va América Latina?, http://www.insumisos.com/index.php?option=com_content&task=view&id=61&Itemid=19

las transformaciones impuestas por la ‘globalización’, concebidas unilateralmente, el ‘eclipse’ del viejo movimiento obrero, sus métodos de lucha y su programa histórico, justificaría la búsqueda de nuevos sujetos: los ‘movimientos sociales’, una ‘multitud’ inspirada en las teorías de Negri y calificada a veces como ‘plebeya e indígena’, o un etéreo ‘nuevo sujeto popular radical’ y sus nuevos métodos de lucha caracterizados por el carácter territorial”.

No obstante, siendo imposible negar la evidencia de lo sucedido, en el que el protagonismo de las movilizaciones de masas ha pertenecido a dichos movimientos, Eduardo Molina señala, entonces, las limitaciones de éstos para alcanzar el socialismo, “La verdadera discusión está en otro plano: si se trata de difusos ‘nuevos sujetos sociales’ caracterizados por ‘nuevos métodos de lucha’, o bien, si la clase obrera puede jugar un papel central, agrupando a las otras clases subalternas contra la clase dominante y su Estado, y si sus métodos de lucha y su programa serán decisivos en ese enfrentamiento (...) es preciso que la clase obrera, actuando como ‘tribuno del pueblo’ articule el conjunto de las demandas democráticas y nacionales en una estrategia de poder obrero y popular. En consecuencia, reivindicar la centralidad de la clase obrera en la alianza social revolucionaria no implica caer en un ‘esencialismo’ obrerista, más propio del sindicalismo o del economicismo, como pretenden muchos intelectuales y las corrientes reformistas, nacionalistas y autonomistas, sino plantear el más importante de los problemas estratégicos en las formaciones sociales capitalistas atrasadas como las latinoamericanas: la constitución de la alianza obrera, campesina y popular bajo un programa independiente”.

Y para finalizar, y rematar su argumentación, recurre a una clásica tesis del trotskismo defendida desde la derrota de las revoluciones en Europa primero y la consolidación del stalinismo después, “No se trata entonces del ‘fin del proletariado’, sino del fenómeno político de la desproporción entre la centralidad objetiva del proletariado y el retraso de su subjetividad como clase. Su fortaleza estructural se asienta en las determinaciones económico sociales: su lugar central en la producción capitalista y en la estructura social y la capacidad de paralizar la economía. El problema estratégico central es entonces la superación de una crisis de subjetividad que tiene complejas bases históricas (largas décadas de moldeado reformista y nacionalista, derrotas históricas del movimiento obrero regional y mundial en los ’70 y ’80) y materiales (profunda reconfiguración, reestructuración y fragmentación bajo la ofensiva capitalista e imperialista de los ’80 y ’90)”.

El autor no puede por menos que reconocer los problemas que existen para concebir esa centralidad objetiva del proletariado y el papel que se le asigna a pesar de haberse extendido el “asalaramiento”: el incremento de su heterogeneidad y fragmentación, y la presencia de estructuras sindicales “profundamente burocratizadas”.

Como ya apuntábamos más arriba, este análisis de cierta sofisticación da paso al final, a una declaración de fe, no sustentada en datos reales, sobre la potencialidad del proletariado, “La debilidad de la clase obrera es esencialmente política y sólo puede superarse a través del desarrollo de la lucha de clases. La posibilidad objetiva de unificar las fuerzas fragmentadas del proletariado y poner en acción todo su potencial surge de las condiciones mismas de la crisis general, económica, social y política, de los países latinoamericanos, pero para su resolución son necesarios profundos cambios políticos, organizativos, ideológicos y morales: el surgimiento de un nuevo movimiento obrero”.

No pudiendo faltar la proclama optimista en un radiante porvenir de la revolución socialista, “Dada la profundidad de las crisis nacionales generales y el ciclo ascendente de la lucha de clases, que actualiza las perspectivas revolucionarias en nuestro continente, es posible que uno o varios países de América del Sur deban prepararse a cumplir en los próximos lustros del siglo XXI el papel que jugó que jugó Rusia a comienzos del siglo XX. Si la unidad del proletariado brasileño y argentino será la clave de la revolución en Sudamérica, un triunfo obrero y campesino en los Andes podría ser el detonante de gigantescos saltos en el proceso continental”

Se puede apreciar, pues, en las dos posiciones analizadas, que si bien se encuentran enfrentadas en cuanto al papel del sujeto revolucionario, su conclusión, sin embargo, es similar: una declaración de fe en la consecución del socialismo, sea encabezado por el proletariado o por otro tipo de sujeto más o menos heterógeno. Y es una declaración de fe porque no existe ninguna evidencia empírica en la que pueda sostenerse. Por el contrario, las evidencias existentes parecen apuntar en sentido inverso.

Esta polémica, de la que hemos expuesto algunas muestras, en torno al sujeto revolucionario, es justamente una prueba del desdibujamiento del sujeto clásico de la teoría marxista, el proletariado. Pero una prueba más contundente es la que se puede encontrar en los hechos históricos. En las últimas tres décadas se han producido cuatro grandes olas de revoluciones de masas que han sacudido al mundo por sus consecuencias, y en ninguna de las cuales el proletariado ha sido el protagonista. Cada una de ellas han apuntado a objetivos y han tenido consecuencias diferentes. Se han tratado de revoluciones desde abajo, una de cuyas características en común, al menos claramente en tres de ellas, ha sido su naturaleza más o menos espontánea.

De manera cronológica, la primera de ellas fue la revolución islámica en Irán. Es la menos espontánea de las cuatro. Su triunfo abría la etapa de ascenso del islamismo fundamentalista que se extendería más allá del mundo árabe y cuyos efectos no han terminado aún. Justamente la última de las cuatro olas revolucionarias, por ahora, en el mundo árabe, puede ser un test para saber si toma mayor impulso este islamismo militante o, justamente, es un punto de inflexión en

una nueva senda de retroceso. Pero lo que sí se puede afirmar, a estas alturas, es que el efecto desencadenado por aquella revolución transformó durante estas tres décadas transcurridas las sociedades de mayoría islámica. No fue solo el fundamentalismo chiita quién se levantó contra el Sah, pero fue el que finalmente se hizo con el poder, después de derrotar a sus aliados en la revolución contra los Palevi, entre ellos los comunistas iraníes.

La segunda ola revolucionaria fue la de mayor impacto histórico hasta el momento. Desencadenada bajo el impulso original de la perestroika en la antigua URSS, el movimiento de masas se extendió rápidamente por la mayoría de los países del antiguo bloque soviético hasta hacer desaparecer en un corto espacio de tiempo el denominado socialismo real en la zona eurosoviética. El terremoto tuvo profundas consecuencias. En primer lugar, de carácter geoestratégico, al desaparecer una de las denominadas superpotencias, dejando el campo libre al imperialismo norteamericano. Esta ruptura del equilibrio mundial, congelado desde después de la segunda guerra mundial, tendría, entre otras consecuencias, la política militarista estadounidense. También porque se produjo el desmembramiento del antiguo imperio soviético y de la antigua Yugoslavia, así como la reunificación alemana. Lo que suponía la más profunda alteración de fronteras europeas en varios siglos, en medio de guerras fratricidas en el viejo continente, como la que asoló el antiguo espacio yugoslavo. En segundo lugar, de carácter económico, porque no cabe duda de que la rápida expansión de la globalización neoliberal por todo el mundo no hubiese sido posible sin esa debacle. Y, en tercer lugar, de carácter ideológico, porque dicho derrumbamiento, junto con la senda capitalista emprendida por China, era un golpe de consecuencias profundas para la izquierda. Desde la derrota de la revolución sandinista y el abandono de las armas por las guerrillas centroamericanas, hasta el retroceso, aún actualmente en curso, de la izquierda europea en todas sus versiones, incluida la socialdemocracia.

La tercera ola revolucionaria tuvo lugar en América Latina en los años finales del siglo pasado y primeros de éste. Su motivo fue la rebelión contra las políticas neoliberales que arrasaron la región. Sus consecuencias fue el establecimiento de diversos gobiernos progresistas de diferentes matices, que se comprometieron con los objetivos que originaron dicha rebelión. Esta ola representó un cierto renacimiento de la izquierda, pero con unas características absolutamente nuevas. No era el proletariado industrial quién las encabezaba, sino una amalgama de sujetos damnificados por las políticas neoliberales, campesinos, pueblos originarios, desempleados o empleados informales de los centros urbanos y jóvenes. Tampoco estaban ahora impulsando estas luchas los clásicos partidos de masas o de vanguardia propios del movimiento obrero clásico. Ahora una multitud de organizaciones sociales tomaban el protagonismo. Después de tumbar distintos gobiernos de la región y, en algunos casos, de poner en el poder a gobiernos afines, el movimiento de masas entro en un impasse, quedando en una

situación de futuro incierto, que puede decantarse hacia una profundización del proceso iniciado hace más de una década, o, por el contrario hacia una reversión de estos gobiernos por otros de derecha.

Finalmente, en los primeros meses de 2011, una cuarta ola revolucionaria anegó al mundo árabe¹²⁴. Por las características que está tomando, se puede decir que un primer antecedente fue la revuelta producida en Irán en el verano de 2009. Sin embargo dicho intento fracasó frente al poder de la república islámica, y todo parecía indicar que nada parecido volvería a producirse en un mundo dominado por autócratas de distinto signo, la mayoría de los cuales eran bendecidos por occidente bajo la excusa de hacer de contención al ascenso islamista. Pero el triunfo de la revolución desencadenada en enero de 2011 en Túnez ha reavivado el impulso yugulado en Irán y ha vuelto a repetirse en Egipto, provocando a partir de esta nueva victoria una extensión de la revolución al resto del mundo árabe. Diversos países de la región comienzan a notar las convulsiones de un movimiento que nace del fondo de la sociedad y que amenaza a estos regímenes autocráticos. El futuro en esta última ola queda totalmente abierto. Pero el mundo está siendo transformado a un ritmo vertiginoso en las últimas décadas por levantamientos de masas que nadie había predicho y cuyos objetivos, más allá de un intenso deseo de mejorar una situación insostenible, no está claramente definido.

En cualquiera de estas últimas cuatro olas revolucionarias, en Irán, el antiguo espacio de los países del socialismo real, en América latina o en el mundo árabe, el papel del proletariado fue a lo sumo secundario y a veces contradictorio. En Irán existía un importante partido comunista, pero fue barrido por el carácter religioso de la revolución, que primero acabó con el Sha, y después con los comunistas. En la revolución que acabó con el socialismo real fue importante la actitud del proletariado polaco, pero luchando contra un gobierno comunista a través de un poderoso sindicato que luego desapareció. En América Latina, ya hemos mencionado el débil papel jugado por el proletariado en las revoluciones anti-neoliberales que sacudieron la región. Finalmente, las revoluciones árabes son protagonizadas por una abigarrada mezcla de jóvenes urbanos, clases medias, tribus y amplias capas marginadas, en las que los obreros participan más como componentes individuales de esta masa insurrecta que como clase.

Solo en la ola que barrió diferentes países de América Latina, aún sin el protagonismo del proletariado, ni de partidos marxistas, se definieron metas vagamente socialistas, sin que más de

¹²⁴ Esta obra está terminándose de escribir a mediados del año 2011, justamente cuando esta última ola revolucionaria acaba de desplegarse por el mundo árabe, y no es posible, por tanto, conocer el desenlace que pueda tener, como tampoco está claro aún en que desembocarán los procesos abiertos, hace ya más de una década, por las insurrecciones anti-neoliberales en América Latina.

una década después se haya superado, ni esté contemplado en el futuro superarse, el capitalismo en ninguno de esos países.

La dictadura del proletariado.

El abandono de cualquier tipo de vinculación al marxismo por parte de la socialdemocracia comenzó con la discusión en torno a los métodos o vías para alcanzar el socialismo y el repudio del concepto de dictadura del proletariado. Éste se convirtió en una de las señas de identidad clave de las organizaciones marxistas, por encima de las diferencias que las llevaban a una fragmentación creciente. Por ello mismo, su abandono en los años 70, bien de manera implícita en las experiencias revolucionarias de Nicaragua o Chile, bien de manera explícita por los partidos eurocomunistas, tenía unas consecuencias profundas para el marxismo. Si éstas no se pusieron claramente en evidencia fue porque poco después se originó un terremoto de mayores consecuencias en los países del socialismo real que las dejaron en un segundo plano.

En el paisaje que apareció después de ese terremoto ya nadie se volvió a ocupar de una discusión que no tenía ninguna urgencia práctica. Algunas corrientes trotskistas también renunciaron al término, y en las revoluciones o rebeliones que acaecieron en América Latina, los partidos marxistas apenas tuvieron influencia en el desarrollo de unos acontecimientos que transitaban por unas vías novedosas respecto a la experiencia histórica del movimiento obrero.

Pero el problema para el marxismo, qué es de lo que nos estamos ocupando, quedó sin resolver, y se añadía, para agravarlo, al problema sobre el sujeto revolucionario. Salvo que éste fuese otro diferente del proletariado, en cuyo caso quedaría cancelada para la historia la discusión sobre la dictadura del proletariado, aunque no la discusión sobre el período de transición y la estructura de poder necesaria.

La dictadura del proletariado es un elemento básico en el cuerpo teórico del marxismo porque lleva asociada una determinada concepción del Estado y la manera de realizar la transición entre el capitalismo y el socialismo. Lo cual, a su vez, apunta a su análisis sobre las formas de dominación y las maneras de superarlas; a las políticas de alianzas y a otro sinfín de temas conexos que simplemente nos sirve para poner en evidencia la importancia de este concepto.

La dictadura del proletariado fue considerada, desde el punto de vista del marxismo ortodoxo, un concepto fundamental: “una de esas categorías centrales de toda teoría o ciencia por referencia a la cual cobran sentido y se anudan un conjunto de conceptos”¹²⁵. Y era una práctica corriente citar a la obra de Lenin *El Estado y la revolución* para recordar que marxista es sólo el que hace extensivo el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la dictadura del proletariado. Veremos que se emplea intencionadamente un tiempo pasado porque,

125 Equipo de colaboradores de El Cárabo, poner cita, pág.9-10

especialmente después de la debacle eurosoviética de fines del siglo XX, el término ha decaído en desuso, y es defendido actualmente solo por las tendencias más ortodoxas, con una minúscula capacidad de intervención sociopolítica.

El tema podemos analizarlo en varias etapas, primero en lo que ha sido su interpretación ortodoxa y su plasmación práctica; después, cuando es puesto en cuestión por organizaciones y autores que se definen como marxistas, con su polémica sobre si se trata de un elemento central en la teoría marxista o no; finalmente mencionando algunas de las alternativas propuestas para reemplazarle y sus implicaciones prácticas.

La definición de la dictadura del proletariado

En la interpretación ortodoxa, si el socialismo es la etapa de transición entre el capitalismo y el comunismo, dictadura del proletariado y socialismo son dos formas de referirse a lo mismo. Para Marx, la dictadura del proletariado es una exigencia del paso de la sociedad de clases a la sociedad sin clases, caracterizada por el ejercicio del poder de la clase trabajadora, que establece un Estado adecuado a dicha tarea, Estado que debe extinguirse paulatinamente conforme se consolida la revolución y la nueva sociedad comunista.

Balibar hace un resumen de las tres tesis de Lenin al respecto. La primera tesis expresa que: “el poder del Estado es siempre el poder político de una sola clase, que lo detenta en tanto que clase dominante en la sociedad. Esto es lo que Marx y Lenin expresan ante todo diciendo que todo poder de Estado es una dictadura de clase”.

La segunda tesis viene a declarar que el poder de Estado de la clase dominante tiene “que materializarse en el desarrollo y en el funcionamiento del aparato del Estado”, lo cual lleva implícita la consecuencia de que: “la revolución proletaria es imposible sin la destrucción del aparato del Estado existente, que materializa el poder del Estado de la burguesía. Sin esta destrucción la dictadura del proletariado no puede desarrollarse y cumplir su cometido histórico”. La tercera tesis establece que “el socialismo no es otra cosa que la dictadura del proletariado”¹²⁶.

Para el marxismo, cualquier sociedad dividida en clases tiene necesidad de un aparato de poder político, el Estado, a través del cual ejerce su dominio la clase hegemónica. Desde este punto de vista, ese dominio es una dictadura y la función principal de todo Estado es la de salvaguardar el sistema social en el que existe. Ahora bien, dicha dominación puede ejercerse a través de

126 Etienne Balibar, Sobre la dictadura del proletariado, Siglo XXI, Madrid, 1977, págs. 790-1

distintas formas políticas, de gobierno, y en el caso de la "dictadura burguesa" estas formas políticas incluyen la "democracia política".

La dictadura del proletariado es el Estado de la clase obrera, en tanto que clase dominante, una vez alcanzado el poder. En general, la gran mayoría de los autores marxistas suelen asimilar la dictadura del proletariado con una amplia democracia para la mayoría del pueblo y una dictadura para con la minoritaria clase burguesa derrotada. Avanzando un poco más, se suele identificar también dictadura del proletariado con el ejercicio de la democracia directa, por oposición a la democracia representativa, más característica de la "forma política" de democracia ejercida durante la "dictadura burguesa".

Es importante retener, pues, que la dictadura del proletariado es un concepto fundamental en el marxismo en cuanto que expresa la idea de que cualquier orden socioeconómico clasista es una dictadura o en palabras de Balibar: "si la lucha de clases del movimiento obrero ha tenido que fijarse como objetivo la dictadura del proletariado, con todas las dificultades e incluso contradicciones temibles que conlleva, y no "sencillamente" la felicidad, la libertad, la democracia, etc., ha sido por una razón material. Porque la explotación capitalista entraña inevitablemente la dictadura de clase de la burguesía"¹²⁷.

Sobre el carácter concreto que toma la dictadura del proletariado se han producido diversas interpretaciones según la posición política que se adopte. Así por ejemplo, para Adam Schaff, la palabra dictadura en la concepción de los clásicos: "señala el papel preponderante del proletariado, que actúa como fuerza dirigente del Estado en interés de las más amplias capas laboriosas. Esta "dictadura" del proletariado puede adoptar las formas más diversas, que no necesariamente han de ser siempre dictatoriales en el sentido de antidemocráticas (...) (porque) la dictadura del proletariado es una forma de Estado en la que el proletariado se convierte en la clase dominante. Esta dominación, empero, puede ser ejercida también bajo la forma de un Estado de derecho, puede ser democrática, como Marx había previsto para toda una serie de Estados".

Es con el cariz que las cosas tomaron en Rusia durante la revolución cuando: "el concepto de dictadura del proletariado no sólo se identificó con el de un poder ejercido sobre la base de la violencia, (sino) que además no estaba limitado por ningún principio jurídico". Y señala que

127 Balibar, Etienne, recogido en Gabriel Albiac, El debate sobre la dictadura del proletariado en el PCF, Ed. De la Torre, Madrid, 1976, pág. 95

esta fórmula de Lenin “respondía a las condiciones de la sangrienta lucha de la contrarrevolución”¹²⁸.

Interpretaciones iguales o parecidas pueden encontrarse en otros autores, y con habilidad, y teniendo un cierto conocimiento de los diversos autores marxistas, pueden entresacarse citas para justificar diferentes concepciones. Sin embargo, el hecho de haberse producido la toma del poder por los partidos comunistas en diversas partes del mundo hace que necesariamente la discusión en torno a la dictadura del proletariado tenga que hacerse no sólo respecto al plano teórico, sino, sobre todo, en relación a su plasmación en las formas estatales del socialismo real.

Sin embargo, un análisis crítico, incluso un rechazo de la forma en que la dictadura del proletariado se plasmó en el Estado soviético o en las democracias populares no tiene porqué llevar a rechazar este concepto necesariamente, como ha sido el caso de posiciones de autores o partidos de orientación marxista. Así por ejemplo, Albiac¹²⁹ señala a la "experiencia soviética" como la responsable del rechazo por las masas de la dictadura del proletariado y la consiguiente victoria ideológica de la burguesía en este terreno; esta experiencia que se concreta en la "desviación stalinista" sería la responsable de la degradación de un concepto fundamental en el marxismo, y apunta que para su recuperación es necesario definir cuál es la naturaleza del poder soviético porque es posible que en la Unión Soviética no haya existido nunca la dictadura del proletariado "en el sentido estricto que el término posee en la teoría marxista". Para rechazar el carácter que definió a la Unión Soviética como un Estado de dictadura del proletariado, Albiac se basa en que no cumple con el elemento más definitorio en el plano político de aquella, "la implantación de una amplia democracia de masas" a partir de la cual se crearían "las condiciones para la extinción de la autonomía de los aparatos estatales".

Para los grupos maoístas que proliferaron después de la ruptura chino-soviética y la revolución cultural, la Unión Soviética había dejado de ser una dictadura del proletariado convirtiéndose en la dictadura de una nueva burguesía de Estado cuyo origen se sitúa en los años 30 y que asienta definitivamente su dominio a partir del XX Congreso del PCUS. Frente a esta desviación oponían como ejemplo de dictadura del proletariado la experiencia china y, especialmente, la revolución cultural de 1966-9. El enfrentamiento chino soviético de los años 60 contenía también una polémica a este respecto, cuando los comunistas chinos de aquel momento defendieron la dictadura del proletariado frente al concepto de Estado de todo el pueblo que sostenía Juchrov y la dirección soviética.

128 Schaff, Adam, *El comunismo en la encrucijada*, Ed. Crítica, Barcelona, 1983, págs. 136-41

129 Gabriel Albiac, *El debate sobre la dictadura del proletariado en el PCF*, op. cit., págs. 19-21

Puesta en cuestión y pérdida de vigencia de la dictadura del proletariado.

La puesta en cuestión por primera vez de este concepto en el seno del movimiento socialista no se produce en la década de 1970 por parte de los partidos eurocomunistas. Ya el reformismo y el centrismo de la II Internacional repudió el término. Bernstein sostuvo que la dictadura del proletariado pertenecía a una cultura inferior y que suponía un retroceso pensar que la transición de la sociedad capitalista a la socialista se debiese realizar con dictaduras. Para el principal teórico del reformismo del partido socialdemócrata alemán, la democracia era a la vez medio y fin, el medio de conseguir el socialismo y la forma de realización del socialismo. Kautsky intentó la equidistancia entre Bernstein y Lenin, condenó la dictadura del proletariado establecida en Rusia por los bolcheviques y fue objeto de una dura réplica por parte de Lenin. Cuando la II Internacional se reconstruyó después de la primera guerra mundial sus partidos integrantes ya no mencionarían un concepto que nunca aceptaron, y con el tiempo abandonarían definitivamente cualquier identificación con el marxismo.

El eurocomunismo, por su parte, tomó como punto de partida la crítica de las experiencias del socialismo real, para concluir en un rechazo del propio término de dictadura del proletariado. Si el reformismo socialdemócrata se reafirmó en su condena al término al inicio de la experiencia bolchevique, el eurocomunismo llegó a ese rechazo al final de la experiencia. Alguno de esos partidos, como el PCI, terminaron renunciando al marxismo, e incluso disolviéndose, tal y como anteriormente lo hiciera la socialdemocracia. Esto ya es una cierta indicación de la importancia que la expresión dictadura del proletariado juega en el conjunto de la teoría marxista, pero no siempre es el primer paso en un camino sin retorno, pues otros partidos como el PCF o el PCE, que formaron parte de la corriente eurocomunista, siguen manteniendo su vinculación al marxismo.

Cuando en el año 1975, se firmó el documento entre los secretarios generales del PCE y PCI, que para muchos fue considerado como la fecha orientativa del nacimiento del eurocomunismo, todavía se defendía la vigencia de la dictadura del proletariado. Sin embargo, a partir de ese momento se producirá un cambio rápido que llevará a su rechazo por parte de los partidos eurocomunistas.

En realidad, el abandono de la dictadura del proletariado por parte de la mayoría de los partidos comunistas europeos, con escasas excepciones, se produjo sin apenas debates, y sin conmociones de importancia. Y es que la forma en que fue formulada la cuestión condicionó la respuesta, pues el debate fue planteado en los términos de elección entre dictadura del proletariado o vía democrática. De esta manera se ha llegado a denunciar que se trató de un hábil planteamiento sustentado en: “imágenes y nociones ideológicas que la ideología

democrático burguesa dominante ha arraigado fuertemente en amplios sectores populares: pacifismo, legalismo, relativismo, posibilismo”¹³⁰.

El caso más notorio y polémico fue el del PCF que hizo la renuncia expresa a la dictadura del proletariado en su XXII Congreso celebrado en febrero de 1976. En el informe presentado al mismo por su secretario general, Georges Marchais, se utilizan dos argumentos fundamentales para renunciar al término de dictadura del proletariado, el hecho de que la palabra dictadura evoque los regímenes fascistas, y la realidad de que el proletariado no represente a la totalidad de la clase obrera. Es evidente que el argumento fuerte es el primero. En las distintas intervenciones habidas durante el debate en el periódico del PCF, *L'Humanité*¹³¹, se refieren a la diferente resonancia que adquiere el término dictadura después de las experiencias fascistas en Europa y de la lucha por la libertad y la democracia llevada a cabo para acabar con esos regímenes. Pero, no se pretende hacer con ello una condena de los regímenes del socialismo real y por eso el propio informe de Marchais hace una defensa de la necesidad de la dictadura del proletariado en las condiciones de la Rusia de 1917, necesidad que ya no existía en la Francia de 1976. El segundo argumento hace referencia al hecho de que el proletariado es una minoría en el seno de la clase obrera y, sin embargo, el poder socialista que se propone debe ser obra de la mayoría del pueblo. Detrás de este argumento también estaban las lecciones extraídas de las experiencias recientes de Portugal y, especialmente, de Chile. Como recoge el informe del secretario general del PCF: "la condición decisiva del éxito es la existencia y la afirmación de un movimiento lo suficientemente amplio, hasta englobar a una amplia mayoría del pueblo, sólidamente unido en torno a objetivos transformadores"¹³²

En el PCE, la argumentación más elaborada para el abandono de este término la plantea Santiago Carrillo en *Eurocomunismo y Estado*. La razón principal de la renuncia al término de dictadura del proletariado es la de que éste se ha hecho odioso en este siglo. Ya no cabe, pues, sostener el término y darle un contenido diferente, como se venía sosteniendo hasta ese momento. Llegado a un determinado punto, como había hecho el eurocomunismo, se empiezan a romper viejas amarras, y a la renuncia a la dictadura del proletariado se añadirán otras como el internacionalismo proletario, o el leninismo. Pero, al igual que el PCF, los comunistas españoles se siguen considerando marxistas.

La posición eurocomunista fue anterior a la caída del muro de Berlín y la disolución de la URSS, aunque los síntomas de agotamiento del modelo eurosoviético eran ya evidentes, pero

130 Enrique Castells y José Manuel Bermudo, *Temática del marxismo*, Cinc d'oros, Barcelona, 1979 págs. 771-3

131 Gabriel Albiac, op. cit.

132 Informe al XXII Congreso del PCF, recogido en Albiac, op. cit., pág. 123

después de 1989 la decisión de abandonar el término de dictadura del proletariado acabó extendiéndose a las organizaciones más ortodoxas del universo trotskista. El primer paso lo dio la LCR francesa cuando en 2003 renunció a la inclusión del término en su programa, en el seno de una estrategia de cambios que terminó por transformar a dicho partido en el NPA. La defensa del término dictadura del proletariado se iba reduciendo sucesivamente a organizaciones cada vez más minúsculas, por lo que sus implicaciones prácticas tendían a ser nulas. Sin embargo, lo que sí tenía una incidencia práctica clara eran las nuevas concepciones políticas y estratégicas derivadas de su abandono en favor de nuevas definiciones, en algunos casos tampoco tan nuevas.

La dictadura del proletariado en los tres grandes ensayos revolucionarios anteriores de la debacle del socialismo real.

El abandono del término dictadura del proletariado por los partidos eurocomunistas no tuvo ninguna implicación práctica en cuanto no existía en las sociedades en las que actuaban ninguna posibilidad remota de un proceso de transición al socialismo. Solamente hubo en la década de los 70 tres intentos revolucionarios importantes donde poder evaluar la actualidad del término.

El primero fue la experiencia de la Unidad Popular en Chile, abortada por el golpe militar de Pinochet. En este caso, aunque los dos partidos principales que la sostenían, el PS y el PC, no habían renunciado a la dictadura del proletariado, la vía de transición al socialismo que habían elegido era la democrática, y si la experiencia no hubiera sido sangrientamente frustrada, en algún momento hubieran tenido que revisar la distancia entre su práctica y su seña de identidad en este sentido, salvo que la definición que los partidos hagan de sí mismos no tengan porque coincidir con su práctica, algo por lo demás nada extraño.

El programa de la UP hablaba de la construcción de un Estado popular que tendría en la Asamblea del Pueblo su órgano superior de poder y cuyos integrantes estarían sujetos al control de los electores mediante mecanismos revocatorios. La característica fundamental del Estado Popular sería la participación activa de las masas en el poder. Se trataba de sustituir el Estado burgués por otro que respondiese a los intereses del proletariado y el resto de los sectores y capas aliadas. Con ello se impulsaba el inicio de transición al socialismo.

La vía político-institucional era el proyecto estratégico de la UP pero no era asumido de manera unánime en su seno, dando lugar a tensiones internas y a reproches posteriores. De los dos grandes partidos que formaban el pilar de la alianza, su defensor más decidido, con matices, era el PC, en tanto que el sector mayoritario del PS se inclinaba por la vía armada, lo cual reflejaba

también las dos visiones diferentes de los objetivos que debía cumplir el gobierno popular, pues mientras para los comunistas se trataba de un período de carácter antiimperialista, antimonopolista y antilatifundista con vistas al socialismo, los socialistas plantearon durante el debate del Programa Básico de la UP la “exigencia de iniciar la construcción del socialismo como tarea del gobierno popular y no como simple perspectiva histórica”¹³³

Entre los dos grandes partidos de la izquierda, el PC de Chile fue el que más claramente había apostado por una estrategia gradualista, por una vía pacífica y parlamentaria al socialismo, que defendió firmemente durante el gobierno de la UP, al tiempo que mantenía formalmente las señas de identidad más importantes de los partidos comunistas, entre ellas la adhesión a la dictadura del proletariado. Esto llevó a grandes tensiones entre la teoría y la práctica que han sido estudiadas, entre otros, por Luis Corvalán Márquez¹³⁴. Por el contrario, el PS se había radicalizado en los años 60 bajo el impacto de la revolución cubana y una parte mayoritaria de él no creía en la vía pacífica al socialismo. Su objetivo se plasmaba en la destrucción del Estado burgués que debía ser sustituido por un Estado revolucionario. El PS vivía una especie de personalidad escindida, pues a pesar del Congreso de Chillán y del Pleno Nacional posterior, en la práctica fue aceptando poco a poco la línea defendida por el PC tendente a construir una alianza más amplia que el FRAP, que acogiese a los partidos de centro, lo que terminó plasmándose en la UP. En su XXIII Congreso, en 1971, es decir bajo el gobierno de la UP, define a éste como un período transitorio y se propone “crear aceleradamente condiciones para cambiar, durante el ejercicio de este gobierno, el carácter capitalista del sistema vigente para transformarlo en un régimen socialista”¹³⁵

El Presidente Allende, y los sectores que le apoyaban, sustentaba un proyecto diferente de transición al socialismo que expresó claramente en su Mensaje Anual al Congreso Nacional pronunciado el 21 de mayo de 1971 y donde expresó que, “Como Rusia, entonces, Chile se encuentra ante la necesidad de iniciar una manera nueva de construir la sociedad socialista: la vía revolucionaria nuestra, la vía pluralista, anticipada por los clásicos del marxismo, pero jamás antes concretada (...) Chile es hoy la primera nación de la Tierra llamada a conformar el segundo modelo

133 Altamirano, Carlos, *Dialéctica de una derrota I*, pág. 17, <http://www.salvador-allende.cl>

134 Corvalán Márquez, Luis. “Las tensiones entre la teoría y la práctica en el Partido Comunista en los años 60 y 70”, en *Por un rojo amanecer. Hacia una historia de los comunistas chilenos*.

http://www.memoriachilena.cl/mchilena01/temas/documento_detalle.asp?id=MC0016914, (31 Marzo 2005)

135 Jobet, Julio César, *Historia del Partido Socialista de Chile II*, pág. 52

de transición a la sociedad socialista (...) modelando la primera sociedad socialista edificada según un modelo democrático, pluralista y libertario.”¹³⁶

Esta definición no fue del agrado ni siquiera del PC, que había apostado claramente por la vía gradualista, y que mostró discretamente en aquellos momentos su discrepancia en un artículo de Sergio Ramos¹³⁷ en el que se afirmaba que en el caso chileno sigue vigente en los mismos términos de siempre la necesidad absoluta del cambio en el carácter de clase del Estado, de la dictadura del proletariado, para iniciar la construcción del socialismo; y que en el discurso ante el Congreso, al contraponer los modelos de paso al socialismo, lo que hacía Allende era confundir la esencia de la dictadura del proletariado, que es la necesidad absoluta de su hegemonía en el período de transición al socialismo, con las distintas formas que esta hegemonía puede asumir (soviets, ejército rebelde transformado en gobierno, democracia popular o vía pluralista, democrática y libertaria) según las condiciones históricas concretas.

El PC se distancia de este discurso y concepciones de Allende en lo concerniente a sus implicaciones sobre la “teoría de la transición al socialismo”, donde seguía aferrado a la necesidad de la dictadura del proletariado, lo mismo que ocurría con la parte mayoritaria del PS. Pero en la práctica los tres años del gobierno Allende no fueron de ninguna manera la expresión de una dictadura del proletariado, porque las características más propias de un Estado burgués nunca fueron sustituidas.

El segundo acontecimiento fue la revolución de los claveles en Portugal, con un fuerte protagonismo de un PC que no se adscribía al eurocomunismo y no había renunciado a la dictadura del proletariado. Pero en este caso también, la derrota de la experiencia en 1975 impidió comprobar si el término era una simple definición teórica o tenía consecuencias prácticas.

La revolución pasó por tres etapas diferentes, condicionadas por la resolución de dos problemas fundamentales: dar una salida al problema colonial, origen y motor inicial de la revolución; y definir el régimen político que debía sustituir a la dictadura. En la primera etapa, entre el 25 de abril y el 30 de septiembre de 1974, se desarrolla el pulso entre el general Spínola, que ocupa la presidencia de la República, y el MFA en torno a la manera de resolver la cuestión colonial, y acaba con la dimisión de Spínola tras el fracaso por reducir al MFA por la fuerza. La segunda

¹³⁶ Allende, Salvador, La "vía chilena al socialismo". Discurso ante el Congreso de la República 21 de mayo de 1971, pág. 3, <http://www.marxists.org/espanol/allende/21-5-71.htm>, (27 Agosto 2003)

¹³⁷ Ramos, Sergio, Chile, ¿una economía de transición?, en Cristián Pérez, La izquierda chilena vista por la izquierda, op. cit., págs. 397-402

etapa se desarrolla entre el 30 de septiembre de 1974 y el fracaso del intento de golpe militar de los spinolistas y la extrema derecha el 11 de marzo de 1975. A pesar de su victoria, el MFA se divide en tres fracciones: los moderados, políticamente situados a la izquierda del Partido Socialista, pero alejados del PCP, que defendían el pluralismo de la revolución; la fracción gonalvista partidaria de una mayor radicalización y rapidez en la revolución que se alió estrechamente con el PCP; la tercera corriente se articulaba en torno al comandante Saraiva de Carvalho y se inclinaba por un socialismo no burocrático apoyado en un sistema consejista, inclinando sus simpatías hacia los grupos a la izquierda del PCP. En la tercera etapa, entre el 11 de marzo y el 25 de noviembre de 1975, se produce la resolución definitiva del contencioso en torno al tipo de sistema social del que se dotaría Portugal, la tensión subiría rápidamente de nivel hasta que el choque militar de finales de noviembre da la victoria definitiva a los moderados.

El Partido Comunista Portugués era la fuerza hegemónica en el movimiento obrero organizado después de ser la principal fuerza antifascista durante 48 años. Fue un partido que permaneció incondicionalmente fiel a la Unión Soviética, apoyando, por ejemplo, la invasión de Checoslovaquia. La base de su política se basaba en pasar por la etapa de la revolución democrática y nacional para llegar al socialismo. A partir del 25 de abril de 1974, el PCP se pegó al MFA, en concreto a la fracción gonalvista, siendo el partido que más se benefició de esta alianza con los militares, alianza que todos los partidos políticos practicaron. La política seguida por el PCP fue la de impulsar el frentismo e intentar hegemonizar las fuerzas. El rápido auge del PCP y el control que empieza a ejercer sobre las estructuras políticas del Estado es contestado por los sectores moderados y la derecha, que encuentran en el PS el instrumento más adecuado para la contraofensiva, especialmente después de su victoria en las elecciones de abril de 1975. En dicho mes las elecciones para la Asamblea Constituyente son ganadas por el Partido Socialista y a partir de ahí los socialistas encabezan una ofensiva, apoyándose en el conjunto de los sectores refractarios a la revolución, para desarticular el MFA y encauzar aquélla hacia los modelos de regímenes políticos vigentes en la Europa occidental.

La profunda convulsión de este periodo concluye con la victoria de los moderados tras el choque militar del 25 de noviembre, lo que permitió a las fuerzas militares lanzarse no sólo contra el partido comunista, sino también contra el conjunto del movimiento popular, iniciándose en esa fecha la recuperación del aparato estatal por la burguesía

Para Anderson¹³⁸, en la revolución portuguesa se concertaron las condiciones más favorables para una revolución socialista en Europa desde la revolución rusa, y el PCP fracasó en su

138 Anderson, Perry, *Tras las huellas del materialismo histórico*, op. cit., pág. 97

intento de seguir la misma estrategia de los comunistas checoslovacos en 1948, e igual destino tuvieron los grupos a su izquierda que apoyaron el amplio movimiento consejista que se desarrolló en esa época convulsa. Esta estrategia de un PC que se mantenía dentro de las coordenadas más ortodoxas del movimiento comunista previsiblemente hubiera desembocado, de haberse hecho con el poder, en un régimen similar a las democracias populares del este de Europa. Esta orientación del PCP hizo que dos dirigentes de los principales partidos eurocomunistas del momento, Carrillo y Berlinguer se distanciasen de la política de los comunistas portugueses.

Pero la resolución en clave burguesa del pulso por el destino de la revolución portuguesa impidió saber realmente que vía de transición al socialismo hubiese puesto en práctica el PCP. El PCP mantenía una fuerte vinculación con la Unión Soviética y su modelo, no buscando distanciarse del mismo como hicieron los eurocomunistas; además su política de apoyarse en el MFA para avanzar en la revolución y el rechazo al veredicto de las urnas en las situaciones revolucionarias le inclinaban por soluciones socialistas similares a las existentes en el socialismo real. El abandono que realizó del término dictadura del proletariado en su VII Congreso de octubre de 1974 parecía más un elemento propagandístico dentro de su estrategia frentista que un cambio en la vía socialista a seguir. De la misma manera que el Partido Socialista se arrojó con un lenguaje revolucionario y autogestionario para servir a los propósitos de la burguesía.

Finalmente, el tercero de los acontecimientos fue la victoria insurreccional de los sandinistas contra la dictadura de Somoza en 1979. Para conseguir dicha victoria, el FSLN había concluido una alianza amplia con los sectores sociales y políticos antisomozistas, donde los sandinistas tenían una amplia hegemonía. Para concluir esta alianza el FSLN se había comprometido a instaurar al derrocamiento de la dictadura, el pluralismo político, una economía mixta y una política exterior basada en la no alineación. Por otra parte, la etapa insurreccional había dejado muy debilitada la economía, lo que también contribuyó a la elección de una vía lenta al socialismo, un objetivo planteado a largo plazo. Esta era una estrategia compartida por las tres tendencias que conformaban el FSLN. Después de la victoria, los sandinistas se dotaron de una amplia base de organizaciones de masas, dominaron la mayoría de los medios de comunicación y conformaron en gran parte el nuevo Estado de acuerdo a sus concepciones políticas, pero mantuvieron el pluralismo político, un régimen representativo y una economía mixta y, en 1984, el FSLN ganó las elecciones presidenciales y legislativas. El proceso fue contradictorio dado el objetivo a largo plazo, la existencia de distintas concepciones entre los sectores revolucionarios y la delicada situación económica y geoestratégica, “en la práctica, el proceso de formación del nuevo Estado en Nicaragua se dio en medio de una tensión permanente entre las tendencias a instituir y reproducir prácticas que condujeran al Estado y a la vanguardia en el gobierno a

consolidar un sobre-poder fuera del control popular, lo que daría como resultado un régimen estatista, poderosamente burocratizado y autoritario, y quienes luchaban por oponerse a cuanto significara separación de las bases populares y aumentar un sobre-poder. En la primera de las posiciones figuraban los sectores más formalmente marxistas como Tomás Borge y Bayardo Arce, en la segunda estarían sectores procedentes del cristianismo de base con una vocación comunitarista”¹³⁹.

La conclusión desde el trotskismo sobre la revolución nicaraguense fue que “Los sandinistas que destruyeron el viejo Estado, ni un Estado obrero deformado construyeron. No llevaron al final la nacionalización de toda la economía. Acabaron en un Estado híbrido.”¹⁴⁰ Y en el mismo sentido se expresa otro intelectual de la izquierda latinoamericana, “A diferencia de lo ocurrido en la URSS, Yugoslavia, China o Cuba, el FSLN gestionó al país durante una etapa de varios años, sin producir la ruptura anticapitalista.”¹⁴¹.

Finalmente, como es conocido, el FSLN fue derrotado electoralmente en febrero de 1990 en medio de una agresiva guerra norteamericana en su contra, una gran cantidad de errores en la conducción del proceso y un contexto internacional desfavorable

Es decir, en ninguno de los tres casos fue puesta en práctica una transición basada en la dictadura del proletariado, tal como teórica e históricamente había sido concebida por el marxismo. En estos casos no se había producido una renuncia expresa al término por parte de las organizaciones marxistas protagonistas, pero tampoco se puso en práctica, en Portugal, porque el PCP no llegó a ocupar el poder y en Chile o Nicaragua porque una vez obtenido el poder su gestión se realizó por una vía diferente.

Desde luego este alejamiento de la práctica ortodoxa revolucionaria preconizada por el marxismo de utilizar una posición de poder para destruir el viejo aparato de Estado burgués e iniciar la construcción de un nuevo aparato de Estado obrero, es decir implementar la dictadura del proletariado, puede ser alegado, desde la ortodoxia, como el defecto que llevó a la derrota de ambas experiencias. Pero como todo en una elucubración teórica, también cabe pensar que la adopción de este camino hubiera llevado a una más temprana reacción del imperialismo y la contrarrevolución nacional en su contra. Pero no son los ejercicios contrafactuales lo que nos interesa, sino la validez práctica del término dictadura del proletariado en las experiencias revolucionarias pocos años antes de la debacle definitiva del socialismo real.

139 Perales, losu, Los buenos años. Nicaragua en la memoria, Rebelión, pág. 50

140 Grant, Ted, Rusia. De la revolución a la contrarrevolución, Cuadrenos Caum, pág. 97

141 Katz, Claudio, Las encrucijadas del nacionalismo radical, Rebelión, 21-11-2007 pág.8

Dos momentos claves en la discusión sobre la importancia de la dictadura del proletariado en la teoría marxista.

Al margen de la actualidad o no del término, en cuanto a su aplicación en experiencias revolucionarias reales, la polémica por su abandono por parte de los más importantes PPCC que actuaban en países capitalistas, provocó entre algunos intelectuales marxistas un debate sobre la importancia del lugar ocupado por la dictadura del proletariado en el pensamiento de Marx. ¿Era una parte fundamental en su teoría?

Antes de 1848, Marx y Engels no habían resuelto el problema del nuevo Estado que debía de sustituir al burgués, hablaban del proletariado organizado como clase dominante. Es solo tras la experiencia de la revolución de 1848 que se va abriendo paso la idea de la destrucción del Estado burgués y la dictadura del proletariado, que es evocada ya en 1950. Su primera referencia tiene lugar en *Las luchas de clases en Francia*. Y, justamente, Claudín hace una precisión importante sobre la característica de este concepto: “los conceptos de dictadura del proletariado y revolución permanente aparecen por primera vez en los escritos de Marx coincidiendo con el momento de su máxima aproximación al blanquismo (...) Los teóricos de la interpretación reformista del marxismo han utilizado estos hechos para respaldar su tesis de que la postulación de la dictadura del proletariado y de la revolución permanente, así como de la insurrección y de otras formas de violencia revolucionaria, representaban un injerto blanquista en la doctrina de Marx, incompatible con la científicidad que pretende.

Es evidente la influencia del modelo de 1793 en la teoría política de Marx, pero ello no justifica, de por sí, identificar el contenido que ponía en determinadas nociones al que le daban los blanquistas. (...)

Marx no reivindica como aportación suya a la teoría revolucionaria la fórmula de la dictadura del proletariado (...) la dictadura del proletariado, en el concepto de Marx, no es solo cuestión de “voluntad”, sino, ante todo, el producto *necesario* de un proceso objetivo de lucha de clases, en el cual la voluntad revolucionaria es uno de los factores, junto con la voluntad contrarrevolucionaria, las estructuras económicas y mil otros factores. Marx no ha dicho nada más sobre este concepto, después de su carta a Weydemeyer, hasta que “el producto necesario” tuvo una primera materialización en la Comuna de París. Sus comentarios de entonces muestran

que para él dictadura del proletariado y democracia efectiva son dos aspectos de la misma realidad politico-social.”¹⁴²

Justamente la importancia concedida a la fórmula de Marx de la dictadura del proletariado va a dividir claramente a la corriente reformista de la II Internacional - que terminará con el tiempo por renunciar al marxismo - de la corriente leninista, en cuyos presupuestos se apoyarán una gran variedad de organizaciones, y durante un largo tiempo, después del triunfo bolchevique. Los textos de la polémica que decantan la importancia de esta fórmula son *La dictadura del proletariado* de Kautsky y la *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* de Lenin de 1918. En tanto que para el dirigente alemán, este término es empleado por Marx de manera ocasional, sin representar un elemento fundamental en su pensamiento, para Lenin la dictadura del proletariado es empleada por Marx y Engels, a partir de 1952, durante 40 años y representa el “enunciado históricamente más concreto y científicamente más exacto de la misión del proletariado consistente en "destruir" la máquina estatal burguesa”, es decir, es un elemento esencial en su pensamiento.

Después de este enfrentamiento y de la clara división del movimiento obrero socialista en un sector socialdemócrata alejándose del marxismo, y un sector comunista, la polémica volvería a repetirse en el seno de este último sector, en los años 70, deslindándose los campos ahora entre el eurocomunismo y el resto de las tendencias marxistas.

El origen del nuevo replanteamiento por el eurocomunismo estaba en dos causas relacionadas. La primera de ellas es común a la problemática de la socialdemocracia europea a principios del siglo XX, una revalorización de las instituciones democráticas occidentales y una reflexión sobre las vías para alcanzar el socialismo sin tener que sacrificarlas en el camino. La segunda de las causas era la plasmación práctica que la dictadura del proletariado había tenido en el socialismo real, llegando a producir un Estado de carácter totalitario en un determinado momento. La posición del eurocomunismo en su nueva posición partía de la concepción de la democracia no como una creación histórica de la burguesía sino de las fuerzas populares progresistas de las revoluciones, siendo, por tanto, anterior a la burguesía, lo mismo que al Estado y al socialismo. Aceptado esto, la cuestión es determinar si es posible transformar la sociedad y el Estado sin alterar las reglas democráticas. Si hasta este momento su discurso podría ser, en grandes líneas, refrendado por cualquier partido socialista, a partir de aquí introduce la diferencia con éstos al justificar que la dictadura del proletariado fue necesaria en el pasado, cuando el proletariado era una minoría en la población. El eurocomunismo justifica la experiencia de la revolución rusa, su necesidad y los métodos que utilizaron, al tiempo que

142 Claudín, Fernando, Marx, Engels y la revolución de 1848, págs. 312-13

rechaza las críticas que hiciera Kautsky de ella, como una justificación de la traición de la socialdemocracia. El abandono de la dictadura del proletariado se basa en que si ésta y la violencia fueron necesarias en el pasado, no lo son en el presente, cuando los trabajadores constituyen la mayoría de la sociedad y a ellos se le añaden las fuerzas de la cultura.

El abandono del término dictadura del proletariado por los partidos eurocomunistas fue considerado por las organizaciones marxistas a su izquierda como un aspecto formal que venía a consagrar en los programas lo que de hecho era ya una práctica habitual en aquellos partidos desde hacía mucho tiempo, práctica que critican de revisionista o socialdemócrata. Que el momento elegido para su renuncia haya sido 1976 se debe a la coyuntura electoral en la que se sitúan los partidos eurocomunistas, especialmente el PCF con el Programa de la Unión de Izquierdas, en la cual este abandono tiene como objetivo conseguir mayores cotas de credibilidad social.

Destaca entre las críticas realizadas al abandono de este concepto la realizada por Fernández Buey¹⁴³ con ocasión de la celebración del IV Congreso del PSUC, en el cual se produce el abandono oficial de la dictadura del proletariado por este partido. Su objeto es desmontar las justificaciones esgrimidas por los partidarios de la renuncia, y a este respecto divide los cinco principales argumentos en dos bloques diferentes.

En el primer bloque se encuentran los que hacen referencia a la oposición entre el término dictadura y la democracia amplia y profunda que los partidos comunistas pretenden alcanzar; al hecho de que la expresión dictadura del proletariado no expresa la realidad social del bloque revolucionario que asume la tarea de pasar al socialismo; y que incluso el término proletariado se hace restrictivo para referirse al conjunto de los trabajadores asalariados. Este bloque de argumentos es criticado basándose, por una parte, en que quienes los emplean se han alejado del verdadero significado de las nociones marxistas de democracia y dictadura; y por otra parte, indica que puede emplearse otro tipo de definición de dictadura, como ya hiciera Lenin, para expresar la naturaleza de las alianzas actuales necesarias para alcanzar el socialismo.

Pero es el segundo bloque de argumentos el más importante por su peso en el debate: en él se encuentra el cambio de sentido que el término dictadura ha adquirido a partir de las experiencias fascistas europeas, así como la asimilación que se ha terminado produciendo entre dictadura del proletariado y los regímenes concretos de los países del socialismo realmente existente. Reconoce el autor que la palabra dictadura no ha despertado jamás entusiasmos, pero que si los trabajadores se movilizaron bajo la consigna de la dictadura del proletariado fue por entender

143 Francisco Fernández Buey, Sobre algunos problemas del proyecto de programa del PSUC, Materiales, Nº 7, Enero-febrero de 1978

que encerraba una alternativa de sociedad libre e igualitaria frente a la explotación del capitalismo. Sin embargo, reconoce que actualmente se ha perdido esa ilusión por la identificación producida con las instituciones del socialismo real. Con lo cual viene a reconocer que el problema central de la dictadura del proletariado gravita en torno a la naturaleza de dichas sociedades. No obstante, acusa a los partidos eurocomunistas de aceptar acríticamente la naturaleza dictatorial del socialismo real a la vez que niegan ese mismo carácter dictatorial al poder de la clase burguesa en las democracias occidentales, con el resultado de una concepción ideal de democracia fruto del pensamiento liberal.

En cualquier caso, lo cierto es que los eurocomunistas abandonaron el empleo de este término, sustituyéndolo por el empleo de otro que no contuviese las connotaciones negativas del término dictadura y que se adaptase mejor a la estrategia y finalidad que pretendía el eurocomunismo, el de hegemonía democrática de las fuerzas del trabajo y la cultura.

Tras la debacle del socialismo real y sus consecuencias, también algunas corrientes del trotskismo, como la LCR, abandonaron este concepto y, como apuntamos anteriormente, en las rebeliones o revoluciones anti-neoliberales que tuvieron lugar en América Latina ni los partidos marxistas tuvieron una influencia importante, ni el sujeto que las impulsó era la clase obrera, que actuaba como un sector más en dichas rebeliones.

Alternativas para sustituir el concepto de dictadura del proletariado.

Es inevitable comenzar por mencionar la alternativa que supuso la socialdemocracia clásica, la anterior al desastre que conoció con la primera guerra mundial. Se trataba de una vía democrática al socialismo que concebía el Estado liberal-democrático como una maquinaria susceptible de ser utilizada para alcanzar el socialismo sin necesidad de destruirla. Y desde este punto de vista es coherente su rechazo a la dictadura del proletariado que los bolcheviques levantaron tras el triunfo de la revolución en Rusia. Para evitar la connotación negativa del término dictadura, Kautsky, su principal dirigente y teórico, prefiere hablar de dominio del proletariado basado en cuatro presupuestos fundamentales: 1) preservación de la democracia política, 2) utilización del parlamento para construir el socialismo, 3) mantenimiento del consenso popular en el avance al socialismo verificado periódicamente a través de las elecciones y 4) utilización de la violencia solo en los casos de defensa contra los intentos reaccionarios.

El segundo gran intento de diseñar una alternativa a la estrategia de la dictadura del proletariado, y esta vez a partir de partidos que habían aceptado largo tiempo esta fórmula en su

interpretación leninista, es la del eurocomunismo. La fórmula que se utilizará en los textos de unos de estos partidos, el PCE, será el de hegemonía democrática de las fuerzas del trabajo y la cultura y de bloque social de progreso. Con ella se propusieron para reemplazar la fórmula de dictadura del proletariado.

La nueva concepción de la marcha hacia el socialismo es concebida como un desarrollo y profundización de la democracia en todos los terrenos, gracias a la posibilidad actual de ganar a la mayoría para el socialismo. Por otra parte, el avance hacia el socialismo se hará a través de la vía parlamentaria, fundamental pero no exclusivamente. El eurocomunismo siguió manteniendo la necesidad de combinar la lucha parlamentaria con la movilización de las masas y su participación a través de fórmulas de democracia directa. En la concepción clásica, se concibe que en la etapa de transición al socialismo, la dictadura del proletariado, son necesarias alianzas con otras clases o capas sociales, fundamentalmente con el campesinado, pero para que esta etapa conduzca al comunismo, el proletariado, y por tanto su partido, no puede renunciar a su papel hegemónico, dirigente, en dicha alianza. Esta concepción supone la supresión de cualquier organización política o social no controlada por el partido comunista o, en caso de aceptarse la existencia de otros partidos políticos, que éstos estén absolutamente subordinados al comunista. Sin embargo, el eurocomunismo llegó a un reconocimiento de la necesidad del pluralismo.

Tal como lo expone uno de los autores que intervinieron en los intentos de definición del eurocomunismo, la dictadura del proletariado era sustituida por la consecución del consenso. “las condiciones necesarias para que la transición al socialismo no desemboque ni en una contrarrevolución fascista ni en una dictadura de corte staliniano (...): reformas socioeconómicas graduales, respeto de las libertades públicas y de la ley de las mayorías, transformaciones paralelas de las relaciones socioeconómicas y de los aparatos del Estado, equilibrio entre los cambios emprendidos y la hegemonía de nuevos valores culturales, etc. Es decir, la realización del proceso revolucionario de forma tal que cuente con un amplio *Consenso*”¹⁴⁴

Pero, el eurocomunismo no terminó de resolver los graves dilemas a los que se enfrentaba. Pretendía desprenderse de una práctica y de unos conceptos inadecuados para las condiciones políticas en las que debían trabajar; en ese sentido se adelantaron unos pocos años a la debacle del socialismo real, aunque ello no les evitó sufrir sus consecuencias; pero, en ausencia de una práctica de poder real, de un ensayo de transformación según la vía elegida, su proyecto no resolvió los dilemas a los que se enfrentaba: “el rechazo del asalto al poder no ha llevado aún a

144 Jordi Borja, La izquierda en la democracia, pág. 207

los partidos comunistas de la Europa del sur a la resolución teórica de la transformación del Estado, y por lo tanto tampoco a su plasmación en una práctica política definitivamente coherente; quiere esto decir que el eurocomunismo puede encontrarse en la misma situación que la socialdemocracia, fundamentalmente caracterizada por su incapacidad histórica para resolver el problema de la transformación social”¹⁴⁵

En ambos casos, la decantación por una vía democrática, pacífica, al socialismo plantea la necesidad de definir la naturaleza del Estado, pues de lo contrario la incoherencia se haría insostenible. La socialdemocracia plantea que el Estado no es necesariamente un instrumento de las clases poseedoras, que su transformación se ha debido a la existencia del capitalismo industrial y a la lucha de clases. La maquinaria centralizada y burocrática que es el Estado moderno puede ser conquistada democráticamente por el proletariado, despojando así a la burguesía su capacidad de instrumentarle a su servicio. El eurocomunismo, por su parte, sostiene en este tema un discurso muy parecido al de la socialdemocracia; abandona también la idea marxista del Estado como un instrumento de las clases dominantes para mantener su poder sobre las clases dominadas, y pasa a considerarlo como una estructura compleja, atravesada por los diversos intereses sociales en juego, con autonomía relativa respecto a las clases sociales, y susceptible de ser transformado desde dentro a través del juego democrático parlamentario combinado con las luchas sociales.

La experiencia chilena de la UP fue contemporánea con la del eurocomunismo, con la diferencia fundamental de que esta vía peculiar al socialismo fue un ensayo práctico que se puso a prueba tras victoria electoral de Salvador Allende en 1970. Pero se trata de una experiencia contradictoria y de difícil discusión por la razón fundamental de que no era la estrategia sostenida por todos los partidos que conformaban la UP, siendo el PS, el partido del propio presidente, opuesto mayoritariamente a esta vía; y el partido que más se acercaba a ella, por su pragmatismo, el PC, no tenía entre sus objetivos renunciar a una seña de identidad como la dictadura del proletariado. El sector más convencido de esta vía era la parte del PS que apoyaba a Allende. En consecuencia, la puesta su práctica durante los tres años de gobierno de la UP fue una fuente continua de conflictos en el interior de esa alianza. Por tanto es difícil dilucidar si las disfunciones y problemas que encontraron durante esos tres años eran debidos a la inviabilidad de esa vía o a que las tensiones y contradicciones en el seno de la UP la restaban eficacia, y entonces el problema no era la vía en sí, sino la alianza heterogénea. Un problema también interesante, pero diferente.

145 Máximo Loizu, “Estudio introductorio”, contenido en la obra: Las nuevas vías al socialismo, Avance, Barcelona, 1977, pág. 21

Como el objetivo que se persigue es el de analizar las distintas alternativas surgidas al concepto de dictadura del proletariado y no la de la trayectoria del gobierno Allende, vamos a centrarnos en quienes mejor intentaron definir esta vía, que habíamos definido como peculiar porque distintos autores llegan a denominarla de tres maneras diferentes, vía chilena al socialismo, vía pacífica al socialismo y vía político-institucional al socialismo, y no de manera caprichosa, sino porque se pone el énfasis en distintos aspectos.

La concepción que sostenía de la vía político-institucional ese sector minoritario de la UP al que pertenecía Allende, es expuesto claramente por el propio Presidente en su Mensaje Anual al Congreso Nacional pronunciado el 21 de mayo de 1971¹⁴⁶ al desgranar los cinco puntos principales que conformaban dicha vía: El primero de ellos es el principio de legalidad que, a la vez que promete respetar, expresa su confianza en que sea capaz de permitir los cambios necesarios que van a suponer la implementación del proyecto que defiende: “Nuestro sistema legal debe ser modificado. De ahí la gran responsabilidad de las Cámaras en la hora presente: contribuir a que no se bloquee la transformación de nuestro sistema jurídico.” El segundo se refiere a la institucionalidad, Salvador Allende expresa que Chile tiene un sistema institucional flexible que puede adaptarse al nuevo objetivo de transferir a los trabajadores y al pueblo el poder político y económico, dejando bien claro que: “el principio de legalidad y el orden institucional son consubstanciales a un régimen socialista” El tercero, es el reconocimiento del valor de las libertades políticas: “las libertades políticas son una conquista del pueblo en el penoso camino por su emancipación. Son parte de lo que hay de positivo en el período histórico que dejamos atrás.” Y la promesa de que el gobierno de la UP reconocerá dichas libertades políticas y ajustará su actuación dentro de los límites institucionales. El cuarto punto expresa la aspiración del pueblo chileno a avanzar al socialismo sin recurrir a la violencia o a formas autoritarias de gobierno, pero advirtiendo, a la vez, que si se ejerciese la violencia contra el normal desarrollo político, entonces, “el combate por la emancipación social” se vería obligado a adoptar manifestaciones diferentes de las expresadas por la vía chilena al socialismo. Por último, se refiere al núcleo de esta vía, la socialización de los medios de producción, que reconoce que será un proceso largo y sin atajos, porque: “No es posible destruir una estructura social y económica, una institución social preexistente, sin antes haber desarrollado mínimamente la de reemplazo.”

En opinión de Frank Gaudichaud el contenido de la vía chilena al socialismo se expresó en cuatro tesis esenciales:

146 Allende, Salvador, La "vía chilena al socialismo". Discurso ante el Congreso de la República 21 de mayo de 1971, pág. 3, <http://www.marxists.org/espanol/allende/21-5-71.htm>, (27 Agosto 2003)

“1) Tesis de la ‘revolución por etapas’ y de la vía institucional y pacífica al socialismo 2) Tesis del respeto del Estado burgués de su constitucionalidad y de la posibilidad de la transición al socialismo dentro de esas normas legales (la ‘flexibilidad institucional’) 3) Tesis de la Constitucionalidad de la Fuerzas Armadas como ‘especificidad chilena’ 4) Tesis de la alianza de clases con la pequeña burguesía y las llamadas ‘burguesías nacionales’ ”¹⁴⁷

Una autora de gran influencia entre las organizaciones de la izquierda, especialmente en América Latina, como es Marta Harnecker¹⁴⁸, también ha puesto en causa este término, señalando que, pese a que la izquierda de tradición marxista-leninista ha subvalorado la democracia, la lucha por la democracia es inseparable de la lucha por el socialismo; que el socialismo no puede prescindir de un sistema de representación ciudadana, junto al cual la democracia directa, la revocabilidad o la limitación de los mandatos serían complementos enriquecedores para alcanzar una democracia realmente representativa y sustancial. A partir de estos planteamientos se declara partidaria de abandonar el término dictadura del proletariado al nivel del discurso político. Ahora bien, como esto no resuelve el problema de la naturaleza del Estado a nivel teórico, su propuesta es, entonces, hablar de Estado con hegemonía burguesa y de Estado con hegemonía popular; de esta manera, además de prescindir del término dictadura, se señala un sujeto revolucionario más amplio que el proletariado. La utilización del término hegemonía, popularizado en el marxismo especialmente a partir de la obra de Gramsci, remite a otra discusión profunda en el seno del marxismo de la cual no podemos ocuparnos aquí.

Como conclusión de este tema podríamos señalar lo siguiente. El término es una piedra angular del marxismo como teoría y guía de la revolución socialista. Se apoya en una interpretación instrumentalista del Estado – aunque algunos autores posteriores la hayan matizado – como elemento de dominación de una clase sobre el resto de la sociedad, que lleva a la conclusión de que en la sociedad sin clases que se persigue, el comunismo, el Estado se extinguirá. Pero en el período de transición, que inevitablemente debe suceder entre la sociedad capitalista y comunista, es necesario que el proletariado se dote de un Estado propio y de naturaleza diferente, al que denomina dictadura del proletariado para contraponerlo a la dictadura que ejerce la burguesía con su dominación, aunque un concreto régimen político burgués sea una democracia. Su significado y contenido no fue definido, para evitar caer en el utopismo, hasta que una experiencia efímera como la Comuna de París, sirvió de modelo.

147 Gaudichaud, Frank, *Pensar las alternativas y el socialismo en la América Latina del siglo XXI*, pág 6, <http://www.rebelion.org/izquierda/040218gaudichaud.pdf>, (18 febrero 2004)

148 Harnecker, Marta, *Reconstruyendo la izquierda, Siglo XXI, México, 2008*, págs. 120-6

Cuando se produjo la primera oportunidad de ponerlo en práctica, con la revolución rusa, los regímenes liberales capitalistas estaban apenas superando el modelo de representación censitaria y restringida que era el habitual en esa época. La mayoría de la población, en casi todos los regímenes liberales del momento, estaba excluida de la participación política, y el término dictadura de la burguesía tenía una evidencia práctica. Pero a partir de esos momentos, y una vez superado el peligro fascista con la segunda guerra mundial, la realidad fue invirtiendo la aplicación de estos términos. Los regímenes liberales de los países capitalistas fueron dotándose de democracias más inclusivas tanto en números de ciudadanos como en derechos reconocidos, y los países donde se implantó la dictadura del proletariado llegaron a alcanzar cotas de totalitarismo.

Salvo los sectores marxistas más dogmatizados, la izquierda marxista, comenzó a plantearse que no quería renunciar a algunos de los desarrollos políticos alcanzados en las democracias liberales, porque eran derechos y libertades logrados mediante las luchas populares, y que rechazaban el modelo que se había establecido en los países del socialismo real. El corolario fue el rechazo a la dictadura del proletariado. Pero con ello solo cambiaron el problema de lugar, no le resolvieron, porque no se ha consumado ninguna experiencia de transición al socialismo diferente del modelo que ofreció la revolución rusa.

Navegando con poca luz.

La primera parte de esta obra estuvo centrada en el análisis de algunas de las principales luchas que se desarrollaron a lo largo de la historia en el seno de sociedades escindidas entre una minoría dominante y una mayoría dominada. Bien fuesen esclavos, plebe, siervos, campesinos o artesanos los que se levantaron, nunca consiguieron en sus luchas abolir la sociedad contra la que lucharon y levantar un proyecto de sociedad diferente acorde con un proyecto propio. Solamente la burguesía alcanzó este objetivo, y no fue por tanto la regla, sino la excepción.

Este análisis de partida es importante porque, de un lado, sitúa las luchas del proletariado en el seno del capitalismo en una perspectiva histórica donde aparecen como un episodio más de una larga cadena de luchas incesantes por parte de las mayorías dominadas a lo largo de la historia. En este sentido, su lucha no tiene ningún carácter especial. Tampoco lo tiene el objetivo planteado de alcanzar una sociedad igualitarista, porque, como vimos, en otros momentos también se planteó dicho fin. Tampoco ha sido especial su lucha por los resultados obtenidos. Recordemos que estas luchas, incluso las más heroicas, nunca terminaron desembocando en la derrota del capitalismo y la edificación de una nueva sociedad. Más bien lo que ocurrió fue que unas eficaces organizaciones marxistas aprovechando las posibilidades que les ofrecían unas determinadas circunstancias históricas derrotaron a las clases dominantes y sus Estados en países no desarrollados y con amplia base social campesina.

Fue, pues, un poderoso paradigma teórico, el de Marx y Engels, reforzado por una potente teoría organizativa, la de Lenin, lo que consiguió acabar con regímenes semi-feudales o de capitalismo atrasado para intentar poner en práctica la sociedad comunista. Aunque inicialmente pensada como teoría-guía de la acción revolucionaria del proletariado por haber sido elaborada en Europa y en el siglo XIX, en realidad sirvió, a través de la dirección de los partidos comunistas y apoyándose en el campesinado, primero para tomar el Estado, y, después, utilizando la nueva estructura estatal, para ensayar una sociedad comunista. El problema se centró entonces en el intento de compaginar una práctica contradictoria con la teoría. En los países del socialismo real la solución al problema fue una dogmatización de la teoría para hacerla servir al propósito de expediente justificativo de la práctica real. En los países capitalistas, la teoría declinó en su faceta política y estratégica al no encontrar movimientos revolucionarios a los que vincularse.

La situación en que desembocó este desarrollo problemático, una vez desaparecido el “campo socialista”, es doblemente preocupante para todo proyecto de superación del capitalismo. De un lado, el proletariado hace décadas que dejó de actuar como el sujeto revolucionario que le asignó el marxismo, papel que realmente jugó durante un cierto tiempo y en algunos países. De

otro lado, el marxismo salió debilitado debido a una serie de factores que se fueron acumulando, y entre los que se pueden citar, su dogmatización en los países del socialismo real y su difusión como tal en el resto del mundo durante décadas; el declive de su producción política y estratégica en los países capitalistas debido a la ausencia de movimientos revolucionarios de masas a los que vincularse en la práctica; o las contradicciones y desmentidos de algunos de sus presupuestos claves que fueron puestos en evidencia durante el siglo y medio transcurrido desde las primeras obras de Marx hasta la actualidad.

Entonces, ¿se acabaron las luchas y rebeliones contra el capitalismo? En absoluto, como lo han demostrado los acontecimientos sucedidos después de 1989. No es solo que el capitalismo continúe siendo un modo de dominación sustentado en flagrantes desigualdades e injusticias contra las que seguirán rebelándose los dominados, sino que dichas desigualdades e injusticias se han profundizado después del derrumbe del socialismo real.

Pero el marxismo ha desaparecido como programa o guía orientadora de las principales luchas que han tenido lugar después de 1989. Por ejemplo, cuando la revolución bolivariana popularizó la consigna del socialismo del siglo XXI, su ambigüedad solo alcanzaba a afirmar lo que rechazaba, el proletariado como sujeto principal a cuya hegemonía se plegaban el resto de los sectores sociales, el modelo de partido vanguardia de profesionales como instrumento para alcanzar los fines, la revolución violenta como estrategia, y el modelo de sociedad antidemocrática y burocratizada del socialismo real

No es que no haya marxistas entre los elementos que han llevado a cabo esas luchas, pero han sido otras concepciones y fuerzas las que han marcado su impronta en general. Y donde aún conservaban fuerzas para encabezar las rebeliones, como en Nepal, volvían a encontrarse con el mismo problema que había arruinado las experiencias anteriores, ¿una revolución aislada en un país agrario?

Entonces, el problema más importante que afrontan las fuerzas que a principios del siglo XXI luchan por alcanzar el socialismo es de dotarse de un pensamiento que sirva de análisis y guía de acción para dicha tarea a partir del único pensamiento que ha tenido una producción intelectual importante en este sentido, el marxismo, pero depurándole de sus concepciones erróneas u obsoletas; enfrentándose a los problemas más complejos, y las soluciones más complejas, que plantean la actual sociedad; integrando otros tipos de pensamientos críticos que han ido surgiendo como el ecologismo, el feminismo, etc.; y haciendo un balance crítico de las experiencias de más de siglo y medio de luchas anticapitalistas y de experiencias fallidas. Sin ello, continuarán las luchas contra las crecientes injusticias y problemas del capitalismo, como ocurrió en otras sociedades históricas y en otros momentos históricos de la actual, pero no será

posible alcanzar el socialismo en el sentido más amplio de sociedad no escinda entre explotados y explotadores, entre dominados y dominadores.

Bibliografía

Albertani, Claudio, *Las trampas de Imperio. Antonio Negri y la extraña trayectoria del obrerismo italiano*

Albiac, Gabriel, *El debate sobre la dictadura del proletariado en el PCF*, Madrid, Ed. De la Torre, 1976,

Allende, Salvador, *La vía chilena al socialismo*, <http://www.marxists.org/espanol/allende/21-5-71.htm>, (27 Agosto 2003)

Altamirano, Carlos, *Dialéctica de una derrota*, <http://www.salvador-allende.cl>

Amin, Samir, *Pobreza mundial, pauperización y acumulación de capital*, Rebelión, 26/02/2010,

Anderson, Perry, *El Estado absolutista*, Siglo XXI, 1999,

Anderson, Perry, *La noción de revolución burguesa en Marx*, www.revoltglobal.net

Anderson, Perry, *Tras las huellas del materialismo histórico*, México, Siglo XXI, 2004,

Anderson, Perry, *¿Existe una crisis del marxismo?*, Dialéctica, nº 9, 1980,

Anderson, Perry, *Desafíos para una alternativa socialista*, El Rodaballo. Nº1, 1994,

Anderson, Perry, *Apuntes sobre la coyuntura*

Andrade Blanco, Juan Antonio, *La revolución de los claveles y la transición: la izquierda ante el cambio político en Portugal y España*, Ayeres en discusión 2008

Arregui Koba, Edur, *La crisis socialista y sus ciclos largos*, Iztapalapa, Nº 28

Arrighi, Giovanni, *Siglo XX: siglo marxista, siglo americano: la formación y transformación del movimiento obrero mundial*

Austin, Michel, Vidal Naquet, Pierre, *Economía y sociedad en la antigua Grecia*, Barcelona, Paidós, 1986,

Balibar, Etienne, *Sobre la dictadura del proletariado*, Madrid, Siglo XXI, 1977,

- Benedicto Jorge, Morán Mari Luz, *Sociedad y política. Temas de sociología política*, Madrid, Alianza, 1995
- Bensussan, G., Labica, G., *Dictionnaire critique du marxisme*, PUF
- Bloch, León, *Luchas sociales en la antigua Roma*
- Bobbio, Norberto, *Ni con Marx, ni contra Marx*, México, FCE, 1999
- Bonnassie, Pierre, *Supervivencia y extinción del régimen esclavista en Occidente en la alta Edad Media*, Buenos Aires, Universidad Buenos Aires, 1989
- Bonnassie, Pierre, *Vocabulario básico de la historia medieval*, Barcelona, Crítica, 1988
- Borja, Jordi, *La izquierda en la democracia*
- Boron, Atilio, *La filosofía política moderna. De Hobbes a Marx*
- Boron, Atilio, *Estado, capitalismo y democracia en America Latina*, <http://www.clacso.org/wwwclacso/espanol/html/libros/estado/estado.html>
- Boron, Atilio, J. Amadeo, *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*, Buenos Aires, CLACSO, 2006
- Boron, Atilio, *Teoría política marxista o teoría marxista de la política*
- Braudel, Fernand, *La dinámica del capitalismo*, México, FCE, 2002
- Burawoy, Michael, *El marxismo como ciencia: desafíos históricos y desarrollo teórico*, American Sociological Review, Vol. 55, n° 6, pp. 775-793., dic.1990
- Carrasco, Antonio, *La historiografía marxista*, <http://blogs.ua.es/tendenciashistoriograficas/la-historiografia-marxista/>
- Castells, Enrique, Bermudo, JM, *Temática del marxismo*, Barcelona, Cinqs d'oros, 1979
- Chesneaux, Jean, *Movimientos Campesinos en China*, Madrid, Siglo XXI, 1978
- Chingo, Juan, Dunga, Gustavo, *Una polémica con "El largo siglo XX" de Giovanni Arrighi e "Imperio" de Toni Negri y Michael Hardt*, Estrategia internacional-17, 2001
- Claudín, Fernando, *Marx, Engels y la revolución de 1848*
- Coggiola, Osvaldo, *América Latina Siglo XXI ¿Una revolución en marcha?*

Corvalán Marquez, Luis, *Hacia una historia de los comunistas chilenos*, http://www.memoriachilena.cl/mchilena01/temas/documento_detalle.asp?id=MC0016914, (31 Marzo 2005)

De Carreras, Francesc, *En torno al marxismo occidental de hoy*, NH-57

De Sousa Santos, Boabentura, *¿Por qué Cuba se ha vuelto un problema difícil para la izquierda?*, *Rebelión*, 08-04-09

Dobb, Maurice, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, México, Siglo XXI

Equipo de colaboradores de El Cárabo

Erice, Francisco, *¿Qué es el marxismo?. Materiales para el debate*, <http://www.wenceslaoroces.org/formacionpca/>

Fernandez Buey, Francisco, *Sobre algunos problemas del proyecto de programa del PSUC*, *Materiales*-nº 7, 1978

Fernández Buey, Francico, *Historia de la ciencia*, <http://www.upf.es/iuc/buey/ciencia>

Fernández Duran, Ramón, *La conflictividad político-social mundial en el siglo XX*, Madrid, *Revolución*, 1990

Freedman, Paul , *La resistencia campesina y la historiografía de la Europa medieval*, , *Edad Media*, revista de historia-3, 2000,

Garrido, Luis, *¿Existe la pauperización absoluta en el modo de producción capitalista?*, <http://utopisticapol.wordpress.com/2009/12/15/%C2%BFexiste-la-pauperizacion-absoluta-en-el-modo-de-produccion-capitalista/>

Geras, Norman, *La democracia y los fines del marxismo*

Géza, Alföldy, *Historia social de Roma*, Madrid, Ed Editorial, 1996

Grant, Ted, *Rusia. De la revolución a la contrarrevolución*, Cuadernos Caum

Guerrero, Diego, *Manual de economía política*, Síntesis, 2002,

Harnecker, Marta, *La izquierda en el umbral del siglo XXI*, Madrid, Siglo XXI, 1999

Harnecker, Marta, *Reconstruyendo la izquierda*, México, Siglo XXI, 2008

Heinz Roth, Karl, *El estado del mundo. Contraperspectivas*, Madrid, Traficantes de sueños, 2007

Hilton, R., *Conflicto de clases y crisis del feudalismo*, Barcelona, 1988

Holloway, John, *Historia y marxismo abierto*

Jobet, Julio César, *Historia del Partido Socialista de Chile*

Katz, Claudio, *Las encrucijadas del nacionalismo radical*, Rebelión, 21/11/2007

Kohan, Nestor, *Marx en su Tercer Mundo*, La Habana, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 2003

Kolakowski, Leszek, *Las principales corrientes del marxismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1983

Labica, George, *La apuesta perdida. Ensayo sobre la crisis del socialismo real*, Revista Internacional de Filosofía Política-1, 1993

Laclau, Ernesto, Mouffe, Chantal, *Hegemonia y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI, 1987

Lander, Edgardo, *Contribución a la crítica del marxismo realmente existente*, Caracas, Fundación Editorial el perro y la rana, 2008,

Lenin, V.I., *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, 1973,

Loizu, Máximo, *Las nuevas vías al socialismo*, Barcelona, Avance, 1977

Mandel, Ernest, *Tratado de economía marxista*, México, Era, 1980

Mandel, Ernest, *La teoría leninista de la organización*, www.revoltaglobal.net

Mann, Michael, *Las fuentes del poder social, II*

Martín, José Luis, *Conflictos sociales en la Edad Media*, Cuadernos H^a 16-158

Martínez Lazy, Ricardo, *Rebeliones populares en la Grecia helenística*, México, 1995

Marx, Carlos, Engels, Federico, *Obras escogidas*, Moscú, Progreso, 1981

Molina, Eduardo, *¿Adónde va América Latina?*, http://www.insumisos.com/index.php?option=com_content&task=view&id=61&Itemid=19

Molyneux, John, *¿Cuál es la tradición marxista?*, Socialismo Internacional, 1994

Moore, Barrington, *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, Península, 1976

Moreno, Nahuel, *Lógica marxista y ciencias modernas*

- Negri, Antonio, Mazzadra, A., *La gran crisis de la economía global*, Traficantes de sueños, 2011
- Paramio, Ludolfo, *La revolución como problema teórico*, Revista del centro de estudios constitucionales, n° 7, 1990
- Perales, Iosu, *Los buenos años. Nicaragua en la memoria*, Rebelión
- Pérez, Christian, *La izquierda chilena vista por la izquierda*, México, FCE, 1975
- Pérez Fernández del Castillo, Germán, *Algunas reflexiones sobre la burocracia en el socialismo realmente existente*, Iztapalapa, N° 7, 1982
- Pirenne, Henri, *Historia económica y social de la Edad Media*
- Rendueles, César, *A contratiempo. Epistemología historiografía y marxismo*, Edición en Internet por Rebelión
- Rizzi, Bruno, *La burocratización del mundo*, Barcelona, Península, 1980
- Roca, José M., *Marxismo y posmodernidad*, Iniciativa Socialista. N° 16, 1991
- Sánchez Rodríguez, Jesús, *Las experiencias históricas de transición al socialismo*, <http://miradacrítica.blogspot.com/search/label/Libros>
- Schaff, Adam, *El comunismo en la encrucijada*, Barcelona, Crítica, 1983
- Shanin, Teodoro, *El Marx tardío y la vía rusa*
- Soboul, Albert, *Compendio de Historia de la revolución francesa*
- Tarcus, Horacio, *¿Es el marxismo una filosofía de la historia? Marx, la teoría del progreso y la "cuestión rusa"*, Andamios, Volumen 4, n° 8, 2008
- Trotsky, Leon, *La revolución traicionada*, Fundación Federico Engels, 2001
- Valdeón, Julio, *Luchas sociales en la Baja Edad Media*, Historia 16-N° 11, 1977
- Valqui Chalqui, Camilo, *La filosofía de la praxis en México ante el derrumbe del socialismo real*, Edición en Internet por Rebelión
- Vargas Lozano, Gabriel, *Marx y el marxismo*. El debate actual, Dialéctica, n° 7
- Veraza Urtuzuástegui, Jorge, *Crítica a cuatro interpretaciones de la historia del siglo XX: Giovanni Arrighi, Paul Johnson, Eric Hobsbawm y Antonio Negri*, México, Polis, 2002

Wallerstein, Immanuel, *L'Occident, le capitalisme et le système-monde moderne*,
http://www.uqac.quebec.ca/zone30/Classiques_des_sciences_sociales/index.html

Wallerstein, Immanuel, *Análisis de sistemas mundo*

Weber, Marx, *Economía y sociedad*, México, FCE, 1964

Zibechi, Raúl, *Autonomía y emancipaciones. América Latina en movimiento*, Lima, Fondo Editorial de la facultad de Ciencias Sociales, 2007